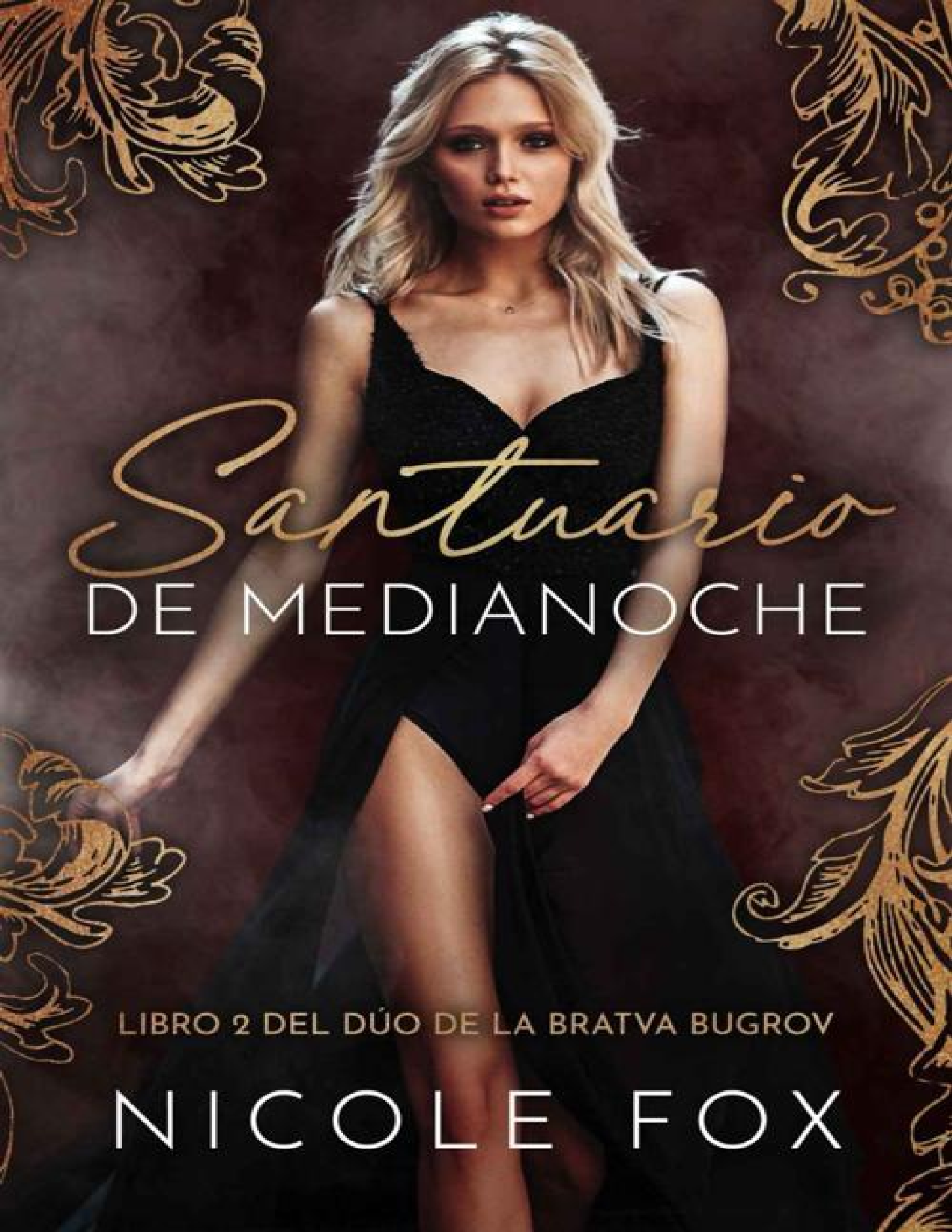

Santuario
DE MEDIANOCHE
LIBRO 2 DEL DÚO DE LA BRATVA BUGROV
NICOLE FOX

SANTUARIO DE MEDIANOCHE

LA BRATVA BUGROV

LIBRO 2

NICOLE FOX

ÍNDICE

Mi lista de correo
Otras Obras de Nicole Fox
Santuario de Medianoche

1. Alyssa
2. Uri
3. Alyssa
4. Uri
5. Alyssa
6. Uri
7. Alyssa
8. Uri
9. Alyssa
10. Uri
11. Alyssa
12. Uri
13. Alyssa
14. Uri
15. Alyssa
16. Alyssa
17. Uri
18. Alyssa
19. Uri
20. Uri
21. Alyssa
22. Alyssa
23. Alyssa
24. Uri
25. Alyssa
26. Uri
27. Uri
28. Uri
29. Uri
30. Alyssa
31. Uri
32. Uri
33. Uri
34. Alyssa
35. Uri
36. Alyssa
37. Alyssa
38. Alyssa
39. Uri
40. Alyssa

41. Uri
42. Alyssa
43. Uri
44. Uri
45. Alyssa
46. Uri
47. Alyssa
48. Uri
49. Alyssa
50. Uri
51. Alyssa
52. Alyssa
53. Uri
54. Alyssa
55. Alyssa
56. Uri
57. Uri
58. Uri

Epílogo: Alyssa

Copyright © 2023 por Nicole Fox

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

MI LISTA DE CORREO

¡Suscríbete a mi lista de correo! Los nuevos suscriptores reciben GRATIS una apasionada novela romántica de chico malo. Haz clic en el enlace para unirte.

OTRAS OBRAS DE NICOLE FOX

La Bratva Oryolov

Paraíso Cruel

Promesa Cruel

La Bratva Stepanov

Pecadora de Satén

Princesa de Satén

La Bratva Pushkin

Cognac de Villano

Cognac de Seductora

La Bratva Orlov

Champaña con un toque de veneno

Champaña con un toque de ira

Herederos del imperio Bratva

Kostya

Maksim

Andrei

La Bratva Viktorov

Whiskey Venenoso

Whiskey Sufrimiento

La Bratva Uvarov

Cicatrices de Zafiro

Lágrimas de Zafiro

la Mafia Mazzeo

Arrullo del Mentiroso

Arrullo del Pecador

la Bratva Volkov

Promesa Rota

Esperanza Rota

la Bratva Vlasov

Arrogante Monstruo

Arrogante Equivocación

la Bratva Zhukova

Tirano Imperfecto

Reina Imperfecta

la Bratva Makarova

Altar Destruido

Cuna Destruida

Dúo Rasgado

Velo Rasgado

Encaje Rasgado

la Mafia Belluci

Ángel Depravado

Reina Depravada

Imperio Depravado

la Bratva Kovalyov

Jaula Dorada

Lágrimas doradas

la Bratva Solovev

Corona Destruída

Trono Destruído

la Bratva Vorobev

Demonio de Terciopelo

Ángel de Terciopelo

la Bratva Romanoff

Inmaculada Decepción

Inmaculada Corrupción

SANTUARIO DE MEDIANOCHE

SEGUNDO LIBRO DEL DUETO DE LA BRATVA BUGROV

Un error inesperado.

Dos bebés inesperados.

Tres vidas que cambiaron para siempre.

Uri Bugrov me pilló invadiendo su territorio y, de repente, mi vida está fuera de control.

Estoy embarazada de su bebé. Corrección, sus bebés.

También he caído prisionera de sus enemigos.

Espero que Uri me salve, porque no me imagino una vida sin él.

Pero mi rescate provoca varios daños colaterales.

Uno de ellos es que ahora Polly desapareció.

Y, aunque Uri vuelve a brindarme su protección, hay más incertidumbres que nunca.

¿Qué pasa si *no* salvamos a Polly?

¿Qué pasará cuando lleguen estos bebés?

¿Qué pasa si *todo esto es mí culpa...?* ¿Uri logrará algún día perdonarme?

Es medianoche en nuestra historia.

Pero estos bebés llegaran, de una forma u otra.

Solo tengo que rezar para que todos lleguemos al amanecer.

SANTUARIO DE MEDIANOCHE **es el segundo libro del dueto de la Bratva Bugrov. La historia de Uri y Alyssa comienza en el primer libro,** ***PURGATORIO DE MEDIANOCHE.***

ALYSSA

Tardo una eternidad en darme cuenta de que sigo viva.

Es fácil olvidar que sigues viva en un sitio como este, dondequiera que se «encuentre» este lugar. Está casi siempre oscuro, el aire es gélido y la humedad cubre todo. Miro fijamente al techo, me recuesto en un colchón que, aunque algo sucio, al menos es blando, y dejo que mi cerebro se adormezca por completo. No hay diferencia entre tener los ojos abiertos o cerrados. Todo es oscuridad. Un horrible abismo.

El silencio es interrumpido por el rugido de mi estómago. Me saca de mi agonizante trance. El tiempo sigue su camino y me hace olvidar que no comí nada. Quizá hayan pasado horas, pero la oscuridad y el debilitamiento me hacen perder la noción del tiempo y ahora no sabría decir cuánto dura una hora.

El segundo sonido que rompe el silencio es un sollozo desde la esquina. Entonces, como si alguien me lanzara un balde de agua fría, y todos los recuerdos vuelven como un golpe de realidad.

Los trozos de espejo rotos en el suelo.

Manos ásperas me agarran, tiran de mí, me retuercen, me hacen daño.

El agudo olor del cloroformo me oprime la nariz, mientras me agito y retuerzo para escapar, pero por más que intente escapar nada ayuda.

Vuelvo lentamente a la realidad y me doy cuenta que es Polly la que solloza.

—Hola —digo con la voz desgarrada. Intento mantener la calma, pero aún siento el persistente escozor del cloroformo—. ¿Estás bien?

—Tengo un mal presentimiento, Alyssa —me dice, con la voz llena de pánico—. Tengo una sensación de pánico... Es como si algo me oprimiera el pecho. Me falta el aire. No puedo respirar.

Me giro sobre el colchón y me apoyo en los codos. —Polly —digo bruscamente, intentando llamar su atención—, necesito que cierres los ojos. Puedes estar pasando por un ataque de pánico. Hablaré contigo, pero necesito que confíes en mí. Y necesito que me escuches. ¿Entiendes?

Este tipo de situación no me resulta ajena. Sufrí una buena cantidad de ataques de pánico durante mi vida. Cuando diagnosticaron a Ziva, sufrí de pánico. Cuando enterraron a Ziva, más pánico. El día en que ambas debíamos cumplir dieciocho años, fue la primera vez en mi vida que tenía una fiesta de cumpleaños para mí sola... *Dios mío,* qué pánico.

Ya no era *nuestro* cumpleaños.

Era solo mío.

—¿Cerraste los ojos?

—Mmm.

—Piensa en el cielo despejado de una hermosa primavera, y en un prado verde y hectáreas y hectáreas de espacio —mientras hablo, yo también cierro los ojos e intento imaginarme lo mismo —. Imagina pájaros volando libremente y hojas susurrando al viento. Imagina el olor de la hierba recién cortada y el perfume de las flores.

—No puedo...

—Guarda silencio —le digo suavemente—. Mantén los ojos cerrados. Respira profundamente.

Mientras la aconsejo, miro a mi alrededor, intentando encontrar algo, cualquier cosa, que nos pueda ayudar a salir de aquí. Mis ojos se comienzan a adaptar a la penumbra y comienzo a identificar unas ventanas, pero están cerradas con tablas. Es difícil identificar lo que nos rodea, porque tengo las muñecas esposadas a la oxidada estructura metálica de la cama está atornillada al suelo. Parece que Polina está encerrada en el mismo sitio junto a mí. Forcejear no sirve de nada. La estructura es demasiado firme para zafarme.

—¿A-Alyssa?

—Lo siento —murmuro—. Sigue respirando, Polly. Respira hondo y con calma. Puedes hacerlo. Estoy aquí para ayudarte.

No estoy segura de que crea en la seguridad que aparento. Sinceramente, a mí también me cuesta mantener la calma. Pero confiar a ciegas en un rescate es lo único que nos queda. Desde una perspectiva totalmente objetiva, diría que parecemos estar totalmente jodidas.

Es irónica la percepción que se puede obtener sobre una situación. En este momento, daría cualquier cosa por volver a estar en el sótano de Uri, con tal de estar lejos de este agujero de mierda.

—¿Cómo te sientes ahora? ¿Aún te cuesta respirar?

—Un poco —la voz de Polly sigue cargada de miedo, pero al menos suena un poco más tranquila—. Pero todavía estoy asustada...

—Polly, escúchame. Nos han mantenido vivas por una razón.

—¿Y si la razón por la que nos mantienen vivas es peor que vivir?

Tengo que repetir esa frase en mi cabeza antes de que empiece a tener sentido para mí. —Polly concéntrate, saldremos de aquí.

Escuchamos abrirse un cerrojo en alguna parte. Suena inquietantemente cerca. Se me eriza la piel y un escalofrió recorre mi espalda al oír pasos y voces.

Alguien viene.

—Alyssa.

—Mantén la calma y no digas nada, Polly. No queremos que...

Mi voz se apaga cuando veo luz en la esquina más alejada. Mis ojos se abren de par en par cuando veo los barrotes que nos separan de la escalera. En realidad, no estábamos en una habitación. Esto es como una cárcel.

La luz ilumina dos siluetas que bajan por la escalera. Ambas son aterradoras y de formas irregulares, pero cobran forma cuando llegan al rellano inferior. El primer hombre es grande y corpulento. El segundo es bajo y delgado. Uno de ellos acciona un interruptor y, de repente, un haz de luz golpea mi cara y me hace retroceder en un intento por proteger mis ojos.

—¿Tienen hambre los pajaritos? —dice el corpulento con una voz grave y áspera que combina con su físico. Parpadeo intentando observar cada detalle, pero mis ojos arden por la luz. Tiene una horrible cicatriz en la cara y una sonrisa aún más tétrica en sus labios agrietados.

—¡Hijos de puta! —estoy completamente sorprendida por el grito repentino de Polly—. ¡Déjenos ir! Déjenos ir ahora o lo lamentarán malditos bastardos. ¡Mis hermanos se asegurarán que paguen por todo lo que han hecho!

—Polly —jadeo, tratando de llamar su atención—. Polly...

—¡Déjennos salir de este agujero de mierda!

—No me asustas, pequeña, y menos tus hermanitos —se jacta el más bajo. Tiene los ojos fijos en Polly y se pasa una mano por el brazo tatuado—. Al parecer la gatita tiene garras.

El más grande se ríe. Su riza es ronca y parece que le cuesta respirar. —Solo son palabras al viento. Puedes escupir, silbar o gritar, pero al fin y al cabo no es más que ruido molesto.

—¡Hijos de puta! —grita Polly. Tira de sus ataduras con tanta fuerza que puedo ver las quemaduras al rojo vivo que deja alrededor de sus muñecas—. *¡HIJOS DE PUTA!*

El corpulento con la cara llena de cicatrices estrecha los ojos hacia Polly mientras se aleja de la puerta de la celda. —¿Sabes qué? Se suponía que tenía que abrir la puerta y asegurarme de que comieran. Pero creo que lo pensé mejor... —lanza los sándwiches finamente envueltos a través de los barrotes de la celda. Caen al suelo y permanecen intactos—. Bueno, creo que a este bello momento lo podemos llamar «hora de comer». Espero que su comida haya quedado suficientemente cerca.

El sujeto de brazos tatuados se ríe y lanza también las botellas de plástico de agua a través de los barrotes de la celda. —Si tienen hambre, pueden servirse solas, si es que pueden alcanzar su merienda. Lo justo es justo, ¿eh?

Las lágrimas que se deslizan por las mejillas de Polly brillan bajo la luz de la escalera. Hago todo lo posible por que ella me mire, pero no me presta atención. —¡Se van a arrepentir, malditos

bastardos! Se los juro.

—¡Polly!

El sonido de un teléfono nos interrumpe.

Por lo menos, el tono de llamada parece conseguir callar a Polly. Se queda boquiabierta cuando el hombre de las cicatrices saca el teléfono y contesta con una voz totalmente distinta. Es más grave y ronca, y mucho más respetuosa.

Por su tono de voz solo puedo comprender que habla con alguien importante, porque por lo demás no entiendo nada de lo que dice. Aunque reconozco el acento áspero del ruso, para mí es un trabalenguas. La conversación dura varios minutos y el hombre de los brazos tatuados se queda de pie, escuchando con atención.

Solo por su lenguaje corporal, supongo que el que llama es su jefe.

Por fin termina la llamada y los dos hombres tienen expresiones muy distintas mientras se miran y suben las escaleras. Por lo menos, agradezco que esa llamada haya distraído su atención sobre Polly. Me aterrorizaba que, si Polly seguía gritando, entraran aquí y...

No me molesto en terminar el pensamiento. ¿Por qué obsesionarse con más problemas de los que tenemos? Tenemos un montón de dramas por los que preocuparnos ahora mismo.

Evalúo la situación. Nos lanzaron nuestra comida y nuestra agua, dejándolas fuera de nuestro alcance, pero al menos se fueron. Pero no todo puede ser malo. Dejaron las luces encendidas y esa es una ventaja.

Miro a mi alrededor y la celda es completamente un chiquero. Ahora que lo pienso, preferiría que nos dejen en tinieblas. A oscuras, por lo menos no tendría que ver las misteriosas manchas en las paredes, ni las cucarachas que corretean por los rincones.

Lentamente, mis ojos se desvían hacia Polly. —¿Estás...?

Quedo descolocada cuando veo su cara. Tiene los ojos muy abiertos, la mandíbula ligeramente abierta y la cara completamente pálida. Verla así me atraviesa el corazón como un puñal.

—¡Polly! ¿Estás bien? ¿Qué pasa?

Parpadea lentamente para contener las lágrimas. Pero por su mejilla se derrama una sola, gruesa, y de alguna manera se siente mucho peor que si estuviera llorando.

—Yo... hablo ruso, Alyssa. Entendí todo lo que acaban de hablar.

Se me cae el corazón. ¿Entendió la conversación y *esa* es su reacción? No puede ser nada bueno.

Se vuelve hacia mí, pálida y temblorosa. —Organizaron una subasta. Me venderán al mejor postor.

URI

Empujo al *mudak* escaleras abajo.

La caída es grotesca. Se golpea la cabeza media docena de veces antes de darse un gran golpe contra el peldaño del fondo de la escalera. Lo sigo rápidamente y antes de que se dé cuenta lo tomo por el cuello y lo vuelvo a levantar.

Sus ojos no logran orientarse ni fijar un punto en el horizonte. Está completamente descolocado con la caída. Casi delira de terror. Un hombre más amable le daría un momento de piedad.

Pero no soy uno de esos hombres.

En lugar de eso, lo empujo bruscamente hacia la bodega de herramientas en la esquina más alejada del jardín, detrás del invernadero. Para una persona normal de paso, se parece a cualquier bodega de herramientas en cualquier otro lugar del mundo. Uno esperaría abrir y encontrar rastrillos, cortacéspedes, abono. Y, si entras, eso es exactamente lo que encontrarás.

Pero también encontrarás una pequeña puerta en el piso. Y, debajo de esa puerta, una escalera. Al final de esa escalera, verás un cuarto con pardes de concreto suficientemente gruesas para evitar que se filtre cualquier grito.

Y, en esa habitación, verías pasar cosas terribles.

Pateo al hijo de puta hasta la bodega y lo hago bajar las escaleras a los golpes, lo sigo y entro en la habitación de hormigón detrás de él. Tiembla por el repentino descenso de la temperatura. No tarda en darse cuenta de que no hay más ventanas ni puertas que la que acabo de atravesar.

Por desgracia para él, yo me interpongo entre él y la libertad.

Me apoyo en el marco de la puerta y me cruzo de brazos. —Te sugiero que tomes la mejor decisión y me respondas con sinceridad ahora. Si decides bien y respondes con sinceridad, te ahorrarás mucha sangre y dolor.

Al hombre lo embarga el pánico y se arrastra a cuatro patas hasta la esquina más alejada de la celda. Su apariencia escuálida de barba desaliñada y tez pálida logra formar un aspecto sospechoso. Cuando habla, su voz encaja perfectamente con su aspecto. —¿Dónde estoy?

—¿Quieres que te responda? Primero tendrás que responder mis preguntas. Empecemos por una fácil: ¿cómo te llamas?

Traga saliva, y abre los ojos, mostrando el terror que lo embarga. —Alan.

Genérico, inútil y totalmente olvidable. La siguiente pregunta es en ruso, pero ni siquiera llego a la mitad cuando me doy cuenta por su ceño fruncido de que no tiene ni puta idea de lo que estoy diciendo.

Eso me deja perplejo. Sobakin no contrataría a cualquier imbécil para un trabajo de este calibre. Querría a alguien de confianza, alguien infiltrado. Alguien que conozca nuestro mundo.

—Te pregunté cuánto tiempo llevas trabajando para Boris Sobakin.

Traga saliva de nuevo, pero, esta vez, su cuerpo se tensa. Creo que es novato.

—¿Quién? —responde.

Descruzo los brazos y avanzo lentamente hacia él. —Creo que te advertí que no me mintieras.

Mientras avanzo hacia él, Alan se incorpora y se apega a la pared como si creyera que puede traspasar la materia y alejarse de mí. —¡No! No. No lo hagas.

—De acuerdo, no lo haré —acepto amistosamente mientras acorto la distancia.

Alza las manos creyendo que le golpearé la cara. Es notable su estado de shock, así que aprovecho para darle un puñetazo tan fuerte como puedo en la boca del estómago. Intenta mantenerse en pie, pero no puede, y un quejido desesperado sale sin fuerzas cuando trata de inhalar. Me retiro para que no me vomite los zapatos.

—Si vas a mentir —le increpo—, entonces yo también.

Me mira, todavía receloso. —Vale —balbucea. Vuelve a respirar profundamente y escupe un poco de sangre antes de incorporarse—. Conozco a Boris.

—Soy consciente de eso. Mi pregunta era, ¿cuánto tiempo has trabajado para él?

Sacude la cabeza, confundido. —No mucho tiempo. Unas semanas, quizá. No más que eso.

—¿Qué acabo de decir sobre mentir?

—¡Escucha! por favor, *chocó* conmigo, ¿Comprendes? Solo manejaba mis operaciones, yo solo hacía pequeños trabajos, suficiente para pagar a mis hombres y que me quedara algo para mis bolsillos. No soy un pez gordo.

Resoplo. *Claramente no es un pez gordo.* —Pero llamaste la atención de Sobakin.

—No sé porque llamamos su atención, solo estábamos mis hombres y yo cuando él apareció.

—¿*Dónde estaban*? ¡Dilo ahora!

Traga saliva y sus ojos se clavan preocupados en mi cara. —Estábamos en la casa de la chica. La que está al lado de la tuya.

—¿Qué hacías ahí?

Tiembla como un cachorro mojado. —Solo estaba... echando un vistazo por el lugar. Todo el mundo necesita vivir de algo, ¿sabes?

—¿Estabas robando su casa?

—Mis hombres y yo vamos por barrios bonitos y vigilamos todos los sitios. Sabemos qué casas tienen perros, qué casas tienen sistemas de seguridad, qué casas tienen ancianas con más dinero del que pueden gastar en todo lo que les queda de vida. Llevábamos unos días en tu barrio cuando me di cuenta de que la casa de la chica estaba vacía. Nadie entraba ni salía.

Doy un paso adelante y él se aprieta con fuerza contra la pared, intentando protegerse cada parte del cuerpo. Cuando está seguro de que no daré otro puñetazo, continúa. —Estábamos en mitad del robo cuando entraron esos hijos de puta que nos aterrorizaron. Pensé que éramos hombres muertos. Resulta que querían unir fuerzas.

Más bien querían un chivo expiatorio.

—¿Te reuniste con Boris?

—No. Ni siquiera sabía su nombre hasta hace poco. Solo hablé con él por teléfono. Estaba bien para mí. El tipo ya me daba bastante miedo.

—¿Cuál era el trato?

—Esperar y observar —Dice—. Si una de las tres personas aparecía por detrás de tus muros, tenía que atraparlas, llevarlas al piso franco y retenerlas allí.

Se me tensa la mandíbula, pero asiento para que siga. —¿Quiénes eran las tres personas?

—El idiota y las dos chicas.

Le agarro por el cuello tan rápido que no lo ve venir. Me toma las manos intentando evitar la asfixia, pero intenta hablar y sus balbuceos me salpican gotas de sangre en la cara. Siento la necesidad de quitarle la vida de inmediato.

Pero no puedo permitir que mis emociones me dominen. Aflojo mi agarre lo suficiente para que pueda respirar, pero no lo suficiente como para que olvide quién soy o de lo que soy capaz.

—Si vuelves a referirte así de mi hermano, te cortaré la lengua y haré que te la tragues. ¿Entendido?

Mi amenaza es lo suficientemente clara para que no dude que la cumpliré. Alan abre mucho los ojos y asiente rápidamente. Lo suelto cuando veo que comprende plenamente mi amenaza. Tose un par de veces y se queda en silencio.

—Cuéntame qué pasó después.

Intenta alejarse de mí. —Bueno... las cosas no salieron del todo bien. Conseguimos al id... al chico. Pero no conseguimos a las mujeres. Llamé a Sobakin, y me dijo que podíamos usar al chico como cebo. Para distraerte.

Cierro mis puños y los aprieto, intentando controlarme. —¿Siempre quiso a las chicas?

Alan asiente. —No sé por qué, pero eran su principal objetivo. Sin embargo, nos dejaron a cargo del muchacho. Sobakin dijo que se encargaría del resto.

Siento mi pistola en la cintura y tengo la tentación de utilizarla. Ahora que le saqué a esta rata

todo lo que quería, tengo ganas de meterle una bala en la cabeza. Mi mano se mueve lentamente hacia la pistola, quito el broche a la funda y también el seguro, pero...

—¡Uri! —me giro y encuentro a Nikolai de pie en el escalón de la escalera—. ¿Me permites un momento?

Camino hacia mi hermano y dejo a Alan temblando en la esquina, como una vil rata. —¿Qué quieres?

—¿Te dio lo que querías? —murmura Nikolai.

—Se quebró de inmediato. No es ninguna sorpresa. Ese pedazo de mierda no pertenece a ninguna Bratva. Es una lacra que roba casas y Boris decidió explotar para que le haga el trabajo. Estuvo siguiendo a Polina y Alyssa todo este tiempo. Lev solo fue un cebo.

Nikolai se tensa y su mirada se dirige a Alan, con claras intensiones de matarlo. —Sé que quieres matarlo...

—Excelente observación, hermano.

—Pero te dio buena información y podría soltar más. ¿Sabe que se secuestraron a nuestra hermana?

—Afirma haber estado a cargo de Lev solamente. Si dice la verdad, entonces no veo cómo podría saber sobre las chicas. Se las llevaron segundos después de que los atacáramos a él y sus hombres.

Nikolai asiente. —Lo mantendremos encerrado aquí. Podría servirnos más tarde.

Lo medito durante unos segundos, pero la sed de sangre me embarga completamente. Por todo lo que le hizo pasar a Lev, por todo lo que me hizo perder, este *mudak* merece morir. Pero la expresión solemne de Nikolai me recuerda que tengo que planificar todo a largo plazo. Tengo que pensar cinco pasos por delante de Sobakin y no atacar a ciegas.

—Bien. Lo dejaré vivir. Por ahora.

Nikolai suspira y sube las escaleras. Desaparece de mi vista. Vuelvo a mirar a Alan. —Tu honestidad te valió la vida —le digo—. Recuérdalo en el futuro.

Alza la barbilla y muestra las comisuras de su boca, todavía con sangre. —¿Me dejarás aquí?

—Mi misericordia no contempla tu libertad —le digo sin piedad—. Tienes suerte de seguir respirando.

Y, si la suerte me acompaña... Alyssa y Polly también seguirán respirando.

ALYSSA

Los días transcurren y ya no sé en qué día de la semana estamos. Pensé que la oscuridad me perjudicaría, pero la constante penumbra es peor. El zumbido de la iluminación fluorescente se instaló permanentemente en mi mente y perturba mi tranquilidad.

Cuando duermo, me despierto de repente traspirando frío. A veces con pesadillas que parecen desbordarse en la vida real. Y otras veces mis pensamientos se convierten en las pesadillas de mis sueños.

Intento que Polly no vea mi pánico. No sé si se da cuenta de mi miedo, porque a cada hora que pasa se encierra más en sí misma. Cuanto más callada está, más me preocupa.

Desde la llamada se mantiene en silencio. Con los ojos cerrados la mayor parte del tiempo, pero de vez en cuando mira a su alrededor. Me gustaría poder consolarla, pero hablar me cuesta tanto como moverme. Estoy tan deshidratada que los labios se me han agrietado y me cuesta hasta intentar tragar saliva.

Pero algo peor que la oscuridad y la sed es ver a las ratas salir de cada rincón de la celda. Polly y yo nos hemos visto obligadas a ver cómo se comían primero los finos envoltorios de nuestros bocadillos para luego verlos terminar hasta la última migaja. Lo único que dejaron fueron las dos botellas de agua tiradas en el suelo.

Los dos sujetos no volvieron. Si no fuera por las pequeñas cámaras que vi en el rincón más alejado de la habitación, diría que nos olvidaron por completo.

—¿Polly?

La aspereza que intento darle a mi voz me duele en el alma, pero, cuando Polly se retuerce y se encoge al oírla, me doy cuenta de que debería haberle hablado antes. ¿Cómo puedo esperar que una niña de catorce años resista este trauma? Si ni yo soy capaz.

Sé fuerte, Alyssa. Sé fuerte por Polly y tu bebé.

—Polly —vuelvo a intentarlo ante la falta de respuesta.

Inclina la cabeza e intenta abrir los ojos. Parece que cada esfuerzo le duele demasiado. Echo un vistazo a esos grandes ojos color avellana y le ofrezco una sonrisa. —Sé que puede parecer una pregunta estúpida, pero... ¿cómo estás?

Polly se encoge de hombros, intentando aceptar la realidad. —Ya no lo sé. ¿Y tú?

Me duele la cabeza, pero intento responder lo más animada posible.

Ojalá apagaran las malditas luces.

—Estoy bien —le respondo— No es como si no me hubieran encerrado antes en un sótano contra mi voluntad.

Eso la hace sonreír. —Cierto. Esto no es nada para ti — un pequeño rayo de alegría recorre los ojos de Polly, pero, tan rápido como llega, se desvanece—. Por cierto, lo siento.

—¿Por qué lo sientes Polly?

—Por todo lo que has pasado por culpa de mi familia. Nada de esto habría pasado si Uri no te hubiera encerrado.

Una lágrima resbala por su mejilla, pero eso no quiere decir que nos rendiremos. —Polly, escúchame, los únicos culpables son los hijos de puta que nos metieron aquí abajo. Pero créeme, saldremos de aquí.

—¿Cómo estás tan segura de eso?

—Porque conozco a tu hermano. ¿Alguna vez lo viste rendirse? ¿Especialmente si se trata de ti o Lev?

Polly parece demasiado cansada para mostrar el más mínimo optimismo. Sus ojos están enrojecidos y se ve demacrada. No puedo dejar que se siga deprimiendo o ya nunca más la podré sacar de ahí.

—Necesito que levantes ese ánimo. Sé que es difícil mantenerlo estando atrapadas en esta pocilga, encadenadas a estas camas sin comida ni agua. Pero necesito que lo intentes, debemos ser fuertes y no rendirnos.

—No creo que pueda, Alyssa.

Su voz tiembla y parece a punto de cortarse. Vuelvo a recordar que solo tiene catorce años. Lo único que me gustaría hacer en este momento es estrecharla entre mis brazos y reconfortarla hasta que todo esto pase. Pero, como no puedo consolarla, decido hacer lo único que podría tener un efecto en ella: motivarla.

—*Tienes* que hacerlo. Tienes que creer que podemos sobrevivir a esto. Debes atraer las cosas buenas y creer que vamos a estar bien. Mi bebé necesitará a su tía, a su tía más genial, así que levanta ese ánimo que todo estará bien.

Sus ojos se clavan en los míos. —¿Qué…?

Le dedico una pequeña sonrisa. —Eres la primera persona que se entera.

—Estás embarazada —susurra. Mira mi pequeña panza—. ¡Estás embarazada!

Miro las cámaras y las indico con un pequeño gesto, para que no lo mencione en voz alta y nadie se dé cuenta de nuestra conversación. —Sí, lo estoy —le susurro—. Desde hace un rato.

—¿Cuánto tiempo es un rato?

—Diez semanas, más o menos.

De nuevo vuelvo a ver ese pequeño rayo de luz, ese rayo de vida en sus ojos que se transforma en esperanza. Vuelve el brillo, desaparece la opacidad y Polly se gira hacía mí. —No... no puedo creerlo.

—Créeme, yo tampoco podía al principio.

Ahora, después de la noticia, vuelve a ser ella misma. El arco de sus cejas tiene esa vieja vena de picardía. —¿Lo sabe? —me pregunta con intriga.

—No —digo en seco— Hablo en serio. Eres la primera persona a la que se lo digo.

—Esa era tu carta ganadora, ¿eh? —dice con picardía.

—Depende de cómo lo veas. ¿Funcionó?

Asiente lentamente. —Voy a ser tía. —dice levantando las manos.

—Pero ser tía requiere que las dos salgamos de este lugar sanas y salvas —le recuerdo—. Somos más fuertes de lo que ellos creen, Polly. Podemos luchar contra ellos. Podemos salir de aquí. Tendré este bebé y serás la mejor tía del mundo.

Vuelve a emocionarse, pero estoy segura de que ahora son lágrimas felicidad. —Gracias por confiar en mí.

—No te preocupes.

—¿Puedo preguntarte algo? —Cuando asiento, me pregunta—. ¿Por qué no se lo has dicho a Uri?

Dudo. Pero si alguna vez hubo un momento para ser sincera, es ahora. —Durante los primeros días después de sospechar que podía estar embarazada, negué todas mis sospechas. Luego, cuando se hizo evidente, tuve miedo de decírselo. Las cosas entre Uri y yo son... complicadas. Ni siquiera estaba segura de que la noticia pudiera alegrar a tu hermano. Y, para ser sincera, en el fondo de mi ser, sé que yo deseo este bebé.

—Uri también estará contento, ¿sabes? Solo creo que le costara aceptar esta nueva situación.

Resoplo con una suave risa. —Eso es reconfortante.

—Pero es en serio —dice Polly, acomodándose en el colchón—. Será un gran padre.

Asiento con la cabeza. —Eso ya lo sé.

Polly sonríe. —Y vas a ser una madre fantástica.

Es la primera vez que oigo que alguien me dice «*madre*». Suena tan importante. Con tanta responsabilidad. —No sé nada de eso.

—¿Me estás tomando el pelo? Eres increíble con Lev. Te vinculaste con él en días cuando yo no lo logré en años. Eso es que tienes un instinto natural de madre.

—Polly...

Antes de que pueda terminar la frase, oímos abrirse el cerrojo. Polly abre los ojos, presa del pánico, y su semblante está completamente pálido.

—Es mi hora. ¡Vienen por mí! —jadea.

Mi instinto es saltar de la cama y protegerla con mi cuerpo. Pero estas *malditas* ataduras no me dejan mover. Cada vez que tiro de ellas, el dolor de mi piel en carne viva y ensangrentada me hace desistir.

—Polly, recuerda… —le digo con urgencia—. Todo va a salir bien. Eres más fuerte de lo que creen, Polina Bugrov. Eres parte de la Bratva, igual que tus hermanos mayores. Sobrevivirás a esto. Recuerda bien quién eres.

No sé si mis palabras hacen su efecto. Sus ojos están fijos en los mismos dos rusos que vinieron la primera vez. El de brazos tatuados se relame los labios al verme y arroja un paquete de plástico sobre mi cama. No me molesto en examinarlo. Estoy concentrada en el más fornido de cicatrices en la cara, que se dirige hacia el colchón de Polly.

Oh, Dios. Están *aquí por ella.*

—¡No! —grita, dándose cuenta de lo mismo—. ¡No, por favor! ¡NO!

El más fornido dice algo en ruso con una sonrisa malévola. Desata a Polly y la levanta en brazos. Polly parece una muñeca de trapo contra su musculoso pecho.

La tranquilidad que había logrado conseguir se esfuma en un segundo. —Oye, por favor. No te la lleves. Llévame a mí. LLÉVAME A MÍ.

Ambos me miran con sonrisas pervertidas. —Lo haríamos encantados —dice el de brazos tatuados con otra lamida de labios—. Pero el jefe tiene otros planes para ti.

Se giran y me dan la espalda mientras siguen hablando en ruso. No entiendo nada de lo que dicen. No oigo absolutamente nada por encima de los sonidos frenéticos de Polly. Pero capto un nombre entre las extrañas...

Dominik.

—¡Polly! —grito mientras cierran la puerta de la celda y la suben por las escaleras—. Recuerda lo que te dije. Recuerda quién eres.

La puerta se cierra de golpe. El pestillo se gira con fuerza. Los gritos de Polly se hacen cada más distantes, hasta que el silencio vuelve a reinar.

Una vez más, estoy completamente sola.

Parece una locura.

URI

—Funcionará. Yo sé que funcionará.

Pero mis palabras nacen más de la desesperación que de la determinación y Nikolai lo sabe más que bien. Me mira con atención y me acerca la taza de café de grano. —Todo funcionará, siempre y cuando el bastardo cumpla —responde—. Si decide jodernos...

—No lo hará.

—Sobrestimas cuánto teme la gente a la muerte, Uri. Si yo fuera esa rata del sótano, sabría que ya estoy muerto. Independientemente de lo cooperativo que decidiera ser.

Aprieto los dientes. —Y tú subestimas cuánto teme la gente el dolor. Sabe que haré llover el infierno sobre él si no hace lo que quiero. Créeme, cooperará.

Nikolai suspira y asiente. —Entonces, ¿continuamos con el plan?

Extiendo la mano y Nikolai deja caer el teléfono de Alan en mi palma. Volvemos a la bodega mientras la luz del amanecer asoma por las esquinas de la casa. ¿Solo pasó una noche? Parece que son veinte. Siento que envejezco décadas con cada hora que pasa.

—¿Señor?

Me doy vuelta y veo a Svetlana en el descanso de la escalera. La miro directamente a sus ojos y se de inmediato que se trata de Lev. —¿Cómo está?

—Tuvo pesadillas toda la noche, señor —dice con una voz cansada. Las ojeras son la prueba visual—. George y yo tratamos de calmarlo, pero sigue preguntando por usted. Y...

Frunzo el ceño. —¿Y, quien más?

—Y por la señorita Alyssa.

Ni siquiera tengo que mirar a Nikolai para saber está intentando matarme con la mirada. Quiero subir y estar con Lev, pero ahora tengo que centrarme en rescatar a Polina y Alyssa.

—Trata de calmarlo. Si vuelve a perder los estribos, dale un sedante —admito que no es la mejor forma de lidiar con los episodios de Lev. Pero siempre está confundido y asustado cuando se despierta así que… *Tiempos desesperados...*

—Sí, señor.

Svetlana desaparece por el pasillo y yo reanudo mi senda a la guerra, dejando atrás todo lo mundano y con una fe ciega en que este plan funcione. Nikolai me sigue sin decir ni una palabra, pero casi puedo oír cómo todo le da vueltas en la cabeza.

Cuando llegamos a la bodega, ya no aguanto más y me giro. —¡Basta!

—¿Qué te ocurre ahora? No dije nada.

—Se que me estás *reprochando* todo.

Nikolai mueve la cabeza. —No proyectes tu propio karma hacia mí, hermano. Solo soy una extensión de tus órdenes.

Tiene razón. Soy *yo* quien se está rompiendo la cabeza. Con una mueca de aceptación, abro la puertecilla y desciendo. Mis pasos hacen eco al bajar por las paredes de cemento. La temperatura desciende bruscamente a cada paso que doy.

Alan está tumbado en el pequeño colchón de espuma. Está contra la pared cuando aparezco frente a él. Se incorpora de un salto cuando nos ve. —¿Me dejarás ir?

Respiro profundamente por la nariz y me rio en su cara. — Eres más estúpido de lo que pensabas o simplemente deliras si creías que te dejaría marchar.

Se deja caer contra la pared, perdiendo toda esperanza. —Entonces, ¿qué?

—No te dejaré ir a menos que te ganes tu libertad.

—No tengo más información, lo juro. Te dije...

Levanto una mano y se calla al instante. —Todo lo que tienes que hacer es seguirme la corriente.

—¿Seguirte la corriente? —repite Alan—. No lo entiendo.

Pongo los ojos en blanco y le doy la espalda para poder hablar con mi hermano. —¿Están los hombres preparados?

—Acabo de recibir una llamada de Stepan. Están todos listos. Además, está todo preparado arriba en la bodega. Ahora, todo lo que necesitamos es mantenerlo hablando el tiempo suficiente —la mirada de Nikolai se desvía hacia nuestro cautivo—. ¿De verdad crees que está preparado para el trabajo?

—Encontrará alguna forma o morirá en el intento.

El escepticismo en los ojos de Nikolai está lejos de ser sutil. —Estaré arriba.

—¿Cuánto tiempo necesitas, Nikolai? —le pregunto mientras se dirige a las escaleras.

—No mucho. Treinta segundos deberían bastar. Pero, cuanto más tiempo lo mantengas en la línea, mucho mejor.

—Comprendo —asiento y le hago señas para que se vaya. Luego, me vuelvo hacia Alan, que está apoyado contra la pared más alejada de la celda—. Ahora hablemos, Alan.

Los labios de Alan han adquirido un tono gris poco saludable. Con las mejillas hundidas y los iris más pálidos de lo normal, apenas parece humano.

Le lanzo una bolsa de papel. La atrapa en el aire y la mira con cautela hasta que percibe el olor. Entonces, cuando se da cuenta de lo que es, rompe la bolsa con desesperación y saca una hamburguesa que devora de una forma bestial. En tres bocados se termina hasta la última migaja.

Al terminar la hamburguesa, se bebe la botella de agua que le entrego. Cuando termina, empieza a lamer el papel en el que estaba envuelta la hamburguesa. —¿Tienes otra? —pregunta, ahogándose mientras se bebe el agua.

—Puede que sí, ¿te gustaría?

—¡Sí! —jadea, avanzando torpemente y dejando caer el envoltorio de la hamburguesa—. Qué es lo que quieres. Haré lo que sea.

—Como dije, todo lo que tienes que hacer es seguirme la corriente —saco su teléfono—. Voy a enviar un mensaje de texto a tu jefe.

—Él no es mi...

Se detiene en seco cuando ve la expresión de mi cara. Confío en que no volverá a interrumpirme. —Voy a enviar un mensaje de texto a tu jefe y estoy más que seguro que te llamará después. Atenderás la llamada y mantendrás una conversación con él. Mantenlo al teléfono el mayor tiempo posible. Y que no note que estás fingiendo. No puede saber que estás aquí conmigo.

A pesar del frío de la habitación, Alan comienza a transpirar de una forma enfermiza. —Yo... De acuerdo. Puedo hacerlo.

Doy un paso adelante. —Seré muy claro. Si llegas a entregar información que nos comprometa, ya sea por accidente o intencionadamente, eres hombre muerto.

Alan asiente. —Comprendo.

—Bien —abro su teléfono y toco el ícono de sus mensajes de texto. Respiro hondo y reviso el mensaje falso que Nikolai y yo creamos y pulso «Enviar».

ALAN: ***el chico se ha fugado. Estamos peinando la zona, pero parece que se escapó ya hace un buen rato.***

ALAN: ***Jefe, llámeme urgente, lo antes posible. Necesito instrucciones.***

No puedo apartar los ojos del teléfono para ver cuando le lleguen los mensajes. Supongo que Sobakin lleva el teléfono siempre con él, así que no debería...

LEIDO: 11:47 A.M.

Al instante, todo mi mundo se reduce a una palabra. *Llama. Llama. Llama, hijo de puta.* Oigo la inquieta respiración de Alan a mi lado. Y mi respiración se entrecorta en el aire frío. *Llama. Llama. Llama, tú...*

El teléfono comienza a vibrar.

—Tú hora de la fama —le digo a Alan—. Te pondré en altavoz. Asegúrate de hacer tu papel.

Asiente con tanta fuerza que el sudor vuela por su frente. Frunzo el ceño con disgusto y pulso ***Aceptar***.

—¿Cómo mierda perdiste al chico? —definitivamente es Sobakin. Su voz áspera es inconfundible—. ¿Eres retrasado mental o qué?

Aprieto el teléfono con fuerza. Alan me mira con los ojos aterrorizados y da un paso atrás, como si le preocupara que yo fuera a estallar y quedar atrapado en la línea de fuego.

—No lo sé, jefe. Algunos de mis hombres... son idiotas.

—Todos tus hombres son idiotas —grita—. Eso no importa. Conseguí lo que quería. El chico ya no me interesa.

—Pero... podría volver a...

Déjalo — dice Sobakin con una risa macabra—. Para cuando llegue su hermano, será demasiado tarde.

Cuelga un segundo después y siento que me hierve la sangre. ¿Qué diablos quiso decir? *Será demasiado tarde.* ¿Demasiado tarde para qué? ¿Demasiado tarde para quién?

—Hice lo que me pediste —gimotea Alan—. Cumplí con mi papel. ¿Me dejarás ir ahora?

Mis ojos se cruzan con los suyos. Se encoge como un cachorro. Es patético. Una parte de él debe de saber lo que le espera, aunque se aferre a una pizca de esperanza de sobrevivir a esta prueba.

Pero no tardo en disipar esa idea. Me abalanzo sobre él y lo tomo por el cuello. Le doy una paliza hasta que me duelen los nudillos de tanto golpearlo. Grita y pide clemencia todo el tiempo. Pero no me detengo hasta que mis nudillos están cubiertos de sangre y él está realmente inconsciente.

No me interesa su integridad. Golpear a este maldito *mudak* hasta hacerlo una masa de carne y sangre irreconocible no me da ningún alivio, ninguna satisfacción. No logré salvar a nadie. Ni a Alyssa, ni a Polina. Ni a mi maldita alma.

Todo lo que siento es un vacío, que se hace más grande a cada segundo que pasa.

Cuando ya tuve bastante, cierro la celda y vuelvo a subir las escaleras, donde Nikolai está sentado en una mesa improvisada con su portátil enfrente.

—¿Y bien? ¿Conseguiste su localización?

—Sí, lo tengo —se vuelve hacia mí y se detiene en seco cuando ve la sangre en mis manos—. ¿Estás bien?

—No —digo mientras las palabras de Sobakin se repiten una y otra vez en mi cabeza—. Pero ya estaré mejor…

ALYSSA

Pensé que las cosas iban mal. Eso no fue nada comparado con las horas después de que se llevaran a Polly.

Subestimé la calidez que aportaba a esta fría celda. Subestimé lo mucho que me daba fuerza y la esperanza que me daba verla a mi lado. Cuando ella estaba aquí, tenía una razón para estar tranquila y concentrada. Ella me daba el aliento para proyectar confianza hasta que casi parecía real.

Pero ¿ahora?

Todo se siente podrido.

Mi esperanza disminuye cada segundo que pasa. Los malditos rusos me trajeron comida en una bolsa plástica, todo estaba asqueroso, pero había que sobrevivir. Cada minuto que pasa empeora y la esperanza se fue junto con Polly y ahora no me atrevo a sentir nada más que miedo.

Pero nada de eso es para mí. Cada vez que cierro los ojos, veo a Polly. Sola y temblando, abandonada en un escenario gigante, con una horda de hombres depravados a su alrededor, lamiéndose los labios, preguntándose cuánto les costará ponerle las manos encima. Lucho contra las ataduras una y otra vez, aunque ya me quedó claro que no van a ceder y mis muñecas son básicamente una gigantesca, palpitante y sangrienta terminación nerviosa.

Tengo que salir de aquí de alguna manera.

Tengo que salvar a Polly.

Le prometí que la protegería. Si no lo hago, ¿cómo podré volver a mirarla a la cara? El pensamiento que sigue es aún peor, *¿y si ni siquiera tengo la oportunidad de volver a verla?* Un sollozo se me escapa de la garganta y empiezo a forcejear de nuevo, agitándome y gimiendo inútilmente.

—Ya, tranquila. Cálmate, pequeño corderito.

Me paralizo cuando escucho una voz y detengo mi forcejeo contra mis ataduras. Aunque estoy concentrada en mi intento de fuga, me doy cuenta rápidamente que esta voz es nueva. Es profunda y suave como la seda. Una voz de la que desconfío al instante. Miro hacia un costado y lo veo.

Es un hombre alto, aunque no tanto como Uri. Sus anchos hombros están cubiertos por una camisa de seda desabrochada hasta la mitad del pecho, que deja ver un torso completamente depilado. Sonríe, pero me eriza la piel, y todo se vuelve más macabro cuando veo una mancha de piel quemada en todo el lado derecho de su cara.

Respiro profundamente cuando se acerca a mi cama. —¿Eres Sobakin?

Se lleva una mano al pecho. Lleva una colección de anillos enormes y ostentosos. —Por favor, llámame Boris. Tú debes de ser la Alyssa de la que tanto he oído hablar.

Tiene un aire sofisticado y aparenta ser civilizado. Pero llevo involucrada en este mundo el tiempo suficiente para ver a través de las fachadas. Ningún hombre civilizado encerraría a un par de mujeres en un sótano como este. Ningún hombre civilizado vendería a una niña como esclava sexual. Puede aparentar la actitud que quiera, pero soy más inteligente que él y estoy por encima de este hijo de puta.

—¿Dónde está Polly? —le reclamo, retirando mi pie lejos de él.

—No aquí —dice con un tono de burla.

Sigo tirando de mis ataduras. —Es una niña. No hagas esto. Déjala ir.

Su sonrisa se amplía. —Estás encariñada con la chica. Eso es totalmente conmovedor. Pero, por desgracia, ya es demasiado tarde para cambiar su destino.

Todo parece inevitable. Es lo mismo que los médicos y mis padres me hicieron sentir sobre el diagnóstico de Ziva. No les creí entonces. Y no le creeré a este pedófilo ahora. Prefiero la esperanza a ciegas ante la fría aceptación.

—Llévame a mí en su lugar. Tomaré su lugar.

Boris alza las cejas. —Es muy honorable por tu parte, pero poco útil. Los hombres en esta subasta en particular prefieren que sus compras sean… digámoslo así... *jóvenes*.

Me encojo y se me revuelve el estómago de asco. Tengo que contener la arcada para que no me suba la bilis. —Maldito bastardo —siseo.

—Qué halago, admiro tu espíritu. Yo habría pensado que estarías mucho más cerca de colapsar en este punto. La mayoría de las mujeres no resisten más allá de esto.

Ya tengo frío, pero siento que el frio que emana su alma me congela todavía más. Ya hizo esto antes. No me extraña que esta celda, las camas, las ataduras... todo esté tan desgastado. El cielo raso está lleno de telarañas. Como si los fantasmas y los gritos de todas las mujeres que me precedieron aquí aún perduraran entre las paredes.

—En cualquier caso, yo dejaría de pensar en la chica y empezaría a pensar en ti misma. Ya tengo planes para ti. Pero no te preocupes. Tengo la intención de que disfrutes toda la sorpresa que te espera.

No quiero darle la satisfacción de mi horror, pero, cuando su mano roza mi mejilla, ya no puedo contener el instinto. Empiezo a tener arcadas al instante. Boris salta como un gato asustado.

—Asquerosa —murmura. Esa delicadeza que aparenta desaparece en un segundo. Ahora, solo

suena *molesto.*

A pesar del bocadillo que comí, no vomito nada más que un poco de bilis y sangre. Me desplomo sobre el colchón, con todo el cuerpo atormentado por los escalofríos. Pero no me descuido, lo miro a los ojos, decidida a luchar con todas mis fuerzas si da un solo paso hacia mí.

Boris sigue de pie al borde de la cama, lo bastante lejos para evitar las salpicaduras de mi vómito. Sus ojos marrones y dorados se entrecierran con desagrado. —¿Te harás la difícil con esta actuación? —abro la boca, pero levanta una mano—. No te molestes en contestar. No estoy dispuesto a esperar a que te decidas.

Mientras lo observo, saca algo del bolsillo de su pantalón. Tardo un momento en darme cuenta del instrumento que sostiene en la penumbra.

¿Eso es una... jeringa?

—¡No! —grito, alzando las rodillas hacia el pecho todo lo que puedo—. No, no, *no.*

Camina alrededor de la cama y yo empiezo a forcejear de nuevo, pero las ataduras me impiden hacer gran cosa. Veo cómo levanta la mano hacia mi cuello. —*¡NO!*

Pero ya es demasiado tarde. Siento el fuerte pinchazo cuando la aguja traspasa la piel. Casi de inmediato, la cabeza me da vueltas y veo borroso. Es como si copos de nieve negra cayeran sobre mis ojos. El mundo se desvanece, píxel a píxel, hasta que no queda más que oscuridad.

Pero aún no perdí el tacto, al menos durante un momento. Las manos de Boris desabrochan uno a uno los botones de mi blusa. El frío se cuela por todo mi pecho, haciéndome temblar centímetro a centímetro.

Entonces, se detiene.

—Bueno, bueno, bueno... ¿es lo que creo que es? —sonríe satisfecho—. Estás embarazada.

Aunque pudiera hablar, no sé lo que diría. ¿Mentir? ¿No hacerlo? ¿Importaría? ¿Le importaría?

—La mujer de Uri Bugrov *y* su bebé. Realmente me tocó la lotería, ¿O no?

Ojalá pudiera ver. O moverme. O hacer cualquier cosa que no sea sentarme aquí tras este velo de oscuridad y escuchar a la bestia más monstruosa que conocí murmurar en voz baja sobre mi bebé.

Y entonces...

Deseo concedido.

Oigo un gran estruendo. Como si el mundo se rompiera en pedazos. Huelo humo y polvillo de escombros y escucho la respiración agitada de Boris. Luego, otra gran explosión y el silbido agudo de una bala.

Gritos. Golpes. Astillas de madera y humo. Todo ocurre al otro lado de esta niebla de drogas que me consume. No sé quién demonios causa todo este caos, «alguien aún más malvado» hasta que un olor familiar llega a mis fosas nasales.

Escocés y canela.

Es Uri.

Nunca me sentí más aliviada, más agradecida, más contenta de ver a alguien, —bueno, de verlo en sentido figurado— en toda mi vida.

—Te advertí sobre tocar a mi mujer, Boris. No bromeaba.

—Solo estaba...

Nunca sabré lo que Boris estaba a punto de hacer, porque, antes de que pueda terminar su pensamiento, oigo el ruido de Uri cruzando la habitación y el violento crujido de un puño que choca con la carne. Suena una docena de veces o más, acompañado cada vez por un gruñido o un grito de Boris, hasta que deja de hacer ruido.

Un estruendo más. El golpe final.

Entonces... silencio.

Los dedos de Uri me acarician la cara. —Yo... no v-v-veo... —intento decir. No estoy segura de si mis labios se mueven o no.

—No pasa nada. Guarda silencio. Estás a salvo.

Escuchar esas palabras, sentir sus brazos a mi alrededor, respirar su profundo aroma a roble... lo es todo. Intento abrir la boca para agradecerle, pero todo colapsa y mi cuerpo reacciona con sollozos. No debería sentir tanto alivio. No cuando se llevaron a Polly. No cuando está en peligro inminente.

Tengo que decírselo. Volverá a odiarme, pero tengo que decírselo. Pero, cada vez que abro la boca, sale otro sollozo.

—No pasa nada —me dice Uri—. Ahora estás a salvo, Alyssa. Ya estoy aquí. Te tengo —me estrecha en su abrazo—. Ahora todo va a ir bien.

Entonces, acerca sus labios a los míos y me besa. Es el más ligero de los besos, tan suave que bien podría ser un sueño. Yo soy la Bella Durmiente y él es mi príncipe, pero esto no es un cuento de hadas. Porque, aunque su beso me devuelve a la vida lo suficiente como para distinguir su silueta borrosa contra la luz que entra por la puerta, las cosas que tengo para decirle son terribles.

—Polly —susurro.

Uri se pone rígido al instante. Sus ojos se vuelven cautelosos. —¿Qué pasa con ella?

—Se la llevaron.

URI

Siento el más grande alivio que sentí en mí vida.

Ver que llegué justo a tiempo para impedir que Alyssa fuera violada por aquel *mudak asqueroso*... me hizo perder la cabeza. Me hizo tocarla, mirarla y abrazarla de una forma que había jurado no volver a hacer.

Y ese beso...

Fue un gran error.

Sobre todo, porque la sensación de sus labios no se sale de mi cabeza mientras recorro la casa alocadamente, intentando averiguar dónde demonios está mi hermana.

—¿Y bien? —le pregunto a cada uno de mis hombres cuando me los encuentro en los pasillos.

—No hay señales de ella, señor.

—En esta habitación no hemos pillado nada, señor.

—La casa está vacía, señor.

Estoy listo para hacer explotar todo el lugar, con Boris incluido. La única razón por la que no lo hago es porque él es la clave para averiguar dónde está Polly.

La puerta del sótano se abre de golpe y aparece Nikolai con Alyssa en brazos. La trae con una manta alrededor de su cuerpo. Tuve la precaución de taparla un poco antes de que aparecieran mis hombres. Pero, después de eso, me alejé de ella todo lo posible. Sus ojos están erráticos, como si estuviera alucinando. Nikolai la lleva hacia la puerta principal del edificio. Cada segundo que pasa sigue perdiendo el conocimiento, sigue murmurando y moviéndose somnolienta.

—Uri.

Me vuelvo hacia mi hermano de mala gana. —Tenemos que llevarla de vuelta a la casa para que la puedan revisar y ver qué le dieron. El hijo de puta la drogó.

Miro a mi hermano con recelo y dejo de mirarla. A pesar de lo molesto que estoy en este momento, siento que la bestia posesiva que llevo en mi interior asoma por un costado de mi corazón. *Ella debería estar en* mis *brazos, ¡ahora mismo!,* mi bestia interior me regaña. *No en*

los brazos de mi hermano. Debe estar en mis malditos brazos.

—Llévala de vuelta a la casa. Y mejor envíala con Stepan y Josef. Tengo que encontrar a Polly.

—¿Boris está ahí abajo?

Asiento. —Y responderá a todas mis preguntas —luego, paso junto a mi hermano y vuelvo donde esta Boris.

Boris está completamente inconsciente cuando llego al pie de la escalera. Lo veo tumbado boca abajo, le doy una patada y lo empujo para que se voltee. —¡Hanz! ¡Dimitri! —grito esperando a que escuchen mi orden—. Tráiganme agua. Despertaremos a la bella durmiente.

Unos minutos después, Hanz aparece con un balde de agua helada lleno hasta el borde. Lo tomo y lo vierto por completo en la cara de Boris. Balbucea desesperado, con la boca abriéndose y cerrándose como un pez fuera del agua.

Le paso el balde vacío a Hanz y me pongo en cuclillas para estar a la altura de Boris. Saco mi pistola y reviso que haya una bala en la recámara y la amartillo. Mientras Boris empieza a despertar, le pongo el cañón directamente en la frente. —Comienza a confesar.

Parpadea y se pone turbio al mirar la pistola que tiene encima. Cuando por fin se da cuenta de lo que está pasando, la expresión de su cara se trasforma en una sonrisa de sangre y dolor. —Tu mujer tiene las tetas más bonitas que vi en mucho tiempo.

Contrólate, me digo. *No entres en su juego.*

Empujo la pistola con más fuerza contra su frente, rompiéndole la piel y enterrándole el cañón. —¡Dime dónde está mi hermana!

El hijo de puta se limita a sonreírme un poco más. No hay ni rastro de miedo en su cara. —¿Qué hermana? ¿Tienes una? —se mofa el maldito bastardo.

Sabe que no puedo matarlo ahora. No hasta que me entregue la información que necesito. Le da poder, seguridad. Le quito la pistola de la frente y le apunto a la pierna. Cuando aprieto el gatillo y la bala le destroza la rodilla, grita y luego aprieta los dientes.

Me pongo en pie y me limpio la sangre de las manos. —¿Crees que estoy jugando, hijo de puta? —le digo con determinación—. Te cortaré pedazo a pedazo, un centímetro a la vez, hasta que me des lo que quiero. Será sin clemencia y prometo que cada corte será más doloroso que el anterior. Ahora, *¿dónde mierda* está mi hermana?

Boris gruñe de dolor mirándose la rodilla, y luego me dedica una sonrisa burlesca. —Tu hermana... ¡Oh! ¿Te refieres a esa putita que vendí a los círculos de prostitución? *¿Esa* hermana? Ya hace tiempo que se fue.

Mi cuerpo se enfría. *No los círculos. Cualquier cosa menos los putos círculos.*

—¡Estás mintiendo!

Vuelve a sonreír. —¿Crees que miento?

Furioso, le coloco el seguro a el arma, la guardo y luego lo comienzo a golpear. Lo golpeo hasta

que su cara es irreconocible. No me controlo y no paro hasta que alguien me aparta físicamente de él. Me giro a golpear al imbécil que me ha parado cuando me doy cuenta de que es Nikolai y me detengo.

—¡Hermano, para! —me hace entrar en razón—, no queremos al bastardo muerto todavía.

—Algún día lo voy a matar. Lentamente.

—Y yo estaré feliz de ayudarte. Pero, por ahora, lo necesitamos vivo.

Me duelen los nudillos, pero no puedo negar que Nikolai tiene razón. Asiento y ordena a los hombres que suban a un Boris inconsciente a la parte trasera de uno de nuestros jeeps blindados.

—Encadénenlo en el sótano. Amárrenlo con todo lo que tengamos. Quiero que apenas pueda respirar.

Asienten y se giran como militares. Salen velozmente a la carrera para cumplir mis órdenes. Mientras tanto, subo las escaleras y salgo de aquella casa de pesadilla. Me dejo caer en el asiento delantero del coche, suspiro y cierro los ojos. Nikolai se une a mí y me acompaña al volante.

—¿Y Alyssa? —pregunto bruscamente, sin abrir los ojos.

—Ya debería estar casi en la finca. Le ordené a Stepan que la meta en uno de los dormitorios y la encierre.

—¡No!

Los ojos de Nikolai están impresionados por mí respuesta. —¿No?

—Ya son demasiadas veces en las que demostró que no se puede confiar en ella. La quiero de vuelta en el sótano y, esta vez, quiero la puerta cerrada con llave *y* cerrojo. Nadie entra o sale sin mi permiso. Tampoco quiero que Lev tenga acceso.

Nikolai guarda un silencio incomodo e inusual.

—¿Qué? — grito y lo provoco.

—Nada. Si esas son tus órdenes, las cumpliré.

—Siento que hay un «pero» ahí en alguna parte.

Se encoge de hombros. —Lev lleva preguntando por ella desde que la trajimos a la casa.

—Exactamente. Ya está forjando un lazo sentimental. Ella no estará por mucho más tiempo y él necesita adaptarse a la vida sin ella.

Nikolai vuelve a quedarse en silencio. Decido no dejar que eso me irrite. Cuando llegamos a la casa, Alyssa ha sido encerrada en el sótano y Boris está confinado en la celda del cobertizo, con Alan.

Pero mi cabeza me da vueltas, atormentándome.

Polina sigue ahí fuera. Ahora es carne fresca circulando en el comercio de esclavas sexuales. Y poder salvarla se ha vuelto diez veces más complicado.

Entro en el salón y comienzo a deambular de esquina a esquina. *Necesito infiltrar hombres en los círculos de prostitución. Necesito conseguir información sobre futuras subastas. Necesito determinar a dónde la van a trasladar. Si ya ha sido vendida.*

Maldición.

Maldición.

¡MALDICIÓN!

—Hermano.

Me detengo bruscamente y me vuelvo hacia Nikolai, que está en el umbral de la puerta. —Tranquilízate, respira hondo —me aconseja.

—*Respira hondo*. ¿Cómo puedes estar tan tranquilo?

—Porque no podemos perder el control ahora mismo, tenemos que mantener la cabeza fría.

Lo fulmino con la mirada. —Yo no...

—Y sí, la rescataras —me susurra—. Tienes que dejar de ser tan duro contigo mismo. Sé que te sientes responsable...

—Es porque *soy* responsable, Nikolai. Polly y Lev, son *mis* responsabilidades. Era mi trabajo mantenerlos a salvo. Yo soy el que permitió que conocieran a Alyssa. Yo soy el que hizo la vista gorda cuando empezaron a formar vínculos con ella.

—Ni Polly ni Lev son bebés ya, Uri. No puedes controlar a todos todo el tiempo.

Otra vez esa palabra. *Control*. Alyssa me la lanzó tantas veces, con tanto desdén, que llegó a parecerme un insulto. Una acusación. Una maldición.

—¡No estoy tratando de controlar a nadie, estoy tratando de protegerlos! ¡Es todo lo que he estado tratando de hacer durante los últimos ocho malditos años!

Nikolai suspira profundamente. —No puedes culpar a la chica por esto, Uri.

Entrecierro los ojos. —¿Sugieres que estoy siendo demasiado duro con ella?

No duda sobre sus comentarios ni da un paso atrás. —Ella pasó por mucho. Tal vez, en lugar de culparla, deberías ir allí y hablar con ella.

—No puedes hablar en serio.

—Escucha, yo solo...

—En un minuto, me dices que estoy muy apegado a ella y que debo alejarme y ahora, ¿quieres que baje y hable con ella? Decídete, *maldita sea*.

—Entiendo que estés enfadado. Y preocupado. Yo también lo estoy. Pero culpar a Alyssa no cambiará la situación. Tienes que hablar con ella. Ver si puede recordar algo que pueda ayudarnos a recuperar a Polly.

Tiene mucho sentido y eso me molesta. Pero ahora mismo estoy demasiado nervioso para seguir

su consejo, por bueno que sea. Es difícil aceptar que me estoy cayendo a pedazos. Es todavía más difícil aceptar que Nikolai es el que tiene la cabeza fría y bien puesta sobre los hombros. Que tal vez sea *yo el* que no está siendo razonable.

—¿Sabes qué? Si quieres perder el tiempo hablando con ella, adelante. ¿Yo? Yo buscaré a nuestra hermana.

Luego me voy, enfadado, sintiendo que la culpa me carcome por dentro y no puedo estar en paz.

ALYSSA

—¿Estás embarazada?

Temí este momento desde el momento en que el hermano de Uri me dijo que un médico iba a venir a verme.

Por suerte, no se quedó durante toda la consulta. Aunque, si se parece en algo a Uri, probablemente esté acechando en las sombras al otro lado de la puerta, esperando a que la doctora Emily Popov termine de examinarme.

—Por favor —le digo, agarrándola de la mano—. Por favor, no se lo digas.

Sus ojos se desvían hacia la puerta. —Señora...

—Ni a él *o* su hermano. A nadie. Si lo llegan a saber, yo... no podría lidiar con eso ahora.

Los ojos de la doctora se suavizan, compasivos. —Has pasado por muchas cosas últimamente. Los fármacos que te administraron harán que tu memoria sea irregular los próximos días. Algunos recuerdos pueden volver. Otros puedes perderlos para siempre.

Si no fuera por Polly, no me importaría perder la memoria por toda la semana. Saboreo las lágrimas que se deslizan por mis mejillas. —¿Qué quieres decir con que mis recuerdos pueden desaparecer?

—Estoy diciendo que necesitas ayuda, Alyssa. Necesitas que te cuiden. *Especialmente* si estás embarazada.

—A Uri no le importo —susurro en voz baja—. Él me odia.

No tengo ni idea de por qué le estoy contando todo esto a la doctora. Es prácticamente una desconocida y no tengo motivos para confiar en ella. Especialmente, desde que Nikolai mencionó que ella es la doctora de la Bratva. Si es leal a alguien, es a ellos, no a mí. Pero algo en sus ojos de color marrón oscuro y su suave sonrisa me suelta la lengua.

También puede tener algo que ver el hecho de que sea la primera persona que me mira con algún tipo de compasión desde que me secuestraron.

La única excepción en todo este tiempo de que alguien me haya mirado así fue cuando Uri me salvó de la prisión subterránea de Boris. Durante un breve y hermoso momento, me abrazó como si yo significara algo para él. Me besó como si le importara. Pero terminó tan rápido que me

pregunto si todo fue una alucinación provocada por las drogas.

—Él no te odia, Alyssa. ¿Estás ahí?

Vuelvo a escucharla, pero me quedo viendo el pelo castaño de la doctora.

—No conoces muy bien a Uri Bugrov, ¿verdad, Alyssa? —la doctora sonríe. —¿Me creerías que yo solía cargarlos cuando eran pequeños? Era canguro de él y su hermano Mi padre fue médico de la Bratva Bugrov antes que yo. Cuando se jubiló, yo ocupé su puesto —Emily me guiña un ojo y me da unas palmaditas tranquilizadoras en el dorso de la mano—. Conozco a Uri desde hace mucho tiempo, Alyssa. Puede parecer frío, pero no lo es. No en los aspectos que importan.

Sacudo la cabeza, intentando prestarle atención. —Puede que no. Pero tiene motivos para ser frío conmigo. Soy la razón por la que se llevaron a Polly. Soy la razón por la que está en peligro.

Emily me toma las manos y las aprieta con fuerza. —El estrés no es bueno para el bebé, Alyssa. Tienes que ser más amable contigo misma.

—¿Cómo puedo estar tranquila cuando Polly sigue en peligro? Me he estado partiendo la cabeza los últimos días, tratando de recordar lo que pasó. Estaban... creo que hablaban en ruso. Mencionaron algo, pero no pude entender. No pude... no pude...

—Alyssa, mírame. Respira hondo.

A veces, tengo la sensación que toda mi maldita vida ha sido una serie de respiraciones profundas. ¿Cuándo llegaré a la parte en la que pueda respirar sin esfuerzo, sin pensar y sin dolor?

—Uri y Nikolai encontrarán a Polly. Ellos saben hacer bien estas cosas.

—*Yo también necesito hacer las cosas bien* —sollozo—. Todo esto es mi culpa —me cubro la cara con las manos y comienzo a llorar. Puedo saborear la sal de mis propias lágrimas una vez más.

—Alyssa, mírame —es difícil no dejarse llevar por la amabilidad de su voz. Levanto mis ojos llorosos hacia los suyos—. Te pondrás bien y tu bebé también. No le diré a nadie que estás embarazada.

Abro los ojos, sorprendida. —¿No lo harás?

—De verdad no lo haré —menea la cabeza—. Sin embargo, *espero* que se lo digas pronto a Uri. Supongo que él es el padre.

El nerviosismo vuelve a mí. —¿C-cómo lo supiste?

—Solo una sensación cuando conversamos y él habló de ti. Eso y la forma en que hablas de él. Obviamente hay algo entre ustedes dos.

—Sí. Dolor, ira y resentimiento. Y mucho odio.

Emily me dedica una pequeña sonrisa. —Te sorprendería lo delgado que es el hilo que separa el amor y el odio.

¿Amor? Qué chiste.

¿Amor? Ni de broma.

¡¿Amor?! Hay que ser realista.

Estoy tan estupefacta por lo ridículo de la palabra «amor» que ni siquiera intento negarlo mientras Emily se pone en pie y empieza a reunir todo su equipo médico. —Te dejaré unas vitaminas prenatales. Necesito que las tomes todos los días. Y que comas bien. Mucha agua y dieta balanceada. Y debes descansar también. Entiendo que estés preocupada por Polly, pero tienes que cuidar de ti misma y de este bebé. Si no lo haces... tendré que romper mi promesa y decírselo a Uri yo misma. ¿Está claro?

Asiento dócilmente y tomo el frasco de vitaminas prenatales que me entrega. —¿Vendrás a verme otra vez? —le pregunto cuando está en la puerta.

—Volveré la semana que viene para hacerte otro control y un seguimiento.

Se me revuelve el estómago. La ilusión que pudiera venir antes se rompe en un segundo, porque necesito aunque sea un poco de contacto humano. Necesito hablar con alguien que me trate como si fuera una persona de verdad, no un peón en un tablero de ajedrez.

La doctora Emily toca la puerta del sótano dos veces y un segundo después se abre. Me dedica una última sonrisa de despedida antes de desaparecer, y la puerta se vuelve a cerrar de golpe.

Cuando se va, vuelvo a tumbarme en la cama y miro al techo. A pesar de los consejos de la médica, lo único que me da vueltas en la cabeza es Polly.

Un par de ojos color avellana pidiendo ayuda a través de la oscuridad.

~

ME DESPIERTO SUDANDO FRÍO, tan segura de que tengo a Polly a mi alcance que extiendo la mano para poder tocarla.

—¡No! —Jadeo—. ¡No! No puedes llevártela.

Me incorporo y lentamente la oscuridad desaparece, y estoy con los brazos al aire como tratando de aferrar algo. *Era un sueño. Solo un sueño.* Ya no estoy en esa celda. Estoy en un sótano completamente diferente, viviendo una pesadilla totalmente distinta.

Pero, una vez que la realidad se asienta, algo se abre paso a través de la espesa neblina de mi memoria. Es la voz de pánico de Polly contándome lo que discutían los rusos. Algo más roza la superficie de mi memoria, pero no consigo alcanzarlo.

No importa. Tengo *algo* que ofrecerle a Uri. Algo que podría ayudarlo a localizar a Polly. Salgo torpemente de la cama y cojeo hacia la puerta. Mi pierna derecha sigue dormida, pero ignoro los pinchazos y empiezo a golpear la puerta del sótano con los puños.

—¡Oigan! ¡Alguien! Necesito hablar con Uri. ¡Es importante!

—¡Cállate!

Me aparto bruscamente de la puerta, sobresaltada por la voz grave e imperiosa. Al parecer, esta vez tengo guardias apostados fuera de mi prisión. Sacudo la cabeza. Pero ahora no es tiempo de preocuparme por mí.

Mantengo un flujo constante de súplicas. —Tengo información importante que necesito compartir. Por favor. Solo cinco minutos. ¡Es sobre Polly! ¡Por *favor!*

En un instante, la cerradura de la puerta se gira y oigo cómo se abre la puerta. Tomo distancia. Pero no es Uri quien está al otro lado, sino su hermano mayor, que espera impaciente. Tienen la misma estructura ósea, pero, mientras la de Uri es hermosa y cincelada, la de Nikolai está difuminada por la barba incipiente y es más grueso de cuello. Y sus ojos son de un azul más oscuro.

—¿Qué es eso tan importante que tienes para decir?

Podría decírselo. *Debería decírselo*. Pero necesito ver a Uri. No conozco a su hermano. Ni siquiera estoy segura de que su hermano *sea de confiar*, y definitivamente no le confiaré esta información.

—Solo hablaré con Uri.

—Qué situación más oportuna —exclama con una voz mordaz e inexpresiva que hace juego con su apariencia.

—Por favor. Esto podría ayudar a recuperar a Polly.

Sus ojos se entrecierran. ¿Es esperanza lo que veo parpadear en su rostro? Antes de que pueda darme cuenta, cierra la puerta con tanta fuerza que casi queda un dedo de mi pie atrapado y me veo forzada a sacarlo lo más rápido posible.

Retrocedo, confundida. *¿Qué es esto?* ¿Es una buena o una mala señal? ¿Cree que esto era una estratagema para volver a ver a Uri o algo así?

Estoy a punto de rendirme por completo y limitarme a contarle lo que recuerdo de la celda de los rusos cuando la puerta vuelve a abrirse, casi arrancándome los dedos de los pies por segunda vez.

—¡Tocar o avisar antes de entrar estaría bien! —me salto hacia un lado.

Cuando alzo la vista, Uri está de pie, con las cejas levantadas y el ceño fruncido. No hace falta ser un genio para interpretarlo. *Más vale que esto sea bueno o eres mujer muerta.*

Es extraño verlo tan desarreglado. Tiene la camisa arrugada, el pelo revuelto y las ojeras indican que hace días que no duerme.

Mi primer instinto es disculparme. Pero tengo la sensación de que, si empiezo con eso, me cerrará la puerta en las narices antes de que pueda pronunciar una sola palabra. Así que me voy directamente al grano.

—Recuerdo algo sobre Polly.

—Dilo —su voz es cortante y robótica. Más fría que el hielo. Carente de toda emoción.

—A Polly y a mí nos dejaron en esa celda durante horas, quizá más, antes de que dos hombres

bajaran con comida para nosotras. Eran rusos.

Me mira como si fuera estúpida, pone los ojos en blanco y se da la vuelta para marcharse.

—¡Espera! Tuvieron una conversación en ruso y yo no la entendí, pero Polly sí.

Uri se detiene a medio camino hacia las escaleras. —¿Te contó qué decían?

Asiento, desesperada porque esta información ayude a encontrarla. —Planeaban venderla. Subastarla al mejor postor.

—¿Y?

Me detengo en seco. *¿Y?* ¡Ya está! *¿Por qué no recuerdo nada más?* Se me calienta el cuerpo y me sudan las palmas de las manos. —Eso es todo lo que me dijo.

Aprieta los dientes. —¿Los tipos mencionaron a *quién* planeaban vendérsela?

Mi corazón se hunde. —No.

—¿Estás segura de que no recuerdas algo extra?

—Yo... no recuerdo nada más. La droga... La doctora Popov dijo que mi memoria estaría borrosa.

—Así que lo que me estás diciendo es que ahora mismo no sirves para nada.

—Ahora que sabes por qué se la llevaron, ¿no puedes... deducirlo? Quizá... —me detengo cuando veo el brillo asesino en sus ojos.

Se acerca hacia mí, enorme y aterrador. —¿Sabes cuántas redes de esclavitud sexual existen en el inframundo de esta ciudad? ¿Cuántos almacenes y edificios vacíos esconden subastas de mujeres asustadas e indefensas? ¿Cuántas puertas tendría que derribar solo para encontrarme con alguna trampa o mentira? ¿Sabes con qué rapidez se mueven y se dispersan a la menor señal de un intruso? Para cuando deduzcamos dónde puede estar... será *demasiado tarde, maldición.*

Con cada palabra, me desgarra más el corazón. Me estremezco ante su ira, pero me mantengo firme, porque sé que *merezco* su ira. Merezco su odio.

Mi Culpa

Todo esto es mi culpa.

Absolutamente todo es mi culpa.

—Joder —dice en voz alta—. Venir no ha sido más que una pérdida de tiempo.

Se da vuelta para marcharse de nuevo, pero extiendo la mano y lo tomo del brazo. Es un acto reflejo que no controlo y que nos deja perplejos a ambos. Mira mi mano en su brazo y luego dirige su mirada hacia la mía.

—Uri, por favor —digo, desesperada—, lo siento. Lo siento muchísimo. Yo…

Se quita mi mano de su brazo bruscamente y me mira directamente a los ojos. —¿Qué demonios quieres de mí, Alyssa?

Me acobardo. ¿Qué quiero de él? Esa mirada de odio es el fiel reflejo de un arma a punto de asesinar. —Quiero... quiero que te quedes un momento.

Por un momento, creo que intenta abrazarme. Entonces, se acerca y sus manos se deslizan por mi nuca y es en ese momento cuando me doy cuenta de lo que realmente está intentando hacer. Doy un respingo cuando me jala el pelo, me echa la cabeza hacia atrás y me mira fijamente.

—¿Quedarme? —me regaña, con la cara a escasos centímetros de la mía. Debería estar aterrorizada, pero, extrañamente, su cercanía hace que olvide todo miedo—. Apenas puedo *mirarte*.

Siento un nudo en mí garganta. Cada respiración un esfuerzo agónico. —Sé que es mí culpa —le susurro—. Y haría cualquier cosa para arreglarlo. Ocuparía su lugar si pudiera.

Su rostro cambia repentinamente. Apenas me doy cuenta cuando sus labios se estrechan con fuerza sobre los míos. Es el beso más violento que compartimos. Sabe a sal y desesperación, a ira y dolor. Todo lo absorbo, todo lo atesoro, temiendo el momento en que termine.

Y termina un segundo después, cuando me suelta y me mira como si lo hubiera engañado para que hiciera lo que él mismo decidió hacer.

—¡No! ¡No! Olvídalo, ya no me harás caer en esta trampa. ¿Supongo que ahora quieres follar? —reclama, presuntuoso—. Vete a follar con tus juguetes.

Entonces me empuja y caigo sentada y, antes de que pueda ponerme en pie, la puerta se cierra de golpe. Vuelvo a la cama a tropezándome y me escondo bajo las sábanas.

Pero no puedo esconderme de mis pensamientos. No hay que esconderse del miedo. Y no hay escondite para el dolor.

Así que me tumbo en la cama y aguanto.

URI

Duermo profundamente...

Me despierto de un salto, desorientado. Debo haberme dormido en mi escritorio, justo encima de una hoja con la lista de números de los informantes a los que pasé toda la noche llamando para recopilar todos los datos posibles sobre la actividad de los círculos de esclavitud sexual en la ciudad.

Miro la hora y maldigo en voz baja. Llevo tres horas durmiendo y son tres horas desperdiciadas. Dormí horas preciadas que no me acercan a Polly.

Me vuelvo a quedar dormido.

Pero el sonido de mi teléfono me despierta, nuevamente alarmado. Es un número desconocido, o sea que es uno de mis informantes. Tomo el teléfono y hago lo que puedo para eliminar el sueño de mi voz.

—Sr. Bugrov, habla Fredrich.

—¿Tienes algo para mí?

—Desgraciadamente... nada señor.

La palabra «nada» parece demasiado cruel para ser verdad. —¿Qué quieres decir con «nada»?

—Revisé todos los antros que hicieron subastas anoche, señor. No había ninguna chica que coincidiera con la descripción que me dio.

Aprieto los dientes. —¿Tienes información sobre más subastas en los próximos días?

—Que yo sepa, solo se harán dos. Una en la parte alta de la ciudad y otra en el centro. Me las arreglé para conseguir los catálogos. Le enviaré ambos ahora. Si no está en esas listas, entonces es una venta privada o está en otro lugar completamente distinto. Me temo que agotamos todas las demás posibilidades.

—Envíame las listas. Las revisaré ahora.

—Sí, señor, como ordene.

Cuelgo y miro el móvil como si fuera una bomba de tiempo. Suena y abro el chat con los

mensajes y el primero de los dos documentos que me ha enviado. Hay trece chicas en la subasta del centro. Ninguna de ellas es mi hermana.

Paso a la lista de la parte alta de la ciudad. Seis chicas. Ninguna es Polly.

No me jodas.

Me pongo en pie mientras me invade una nueva rabia. Necesito golpear algo. Y sé qué saco de boxeo usar.

Bajo las escaleras, atravieso los pasillos desolados de mi casa y salgo al jardín. Hace frío, pero apenas lo noto mientras me dirijo hacia la bodega de herramientas.

Este *mudak* va a hablar de una forma u otra.

Enciendo las luces más brillantes y bajo furioso los escalones. Alan se retuerce en su delgado colchón como si la luz lo atormentara. Boris, en cambio, está sentado estoicamente en su silla de hierro, atado con alambre de púas por las muñecas y los tobillos, mirándome con ojos entrecerrados que no se alteran lo más mínimo. Como si hubiera estado esperando a que yo apareciera.

—¿Otra vez, Uri, tan pronto? —murmura Boris con una sonrisa egocéntrica—. Debes echarme mucho de menos.

Alan se levanta con dificultad, con los ojos desorbitados y asustado mientras mira, preguntándose a cuál de los dos le tocara primero.

Avanzo rápidamente hacia Boris. —¿A quién le vendiste a mi hermana?

Boris se ríe desmesuradamente. Cuando por fin se calma, hace ademán de intentar recordar. —Hm, ¿sabes qué? Lo olvidé. Ayúdame a refrescar la memoria, ¿quieres?

Le doy un puñetazo en el costado. Siento el crujido seco del hueso de la costilla que se rompe bajo mi puño. Boris gruñe sin decir nada. Su torso se inclina al instante, pero el alambre de púas evita que se doble demasiado.

—Dios mío, apiádate de nosotros —jadea Alan, encogiéndose más en su lado de la celda.

—Dios no te ayudará, Alan. A ninguno de los dos —vuelvo mi atención a Boris—. Esa vez te rompí una costilla, Sobakin. ¿Seguro que quieres que te rompa otra?

Respira entrecortadamente, pero se encoge de hombros sin decir nada. —Haz lo que creas más idóneo, a ver si recuerdo algo.

Su cara ya es carne picada desde la última vez, pero vuelvo a golpearlo con los nudillos. La sangre brota por todas las cicatrices a medio formar y más huesos crujen volviendo a fisurarse.

Cuando por fin me detengo a tomar aire, Alan tiene la cara enterrada bajo la almohada y Boris deja caer la cabeza hacia un costado. Lo agarro por el escaso pelo y lo obligo a levantar la cara. —¿Hablarás o necesitas un poco más de escarmiento?

Boris escupe una bocanada de sangre coagulada y un par de fragmentos de dientes. —¿De qué quieres hablar? —pregunta con calma—. ¿Del clima? ¿O del partido de los Lakers? ¿O quizás

has visto algo nuevo en la televisión?

Mis nudillos están en carne viva y ensangrentados, pero vuelven a apretarse con fuerza. Aparentemente, hará falta mucho más que una simple tortura para que se quiebre. Eso significa que tengo que ser creativo.

Lo suelto con disgusto y me dirijo hacia el armario de armas cerrado con candado en un rincón. Lo abro y saco una de mis navajas artesanales. Cuando pruebo el filo con el más ligero de los toques, mi dedo queda marcado con una fina línea de sangre.

Alan abre los ojos cuando ve que la hoja brilla a la luz. Boris parece impasible. —Genial, ¿me vas a trinchar para la cena? —exclama, mofándose en mi cara.

—¿Alguna vez te han desollado, Boris? —pregunto, tomando una silla y ubicándola al lado suyo —. Dicen que puede ser tan doloroso que empiezas a suplicar que te corten toda la parte que quedó sin piel.

Parece intrigado. —Supongo que lo averiguaremos, ¿no?

Entorno los ojos hacia él. —Me subestimas.

—No —muestra los dientes—. Eres *tú* quien me subestima. La mente sobre la materia, amigo mío. Mente sobre materia. Tortúrame todo lo que quieras, mi mente no sentirá nada.

Rechinando los dientes, lo agarro del brazo y tiro de él hacia mí. —Ya lo veremos.

Empiezo por el antebrazo y presiono hasta que la piel se desprende en nauseabundas cintas. Observo su cara todo el tiempo. Está pálido como un muerto y la mandíbula no le deja de temblar, pero aun así no grita. Ni siquiera intenta apartar el brazo. Y no suplica que pare.

Cuando levanto la banda de piel que tallé, Boris me mira a los ojos y me dedica una sonrisa, apretando los dientes. —Tu trabajo es admirable, Uri.

A pesar de su mente sobre la materia de mierda, hay dolor grabado en toda su cara. Transpira de una forma descontrolada y sus ojos van de un lugar a otro y dan la sensación de que se desmayará en cualquier momento.

—Gracias por el cumplido. Seguiré, entonces.

Su mandíbula se aprieta. —Adelante. Puedo soportarlo.

Empujo el taburete con tanta fuerza que cae al suelo.

—¿Pero por qué *querías a mi hermana*? —le grito.

—Porque *esto* es exactamente lo que quería —las venas rojas de sus ojos se oscurecen y palpitan —. Tu dolor. Tu miedo. Tu confusión interior. *Ese* fue siempre mi objetivo.

Asiento y me levanto, dejando caer el cuchillo ensangrentado sobre la mesa a mi lado. —¿Quieres verme sufrir? El sentimiento es mutuo. Pero creo que me equivoqué. Me dañaste llevándote a la persona que amaba. Debería devolvértelo con la misma moneda —me acerco tanto que puedo sentir el olor a carne y sangre de sus heridas supurantes—. Encontraré a las personas que más quieres. Encontraré a tus seres queridos y haré que veas cómo arranco la piel

de *sus* putos cuerpos.

Le brillan restos de dientes cuando sonríe. —Desafortunadamente para ti, no hay nadie a quien ame. No hay nadie que me importe.

Su voz se mantiene firme, pero hay algo más. Solo dura un segundo, pero capto el miedo que cruza sus ojos.

Es toda la confirmación que necesito.

Sonrío despacio. —¿Estás seguro? —le digo en un tono burlón.

Traga saliva, intentando ocultar sus nervios tras una sonrisa. Pero esta vez su sonrisa es débil y poco convincente.

Me río de él mientras me despido. —Te veré pronto, Boris. La próxima vez, traeré compañía.

ALYSSA

Hay momentos en la monotonía de comer, dormir y llorar en los que parece que me estoy volviendo loca.

¿Qué hacía yo a los catorce? Alucinada por la fiesta de bienvenida de primer año. Aprendiendo a andar con tacones con Ziva en el ático. Escabulléndonos a casa de Elle, aunque nuestros padres no habrían tenido ningún problema en que fuéramos si hubiéramos pedido permiso. Teníamos que crear algo de drama, porque nuestras vidas eran demasiado tranquilas y normales.

Hablábamos de ropa y de música. Nos reíamos de cualquier tontería. Hacíamos planes para el futuro y nos reíamos de los chicos que nos parecían guapos y cotilleábamos sobre las chicas que nos parecían unas putas.

Eso era normal para una chica de catorce años. Eso es lo correcto.

No puedo dejar de pensar en Polly y en lo que debe estar pasando ahora. Tiene catorce años y se enfrenta a la esclavitud sexual. Tiene catorce años y se enfrenta a horribles e interminables abusos. Catorce años y sola. Catorce años y aterrada.

Y todo es *mi maldita culpa.*

¿Por qué pensé que llevarla era una buena idea? Perdí a Lev en manos del enemigo y de alguna manera, ¿pensé que llevar a Polly sería diferente? Estoy desconcertada por mi propia estupidez, mi propia falta de visión.

Claro, Polly es más fuerte que yo a los catorce años. Conoce este mundo y lo que está en juego. Perdió a sus padres tan joven que tuvo que madurar el doble de rápido.

Pero eso no es excusa.

No sé cómo arreglar todo este drama, no tengo excusas y menos algún tipo de plan, o sea que me quedaré aquí acostada en una cama hecha por mí misma sin otra opción que intentar implorar desesperadamente a cualquier poder divino que pueda estar dispuesto a prestar oídos a esta alma desconsolada.

Dios mío. Por favor, protégela. Mantenla a salvo. Ayúdanos a encontrarla. Haré lo que sea.

Haré lo que sea.

Ha pasado tiempo desde mi última comida. No porque Svetlana no las baje, sino porque perdí el

apetito justo en el momento en que Uri me besó, me mandó a la mierda y se fue.

Sé que tengo que pensar en mi bebé, pero no tengo fuerzas ni ganas de comer algo. No tengo hambre. Mi estómago se siente mejor vacío. Vacío como el resto de mi vida.

Me parece que pasaron semanas desde que la Dra. Popov vino a verme, pero sé que solo es un puñado de días. Tengo que ponerme las pilas antes de su próxima visita, o me arriesgo a que le cuente a Uri lo de mi embarazo. Si se entera por alguien que no sea yo...

Bueno, no tengo ni idea de lo que hará.

Pero no es como si me pudiera tratar peor, ¿verdad?

Doy un salto cuando la puerta se abre de golpe. No me molesto en girarme para ver quién es. Probablemente solo sea Svetlana con otra bandeja que voy a ignorar. Me abrazo un poco más a la almohada y espero a que la puerta vuelva a cerrarse.

Pronto. En cualquier momento. ¿Por qué no...?

—Alyssa.

Abro los ojos y veo el rostro borroso de Uri, suspendido sobre el mío. Parpadeo un par de veces hasta que comienzo a enfocar. Sin embargo, su cara está mal. La mandíbula es demasiado cuadrada y blanda. Sus ojos son demasiado oscuros.

Oh. No es Uri. Es Nikolai.

—Alyssa. ¿Puedes darte vuelta y sentarte, por favor?

—No —replico en un tono infantil, enterrando la cara bajo la almohada. No tengo ganas de hablar con nadie, y mucho menos con el desconsiderado hermano de Uri—. Lárgate.

No me escucha. A pesar de lo fuerte que sostengo la almohada sobre mi cabeza, su voz sigue siendo clara. —No has comido nada en más de veinticuatro horas.

—¿Por qué te importa?

Hay una pausa. —Simplemente me importa.

Frunzo el ceño y me giro lentamente para verlo de reojo. —Eso no tiene ningún sentido.

—¿Por qué no?

—Lárgate. Esto no tiene por qué importarte.

Frunce el ceño. —¿Por qué me ves como una especie de monstruo insensible?

—Porque lo eres —sale antes de que pueda detenerlo. Ya no pienso mis respuestas antes de decirlas. Eso requiere una energía que no tengo en este momento.

Suspira y se sienta en el suelo junto a mi cama para que podamos vernos a los ojos.

—Tendrás que perdonarme por no haber sido más amable —dice con voz cansada—. Estaba ocupado cuidando de mi hermano y preocupándome por mi hermana.

Una forma de tocarme el corazón colateralmente. Me apoyo en los codos y levanto la cabeza del colchón. —Lo siento.

Sacude la cabeza. —No estoy aquí para hacerte sentir mal, Alyssa. Estoy aquí porque estoy preocupado por ti.

—¿Por qué deberías estarlo?

—Porque pasaste por un trauma importante. Tienes que hablar con alguien sobre eso. Suprimirlo nunca funciona. No por mucho tiempo, al menos.

Si entrecierro los ojos, se parece mucho a Uri. Pero tengo que resistir el impulso. No quiero que piense que estoy completamente loca.

—Aunque no tengas ganas de hablar —continúa—, tienes que intentarlo. Emily dijo...

—¿Hablaste con la doctora Popov? —me incorporo rápidamente—. ¿Qué te dijo?

—Me dijo que mostrabas signos de estrés postraumático y que necesitabas que te cuidaran. Llamó ayer para preguntar cómo estabas.

—¿Así que por eso estás aquí ahora?

—Entre otras razones —respira hondo—. ¿Te sentirías mejor si la trajera aquí para que tengas algo más de compañía?

Dudo antes de negar con la cabeza. —La única persona con la que quiero hablar ni siquiera me mira.

Nikolai hace una mueca de dolor y se frota la barba. —Es porque está herido, Alyssa. Se enorgullece de ser el protector de esta familia. Lo está tomando como algo personal.

—¿Personal? —me río en la cara de Nikolai—. No se lo está tomando como algo personal, se está desquitando *conmigo.*

Justo a tiempo, ese karma familiar y retumbante vuelve a sonar en mi cabeza.

Mi Culpa

Todo esto es mi culpa.

Absolutamente todo es mi culpa.

Es difícil enfadarse con Uri cuando sé que tiene razón en despreciarme.

—Sé que eso parece, pero él no te culpa a ti. Se culpa a sí mismo. Y lo admito... yo también lo culpé durante un tiempo —alzo las cejas y Nikolai continúa con una mueca—. Me pareció una tontería y una falta de visión traerte aquí y exponerte a Lev y Polly. Antepuso sus necesidades a las de la familia. Dije que era irresponsable. Pero... también subestimé sus sentimientos por ti.

Abro mucho los ojos. —¿Sus sentimientos por mí? ¿Qué sentimientos? Me *odia*.

Ahora le toca a Nikolai soltar una carcajada incrédula. —Uri es una persona que cuando estalla en ira es incontrolable, y contigo solo parece un pretexto para verte, créeme.

Solo puedo mirar boquiabierta a Nikolai. Está equivocado. Tiene que estarlo, lo siento en los huesos. Pero, ¿en qué se equivoca? ¿Dónde está el fallo de la teoría? Estoy atrapada aquí abajo en este sótano y Uri está lejos en algún lugar, así que esto es todo lo que tengo para seguir adelante.

Es patético lo ansiosa que estoy por aferrarme a lo que dice.

—Ahora, ¿quieres comer algo o tengo que traer a Emily?

Asiento a regañadientes. —Comeré —Nikolai acerca la bandeja de comida y yo saco una pequeña porción del cruasán caliente. Se me revuelve el estómago, pero no tengo apetito. De todos modos, como.

—¿Hay alguna noticia... sobre Polly? —me aventuro.

Nikolai sacude la cabeza con suavidad. —Todavía no —me mira por un segundo. —Pero no te preocupes. Si alguien puede encontrar a Polly, ese es Uri.

Si todo lo que dijo es verdad, también tengo que creer esto.

La única alternativa que me queda es la locura.

URI

Llevo horas contactando a mis hombres y revisando cada chat en búsqueda de algo nuevo o algo que se me haya pasado. No encuentro nada. Cada llamada me deja más preocupado e intranquilo.

He estudiado detenidamente los nombres de los hombres que participan con frecuencia en las subastas de esclavitud. Todos ellos son ricos y poderosos. Y cada uno tiene sus propias perversiones.

Hay un belga aficionado al sadomasoquismo. Un checo al que le encanta compartir sus compras con todos sus soldados. Un americano que experimenta con la zoofilia.

Monstruos, pervertidos, cada uno de ellos.

Y mi hermana de catorce años está en su punto de mira.

Tengo a mis hombres recorriendo cada rincón de la ciudad, tratando de obtener toda la información que puedan sobre las próximas transacciones. Pero todos los acuerdos privados se siguen haciendo a mis espaldas y no puedo dar con ellos. Cada vez que intento encontrar a los involucrados, toda pista desaparece por completo, dejándome aferrado a la esperanza y a rumores a medio formar.

El hecho de no haber dormido bien en más de cuarenta y ocho horas no ayuda.

Me siento mareado y el dolor de cabeza es un suplicio y, si a eso le agregamos la angustia que se acumula en mi pecho, todo va fatal. A veces, cuando parpadeo, veo a Polly desnuda y colgada como un trozo de carne para que todos esos animales saboreen su próxima mascada.

—Maldita sea—murmuro en mi despacho—. ¡Maldita sea…!

Cada puto segundo que pasa es otro segundo que pierdo ante esos depravados. ¿Y si ya la pusieron en venta? ¿Y si ya se fue? ¿Y si algún puto pedófilo la tiene en sus manos ahora mismo?

Llego al punto en que siento que sacarme los ojos es la única opción que me queda. Pasaron unas horas desde que Nikolai se fue y, por mucho que a veces nos peleemos, su presencia me tranquiliza. Especialmente cuando caigo en la desesperación y pierdo el control de mi ser.

Pero ahora *definitivamente vuelvo a caer en espiral*.

Tomo el teléfono y marco. Responde rápido. —¿Nikolai?

—¿Uri? Mierda, hombre, me asustas. ¿Estás bien?

—Por supuesto que estoy bien. ¿Qué clase de pregunta es esa?

—Pareces borracho.

Mi mandíbula se aprieta. —No lo estoy.

—Supongo que aún no has dormido.

¿Por qué decidí llamarlo otra vez? Empiezo a caminar entre la puerta y la ventana. Y es cuando veo que empieza a salir el sol, o sea que pasé otra noche en vela. —¿Alguna pista?

—No desde la última vez que me llamaste... hace veinticuatro minutos.

¿Ha pasado solo ese tiempo? En mi cabeza, fueron incontables horas. —Tiene que haber algo, Niko —le digo de mal humor—. Vi los ojos del bastardo cuando mencioné a sus seres queridos. Tiene a alguien ahí fuera que le importa. Un hijo. Un padre. Un hermano. Una mujer. Tenemos que averiguar quién es.

—Ya estoy trabajando en eso, Uri —la voz de Nikolai es inusualmente suave—. Confía en mí. Ya estoy buscando. Pero necesito que te vayas a dormir.

—¿No lo entiendes? Dormir sería una traición a Polly. ¿Qué clase de lamentable excusa de hermano dormiría mientras su hermanita se pudre en manos de las bestias del inframundo?

—Yo lo haría, Uri. Necesito estar bien para pensar con claridad y tú deberías hacer lo mismo en lugar de provocar más caos que soluciones.

—Está bien... tan pronto como Polly vuelva a casa, descansaré.

—Joder que *eres* testarudo, Uri.

—Avísame en cuanto averigües algo.

Cuelgo antes de que pueda seguir sermoneándome. Entonces, decido ir a la cocina y prepararme un café. A este paso, parece que estoy hecho de un tercio de angustia y dos tercios de cafeína.

Estoy a medio camino de la cocina cuando me encuentro con Svetlana en el pasillo. Lleva un tazón de cereales.

—¿Para Lev? —pregunto.

Asiente. —Últimamente Lev se levanta temprano —sus ojos revolotean hacia la puerta del sótano—. Señor... sigue preguntando por...

—¡No! —guarda silencio y asiente dócilmente—. Si Lev vuelve a preguntar por ella, dale una dosis y córtalo.

—Por supuesto, señor.

Ella se agacha escaleras arriba y yo giro en dirección al sótano. Todo el dolor y el sufrimiento se debe a *ella*. Si no fuera por Alyssa, Lev no habría sido secuestrado y Polly no seguiría desaparecida, mi hermano no sería adicto a Alyssa y mi hermana no se enfrentaría a la esclavitud

sexual siendo tan pequeña.

—*Blyat'* —grito mientras mi cuerpo reacciona a toda la ofuscación y la rabia que se abren paso en mí.

Abandono el café y me dirijo al sótano. El soldado de guardia abre la puerta al verme y yo la atravieso a toda velocidad, dispuesto a desatar mi ira contra ella.

Está tumbada en posición fetal en la cama, pero de un vistazo me doy cuenta de que lleva despierta no solo un rato, sino ya varias horas. Yo lo sé. Tenemos las mismas ojeras.

—¿Has encontrado a Polly? —me pregunta en cuanto me ve.

Lo único que hace esa pregunta es avivar mi furia. Pero ella tiene razón, *yo* tengo la responsabilidad de encontrar a Polly. Siempre ha sido así.

—¿Encontrar a Polly? —ante mi voz, Alyssa se sobresalta, aunque todavía está lejos de mi alcance. Mantengo la distancia. Si me acerco demasiado, no sé lo que haré. Besarla, follármela, estrangularla... cada opción parece peor que la anterior—. ¿Cómo se supone que voy a encontrar a Polly si no me das ninguna información?

—Te dije...

—Ya sabía lo de los círculos de prostitución. Dime algo que no sepa. Estuviste con ella casi dos días y ¿me dices que no lograste captar nada mientras estabas allí?

Su semblante cambia. —Estoy tratando de recordar... pero las drogas...

—No te escondas detrás de excusas.

Sus ojos se abren de par en par. Primero se sorprende y luego se enfada. Se levanta de la cama, pero su ropa íntima suelta llama mi atención. —¿Crees que es una excusa? —se ríe histéricamente—. ¿Crees que no quiero recuperar a Polly lo antes posible? ¿Crees que estoy *disfrutando* esto?

—Es tu culpa que se la hayan llevado. Pensé que te esforzarías más por recordar...

—¿Crees que no lo quiero? Paso cada puto minuto aquí dándole vueltas en mi cabeza, intentando reconstruir lo que pasó. *¡Me estoy reventando la cabeza* intentando recordar, Uri!

La agarro del codo y tiro de ella hacia mí para poder gritarle en la cara. —¡*Esfuérzate más, joder!*

No sé qué pensar cuando la miro. No sé cómo actuar ni se cómo ser. Me doy cuenta que adelgazó mucho. El sostén le cuelga de los hombros, los finos tirantes dejan al descubierto sus prominentes clavículas. Su piel es pálida y el brazo que agarro parece lo bastante frágil como para desmoronarse si aprieto demasiado.

—¡Venir aquí y grítame no te servirá de nada! —me grita—. Nada de esto ayudará. Dios, Uri, ni siquiera puedes mirarme a los ojos.

—Porque, cuando te miro, todo lo que veo es traición. Confié en ti y me apuñalaste por la espalda.

Un sollozo entrecortado escapa de sus labios. —¿De verdad crees que necesitas refregarme todo que hice mal en la cara?

Siento el calor de sus ojos y me doy cuenta de la peligrosa situación en la que estoy. Me atraerá con sus ojos de sirena, sus súplicas y su amor por mis hermanos.

No. No volveré a ser absorbido por ese agujero negro. Puede parecer el paraíso durante unos segundos, pero ahora sé que es una trampa.

Así que la suelto y la empujo para que retroceda unos pasos.

—Por favor, mírame, Uri —suplica mientras le tiembla la voz—. Me importa recuperar a Polly tanto como a ti. Necesito que me creas de una vez por todas.

Me trago el amargo sabor de la compasión. El sentimiento de culpa también lo hago a un lado. Tener piedad con Alyssa no traerá de vuelta a Polly. Así que, si Alyssa se está volviendo loca encerrada aquí sola... que así sea.

Es lo menos que se merece.

—Tienes razón —murmuro—. No puedo mirarte. Y, a partir de ahora... no te volveré a ver.

Le doy la espalda y empiezo a caminar hacia la puerta del sótano. Necesito distancia, espacio para respirar, para dejar que esta empalagosa culpabilidad me haga efecto. No me siento mal por Alyssa. No puedo. No debo.

—¡Uri!

La ignoro. Puede gritar por mí hasta que su cara se ponga azul, pero no daré marcha atrás. Hasta que...

—Hay algo que no sabes. *Estoy embarazada*.

Me quedo paralizado en el umbral. Lo único que oigo son sus palabras resonando en mis oídos, y el pulso de mi corazón, retumbando en mi pecho.

Embarazada.

Embarazada.

Embarazada.

Entonces calza todo. Es una *mentirosa.*

Subestimé a la pequeña sirena. Realmente es capaz de cualquier cosa. Pensé que nunca caería tan bajo... pero supongo que me equivoqué.

Me giro lentamente y me acerco a ella. Parece más frágil que nunca, acurrucada a mi sombra, enjaulada entre la pared junto a su cama y yo.

—Eres una mentirosa.

Me mira fijamente, parpadea y trata de que no vea que le tiembla la barbilla. —No miento. Solo tengo trece semanas. Pregúntale a la doctora Popov si no me crees.

Mentirosa.

Embarazada.

Mentirosa.

Embarazada.

¿Crees que no lo haré?

—Lo consultaré con la doctora—le digo a Alyssa en un tono altanero—. Y, si estás mintiendo, eres una mujer muerta.

Entonces, salgo, con el corazón a punto de salir de mi pecho.

ALYSSA

—Haré que te examinen.

Suspiro y balanceo las piernas fuera de la cama. Estoy decepcionada. Pero me lo esperaba después de que Uri saliera furioso del sótano ayer, después de que le dijera toda la verdad.

¿Por qué tuve que hablar?

Hablé por tonta, pensé que me acercaría un poco más.

—Pase, por favor —Uri abre un poco más la puerta. Por lo menos, me alegro de poder volver a ver a la doctora Popov. Pero, cuando entra, no es Emily con su sonrisa amable y su hermosa compasión. Es un hombre de rostro sombrío con una bata blanca abotonada. Lo siguen dos tétricos soldados de la Bratva, cargados con intimidantes equipos médicos.

—¿Dónde está Emily? —pregunto mientras los hombres colocan todo el equipo a un metros de la cama.

—Está indispuesta —responde Uri con voz inexpresiva—. Él es el Dr. Grigory Tasarov.

El Dr. Grigory ni siquiera me saluda, solo me mira de reojo. Uno de los soldados coloca una silla junto a mi cama. El doctor se sienta en ella, pero no aparta la vista de los historiales en su mano.

Uri permanece como una gárgola en un rincón, enorme y silencioso, con el rostro oculto por las sombras. Es difícil culparlo, pero su frialdad es irritante. Ahora es cuando desearía no haberle contado absolutamente nada sobre él bebé.

Con un suspiro, el Dr. Grigory me mira a los ojos por primera vez desde que entró. —Alyssa, ¿cómo te sientes hoy?

—Bastante decepcionada, en realidad —digo, mirándolo a los ojos—. Molesta y muy frustrada.

Veo de reojo a Uri. Su mandíbula está tensa de rabia por mis comentarios. El médico me dirige una mirada seria por encima de sus gafas. —Me refería físicamente.

Me encojo de hombros. —Cansada. Me duele todo el cuerpo. Probablemente porque no se me permitió ver la luz ni hacer ejercicio al aire libre desde que me encerraron en esta catacumba.

La mayoría de los médicos lo considerarían «alarmante» o, como mínimo, «digno de tener en cuenta». Este ni siquiera pestañea. Tengo la sensación de que ha visto cosas peores que un rehén

bien alimentado en un sótano completamente amueblado. —¿Cómo está tu apetito?

—Inexistente.

—¿Pero comes?

—Solo cuando Nikolai viene y me obliga.

Eso, finalmente, hace reaccionar a Uri. Sus ojos me recorren y su mandíbula se tensa aún más. Supongo que no sabía nada de las visitas de Nikolai.

Interesante.

—¿Puedes levantar tu blusa, por favor?

Hago lo que me dice. A pesar de estar de trece semanas, ya tengo un poco de barriga. Es pequeña, pero ahí está. El médico palpa mi barriga con los dedos y frunce los labios.

—Bueno, estás embarazada.

Miro a Uri. —¿Estás contento ahora?

Me ignora, pero le exige al doctor. —Quiero que le haga una ecografía, doctor. Quiero estar completamente seguro.

—¿De verdad crees que he engañado al doctor también? —lo encaro.

De nuevo, me ignora. *¿Por qué me hiere tanto?*

El médico enciende la máquina y me echa un chorro de gel de ultrasonido en el vientre. El cambio de temperatura me pilla desprevenida y me hace retorcer hasta que mi cuerpo se acostumbra a la sustancia. Ni siquiera me doy cuenta de que la pantalla se iluminó con las imágenes de mi vientre.

—¿Qué es eso? —respiro hondo—. ¿Ese es mi bebé?

Los ojos del médico están fijos en la pantalla mientras pasa el cabezal arriba y abajo por mi vientre. —Bueno, ¿qué tenemos aquí...?

Frunzo el ceño. —¿Está todo bien? —el pánico comienza a aumentar cuando el doctor no da ninguna respuesta. Mi mente empieza a dar vueltas. *¿Le pasó algo a mi bebé? ¿Todo el estrés le hizo algo? ¿Debería haber comido más? ¿Le he hecho daño a mi propio bebé antes de que nazca?*

Oh, Dios. Ayúdame, por favor.

Agarro mi brazalete e intento sacar fuerzas de mi conexión Z. Dios sabe que el padre de mi hijo jamás me dará la mano para reconfortarme, así que esto tendrá que bastar.

—Parece que tenemos algo entre manos. Son gemelos.

Se me cae la pulsera. Y quedo boquiabierta. —Qué has dicho... ¿Acabas de decir *gemelos*?

El Dr. Grigory se vuelve hacia mí con una mueca que finge ser una sonrisa. —Así es. Tendrás dos bebés, Alyssa.

Suelto un sollozo y una mezcla de sensaciones se me acumulan en la garganta y todas intentan salir de una vez. —Yo también *soy gemela* —digo en voz baja.

—Suele ser hereditario. Felicitaciones —dice el doctor.

No puedo acariciarme la barriga por todo el gel que me cubre, pero me miro y experimento un raro momento de felicidad. Es un momento de alivio y satisfacción después de las últimas semanas.

Gemelos.

Dios mío.

Ziva, donde quiera que estés... gracias.

—¿Sabes si serán niños o niñas? —pregunto, emocionada.

El Dr. Grigory me da unas palmaditas en la rodilla. —Me temo que es demasiado pronto para saberlo. Pero otro mes y deberíamos saber que son.

—Gemelos —vuelvo a repetir, mirando una vez más hacia la pantalla. Veo esas pequeñas manchitas en el monitor—. Gemelos, Ziva.

Vuelvo a tomar mi brazalete. Probablemente sea una tontería, pero siento que ser madre de gemelos es como una señal. Una señal de que no estoy sola. Que Ziva está aquí conmigo, guiándome, ayudándome, protegiéndome. No estoy completamente sola, aunque lo parezca la mayoría de las veces.

Me vuelvo hacia Uri, emocionada por ver su reacción. Pero toda mi alegría desaparece cuando veo el ceño inexpresivo en su cara. Ninguna emoción. Es como si le hubieran dicho que chocaron su auto favorito.

—Gracias, doctor —dice Uri al fin, antes de hacer un gesto a sus hombres para que ayuden al doctor a guardar su equipo—. Mis hombres guardarán todo.

Necesito toda la fuerza que tengo para no enterrar la cara en la almohada y gritar.

Antes de marcharse, el Dr. Grigory me receta vitaminas prenatales específicas y medicamentos para las náuseas. Me hace prometer que comeré bien y beberé mucha agua y se marcha con un gesto de despedida.

Los guardias de seguridad sacan el equipo de la misma manera que lo trajeron. Alzo la vista con la esperanza de ver a Uri, pero ni siquiera me mira antes de cerrar la puerta en mis narices.

Su falta total de interés me deja inquieta y muy nerviosa. ¿Esperaba que no estuviera embarazada?

Obviamente. Ningún hombre quiere tener un hijo con la mujer que accidentalmente hizo que su hermana fuera vendida como esclava sexual. Pero una parte ingenua de mí creyó que todo podía cambiar, que lo haría feliz.

Soy una idiota.

Vuelvo acostarme y miro el techo. Se me escapan un par de lágrimas, pero me las seco

rápidamente.

No puedo dejar que mi felicidad sea interferida por él. Está bastante claro que, a pesar de estos bebés, nuestros futuros van por caminos separados.

No importa. Siempre me alegraré por estos bebés.

Pero, aunque intente convencerme, la preocupación sigue rondando mi cabeza. Incluso si llegaran a encontrar a Polly, ¿me perdonará? ¿Y si nunca encuentran a Polly? ¿Qué pasará entonces? ¿Llegará a odiar a sus propios hijos como me odia a mí?

Ya no sé cómo reaccionará.

Ya no sé nada.

URI

Gemelos.

En seis meses, tendré *dos* hijos.

Es una locura, pero de la mejor manera posible. Ojalá pudiera disfrutarlo como se debe. Sin todo el estrés, la preocupación y el miedo. Si Polly estuviera aquí y a salvo, podría celebrar esta noticia como se merece, con fuegos artificiales, champán y las cabezas de todos los que se atrevieron a amenazar a mi familia clavadas en estacas en el jardín.

En cuanto el Dr. Grigory se marcha, me dirijo a mi despacho y empiezo a dar vuelta por todo el lugar. Tardo varias vueltas en procesar todo lo que me acaban de confirmar.

Voy a ser padre. Sinceramente, pensé que este momento llegaría dentro de muchos años, pero, ahora que llegó, me siento preparado. Es una oportunidad para redimirme. Es una segunda oportunidad para todos nosotros.

Y con todos nosotros me refiero a mi familia.

Alyssa no es parte de eso.

Ella no puede serlo. No califica. No después de su participación en el secuestro de Polly. Ella puede ser la madre de mis hijos, pero es ahí donde todo termina. No hay manera de que pueda confiar en ella de nuevo después de esto, y eso anula cualquier tipo de futuro que podríamos haber tenido juntos.

Pero *joder*... mi subconsciente todavía me dice que la quiero a ella.

Por eso estoy marcando el paso. La guerra entre lo que tengo y lo que no tengo. Lo que quiero y lo que nunca puedo permitirme reconocer.

No tengo los pensamientos claros cuando tomo el móvil y llamo a Nikolai.

—*Todavía* no tengo noticias nuevas, hermano. Te dije que te llamaría si...

—No te llamo por eso.

Nikolai guarda silencio un momento. —Suenas raro. ¿Qué pasa?

—El Dr. Grigory acaba de venir a examinar a Alyssa.

—¿Grigory no se había retirado? ¿Qué le paso a Emily?

—Se estaba acercando demasiado a Alyssa —explico, impaciente—. Eso y el hecho de que no me habló del estado de Alyssa.

—¿Qué le pasó?

—Alyssa está embarazada —Nikolai se queda callado, atónito ante mis palabras. Habría sido mejor darle la noticia en persona—. ¿Nikolai? ¿Sigues ahí?

—Si, te escucho —dice en voz baja—. ¿Es verdad lo que me dices?

—Grigory acaba de confirmarlo. Vi la ecografía y todo.

—¿Viste al bebé?

—*Bebés* —corrijo—. Voy a ser padre de gemelos.

—¡Dios mío! —exclama Nikolai—. ¿Hablas en serio? Me estas jodiendo... ¿Son buenas o malas noticias?

—En esencia, es una buena noticia.

Oigo a Nikolai respirar hondo. —Bueno, entonces, a la mierda todo. ¡Felicidades, hermano!

—Necesito que la vigiles. Asegúrate de que duerma y coma bien. No debería ser un problema para ti... pues lo has estado haciendo —no puedo controlar mi tono de amargado y se hace muy evidente—. Mi única preocupación es que esos bebés nazcan sanos y a salvo. Después de eso, me ocuparé de Alyssa.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Eso es asunto mío, no tuyo.

—Uri, vamos, hermano. Ahora no es solo tu vecina. Es la madre de tus hijos. ¿No crees que estás siendo demasiado duro con ella?

—No —lo corto—. Ni siquiera he empezado a ser duro con ella.

Un hombre más inteligente tomaría mi tono como una advertencia, pero no mi hermano. —Esto no es su culpa, Uri. Estuvo atrapada en ese sótano durante semanas. Por supuesto que intentaría escapar cuando tuviera la oportunidad. No sabía si podía confiar en *ti*.

—¿Eso es lo que te dijo? —le exijo—. ¿Durante una de sus acogedoras charlas en el sótano?

—Vete a la mierda, *imbécil*. Estás siendo un mocoso.

Debería haber esperado a que estuviéramos cara a cara para tener esta conversación. Entonces, podría haberle dado un puñetazo en la cara. —Y tú estás siendo un tonto. No creas que no te está usando de la misma manera que usó a Lev y a Polly.

—Solo intento...

—No lo hagas —lo interrumpo— Cuando necesite un consejo sobre mujeres, te lo pediré. Hasta que llegue ese momento, no te metas en mis asuntos.

Joder. Mi felicidad por saber que iba a ser padre se derrite en un charco de complicaciones. ¿Cómo es que me convertí en el malo de esta serie?

¿Qué le pasa a esa pequeña *narushitel*? ¿Qué clase de encanto hechizante tiene que consiguió ganarse a todos y cada uno de los miembros de mi familia? Lev y Polly, puedo llegar a entenderlo. Lev es vulnerable. Y Polly anhela un modelo femenino desde que murió nuestra madre.

Pero ¿Nikolai? Él debería ser fuerte y lograr discernir sus mentiras.

Me dejo caer sobre mi escritorio e intento calmar la rabia que recorre mis venas como un veneno. Echo un vistazo a los monitores que ignoré desde el momento en que Alyssa volvió al sótano. Mi disciplina se mantuvo inquebrantable todo este tiempo. Sin perturbaciones. Sin alteraciones. Ningún momento de debilidad.

Pero, en cuestión de segundos, se desmorona.

Enciendo el monitor y la pantalla cobra vida con la imagen de Alyssa. Está tumbada en la cama con la camiseta subida por encima del vientre, pasándose las manos por el pequeño estómago mientras mueve los labios.

Enciendo el volumen y capto su voz. Les está hablando. ¡No! Les está *cantando*.

—...Papá te *comprará un ruiseñor... y, si ese ruiseñor no canta, Papá te comprará un anillo de diamantes...*

Me doy cuenta que estoy inclinado hacia el monitor. Es un puto canto de sirena que me arrastra a aguas profundas, lo sé, pero no puedo parar. La combinación de verla frotarse la barriga, cantar a nuestros bebés y decir la palabra «papá» enciende algo en mi interior.

Mi ánimo mejora considerablemente.

La posesividad en mí también. Y dos pensamientos se me vienen a la mente. El primero de ellos es «esos son *mis* hijos». Y el segundo es «y esa es *mi* mujer». La primera frase me encanta. Pero la segunda parte es problemática, por decir lo menos.

No puedo dejar que estos bebés den un giro a mi determinación. Alyssa y yo estuvimos condenados en el momento en que puso a mis hermanos en peligro. No puedo permitir que me engatuse de la misma forma que a los demás.

No importa lo que diga mi corazón.

No importa lo que diga mi polla.

Tengo que mantenerme fuerte. Tengo que odiarla. El odio es lo único que me protegerá de perderme en ella.

Así que me corrijo. Ella no es mi mujer. Ella es simplemente la incubadora. Un trozo de carne para satisfacer mis necesidades.

Eso es todo lo que puede ser.

ALYSSA

Con todas las vitaminas y medicamentos circulando por mi cuerpo, me siento mejor. Físicamente hablando.

Mentalmente... eso es un dilema aparte.

La principal preocupación de mi cabeza es, obviamente, Polly. A cada hora que pasa, espero que alguien entre en el sótano para decirme que la encontraron. Que está sana y salva. Y que por fin puedo dormir tranquila por las noches.

Las horas pasan y nadie aparece.

Pero mi mente sigue atormentada con otra preocupación. Uri. Su falta de interés al enterarse de que íbamos a tener gemelos me rompe el corazón cada vez que lo pienso. Lo único que puedo hacer es aferrarme a la estúpida y desesperada esperanza de que recapacite.

Luego está la multitud de otras pequeñas preocupaciones que llenan el espacio intermedio entre ambos.

¿Cómo será mi futuro? ¿Cómo estará Lev? ¿Alguien pregunta por mí? ¿Cómo estará Elle? ¿Cómo habrá estado su boda? ¿Se habrán dado cuenta mis padres de que ya no estoy? ¿Voy a estar atrapada en este sótano para siempre?

¿Todo este estrés afectará a mis bebés?

Me resulta más fácil retener la comida, pero me cuesta. Mi apetito sigue diciendo «no» a cada bocado que pruebo. Pero sigo luchando, aunque solo sea por dar a mis hijos los nutrientes que necesitan.

Mi único e inesperado consuelo es el hermano de Uri. Nikolai me visita al menos dos veces al día. Aparte de felicitarme por los bebés, evita cualquier tema demasiado personal. No lo cuestiono demasiado. Estoy demasiada desesperada por su compañía.

Justo a tiempo, entra con un plato de pastelillos de cereza para mí. Nos sentamos en la cocina, yo mordisqueando un pastelillo y él tomando un café, mientras contemplo la posibilidad de romper nuestra regla implícita.

—¿Cómo está Lev?

Casi se atraganta con el café y su semblante cambia totalmente. Pero hace tiempo que no veo la

luz del sol y me está volviendo loca. Y todo este aislamiento me tiene los nervios de puntas.

—Está bien.

—¿Por qué tienes ese aspecto?

—¿Cómo qué?

—Como si te hubieras comido un marisco podrido.

—Una vez lo hice. Pasé tres días en el baño.

Arrugo la nariz. —Gracias por la información. Y por la imagen mental —pero no es suficiente para distraerme—. ¿Qué le pasa a Lev? ¿Tiene pesadillas?

Nikolai suspira. —El secuestro lo afectó mucho psicológicamente. Y su cabeza no estaba precisamente en calma antes del secuestro.

Se me aprieta el pecho de culpa. —¿Qué tan mal está?

—Uri y yo nos turnamos para pasar tiempo con él, pero no podemos estar con él las veinticuatro horas del día. George se encarga de la mayoría de los turnos y, cuando él no puede estar, Svetlana se hace cargo.

—¿Pregunta por mí? —aventuro. Nikolai carraspea incómodo, así que asiento con resignación —. Tomaré eso como un sí. Supongo que Uri le impide verme.

Ante eso, no hace más que suspirar. ¿Por qué tengo la sensación de que los hermanos no están exactamente de acuerdo en ciertas cosas?

—Yo... nunca quise lastimar a ninguno de ellos. Lo sabes, ¿verdad?

—A la mierda —murmura en voz baja antes de alzar la vista—. Lo sé, Alyssa. Lo creas o no, Uri también.

Sacudo la cabeza. —No. Eso es solo una ilusión.

—No, es perspicacia. Visión de la complicada mente de Uri Bugrov. Solo está enfadado. Y, en este momento, está indefenso como el resto de nosotros, y eso es una mala combinación. Te castiga porque necesita a alguien a quien culpar. Es más fácil que admitir que se equivocó.

—¿Cómo algo de todo esto es su culpa?

Nikolai alza las cejas. —Metió la pata en el momento en que te trajo aquí y lo sabe.

No puedo evitar una mueca de dolor. Fue estúpido por mi parte, lo sé, pero empecé a pensar que quizá yo le gustaba.

Alza una mano al ver mi cara. —Oye, no te ofendas. No lo digo a título personal.

—¿De qué otra forma podrías decirlo?

—Eras la vecina de al lado, Alyssa. Debería haberte dejado volver a tu pequeño rincón del bosque. No te habrías involucrado en este mundo. Pero no solo decidió mantenerte aquí, también decidió exponerte. Eso, más que cualquier otra cosa, te convirtió en un objetivo. Te puso bajo la

mira y eso también puso en peligro a Lev y a Polly.

Me estremezco al recordar la noche en que Uri y yo nos conocimos. Aún puedo sentir la brisa entre mis muslos mientras colgaba de la valla. Era tan fresca, y mis mejillas ardían de calor.

Fue él quien me obligó a quedarme a cenar aquella noche. En lo que a mí respecta, habría corrido feliz de vuelta a mi pequeño hogar y enterrado la cabeza en la arena por el resto de mi vida.

Una parte de mí quiere enfadarse. Insistió en que me quedara. Me vendó la pierna. Quitó todos los platos de la mesa y me devoró como si fuera su última comida.

Pero podría haberme resistido, ¿no? Podría haber dicho que no en cualquier momento, y no me queda duda de que se habría detenido al instante.

Nada fue forzado. Fue algo que *hice* porque quise.

Suspiro y dejo caer la cara sobre los brazos cruzados en la encimera. —Debería haberme olvidado del paquete. Darlo por perdido. Nunca debería haber saltado esa puta valla.

— Podía, quería, debía —Nikolai se encoge de hombros—. Ya no vale la pena llorar por el pasado, Alyssa. Solo te volverás loca.

Aparto el pastelillo a medio comer. A pesar de lo deliciosos que están, no puedo comer otro bocado.

—¿Cómo te sientes? —pregunta Nikolai mientras me mira con cautela.

No me molesta que Nikolai pregunte, pero hay una pequeña parte de mí que desearía que fuera Uri el que pregunta. —Miserable, la mayor parte del tiempo —admito—. Creo pienso en Polly cada dos segundos. Me pregunto dónde está. Si está a salvo. Si tiene miedo. Si está sola —se me corta la respiración y me muerdo el labio inferior—. Ojalá pudiera recordar algo útil. Sigo partiéndome la cabeza, intentando refrescar la memoria, pero parece que, cuanto más intento recordar, más borrosos se vuelven los recuerdos.

—Yo no me presionaría tanto. Solo... deja que las cosas se relajen. Quizá vuelva naturalmente si no lo fuerzas.

Lo miro a los ojos. —Polly no tiene tanto tiempo, Nikolai. Ya podría haber sido comprada. Cada día que no recuerdo es otro día que ella sufre.

Tengo una mezcla de sensaciones en el pecho que me revuelve el estómago. A pesar de toda la medicación que tomo para evitar las náuseas, tengo ganas de vomitar.

—¿Puedo hacer una sugerencia? ¿Y si hablaras con alguien?

Frunzo el ceño. —¿Con quién más... otro tú?

Se ríe y sacude la cabeza. —Con un profesional. La terapia podría ayudarte a calmarte, darte la suficiente claridad como para que seas capaz de descubrir algo que pueda ayudarnos —cuando empiezo a protestar, vuelve a levantar una mano—. No hay riesgo en intentarlo. Incluso si no consigues recordar nada, podría ayudarte a sobrellevar todas las preocupaciones que llevas a cuestas.

Me muerdo el labio inferior. —¿Crees que Uri lo permitirá?

Los ojos de Nikolai se entrecierran mientras se levanta. —Déjame esa parte a mí.

Lo detengo mientras se dirige a la puerta. Sé que es una posibilidad remota, pero tengo que preguntar. Llevo tanto tiempo atrapada aquí abajo que hasta mi piel empieza a tener problemas. Desde hace un día tiene un tono amarillento que no me gusta nada.

—¿Nikolai? ¿Puedes hacerme un favor?

Inmediatamente, su ceño cambia. —Eso depende de qué tipo de favor.

—¿Puedes convencer a Uri de que me deje salir del sótano al menos unas horas cada día? ¿Solo para tomar un poco de sol, quizá pasear por el terreno? Sería bueno para los bebés.

El suspiro de Nikolai no delata nada. Los hermanos Bugrov saben lo que es ser inescrutable.

—Le preguntaré —dice Nikolai al fin—. Pero no te prometo nada, ¿comprendes?

Suspiro. —Claro. Sin promesas.

URI

Estoy ocupado revisando nuevas pistas que parecen más bien callejones sin salida cuando aparece Nikolai.

—¿No sabes tocar la puerta? —pregunto impaciente.

Nikolai me lanza la mirada que pone cada vez que intenta «imponerse». Las cejas tensas y los labios fruncidos como los de un adolescente. —Escucha, quiero hablar contigo sobre algo...

Mi teléfono empieza a sonar.

Levanto la mano y respondo a la llamada, cortando a Nikolai en mitad de la frase. Resopla y se sienta frente a mí.

—Kruger, dime que tienes noticias para mí.

—No hay noticias, jefe —dice el hombre con un suspiro de disculpa—. Pero puede que tenga otra pista. Hay un policía corrupto que tiene conexiones con varias redes locales de prostitución de la ciudad. Se llama Tony Gallagher. Si alguien sabe dónde está su hermana, él puede ser nuestra mejor apuesta.

Cierro los puños con fuerza y me aferro del borde de mi escritorio. —Quiero hablar con él cara a cara. Pero no menciones mi nombre cuando organices la reunión.

—Entendido, jefe.

—¿Tienes a Kruger en el trabajo? —pregunta Nikolai en cuanto cuelgo.

—Es inteligente y leal y nos estamos quedando sin otras opciones. Así que sí, hermano, tengo a Kruger en el puesto —cruzo las manos y me inclino hacia delante—. ¿Tienes algún problema con mis métodos?

Nikolai no se inmuta ante mi provocación. —Todo el mundo es leal hasta que alguien lo cambia.

—¿Has venido aquí a hacer de *pakhan* o ibas a ofrecerme una sugerencia útil?

—Se trata de Alyssa.

Apretó la mandíbula para no mostrar demasiado interés. ¿Por qué cada vez que oigo su nombre me siento como un estúpido? Tres pequeñas sílabas y de repente empiezo a babear y a botar

espuma por la boca con la necesidad de oír más... u otras veces oír muchísimo menos.

—Escúchame. Quiero que vea a un terapeuta. Quizá ayude a refrescar algunos de sus recuerdos. Posiblemente nos consiga alguna información real que nos lleve a Polly.

Mi primer instinto es decir *a la mierda.* ¿Por qué demonios tengo que pagar a un psiquiatra para que venga a calmar la mente traumatizada de Alyssa? Ella se hizo esta mierda a sí misma, *y* a mí, a mi hermana, a mi familia, a mi Bratva.

Pero... es una sugerencia realista. Práctica y plausible, siempre y cuando deje las emociones fuera.

—Bien. Vale la pena intentarlo.

Nikolai asiente satisfecho y saca su teléfono. —Puedo llamar a Katina. He oído que está incursionando en la hipnosis, también. Quizá podamos intentarlo si todo lo demás falla.

A decir verdad, me vendría bien un poco de hipnosis. Que Katina me haga mirar un reloj de bolsillo al frente de la cara y me hechice hasta olvidar a la *narushitel de calzones de Garfield*.

Pero ya casi no me concentro. Mi mente está preocupada por las imágenes de Alyssa que vi esta mañana en el monitor. Fue al baño y, cuando salió, no llevaba más que una toalla. No fue hasta que se la quitó que se pudo ver que estaba embarazada. Su pequeño vientre delató el hecho de que tiene dos de mis bebés dentro suyo.

Alyssa también es capaz de hipnotizarme, porque resulta que me excita mucho.

Con todo lo que está pasando, ni siquiera debería ser capaz de ponerme duro ahora mismo. Ni si quiera por ella.

—Esperaba comentarte otra cosa —dice Nikolai, interrumpiendo un desfile de pensamientos soeces sobre lamer a Alyssa entre los muslos mientras miro su barriga de embarazada.

Me froto las sienes porque sé que lo que viene no me gustará. —¿Por qué tengo la sensación de que lo que me dirás no es bueno?

Una vez más, Nikolai no se inmuta. —Esos bebés necesitan aire fresco, Uri. Alyssa lleva demasiado tiempo atrapada. Dale la libertad de la casa, de los terrenos. No va a huir. Me aseguraré de que la seguridad alrededor de la finca sea estricta.

Alzo la mano. —Vale. Como quieras.

—¿Vale? ¿Así sin más? ¿Te parece bien?

No puedo negar lo que siento. Es como tapar el sol con un dedo, pero, en realidad, esta decisión es totalmente egoísta por mi parte. Mantenerla encerrada en el sótano me dificulta verla siempre que quiero. No es que pueda encontrármela «accidentalmente», a menos que tropiece y me caiga por dos tramos de escaleras.

Y el monitor ya no tiene más definición ni zoom.

Aprieto los dientes e intento centrarme en algo que no sea Alyssa. Es posible que esté pensando demasiado en ella.

A estas alturas, solo puedo esperar que sea una hipnotizadora por derecho propio. Una inteligente y manipuladora maestra de marionetas, que me tiene bajo su hechizo.

Es más fácil de aceptar que ella me hechiza.

Que admitir que yo soy el débil.



KRUGER ORGANIZÓ la reunión a tres cuadras de la comisaría. Supongo que hay algo a favor de esconderse a plena vista, pero, como hombre que se pasó toda la vida operando en el lado oscuro de la ley, resulta inquietante hacer negocios literalmente a la sombra de un edificio lleno de hombres que la hacen cumplir.

Con el que vengo a reunirme hoy podría ayudarme a torcer las cosas lo suficiente como para arrastrar a Polly de vuelta a través de las grietas del sistema.

Aparco justo delante de una patrulla de policía y salgo del coche. Es un espacio baldío y por donde miro hay basura y está infestado de ratas que escarban entre montones de chatarra en las esquinas. El perímetro está rodeado por una valla metálica con carteles publicitarios de alguna empresa tecnológica de mierda.

En las sombras de una pared veo a Kruger y al policía Gallagher. Cuando me ve llegar, se pone rígido y le lanza una mirada acusadora a Kruger.

—No me dijiste que tendríamos compañía —sisea justo antes de darse vuelta. Sus ojos se abren de par en par cuando me ve—. Mierda. ¿Me estás...?

—Uri Bugrov —digo suavemente, ofreciéndole la mano—. Y tú eres Tony Gallagher.

Tony sigue mirando fijamente a Kruger. —Sí. El mismo.

Asiento solemnemente. —No le haré perder el tiempo, agente. Solo necesito información y me han dicho que usted es el hombre indicado.

Gallagher se mueve incómodo. Sus ojos recorren el lugar como si le preocupara que nos estén observando. —Escucha... yo... tengo una reputación que proteger.

—Y esa reputación estará a salvo conmigo, siempre y cuando hagas lo posible por darme la información que necesito. He oído que tienes conexiones con los círculos de esclavitud sexual.

Le empieza a tiritar un parpado. Parece como si le estuviera por dar un paro cardiaco por estrés. Suspira y deja caer la barbilla sobre el pecho. —¿Buscas algo en particular?

—*Alguien* en particular —saco la foto de Polly que traigo en el bolsillo de mi chaqueta. Una foto de su anuario escolar.

Gallagher se queda mirando la foto durante un buen rato antes de hacer contacto visual conmigo. —¿Es su pariente o algo por el estilo? —entrecierro la mirada y lo miro a los ojos—. No importa. No tiene importancia. No es asunto mío. Déjame hacer unas llamadas.

Saca su teléfono y se va. —*Blyat* —murmuro en voz baja—. No la vio.

Kruger se queda mirando tras Gallagher. —¿Es posible que tengamos que ampliar nuestra búsqueda? Gallagher tiene contactos, pero solo con las bandas locales. ¿Y si esto se extiende más allá de nuestras fronteras?

No le respondo a Kruger porque el policía ya camina hacia nosotros. A juzgar por sus cejas cruzadas, no me gustará lo que tiene para decir.

—Nadie vio a una chica con esas características—dice, confirmando mis peores sospechas—. Pero oye. No es tan fácil localizar a una chica una vez que entra a una subasta. A menudo, los vendedores les cambian las apariencias para evitar ser detectados. Le tiñen el pelo, le cambian el look, le perforan la nariz o algo así... Tu chica ya podría tener un aspecto completamente distinto.

Mierda. Sé que tiene razón. Solo desearía que no la tuviera.

—¿Te unirás a la búsqueda? —pregunto—. Hay un buen pago para ti.

Gallagher traga saliva. —Entonces, definitivamente esto es un trato.

Me despido con una inclinación de cabeza y se aleja hasta perderse. Kruger se vuelve hacia mí con un gesto sombrío. —¿Cuál es el siguiente plan de acción, señor?

—Necesito que investigues cualquier red internacional con base en Los Ángeles. Es posible que Sobakin la vendiera a algún puto extranjero solo por venganza.

—Delo por hecho, jefe.

—No importa lo que tengas que hacer, solo hazlo lo más rápido posible—lo persuado—. No tenemos tiempo que perder.

Corrección. *Polly* no tiene tiempo que perder.

ALYSSA

¡Por fin, maldita sea!

Por fin salgo del sótano y la libertad me sabe a gloria. Doy vueltas por la casa buscando a Nikolai para agradecerle, pero no lo encuentro por ningún lugar. Cuando le pregunto a Svetlana dónde está, solo me dice que está trabajando y que estará fuera la mayor parte del día. Me imagino que lo mismo con Uri, porque tampoco se lo ve por ninguna parte.

No sé muy bien cómo sentirme. Por un lado, evitar encontrarme con Uri parece crucial para mi cordura. Por otro lado, siento un dolor en mi pecho que juro que lo podría matar.

Recorro los jardines hasta que se me cansan las piernas. Pero, incluso cuando me siento bajo mi roble favorito, en el centro del jardín, no puedo dejar de pensar en Lev. Solía acompañarme cuando estaba aquí, pero es un fantasma, igual que sus hermanos.

Así es como acabo de vuelta en la casa, caminando de puntillas por los pasillos, esperando encontrar pistas para ver si Lev está bien.

Me encuentro con George en la tercera planta, cuando sale de una habitación con picaporte de latón. —¡Alyssa! —dice el fisioterapeuta, con los ojos muy abiertos por la sorpresa—. No esperaba verte aquí.

Miro hacia la puerta. —¿Está Lev ahí?

—S-s-s sí, él está ahí.

—¿Cómo está?

George suspira y da un pasos adelante. —Días buenos y malos, supongo. Él... pregunta mucho por ti.

Se me aprieta el pecho. —¿Estuvo todo el día encerrado en la habitación?

—Más bien toda la semana —resopla George—. No puso un pie fuera de esa habitación desde que lo trajeron a la finca —se pasa una mano por la cara y me doy cuenta de lo cansado que está. Se ve como si sostuviera a Lev con sus propias manos—. El secuestro le ha hecho mucho daño. Ya no se siente seguro. Creo que quedarse ahí lo tranquiliza.

Oh, la culpa. Pensar en cómo se siente es como una apuñalada en el estómago.

—¿Puedo pasar a verlo?

Sé que probablemente me meteré en un lío con Uri por intentar verlo, pero no puedo irme sabiendo que Lev sufre. Si George me dice que no, me iré y lidiaré con ello.

—Bueno... Probablemente debería consultarlo con Nikolai o Uri primero. Pero... —contengo la respiración—. Estoy preocupado por Lev. Nunca estuvo tan mal. Quizá verte lo ayude.

—¿Me vas a dejar entrar?

—¡No! —mi corazón empieza a romperse antes de que él añada— Iré a la cocina a comer algo y se me olvidará cerrar la puerta detrás de mí. Y si alguien entrara por casualidad mientras me estoy comiendo un bocadillo que está muy sabroso, lo que me hará comerlo lentamente, pues no tendría forma de enterarme.

Silbando alegremente, se aleja por el pasillo sin mirar atrás ni un segundo. Cuando dobla la esquina y su silbido empieza a desvanecerse, me vuelvo hacia la puerta con el picaporte de latón.

Empujando la fría manilla de latón me escabullo dentro, intentando seguir el juego.

La habitación en la que entro es enorme. Más grande que el sótano, aunque con casi exactamente las mismas comodidades en los mismos lugares. La diferencia más obvia es que esta habitación tiene una pared completa de ventanales. O, mejor dicho, esa sería la diferencia más obvia, pero en la realidad da lo mismo, porque las ventanas tienen las persianas cerradas para que no se cuele la luz del sol.

Veo una forma familiar en la cama. —¿Lev?

Está sentado de espaldas a mí. Se estremece con violencia cuando oye mi voz. —¿A-Alyssa?

Doy un pequeño y cauteloso medio paso hacia él. —Si, exactamente.

Se levanta de un salto y se vuelve hacia mí. Sus movimientos son tan lentos como los míos. Es casi como si ninguno de los dos quisiera asustar al otro. Tiene los ojos abiertos de par en par y me mira atónito. Por un momento, me pregunto si he hecho lo correcto. Que haya estado preguntando por mí no significa que quiera verme. No significa que *necesite verme*. No significa que verme no destrozará su frágil mente.

—Alyssa —murmura de nuevo.

—¿No te molesta que haya venido, Lev? —pregunto, mordiéndome los labios—. Si te molesta, puedo irme.

Le tiembla un poco el labio inferior y, de repente, corre hacia mí a toda velocidad. Se aferra a mí, hunde la cara en el pliegue de mi cuello y empieza a sollozar. Me doy cuenta de lo grande que es. Apenas puedo mantenerme en pie con su metro ochenta cayéndome encima.

Paso una mano por su espalda temblorosa, una y otra vez. —Lev, tranquilo, todo está bien, todo estará bien.

Solo son palabras inútiles. Solo palabras sin sentido, que digo sin pensar porque no sé qué más hacer o decir. No las creo y no sé si incluso él las creerá.

Cuando logra tranquilizarse un poco, lo acompaño de nuevo a la cama y nos sentamos juntos en el borde. —¿Estás bien?

Menea la cabeza, aunque no estoy segura de si es un sí o un no. Teniendo en cuenta la cantidad de lágrimas que tiene en las mejillas, me inclino por lo segundo. Busco y tomo un pañuelo y le limpio las lágrimas de la cara.

—¿Por qué no viniste a verme? —balbucea.

—Lo siento, Lev. Quería hacerlo, pero... es complicado.

Su ceño fruncido es desgarrador. —Pensé que estabas enfadada conmigo.

—¡No! —exclamo con determinación—. Claro que no. Nunca podría enfadarme contigo —le tomo la mano y, aunque se estremece un poco, la aprieta con más fuerza—. ¿Por qué se te ocurre pensar eso?

—P-p-porque... t-todo el mundo está enfadado conmigo.

El tartamudeo también es nuevo. Ya me había pasado antes, pero no tan violentamente ni con tanta frecuencia. Le aprieto un poco más la mano. Por lo menos, no parece sentirse incómodo ante mi contacto. —Tranquilízate, Lev. ¿Puedes respirar hondo por mí? Respiraremos juntos, ¿te parece?

Se esfuerza al máximo y, tras un par de respiraciones, parece estar en mejores condiciones para hablar. —Bien, ahora, ¿quién más crees que está enfadado contigo?

Le tiembla la mandíbula. —U-Uri.

Frunzo el ceño. *¿Uri?* Siempre es tan paciente con Lev. No puedo imaginar que eso haya cambiado. Pero bueno, probablemente me perdí muchas cosas mientras estuve atrapada en el sótano.

—¿Uri está enfadado contigo?

—Dice que no. P-p-pero no pasa tiempo conmigo como solía hacerlo. No tiene t-tiempo para jugar. Ya ni siquiera come conmigo. A veces incluso me grita.

—¿A ti?

Lev asiente. —P-p-pero sobre todo a otras p-p-personas.

Soy culpable. Sin derecho a retractarme. Tanta maldita culpa.

—Escúchame, Lev, nadie está enfadado contigo. Es solo que tu hermano ha estado bajo mucho estrés últimamente. No es nada personal.

Lev me mira como si no lo entendiera. El caso es que *yo* lo entiendo. Entiendo que Uri esté tan aterrorizado por su hermana que no sea capaz de estar ahí para Lev como solía. Y tiene que estar demasiado angustiado por Polly si descuida el tiempo que pasaba con Lev.

Pero no puedo explicar por qué Uri está tan estresado. No sé si Lev sabe de la ausencia de Polly. Por lo que sé, Uri podría haberle dicho a Lev que ella está de vuelta en el internado. Lev no cuestionaría eso.

—Oye, ¿quieres dar un paseo conmigo?

Sus ojos se abren de pánico. —No. Me llevarán otra vez.

—¿Quién?

—Los hombres malos.

Joder. Otra vez la culpa.

—Los hombres malos se han ido, Lev —le aseguro, aunque tengo la garganta atascada por la emoción—. Nadie puede atravesar estos muros. Ahora estás a salvo.

Parece escéptico. —Esta habitación me tranquiliza. Quiero quedarme aquí.

—¿Por favor, Lev? —intento. Sé que presionarlo no es lo correcto, pero tengo tantas ganas de ayudar en lo que pueda—. Estaré contigo todo el tiempo. Creo que un paseo te hará bien.

Parece inseguro. —¿Un pequeño paseo...?

—Un pequeño paseo, nada más. Puedes tomarme de la mano todo el rato. Y oye, si pasamos por la cocina, quizá podamos darnos un festín de cereales. ¿Qué te parece?

Ladea la cabeza, intrigado. —Está bien. Confió en ti.

Le aprieto la mano y me pongo en pie. Me mira sin rumbo por un momento antes de ponerse también en pie. Se encoge ante la luz del sol cuando salimos al pasillo. Tarda varios minutos en adaptarse a la luz antes de que podamos bajar las escaleras.

Llegar a la cocina es como una victoria. George está allí, sorbiendo fideos de un cuenco. Abre mucho los ojos cuando me ve entrar con Lev.

—¡Lev, amigo! Estás fuera de tu habitación. Qué alegría verte aquí.

Se acerca un poco más a mí. —No quería que Alyssa me dejara.

—Creo que esto merece una fiesta de cereales —digo en un tono alegre, y llevo a Lev a la silla junto a la de George. Una vez sentado, saco todos los tipos de cereales que hay en los armarios de la cocina y me lleno los brazos con un montón de cuencos. Le sirvo a Lev una ración de cereales y nos reímos, fingiendo beber vino y alabando las notas de miel y canela y esto y lo otro. Al final, Lev esboza una sonrisa.

George me mira por encima de la cabeza agachada de Lev. *¿Cómo lo has hecho?* me dice.

Me encojo de hombros y dirijo mi atención a Lev, que devora su tercer tazón. La verdad es que yo tampoco sé cómo lo he hecho.

Todo lo que sé es que hoy hice algo bueno.

Y *eso* se siente mejor que la libertad.

ALYSSA

Es increíble lo rápido que se instala la soledad.

El paseo por el jardín transcurre sin incidentes. Cuando Lev sube a su habitación con George, me acerco a la piscina y veo las ondas que provoca el viento en el agua. Se ve tan tentadora. Igual que la opción de deshacerme de la ropa y lanzarme al agua.

Tengo la sensación de que mi embarazo avanza a un ritmo alarmante. Pero supongo que eso es lo que pasa cuando tienes gemelos. Lo malo es que también me siento incómoda en mi propia piel. No me acostumbro a la barriga, ni a que mis pechos parezcan haber doblado su tamaño solo en las últimas semanas.

Pero llevo demasiado tiempo enjaulada en un sótano, en un purgatorio emocional, con ropa holgada para que Uri no pueda espiarme a través de las cámaras. Así que ahora que probé el aire fresco y la luz del sol, los quiero más a menudo en mi piel.

Elijo uno de los bikinis que Uri me compró hace tiempo. Es rosa oscuro y bastante atrevido en comparación con el conjunto de ropa deportiva y sudadera que suelo llevar desde que empecé mi condena en el sótano. Pero me siento bien llevándolo. Me siento más ligera.

Y, teniendo en cuenta que no espero ver a Nikolai ni a Uri hoy, me parece el momento perfecto para estirar las piernas.

La primera sensación del agua en mi piel es casi como un orgasmo. Sumergirme completamente es como transportarme a otro mundo. Aquí debajo del agua, todo son rayos de sol teñidos de agua cristalina y burbujas que se elevan en columnas espumosas. Todo es tranquilidad y frescura, y lo mejor es que aquí no hay violencia.

Solo paz. Solo calma. Solo dicha.

Es cuando vuelvo a subir que recuerdo que todos mis problemas siguen esperándome.

Así que me vuelvo a sumergir. Luego arriba. Luego abajo. Paso la mayor parte de la tarde en la piscina, alternando periodos de relajada satisfacción bajo la superficie y periodos de total culpabilidad sobre ella. Odio tener la opción de flotar en la piscina todo el día mientras solo Dios sabe dónde está Polly.

Cuando oscurece, ya estoy harta de nadar. Tengo los dedos de las manos y de los pies secos, aunque media hora tomando el sol en una tumbona me deja deshidratada.

Voy de camino a la celda a regañadientes cuando me ruge el estómago. Es entonces cuando recuerdo que no comí nada desde el desayuno con Lev.

La casa está vacía y el personal parece decidido a evitarme, seguro por orden de Uri, así que me parece seguro escabullirme en la cocina y comer algo antes de volver a bajar. Aunque, sinceramente, haría cualquier cosa por posponer el descenso al sótano.

En la cocina, me preparo un sándwich y me como la mitad sin ni siquiera molestarme en tomar asiento. Estoy esperando a las hierbas terminen su proceso de infusión en la tetera cuando oigo unos pasos.

Pasos muy pesados, muy ominosos, muy reconocibles.

Oh, maldición.

Un segundo después, Uri aparece en el umbral. Se queda inmóvil al verme. Me mira de arriba abajo. Al instante vuelvo a añorar mi ropa deportiva y mi sudadera con capucha.

No es que deba avergonzarme. Mi cuerpo está cambiando por *sus* bebés.

—Hola. Yo... me estaba preparando algo de cenar —digo, sintiendo como me ruborizo de tal forma que el color de mis mejillas se puede confundir con el de mi bikini.

Levanta las cejas. —¿Y vienes a cenar en ropa interior?

Frunzo el ceño. —Esto es un traje de baño.

—Parece que no hay diferencia.

Esta no es una batalla en la que quiero participar, así que me aclaro la garganta y cambio de tema. —¿Quieres comer algo? Me hice un bocadillo y los ojos pudieron más que mi estómago. No puedo con todo —parece reacio, así que añado— Te prometo que no lo envenené.

Su ceño se frunce. —Vale, dámelo.

Me aparto de su camino cuando se acerca a la isla de la cocina. Hoy es un espectáculo verlo. Traje gris oscuro, pelo despeinado por el viento. Solo con mirarlo se me acelera el corazón. Y las hormonas del embarazo no ayudan con mis instintos más primitivos.

Se sienta en uno de los taburetes y yo dejo el té a un costado. Soy dolorosamente consciente de la cantidad de piel que muestro. Hace una hora, me sentía libre. Ahora siento que mi cuerpo extiende cheques que mi boca no puede cobrar.

—En realidad, olvídate del sándwich —dice bruscamente—. Tráeme la botella de vodka que está en la vitrina de licores.

Levanto las cejas. —¿Mal día?

Lo único que hace es gruñir en respuesta y bajar la mirada hacia su teléfono. Está más demacrado de lo que recordaba. Sigue siendo guapo, por supuesto, pero demacrado. Tiene los pómulos hundidos y las ojeras que hacen de él el tipo de hombre que una franquicia de vampiros mataría por elegir como protagonista.

Me muerdo el labio inferior, porque esas ojeras son *mí* culpa. Esos ojos inyectados en sangre son

mi culpa. El hecho de que tampoco ayude a Lev también es mi culpa, y no puedo enfadarme con él por nada de eso. Está haciendo todo lo posible para cuidar de todos. No es de extrañar que no pueda dedicar el tiempo que corresponde a cada uno.

—Gracias, por cierto —murmuro—. Por dejarme salir del sótano.

Ni siquiera levanta la vista de su teléfono. —De nada —es su única respuesta.

Puede que lo haga deliberadamente. Castigarme con su indiferencia, su desinterés. Es la primera vez que lo veo desde que el Dr. Grigory confirmó mi embarazo y nos dijo que iba a tener gemelos.

Pero Uri no lo menciona. Ni siquiera parece notar mi barriga.

Por supuesto, en el momento en que le doy la espalda y me dirijo hacia la vitrina donde están guardados los vasos, siento sus ojos calientes clavados en mí… Miro hacia el microondas empotrado en la pared y veo su reflejo.

Su rostro está ensombrecido. Pero esos ojos... brillan más que nunca.

Intento controlarme, tomo un vaso y la botella de vodka. Me acerco a la isla central, le sirvo el vaso y se lo acerco. Todo el tiempo siento que sus ojos siguen cada uno de mis movimientos.

—Aquí tienes —le digo, dejándolo delante de él.

Estoy tan cerca que el costado de mi pecho roza su brazo. Se estremece como si lo hubiera electrocutado. Cuando miro hacia abajo, me doy cuenta de que está completamente duro.

Sigue mis ojos y ve lo que estoy mirando. Entonces, toda su cara cambia. El intenso calor de sus ojos se enfría como si hubiera pulsado un interruptor. Su mandíbula se aprieta, sellando esos tentadores labios entreabiertos.

—Mierda —murmura en voz baja y se levanta tan rápido y con tanta fuerza que vuelca el taburete y lo hace rebotar en el suelo.

Me retraigo y me alejo instintivamente. Parece increíblemente *enorme,* alzándose así sobre mí, con los ojos tormentosos y los puños cerrados.

Por un momento, creo que va a besarme.

Sus ojos se agitan con conflicto. Y, justo cuando creo que está a punto de inclinarse hacia mí, se marcha, dejando el vaso de vodka sin tocar.

URI

¿A qué cree que está jugando?

Es una pregunta retórica. Es bastante obvio lo que Alyssa está tratando de hacer. Seducirme con sus hermosos ojos color avellana. Atraerme con esos labios seductores y las curvas que parecen crecer con el paso de los días. Sus pechos doblaron su tamaño desde la última vez que los vi.

O desde que los sentí en mis manos...

Joder.

Llevo veinte minutos dando vueltas desde que me retiré a mi despacho y no puedo controlar mi erección. Parece que no va a ceder hasta que haga algo al respecto.

Me siento en la silla de mi escritorio y me acomodo mientras me bajo la cremallera. Cuando lo hago, saco mi miembro duro como nunca, que todavía no se enteró de que Alyssa está totalmente prohibida.

Esto no es bueno. Nada bueno.

Cuando acepté liberarla en la casa, esto no era lo que tenía en mente. Se trataba de encontrármela de vez en cuando, claro. Pero sería bajo *mis* condiciones. *Yo* sería el que tomaría las decisiones. *Yo* tendría el control.

Pero teniendo en cuenta que ahora estoy reclinado sobre mi silla de escritorio con la verga en la mano, ese plan parece haber desde un principio.

—Maldición— exclamo ferozmente. Empiezo a bombearme la verga a la vez que intento sacarme a Alyssa de la cabeza.

Es casi imposible, considerando que a todo lo que le pongo atención es rosa. *Ese maldito bikini*. Recuerdo haberlo elegido para ella. Sueño despierto, deliro por lo bien que se sentiría arrancarle el bikini para poder devorar una parte de su palpitante cuerpo...

Pero eso fue antes de que me traicionara y provocara el secuestro de la mitad de mi familia. Uno creería que eso mataría mi deseo por ella. Pero el deseo es cada día más fuerte.

Es como una maldición.

Abajo exhibía todo su cuerpo. La parte inferior del bikini era lo bastante pequeña como para que

no dejara nada a la imaginación y poder ver su enorme culo. Pero la parte de arriba era aún más pequeña, y ya no es lo suficientemente fuerte para sostener sus crecientes pechos. ¿Cómo se supone que un hombre puede disfrutar de una copa con esa *distracción* paseándose por delante?

Me jalo la verga con más fuerza, apretando los dientes mientras nuevas sacudidas de placer recorren mi cuerpo. Cada sacudida está directamente relacionada con ella.

Es claro que se puso ese conjunto para mí. Estaba esperando una reacción, un pinchazo, una chispa de dolor en mis ojos. Fue fácil aguantar la tentación… hasta que me sirvió el vaso de vodka y rozó sus pechos contra mí, y a eso hay que sumarle una sonrisa cohibida que pedía atención.

Ese fue el primer asalto.

Pero el golpe más duro de todo el momento llegó cuando me rozó. Ni siquiera fue piel con piel, pero fue lo más erótico que sentí en semanas.

Me agarro al borde del escritorio mientras empiezo a bombear con más fuerza. Si no fuera porque no puedo permitirme perder esta batalla, habría estrellado esa maldita copa contra la pared, la habría subido a la encimera, habría apartado a un lado esas insolentes braguitas de bikini y la habría follado hasta dejarla sin aliento.

Yo habría...

Dios mío. Me tenso cuando comienza el orgasmo. Recuerdo el sonido sus gemidos fantasmales en mis oídos, cada vez más fuertes, hasta que el clímax me consume.

Me corro en mí mano y hago un desastre. La satisfacción dura unos minutos antes de convertirse en odio y rencor.

Alyssa consiguió exactamente lo que se proponía esta noche, meterse en mi cabeza.

Bueno, si quiere jugar, le demostraré que yo también sé cómo se hace.

Y, cuando juego... *siempre* gano.

~

A LA MAÑANA SIGUIENTE, estoy sentado en la isla de la cocina con una taza de café recién hecho cuando ella entra. Tal como sospechaba, va vestida para llamar la atención.

Bikini verde neón, que apenas le cubre los pezones.

La parte inferior es completamente diminuta y está tapada con un pareo.

Y se cubre con un tapado, una bata transparente que no tapa nada.

Aprieto la mano alrededor de la taza, pero me niego a echarle más que una mirada de reojo. Puede menear esos pechos hasta el polo norte, porque no pienso ceder.

—Buenos días —me dice. Le respondo con un gruñido y sigo mirando las noticias en el móvil—. ¿Ya has desayunado?

—No tengo hambre.

Abre la nevera y saca los pastelillos caseros que los cocineros prepararon ayer. El personal de cocina tiende a desaparecer en cuanto aparezco. Tenemos un sistema muy bien aceitado.

—Tienes que comer.

—He dicho que no tengo hambre.

Se ha dejado el pelo suelto. Le cae por los hombros de forma desordenada, suplicando que se lo recoja con una mano para descubrir su fino y largo cuello y pasarle la lengua por cada centímetro.

Suspira. —Puedo oler tu café desde aquí.

—¿Te da náuseas? —le pregunto—. Porque si es el caso, la puerta está justo ahí para que te retires.

El imbécil que llevo dentro hoy está en su mejor forma. Sobre todo, porque anoche me masturbé con ella dos veces y dormí entrecortadamente unas cuatro horas, además tomé cinco tazas del café de grano de fina selección, que es considerado uno de los cafés más fuertes del mundo.

—No tienes por qué hacer las cosas difíciles—dice en un tono suave.

Tengo que reprimir un bufido. No vamos a jugar a juegos mentales freudianos en esta casa. No mientras yo siga al mando.

Bueno, yo no voy a jugar con ellos.

Alyssa, al parecer, quiere continuar. —Si no vas a dormir, al menos puedes comer algo que te dé fuerza.

Vuelve a la nevera y se agacha para tomar algo del último cajón. A pesar de haberme masturbado dos veces en las últimas doce horas, mi erección vuelve a estar incontrolable en menos de cinco segundos.

Empieza a preparar un plato para mí. Para un observador neutral, pareciera no darse cuenta de que está prácticamente desnuda en mi cocina. Uno *creería* que soy *ajeno* a sus provocaciones.

La mujer sabe exactamente lo que hace.

Mischa, uno de los miembros del equipo de jardinería, pasa por delante de las puertas francesas y se queda embobado cuando ve a Alyssa. Está tan cautivado mirándola que no se da cuenta de que estoy aquí sentado.

Y, si Alyssa se ha dado cuenta que tiene un admirador, finge no haberlo visto. Simplemente va por la cocina, preparando un plato que yo nunca pedí, suplicando atención en ese retazo de tela invisible que ella llama bañador.

Demasiado para la gatita tímida que una vez pensé que era.

Aguanto todo lo que puedo, pero estallo cuando Mischa se lame los labios. Me pongo en pie de un salto y eso llama su atención. Se pone rojo como la remolacha y palidece igual de rápido. Tropieza dos veces en su prisa por alejarse de la ventana y de las consecuencias de mirar a mi

mujer.

¿*Mi* mujer?

Joder, ya es demasiado.

Puede que esté perdiendo la batalla de esta mañana.

—Toma, aquí tienes —dice por fin Alyssa, empujando hacia mí un plato con un par de sándwiches para el desayuno—. Come. Te sentirás mejor después.

La agarro del brazo y la giro hacia mí. —Lo que me hará sentir mejor es que te pongas ropa de verdad. ¿De verdad crees que dejaré que mi mujer se pasee por la casa vestida como una puta?

Se estremece, apartándose de mí todo lo que le permito. —Excepto que no soy tu mujer. Ya lo has dejado bastante claro.

Me inclino para que pueda verme directo a los ojos. —Eres lo que yo diga que eres —luego la empujo hacia atrás para que su columna choque contra la isla de la cocina. Probablemente pueda sentir el frío mármol a través del diminuto bikini que lleva puesto. La verdad es que no sirve para nada.

Aparte de ponérmela dura, claro.

—El que da las ordenes aquí soy yo, *narushitel*. Todo este teatro que has montado no te funciona... —deslizo mi mano por su bikini y ella jadea. Siento su vagina palpitante contra la fuerza de mi mano—. Pero pon atención que esto si funciona.

Se muerde el labio inferior. Sus ojos hambrientos me miran como si estuviera desesperada por encontrar alivio. *Joder*, conozco esa sensación. Está mojada cuando deslizo un dedo en su interior y empiezo a jugar con su clítoris. No me quita los ojos de encima mientras los gemidos empiezan a brotar de sus labios.

—Te gusta eso, ¿verdad? —sus ojos parecen temblar—. Contéstame —respira hondo y asiente dócilmente. Sacudo la cabeza—. No es suficiente. Necesito oírte.

—Me... me gusta, me encanta.

—Has estado soñando con mi verga, ¿verdad?

—U-Uri... ahh.

Cierra los ojos y separa los labios. Estoy desesperado por inclinarme, morder ese grueso labio inferior. Pero sé que si la beso...

Será mi perdición.

Me deja seguir. Nos quedamos mirándonos, con la respiración entrecortada y el aire a nuestro alrededor cada vez más caliente y su vagina cada vez más húmeda y apretada alrededor de mis dedos. Sus labios se separan, sus pupilas se abren de par en par. Puedo ver lo que desea y sentir cada latido de mi verga mientras ambos subimos por un espiral descontrolado de pasión.

Espero a que esté a punto de llegar al orgasmo. Y cuando está empezando a gemir porque está a punto de correrse, retiro mi mano y me deslizo por sus bragas verde neón, sintiendo como sus

pequeños espasmos comienzan a descender. Alyssa abre los ojos de golpe, con su cara atónita.

—Hoy no, pequeña *narushitel* —le dedico una sonrisa—. Hoy no tengo ganas.

Entonces, doy media vuelta y me voy antes de tener que comerme mis propias palabras.

ALYSSA

Se lo reconozco, nadie sabe humillar mejor que Uri Bugrov.

Me quedo en bikini y miro estúpidamente la habitación, vacía desde que se marchó. Intento recuperar el aliento y orientarme al tiempo que trato de *no* sentirme como una completa idiota.

Estoy perdiendo en los tres aspectos.

Hoy no vas a ganar, me escupió a la cara. ¿Qué tiene que ver ganar o perder con todo esto? Es lógico que Uri suponga que estoy jugando con él. Que mis intentos de consolarlo y cuidarlo fueran malinterpretados como una estratagema para seducirlo. No está acostumbrado a que la gente sea amable con él sin una razón, sin un motivo oculto, probablemente porque no recibe nada *bueno* sin tener que dar algo a cambio.

Por otra parte, si tenía un motivo oculto, ¿o no?

Pero mi motivo era sencillo.

Solo quería que me mirara.

Me ciño la fina bata alrededor del torso y miro a mi alrededor para ver si alguien ha visto lo que acaba de pasar. Odio que me haya hecho sentir tan acomplejada por mi cuerpo, por mí misma. El bikini verde neón que me ha hecho sentir tan sexy y viva esta mañana ahora me hace sentir barata y sucia.

Pero, justo después de esa vergüenza, viene la ira.

¿De dónde saca que no confía en *mí*? *¡Él fue* quien me encerró en su sótano y se negó a dejarme ir! Es casi seguro que perdí mi trabajo como reportera independiente en la revista. *Definitivamente* me perdí la boda de mi mejor amiga. Probablemente mis padres estén molestos o cagados de miedo por no saber nada de mí desde ya hace un buen tiempo.

Y después de todo eso, ¿espera *mi* confianza?

Gánate mi confianza, Uri. Consíguetela. Joder. De verdad, haz un esfuerzo.

Salgo corriendo hacia el sótano. Ya no quiero tomar sol en la terraza al costado de la piscina. Lo que quiero es un lugar oscuro y tranquilo en el que lamerme las heridas y hacer balance de todas mis malas decisiones.

El error número uno fue comprar esos putos juguetes sexuales. Si no me hubiera calentado con un consolador de tentáculos morados, nada de esto habría pasado.

Segundo error, pensar que disfrazarse de un ninja de Seal Team Six era una buena idea.

En cuanto bajo al sótano, me quito la bata rápidamente y la tiro al suelo como una mocosa petulante que tiene una rabieta, lo cual, a decir verdad, no está tan lejos de la realidad. Me vuelvo para desabrocharme el pareo cuando me doy cuenta de algo.

¿Y si Uri está mirando?

Casi tan pronto como lo pienso, algo dentro de mí se rompe. *Que mire. Que mire mi cuerpo desnudo y se mienta a sí mismo diciendo que no lo desea.*

Me produce una deliciosa sensación de satisfacción imaginar a Uri sentado detrás de su mesa del despacho, observándome en la pantalla. La tenía dura anoche y la tenía dura esta mañana cuando puso sus dedos dentro de mí.

Puede que le guste torturarme negándome el placer...

Pero un vals se baila de a dos.

Primero me quito la parte de arriba del bikini. A continuación, me quito la braguita, despacio y con suavidad, doblando la cintura para conseguir el efecto deseado. Cuando estoy completamente desnuda, me arrastro a cuatro patas hasta la cama y me tumbo en horizontal, asegurándome de colocarme en el ángulo óptimo para la cámara. Lo justo para que vea mi cuerpo, para que se pregunte qué vistas se pierde por permanecer obstinadamente a un piso de distancia de mí.

Separo los muslos y deslizo la mano entre ellos.

Cuanto más lo pienso, más me convenzo de que Nikolai tiene razón. La única razón por la que Uri se esfuerza tanto en castigarme es porque todavía le importo. Y odia hacerlo. Lo odia tanto que le corroe por dentro, como si tuviera veneno en las venas. Así que arremete cada vez que puede, solo para hacerme sentir lo que él siente.

Bueno, me cansé de ser su saco de boxeo. Si estoy obligada a quedarme en este sótano, en su casa, me aseguraré de que no pueda ignorarme.

Arqueo la espalda y empiezo a tocarme un poco más agresivamente. Doy un espectáculo a las cámaras, dejando escapar mis gemidos.

Toma eso, Uri Bugrov.

Me estoy relajando cuando oigo pasos estruendosos al otro lado de la puerta del sótano. *Vaya, vaya, vaya. Alguien es puntual.*

En efecto, entra furioso, indignado, y sus ojos brillan cuando se posan en mí. No me molesto en parar. Ni siquiera me incorporo. Me agarro un pecho y me aprieto un pezón y con la otra mano me rodeo el clítoris lentamente.

Su rostro se cierne sobre mí, pero me niego a avergonzarme. —¿Qué mierda crees que haces? —me reclama.

—Si realmente no entiendes, es que eres más imbécil de lo que pensaba—murmuro con los labios entreabiertos—. No eres capaz de complacer a una mujer, no pudiste terminar tu trabajo. Así que, si una quiere que las cosas resulten, mejor sola.

—¿Qué no puedo? —se resiste—. Lo correcto es decir que no quiero.

Me encojo de hombros, y sigo con mi juego cada vez más intenso. —Como quieras. La cuestión es que puedo tener un orgasmo. Con o sin ti.

Sacude la cabeza. —Maldita puta. No lo haces por ti, lo haces para llamar mi atención.

—Ahh... *joder*, qué bien se siente...

Su mandíbula se aprieta. —Quieres que te folle, ¿es eso? —ese brillo en sus ojos me recuerda a la mirada de un adicto justo antes de ceder—. ¿Quieres que te trate como a una puta a la que puedo usar cuando me dé la gana?

Sus palabras me hieren, pero al diablo con ellas, me niego a dejar que doblegue mis intereses. El hecho de que esté aquí demuestra que aún tengo algún poder sobre él. Para ser un hombre que insiste mucho en recordarme que ya no le importo una mierda, pasa una gran parte de su tiempo libre vigilando cada uno de mis movimientos.

Hay algo que no cuadra.

—No intentaré hacerte cambiar de opinión sobre mí, Uri. Tú piensa lo que quieras. Mientras tanto, yo también puedo tener mi opinión sobre ti... Ahh, eso se siente tan...

Sus ojos son cuchillos, listos para apuñalarme. Es muy posible que me haya pasado de la raya y que salga dando un portazo. Probablemente revoque su decisión de darme libertad en la casa. Todo en consecuencia de ese bikini verde neón.

Estoy demasiado nerviosa para preocuparme. Mi cuerpo está repleto de emociones. Deseo, pasión, ira, frustración, y el afán de recibir las recompensas que me merezco por todo lo que he entregado.

—Basta ya —me exige con una voz baja, impregnada de deseo.

Lo miro a los ojos y me muerdo el labio inferior con una sonrisa burlona. —Oblígame.

—*Blyat'* —refunfuña mientras prácticamente se arranca el cinturón. En cuestión de segundos, él también está desnudo y su cuerpo cubre el mío.

Sus músculos son piedra tallada envuelta en esa piel que parece seda. Me estremezco contra él, agradeciendo el calor. Su erección es impresionante. Tengo el tiempo justo de sacar los dedos de mi mojada vagina antes de que me agarre por las caderas y me gire. Me pone a cuatro patas y me penetra con su miembro.

Grito ante la agresividad de la primera embestida. Pero, por muy fuerte que haya sido la primera, no es nada comparado con lo que viene después.

Me folla con tanta fuerza que mis brazos y piernas comienzan a temblar. Realmente parece un hombre hechizado. Y estoy bastante segura de que soy yo quien lo hechiza. Es por eso que me armo de valor y me dejo caer sobre la cama y lo obligo a salir de mí.

Me doy vuelta antes de que pueda agarrarme. —¡No! —digo con firmeza—. No lo quiero así. Quiero mirarte.

Su cara esta desconcertada. —No me interesa lo que quieras. Te follaré como yo quiera.

Me pone la mano en la cadera, pero le tomo la muñeca y *lo jalo* a la cama. Me levanto rápidamente, y lo monto. Le agarro la verga con determinación, levanto las caderas y me dejo caer encima suyo. Lo cabalgo a mi ritmo, a mi gusto, enseñándole quién es la que manda en esta cama.

Se le escapa un suspiro de sorpresa. Sus manos pesan sobre mi cintura, pero no me suelta.

Lo miro a los ojos mientras empiezo a mover las caderas hacia delante y hacia atrás. —¿Quieres enfadarte conmigo porque necesitas a alguien a quien culpar? De acuerdo. Lo entiendo. Pero no pienses ni por un segundo que creo que me odias. Me *amas* y eso te está matando —la verdad es que no tengo ni idea de si me ama o no. Pero estoy con la adrenalina a tope y las palabras salen volando de mi boca más rápido de lo que puedo procesarlas—. Así que puedes hacer lo que quieras conmigo. Trátame como a tu puta si te conviene. Fóllame como quieras. Solo sé un hombre y ten las pelotas de *mirarme* mientras lo haces.

Sus ojos se agitan mientras se inclina y me agarra el culo. Lo cabalgo con la misma fuerza con la que él me folló. Incluso cuando siento que los pulmones me van a estallar y las piernas se me acalambran, sigo. Espero a sentir que su cuerpo se tensa y entonces lo cabalgo con más fuerza.

Aumento la velocidad, cada vez más caliente y apretado, hasta que se viene dentro de mí. Le exprimo el orgasmo y me vengo con él, retorciéndome y jadeando hasta que mis espasmos se calman.

Pero, en cuanto mis caderas dejan de moverse, Uri me empuja sin contemplaciones. Se levanta al instante, toma su ropa y evita mis ojos. En cuestión de segundos, sale por la puerta sin despedirse.

El éxtasis de la fantasía que estaba viviendo literalmente se quiebra en mil pedazos, se detiene en seco. Mis entrañas se estremecen de inquietud mientras tomo las sábanas y me las pongo alrededor. Siento que las lágrimas se deslizan por mis mejillas, pero hago todo lo posible por contenerlas. Si decide volver a ver el monitor, *no* quiero que me vea llorar.

Así que me acurruco en la cama y me cubro la cara con una almohada, buscando cualquier consuelo que pueda bajo la comodidad y el calor de las sábanas. En medio de mis pensamientos caóticos y mis sentimientos heridos, me quedo dormida con las luces encendidas.

~

MIS OJOS SE CIERRAN, y el cansancio se apodera de mí, me giro y me intento acomodar para dormir plácidamente, pero un dolor agudo y una sensación pegajosa entre las piernas me hacen levantarme de golpe. No me importa demasiado. Mis sueños ya no son lo que eran.

Me quito las sábanas y miro entre mis piernas, esperando ver las marcas del semen de Uri marcándome como suya.

En su lugar, veo sangre.

Es entonces cuando empiezo a gritar.

URI

Ni siquiera el vodka me ayuda.

Por lo general, puedo contar con él para sincerarme, ordenar mis sentimientos, encontrar una solución a todos los problemas de los que intento huir. Ha sido el elixir secreto que me ha ayudado a superar los momentos más duros de la vida.

Pero el vodka no es rival para hacerme olvidar la naturaleza implacable de Alyssa Walsh.

¿Qué fue lo que paso?

Le seguí el juego. Eso es lo que pasó. Me prometí a mí mismo que nunca perdería el control y entonces, como un drogadicto enfermo a la caza de su próxima dosis, encendí de nuevo ese puto monitor y la vi desnudarse.

Nunca había pensado en una mujer embarazada como algo remotamente sexual. Pero, al verla quitarse ese pareo, me di cuenta de que una *mujer embarazada es la expresión máxima de la sexualidad*.

Especialmente si ella lleva a *tus* bebés.

Me resistí hasta que empezó a tocarse. Entonces se acabaron las apuestas. Mi cerebro colapso. Entré en modo piloto automático. Mis instintos se apoderaron de mí y, antes de darme cuenta, estaba bajando al sótano sin ningún plan ni sensación de control.

Ahora estoy de vuelta en mi asiento, mirando el monitor apagado que me niego a volver a encender como castigo por mi debilidad. Mi verga sigue mojada. Mi cuerpo está resbaladizo por su sudor. La saboreo en la lengua y la huelo en la piel. Incluso aunque no esté conmigo, la siento en todas partes, como si me rondara a cada segundo.

—¡Mierda! —grito, golpeando la mesa con el puño.

¿Por qué no puedo terminar con esta mujer? Ella no es buena para mí. Hizo que secuestraran a mi hermano. Hizo que vendieran a mi hermana. Así que, ¿por qué mierda no puedo alejarme de ella?

Quizá porque en realidad no la culpas por lo que pasó en absoluto.

Alejo esa voz. ¿Qué haré sin mi ira? ¿Qué haré sin un chivo expiatorio para culpar?

Mi puerta se abre de golpe y uno de mis agentes de seguridad, Chekhov, aparece en el umbral con aspecto húmedo y sin aliento. Me pongo de pie inmediatamente. Nadie irrumpe en mi despacho sin más, a menos que haya una buena razón.

—¿Qué pasa?

—Jefe, oí un grito desde el sótano. Entré a ver y...

No espero a que termine. La expresión de su cara es todo lo que necesito para saber que algo va muy mal. Ya estoy corriendo por el pasillo hacia el sótano, abriéndome paso, golpeando y empujando cualquier cosa que se me cruce.

Cuando entro en el sótano, encuentro a Alyssa sentada en un charco de sangre, con la mirada baja, mirándose los muslos ensangrentados con confusión.

—¡Alyssa!

Me mira a los ojos. —Creo que perderé a los bebés —dice afligida.

Aprieto los dientes. —No si puedo hacer algo al respecto —la tomo en brazos y me giro hacia la puerta—. ¡Chekhov! Prepara uno de los todoterrenos y llama a la Dra. Popov. Nos dirigimos al hospital.

Se siente tan liviana en mis brazos. No se mueve ni se inquieta mientras la llevo arriba. Su cabeza cae sobre mi pecho como si el esfuerzo de mantenerla erguida fuera demasiado.

La tengo en mi regazo durante todo el trayecto al hospital. El calzón que lleva absorbió parte de la sangre, así que creo que puede ser mucho peor de lo que se ve. Cuando la miro me percato de cómo la humedad de sus lágrimas empapa mi camisa.

—Todo irá bien —le digo suavemente—. Vas a estar bien.

No dice ni una palabra. Su rostro está más pálido que nunca y el trayecto de ocho minutos hasta el hospital es el más largo de mi vida. Le grito a Chekhov dos veces para que conduzca más rápido y luego lo maldigo por conducir demasiado rápido.

Siento una opresión en el pecho. Es como si cada latido me costara algo. Mirarla no ayuda en nada. Parece tan triste... tan perdida.

Daría cualquier cosa por asegurarme de que está bien. Mataría literalmente si eso significa que puedo salvarla.

Cuando llegamos al St. Mary's Memorial, la suben a una camilla y la llevan a una de las salas de urgencias. La sigo y una enfermera me niega el acceso, la hago un lado y le grito que ni se atreva a separarme de ella. No me calmo hasta que veo a Emily.

—Uri —dice con urgencia, corriendo hacia mí—, cuidaré de ella, ¿vale? Pero tienes que esperar aquí fuera.

—No —la encaro—. Voy a entrar.

—Eso no sería útil. No puedo cuidar de ti y ayudar a Alyssa al mismo tiempo. Ahora, por favor, quédate aquí y enviaré una enfermera para que te mantenga informado.

Tiene que empujarme para sacarme de la habitación. Paso media hora paseándome por el pasillo de urgencias como un animal enjaulado sin poder calmar mi mente.

¿Todo es mi culpa? ¿Mi ira me costará la confianza de Alyssa? ¿Mi orgullo me costará mis hijos no nacidos?

Pero no importa cuántas veces me pregunte lo mismo o cuántas vueltas le dé al vestíbulo, no hay respuestas a mis preguntas.



—¡URI!

Me doy vuelta para ver a Emily. Ni siquiera me había dado cuenta de que salió de urgencias. —¿Está bien?

Me dedica una sonrisa tranquilizadora. —Ella está bien. Estable, por ahora. Todo parece estar bien.

—¿Todo? —repito—. ¿Eso significa...?

—Los bebés están bien. Hay algo de sufrimiento fetal, pero conseguí llegar a tiempo y se están monitoreando. Alyssa y los bebés se pondrán bien.

El alivio que inunda mi cuerpo es tan poderoso que tengo que sentarme un segundo. Emily me sigue hasta las sillas colocadas contra la pared y se sienta a mi lado.

—La están trasladando a una habitación. Podrás verla allí en unos minutos.

Asiento. —¡Gracias!

Me pone la mano en el hombro. —Uri... no bromeamos cuando decimos que las mujeres embarazadas tienen que evitar el estrés durante el embarazo. Ella tiene que estar tranquila si quieres que esos bebés lleguen a nacer. Y tú tienes que ayudar con eso.

—Lo sé. Joder, lo sé.

—Bien. No te sermoneo más. Ahora, respira hondo y ve a ver a tu familia.

Familia. Esa palabra pone las cosas en otra perspectiva, me guste o no. También me obliga a darme cuenta de otra cosa. Una que llevo tiempo intentando evitar.

Cuando Chekhov apareció en mi puerta, cuando vi la sangre, cuando cargué a Alyssa en mis brazos y la traje aquí... mis primeros y únicos pensamientos fueron para *ella*. Me preocupaban los bebés, por supuesto, pero mi principal preocupación era ella.

Joder.

Una vez que medité los consejos de Emily y conseguí controlarme, me dirijo a la sala a la que trasladaron a Alyssa. Está tumbada en la cama, conectada varias máquinas que la monitorean, pero al menos identifico cuál le toma el pulso y la presión para mi tranquilidad. Sigue pálida y frágil, pero tiene los ojos entreabiertos, en una búsqueda de esperanza.

—Alyssa —le hablo, acercándome a su cama.

He sido un imbécil. He sido un bruto y un imbécil. La culpé de *mis* errores, de *mis* defectos.

Le eché la culpa de no poder sacármela de la cabeza ni del corazón.

Puede que haya tenido que correr el riesgo de perderla para darme cuenta, pero al menos ahora puedo ver la luz. Es hora de dejar de ser el matón infantil que estuve siendo. Es hora de hacer las cosas bien.

Es hora de ser un hombre y proteger lo que es mío.

URI

Los ojos de Alyssa se quedan grabados en mi mente. Parpadea un par de veces, como si no estuviera segura de que fuera yo quien está delante suyo. No la culpo. No tiene motivos para creer que estaré aquí para tomarla de la mano.

Me acerco y bajo la cara hacia la suya. —Estás bien. Y los bebés también.

—¿Ambos? —murmura.

—Ambos.

Cierra los ojos con tanta fuerza que se le salen las lágrimas. Cuando vuelve a abrirlos, respira hondo. El color de sus mejillas se vuelve más tenue al inhalar.

—¿Cómo te sientes? —le pregunto.

—Asustada —admite—. Aliviada. Nerviosa. Preocupada. Todo lo anterior.

—No lo hagas. Emily sabe lo que hace. Dijo que estarías bien y le creo.

—No sé qué pasó. Un minuto estaba bien, y lo siguiente que supe es que estaba sangrando y manchando las sábanas...

Tomo su mano y sus ojos se cierran de golpe. Parece asustada por el contacto. —Todo fue culpa mía —le digo suavemente—. Debería haber puesto toda mi energía en hacerte sentir segura y tranquila. En lugar de eso, elegí castigarte por algo que nunca fue tu culpa.

Sus ojos se abren de par en par. Me mira en silencio durante un buen rato. —¿Estoy... soñando?

Hago una mueca. —No. No lo estás —le aprieto la mano para demostrárselo.

Otra lágrima rueda por su mejilla. —¿Lo dices en serio?

—Sí. Sé que mejor tarde que nunca, pero siento todo lo que te dije. Sobre Polly. Sobre Lev, también. Sé que tu intención nunca fue causarles daño.

Le tiembla el labio inferior. —Me importan mucho los dos, sabes.

—Sí, lo sé.

—Ya no tienes que culparte. También es mi culpa, Uri.

—Alyssa...

—No —sus palabras tropiezan con un sollozo, pero continúa de todos modos—. Nunca debí involucrar a Polly. Era pedirle demasiado a una niña de catorce años. Y Lev... debería haberlo dejado atrás. Debí haberme quedado donde estaba cuando insistió en seguirme.

Sacudo la cabeza. —No es tu culpa, Alyssa. Sé que te costará aceptar que fui yo, porque a menudo te eché la culpa, pero solo puedo decir que me equivoqué. Estaba enfadado y asustado y me sentía impotente. No estoy acostumbrado a sentirme indefenso.

Sus ojos se inundan de lágrimas que amenazan en estallar en un llanto desgarrador. —Quiero que sepas que haría cualquier cosa por ocupar su lugar —mi corazón se aprieta y rechaza totalmente esa idea, pero no la interrumpo—. Les pedí a los rusos que me llevaran en su lugar. Lo *supliqué*. Pero se llevaron a Polly y se fueron.

Miro los monitores. Su presión no deja de subir. —Escúchame —le digo, tomando su mano entre las mías—. Hiciste lo que pudiste. No es culpa tuya, Alyssa. Te lo repetiré tantas veces como haga falta, hasta que me creas.

Intenta tragar. Su garganta parece tan delicada y vulnerable con el movimiento, con todos esos cables que la atraviesan y las máquinas chirriando por todos lados. —Polly fue la primera persona a la que se lo conté.

Mis cejas se juntan. —¿De qué estás hablando?

—Del bebé —explica, mirando hacia la ventana como si estuviera viendo la repetición del recuerdo—. Bueno... los bebés. Entonces no sabía que iba a tener gemelos.

—¿Se lo dijiste?

—Estaba perdiendo la esperanza en esa celda. La veía desvanecerse ante mis ojos. Tenía que hacer que siguiera hablando. Lo había logrado por un tiempo. Pero, cuanto más tiempo nos tenían allí... Hacía tanto frío, Uri. Y le daban nuestra comida a las ratas solo para burlarse de nosotras. Veía como la esperanza y las ganas de vivir se desvanecían de sus ojos. Solo quise darle algo de esperanza. Algo a que aferrarse.

Aprieto con fuerza la mandíbula, pero mantengo una expresión neutra. La preocupación debería ser solo mía a partir de ahora. Pero el relato de su secuestro me recuerda que nunca le pregunté por todo lo que tuvo que pasar. Nunca me molesté en averiguar por lo que había pasado. Dejé de lado su trauma en favor del mío. Fingí que nada de eso la afectaba porque era más fácil que admitir que era tan víctima como Polly.

Tantos errores me comprimen el pecho que siento que me *ahogo* en ellos.

—¿Y que dijo Polly?

—Se alegró muchísimo, creo... —susurra Alyssa. Sus ojos se cierran por un momento—. Le hacía ilusión ser tía. *Joder,* ojalá recordara más cosas. Es que... el recuerdo de esos pocos días... Es tan turbio. Es como tratar de recordar un sueño. Había olvidado que le dije a Polly que estaba embarazada hasta ahora.

—No te presiones. Llegará el tiempo en que puedas recordar todo.

Alyssa niega con la cabeza. —Pero... no tenemos tanto tiempo. Polly...

—Polly es una Bugrov hasta la médula. Es mucho más capaz de lo que crees. Estará bien hasta que la encuentre. Y la encontraré, Alyssa. Te lo prometo.

Otra lágrima desgarradora rueda por su mejilla. —Si le pasa algo... nunca me lo perdonaré.

—Tendrás que hacerlo, Alyssa —le digo con suavidad—. Tendrás que perdonarte por el bien de esos bebés que llevas dentro. Sé que ya no tengo derecho a pedirte esto... pero necesito que confíes en mí —sus ojos se empañan y me pregunto si está entendiendo todo lo que le digo—. Recuperar a Polly ahora es mi preocupación. Tú concéntrate en mantener a esos bebés sanos y fuertes.

Ella asiente. —Lo intentaré.

Sus párpados se cierran y su presión sanguínea disminuye ligeramente. Como si su cuerpo dijera que lo único que necesitaba de mí era un poco de consuelo. Solo un poco de amor y amabilidad.

Nunca fui bueno en ninguna de las dos cosas, excepto cuando se trataba de la familia. Pero cuanto más tiempo paso junto a su cama, viéndola dormir, más claro lo tengo...

Alyssa *es parte de mi* familia ahora.

La pequeña *narushitel* robó algo más que un paquete de mi puerta. Se abrió paso en un mundo que yo creía amurallado para siempre.

Ahora es mi familia. Es querida por todos. Es de los nuestros. Y, ahora que mi mente está tranquila y mi corazón sereno, necesito profundizar y concentrar toda mi energía y recursos en recuperar a Polly.

Antes de que la oscuridad se la trague para siempre.

ALYSSA

Ahora Uri me mira de otra manera. La mirada de *«ojalá nunca te hubiera mirado»* ha sido oficialmente reemplazada. Ahora, su expresión raya en el «*no-puedes-levantar-un-dedo-sin-mi-permiso»*.

Sinceramente, no estoy segura de qué es peor.

—¿Qué necesitas? —me pregunta en cuanto me enderezo y busco algo detrás de mí.

—Solo quiero acomodar la almohada —digo con calma.

—Puedo hacerlo por ti. La próxima vez, solo pídelo.

Reprimo una sonrisa y dejo que me ajuste la almohada. No la coloca exactamente bien, pero, si intento hacerlo yo, probablemente me reviente un vaso sanguíneo. Así que me muevo hasta que la almohada se asienta.

—¿Cuándo podemos irnos a casa? —me lanza una rápida mirada que me hace sentir inmediatamente cohibida, así que lo reformulo—. Eh, lo que quiero decir es, ¿cuándo volvemos a tu casa?

—En el momento en que Emily te dé de alta.

—Por cierto, ¿dónde está? —le pregunto—. ¿No se suponía que tenía que hacer su ronda hace una hora?

—Eso es lo molesto de los médicos —gruñe Uri—. Tienen otros pacientes.

—Pensé que era la doctora oficial de la Bratva. ¿Eso no se traduce en exclusividad?

Resopla. —Se podría decir así, pero Emily siempre ha sido un corazón sangrante. Le gusta ser voluntaria aquí siempre que tiene tiempo libre. Lo que actualmente me está hinchando hasta las pelotas.

—Uri —le digo, estirando la mano y tomándolo del brazo—, déjala. No es que me duela algo. Solo estoy aburrida.

—El aburrimiento es un tipo de dolor —las comisuras de sus labios se levantan ligeramente. Es lo más parecido a una sonrisa que le vi en días. No, semanas. Casi había olvidado lo guapo que es cuando sonríe. Esos ojos azules parecen mucho más azules.

—¿Estás cómoda?

Es la tercera vez que me lo pregunta solo en la última hora. —Sí. *Muy* cómoda.

Ya sé que seguirá con su otra pregunta favorita, *¿Puedo ofrecerte algo?* Pero, antes de que pueda hacerlo, la puerta se abre de golpe y entra la doctora Popov con su portapapeles en la mano.

—¿Dónde *mierda* estabas, Em?

Se detiene en seco ante el enojo de Uri. Sus ojos se abren de par en par. —¿Qué pasó?

—Se suponía que tenías que estar aquí para verla hace cuarenta minutos.

Ella exhala. —Dios mío, Uri, tengo otros pacientes aquí, ya sabes. Una de mis pacientes estaba en trabajo de parto. Y tuve que hacer una cesárea de emergencia.

Uri pone los ojos en blanco. —¿No podías haberle dado el trabajo a otro imbécil?

—*¡Uri!* —digo bruscamente antes de volverme hacia Emily—. Ignóralo. No me molestó esperar.

Frunciendo los labios, Emily mira a Uri divertida y se acerca alegre a mi cama. —¿Cómo te sientes hoy, cariño?

Me estoy hartando de esa pregunta.

—Bien. Me encuentro bien. Un poco cansada, pero eso es de esperar.

Emily consulta su portapapeles. —Vale. Todo va bien. Definitivamente tienes permiso para irte hoy. Sin embargo...

—¿Sin embargo? —interrumpo—. Sin embargo. ¡Eso no es bueno!

Uri me toma la mano y me da un pequeño apretón. Es increíble lo rápido que ese pequeño gesto consigue calmarme.

—Que no cunda el pánico. Es algo que debes tener en cuenta —me tranquiliza Emily, mirando entre Uri y yo—. Los escáneres muestran que tus bebés comparten placenta. Es totalmente normal en gemelos idénticos, pero significa que tendremos que vigilarte de cerca a partir de ahora. Sobre todo, teniendo en cuenta el reciente episodio que los ha traído aquí.

—¿Es motivo para preocuparse?

—En absoluto —insiste Emily—. Solo significa que tienes que tener cuidado. Tómatelo todo con calma. Pon los pies en alto. Evita el estrés a toda costa.

Respiro hondo. —Sí, comprendo.

—Alyssa —la seriedad de su voz capta mi atención. Me mira fijamente a los ojos—. Lo digo en serio. La vida de tus pequeños está en juego.

Asiento. —Vale. Te escucho —el único problema es poner en práctica sus consejos. Está muy bien que la gente me diga que me relaje. Pero poder *relajarse* de verdad es otra cosa.

Sobre todo, cuando nada se resuelve. Lev sigue confinado en su habitación del piso de arriba, sufriendo pesadillas cuando se pone el sol y un montón de traumas diurnos. Polly sigue

desaparecida. Y no tengo ni idea de lo que pasa entre Uri y yo.

—¿Tiene que hacer reposo en cama? —pregunta Uri.

Lo miro alarmada. ¿Habla en serio? Ya me volví loca en el sótano. Ahora intenta impedirme que abandone la *cama. ¡Oh, mierda*!

—El reposo en cama es demasiado drástico —se apresura a decir Emily, que probablemente notó el pánico en mi cara. Me guiña un ojo—. No tenemos que recurrir a eso todavía. Alyssa es joven y sana. Un poco de ejercicio les vendría bien a ella y a los bebés. Con «ejercicio» me refiero a un paseo por el jardín dos veces al día. Con eso bastaría.

—De acuerdo. ¿Y qué hay del sexo? ¿Es aconsejable en su estado?

Se me cae la mandíbula, pero Uri no muestra el menor rastro de incomodidad. Nunca se diría que hace unos días me odiaba a muerte.

—El sexo está bien —confirma Emily con un movimiento de cabeza—. Pero nada demasiado salvaje o extenuante. No queremos provocar un shock —se aclara la garganta y se incorpora—. ¿Alguna otra duda? Voy a firmar el alta. También programé otra cita para la semana que viene, para asegurarme de que todo va bien. Hasta entonces, cuídense. Si tienes más hemorragias o dolor, llámame inmediatamente.

—Entendido. Muchísimas gracias.

Emily me dedica una sonrisa tranquilizadora. —Estarás bien, Alyssa. Créeme, en un par de meses estarás abrazando a dos preciosos bebés sanos y todo esto te parecerá un sueño lejano y molesto.

Y así, sin más, me lo imagino. Yo, tumbada en una cama de hospital como esta, intentando hacer malabares con dos bebés y la creciente conciencia de que estoy amarrada para siempre a Uri Bugrov y al mundo en el que vive.

Para bien o para mal.

Dios mío.

Puede que me sobrepase.

~

ME INSTALO en una nueva habitación del primer piso de la casa. Tiene grandes puertas francesas que se abren por la mañana para que pueda salir a mi patio privado, con una zona para sentarse y un columpio. Después de la oscuridad del sótano, estoy rodeada constantemente de luz. Es una bendición.

También estoy más que agradecida con Uri. Se encarga de cuidarme durante lo que queda de embarazo. A pesar de que soy más que capaz de hacer las cosas cotidianas sin esfuerzo, Uri parece creer lo contrario. Se tomó el «tómatelo *con calma»* de Emily como un «*Alyssa es discapacitada y no se puede confiar en ella ni para estornudar sin ayuda»*. Ayer me regañó por tratar de abrir un tarro de nueces de macadamia sin su supervisión.

Aun así, por muy molesto que pueda resultar su constante revoloteo, es una gran mejora respecto a los oscuros días del sótano, cuando nos comunicábamos sobre todo a base de discusiones y él me miraba como si yo fuera una plaga parasitaria que invadía su vida.

Si no fuera porque Polly sigue desaparecida, me atrevería a sentir una pizca de felicidad.

—¿A dónde vas?

Me quedo helada a medio camino del baño. —Solo... necesito ir al baño.

—No deberías estar de pie.

Pongo los puños en las caderas. —No voy a orinar en el sofá, Uri.

Suspira, haciéndome sentir que yo soy la testaruda. —Espera, déjame ayudarte.

Da dos zancadas hacia mí y lo siguiente que hace es alzarme en sus brazos. *¡¿Qué demonios?!* Decido dirigir ese pensamiento a Uri. —Uri, ¿qué demonios estás haciendo?

Me acompaña al cuarto de baño, que es gigante, incluye una ducha a ras de suelo del tamaño de mi primer apartamento, una enorme bañera jacuzzi que da al jardín y un lavabo para dos personas.

—¿Necesitas ayuda para quitarte la ropa interior?

Lo fulmino con la mirada. —Para empezar, ni siquiera necesitaba tu ayuda para entrar aquí. Ahora, bájame.

Me pone justo delante del inodoro como si fuera un niño de tres años que acaba de aprender a usar el váter. *Oh, qué indignante.*

—Déjame...

—Si intentas quitarme los pantalones, te daré una patada en los huevos —por suerte para él, toma la muy sensata decisión de no sonreír—. En serio, Uri. Estás siendo ridículo. Estoy embarazada, no discapacitada.

—Svetlana mencionó que vomitaste esta mañana.

Esa pequeña zorra. —Svetlana tiene que ocuparse de sus malditos asuntos —digo. Luego, respiro hondo—. Vomité *una vez* esta mañana y eso fue todo. Las náuseas matutinas son normales.

—Es normal en el primer trimestre —me asevera.

—En realidad, para algunas mujeres, puede durar los tres trimestres. No hay por qué preocuparse. Son cosas normales del embarazo. Me gustaría que te relajaras.

No estoy segura de que esté escuchando una palabra de lo que digo, si su terca mandíbula apretada sirve de alguna señal. —Tu presión arterial estaba alta esta mañana.

Maldición. —Fue *un poco* más alta que ayer. No es para tanto.

—Yo juzgaré eso.

—No estoy segura de *que* seas el juez más imparcial. —Me obligo a respirar hondo para tranquilizarme—. Uri, estoy bien. Me siento mejor de lo que me sentí en años y estoy bastante segura de que eso se trasladará a los bebés también.

—¿Has tomado tus vitaminas prenatales?

Pongo los ojos en blanco, a punto de estallar. —Estoy segura de que Svetlana te habría informado si no lo hubiera hecho.

Sonríe y se retira. —Te dejaré orinar en paz, entonces.

—Gracias a Dios.

En cuanto le cierro la puerta, dejo de fruncir el ceño y empiezo a sonreír. Claro, puede ser autoritario. Ahora mismo está definitivamente sobreprotector. Pero tengo la sensación de que esta es su forma de enmendar las cosas.

Y ¿sinceramente? No me importa tanto. Prefiero que Uri *me respire en la nuca* a cada momento, a que *me odie* todos los días.

Ahora, si tan solo pudiéramos recuperar a Polly... la vida podría acercarse a algo parecido a la normalidad. Feliz. Saludable, incluso…

¿No sería genial?

ALYSSA

—Tenemos una pista —anuncia Uri cuando irrumpe en mi habitación. Se detiene bruscamente al ver a Nikolai sentado frente a mí en la cama, con las cartas desplegadas sobre las sábanas.

Dejo mi mano de cartas. —¿Una pista? ¿Sobre Polly?

Nikolai se pone en pie. —¿Dónde la conseguiste? ¿Quién te la dio?

Uri no contesta enseguida. Sus ojos se desvían de mí a Nikolai, frunciendo el ceño por la sospecha. —Kruger acaba de llamar. Una chica que coincide con la descripción de Polly fue vista en un club de prostitución clandestino, en Beverly Hills.

—¿Vas para allá? —pregunta Nikolai—. ¿O quieres que vayamos los dos?

Uri me mira a los ojos. —Alguien tiene que quedarse con Alyssa.

—No, Uri. Estaré bien sola. Hay una casa llena de personal y todavía no visité a Lev hoy. Pueden ir los dos.

—¡No!

—Quédate tú entonces —decide Nikolai, dejando caer sus cartas sobre la cama—. Yo...

Uri lo interrumpe. —No. De todas formas, los dos parecen muy cómodos aquí. Te informaré si este dato nos lleva a algo más.

Se aleja antes de que Nikolai o yo podamos decir otra palabra. —Está muy raro —murmuro en voz baja.

Nikolai, sin embargo, parece menos divertido y más... ¿ansioso? No vuelve a sentarse en la cama. En lugar de eso, se deja caer en un sillón y apoya la barbilla en la palma de la mano, murmurando en voz baja algo que no logro entender.

Observo un rato sus ojos agitados por sus pensamientos. —¿Qué pasa entre ustedes dos? —le pregunto sin rodeos.

—Nada.

—Suenas como un adolescente.

—En el fondo, lo soy.

—Dilo ya, Nikolai. Estoy embarazada, no soy estúpida. Estás evitando la pregunta.

Suspira. —Somos hermanos —se limita a decir—. Algunos días nos queremos. Otros, nos odiamos. Son cosas normales de hermanos.

Supongo que hay mucho más que eso, pero Nikolai no parece dispuesto a compartir más información. Así que no lo presiono. Sobre todo, porque estoy agradecida por lo increíble que ha sido conmigo estos últimos días. Me controla casi tanto como Uri, aunque nunca al mismo tiempo. Llegué a verlo como un verdadero amigo.

Miro por la ventana y veo que llueve a cántaros. —A Ziva le encantaban los días lluviosos —susurro en voz baja—. Cualquier excusa era buena para quedarse en casa bajo una manta gruesa y preparar chocolate caliente. Hasta hoy, no puedo no relacionar la lluvia con un buen chocolate caliente.

Nikolai se ríe, pero con una mueca de dolor, para mi sorpresa. —Nuestros días de lluvia eran un poco diferentes.

—Ah, ¿sí? ¿Qué hacían?

—Solo estábamos Uri y yo. Polly aún no había nacido y Lev era solo un bebé. Nuestro padre nos llevaba al cobertizo de atrás y practicábamos tiro al blanco. Cuando el cielo se oscurecía, les decía a los hombres que prepararan los muñecos. Cuando veo llover, huelo a metal y a pólvora.

—Dios mío, qué sombrío.

—No es exactamente la saludable historia infantil que esperabas, ¿eh?

—Sí, yo diría que es un poco distante a una fábula de niños.

Nikolai se encoge de hombros. —La cosa es que a mí me parecía bastante sano. Al menos, antes de que nuestro padre se decidiera a volverse agresivo con nosotros.

—¿Qué quieres decir?

Nikolai se aclara la garganta y tengo la sensación de que se arrepiente de haber mencionado lo de su padre. Está mucho más inquieto que hace un segundo. —Nada. La típica mierda de macho alfa. Nos enfrentaba constantemente a Uri y a mí. Hacía de todo una competencia. Yo solo quería disparar armas. No me importaba si había un ganador.

—Quizá no sea la pregunta adecuada, pero *¿había* algún ganador?

Sus labios se fruncen. —Siempre era Uri. Ese pequeño testarudo tenía un don con las armas. En realidad... tenía talento para casi todo.

—Suenas molesto.

—Increíblemente. Sobre todo, porque yo era el hermano mayor.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Créeme, importaba. Nuestro padre esperaba que yo fuera el más fuerte, el más rápido, el más capaz. La mayor parte de mi adolescencia fue, *¿Por qué no puedes ser más como tu hermano pequeño?* O *Uri debería haber sido el primogénito.*

Se me cae la mandíbula. —Me estás jodiendo. Eso es horrible.

—Ese era mi padre.

—Lo siento mucho, Nikolai.

—No tienes por qué sentirlo—dice con voz entrecortada—. Hace tiempo que dejé de basar mi autoestima en la opinión de mi padre.

—Si te sirve de consuelo, mi padre no era mucho mejor. También era un imbécil, pero de otra manera —me acomodo las almohadas—. Supongo que su única cualidad redentora fue que nos ignoraba tanto a Ziva como a mí. A mamá también, para ser sincera. Quizá por eso sentí como si hubiera perdido todo tras la muerte de Ziva. Realmente sentí que ya no tenía a nadie —miro a Nikolai de reojo—. Por eso me resultó tan fácil establecer un vínculo con Lev y Polly. Supongo que es el tipo de dinámica familiar que siempre quise para mí.

Nikolai alza las cejas. —¿Disfuncional, quieres decir?

—Ja, ja. Puede que sean disfuncionales, pero al menos se cubren las espaldas. Se preocupan los unos por los otros. *Eso* es una familia —empiezo a comerme las uñas, intentando que la esperanza no se apodere de mí antes de tener una verdadera razón para creer—. ¿Crees que Uri encontrará a Polly esta noche?

Nikolai mira el reloj. —Nunca se sabe con este tipo de cosas. Vivimos en un mundo de verdades y mentiras. A veces, buscas algo seguro y no encuentras nada.

Me echo hacia atrás y suspiro. —Ojalá pudiera recordar algo que los ayude a encontrarla. Es que los recuerdos son tan borrosos que ni siquiera estoy segura de poder confiar en ellos.

—Te estás presionando demasiado. Puede que no haya nada para recordar.

—Mi instinto me dice lo contrario, Nikolai.

—Tu instinto también te dijo que aceptaras cenar con mi hermano. No es tan bueno, al parecer.

Lo miro molesta por su comentario y él se ríe. Cuando se detiene, se inclina y me mira a los ojos. —Has pasado por mucho últimamente, Alyssa, y todo mientras estabas embarazada. No te has dado suficiente tiempo para procesarlo, para recuperarte...

—¿Qué pasó con el terapeuta que dijiste que encontrarías para mí? ¿Para ayudarme a refrescar mis recuerdos?

Se aclara la garganta, incómodo. —Las cosas se desviaron un poco después del incidente de la hemorragia. Uri lo aceptó al principio, pero ahora... bueno, es difícil meter o sacar a alguien de nuevo al juego.

—¡Por el amor de Dios! —grito—. Su sobreprotección se está yendo de las manos.

—Podrías haber perdido a esos bebés, Alyssa. Diría que su reacción es justificada.

—Maravilloso. Me alegro de que te pongas de su lado.

Nikolai alza las manos en defensa propia. —Estoy del lado de mis sobrinos o sobrinas—señala

mi barriga—. Eso es lo importante.

Le sonrío. —Me parece justo. Puedo vivir con eso. Gracias, Nikolai.

—¿Por qué me agradeces? —pregunta con cara de vergüenza.

—Por ser tan amable conmigo. Por hacerme sentir de nuevo como una persona. Por escucharme incluso cuando no tenías que hacerlo. Y por negarte a dejarme cargar con la culpa de... bueno, de todo —alargo la mano y la pongo sobre la suya—. No tienes ni idea de lo mucho que significa para mí.

Entonces, por segunda vez ese día, Uri irrumpe en mi habitación. Nikolai se zafa de mi mano y se pone en pie como si lo hubieran pillado haciendo algo que no debía.

Los ojos de Uri pasan de él a mí. Pero me preocupa menos su extraña rivalidad entre hermanos y más saber si la pista dio resultado.

—¿Y bien? —pregunto—. ¿Encontraste a Polly? ¿Encontraste algo?

—Era una pista muerta —dice Uri con impaciencia—. Encontré a la chica que coincidía con la descripción de Polly... excepto que era una antigua stripper llamada Octavia. Hablé con ella un par de minutos, pero nadie vio a Polly en ese antro.

—Joder —murmura Nikolai—. Así que estamos de vuelta en el punto de partida.

—Aún no hemos agotado todas nuestras opciones. Tenemos que seguir buscando.

Nikolai se pasa una mano por el pelo. —Sí, vale. Voy a comprobar nuestros equipos de reconocimiento. A ver si detectaron algo. Si me disculpan —apenas me mira mientras sale.

Uri mira cómo se va su hermano. Luego cierra la puerta, con una expresión en los ojos que no puedo leer. —Parece que Nikolai y tú se están haciendo... muy íntimos.

—¿Qué es esa pausa que has hecho antes de decir «haciendo»? —frunzo el ceño—. Además, dices «íntimos» como si debiera ir entre comillas.

—¿Lo hice?

Pongo los ojos en blanco. —No creas que no me di cuenta del comentario que hiciste antes, la primera vez que irrumpiste aquí.

—¿Qué comentario?

Aprieto los dientes y le hago un gesto de comillas con mis dos manos. —«De todas formas, los dos parecen muy cómodos aquí» —le recuerdo. Uri se sienta en la esquina de la cama y yo me acomodo un poco hacia arriba, para dejarle espacio—. ¿Quieres decirme por qué te comportas tan raro con Nikolai de repente?

—Es la forma habitual en que actúo con Nikolai. Te acostumbrarás.

—Me gusta tu hermano. Es una buena persona.

Uri se vuelve hacia mí, con los ojos brillantes bajo las luces. Entonces, sin previo aviso, me rodea el cuello con la mano y tira de mí hacia él. Nuestros labios se encuentran en el centro y, de

repente, me olvido por completo de lo que estábamos hablando.

Por lo tanto, el beso cumple su función.

ALYSSA

—¡Lo prometiste!

Uri aprieta las manos y el musculo de su mandíbula se tensa tan salvajemente que aprieta los dientes y los siento rechinar. —Y cumpliré mi promesa. Algún día.

—¿Qué significa eso? —grito, enfrentándolo—. Llamé a Elle hace tres días, justo después de que aceptaras. Hicimos planes. Quedamos en juntarnos a la una en Seed. Eso es literalmente dentro de treinta minutos.

—Es un mal momento, Alyssa. Polly...

—No te atrevas a usar a tu hermana como excusa —le digo, furiosa—. Accediste a que me pudiera juntar con Elle para almorzar. Y, considerando que me perdí su boda por tu culpa, diría que me lo debes.

—Por el amor de Dios —respira hondo, ya resignado—. De acuerdo. Te llevaré a ese lugar. Pero, para que lo sepas, me quedaré custodiándote.

Empieza a caminar hacia la puerta principal, determinado a no aceptar ninguna palabra más sobre el tema, poniendo fin a la conversación. Es inútil discutir con él cuando está malhumorado. Pero esta vez me mantengo firme. Ir a ver a Elle es algo más que un almuerzo. Es una lucha por mi dignidad.

O lo que queda de ella.

Tardamos veinte minutos en llegar al restaurante y cada minuto de viaje es en completo silencio. Uri se detiene frente a las ventanas sin importarle que haya media docena de letreros y señaléticas prohibiendo el estacionamiento en este preciso lugar.

—Coge la mesa junto a la ventana para que pueda verte en todo momento.

Me vuelvo hacia él con los labios fruncidos. —¿Hablas en serio?

—¿Parezco que estoy bromeando?

—Uri...

—Si no lo haces, entraré ahí y te cambiaré yo mismo de mesa.

Apretando los dientes, asiento. —Bien. Como quieras...

Me dedica una sonrisa victoriosa. —Por cierto... te ves muy guapa.

A pesar de lo irritada que estoy, aprecio el cumplido. No me siento muy bien últimamente. Es difícil sentirse sexy con una barriga que no hace más que crecer. Por eso hoy me esforcé en estar guapa con una falda larga y negra, botines y una blusa blanca y algo holgada que disimula muy bien mi barriga.

—Estaré aquí mismo. Si ves a alguien sospechoso, llámame de inmediato.

Suspiro. —¿Seguro que no quieres entrar conmigo?

—No.

Pongo los ojos en blanco, salgo del coche y entro en el restaurant «Seed». Nada más entrar, me inunda un aroma a aceite de pachulí y lavanda.

—¡Alyssa!

Giro a la izquierda y veo a Elle, que entrega su abrigo y me saluda con la mano. Nos abalanzamos y nos abrazamos con fuerza.

—Dios mío. Me alegro *tanto* de verte.

Veo por la ventana disimuladamente. El elegante Rolls Royce azul marino está estacionado justo a fuera, con la silueta de Uri prominente a través del cristal. —Elle, no tienes ni idea. Te he extrañado tanto.

Se aparta, pero mantiene ambas manos sobre mis hombros mientras sus ojos me recorren de arriba abajo de la forma menos sutil. —Tienes buen aspecto.

Sonrío. —Gracias.

—No, quiero decir, te ves *radiante*. Como una mujer nueva.

Alzo las cejas. —¿Qué esperabas exactamente?

—No lo sé. Una mujer que pareciera haber estado cautiva los últimos meses. Énfasis en «cautiva». De hecho, ¡énfasis en «meses», también!

—Tranquila —digo con firmeza, intentando no mirar hacia la ventana—. Estoy bien.

Asiente. —Tienes que contarme hasta el más mínimo detalle. Necesito saber *todo*.

Sí. Eso es exactamente lo que me temía.

—Y te contaré todo —bueno, más o menos. Por lo que a mí respecta, hay pequeñas mentiras piadosas y administraciones de la verdad totalmente justificables, incluso si de mejores amigas se trata—. ¿Buscamos una mesa?

—No te preocupes. Ya nos conseguí una mesa en el vip.

—Um, en realidad... ¿Te molestaría si buscamos una mesa al lado del ventanal?

Elle se encoge de hombros. —Si tú quieres. No me importa dónde nos sentemos.

Acomoda su cartera y se acerca a una de las mesas de la ventana. Mientras se sienta, se fija en el Rolls Royce. —Dios mío, *eso sí* que es un auto. Liam se volvería loco si lo viera.

—Sí, es un auto bonito —murmuro, distraída.

Uri es totalmente visible desde el asiento del conductor y elige justo *este* momento para echar un vistazo por la ventanilla.

—Guau —a Elle solo falta que se le salgan los ojos—. Olvida el coche. El hombre detrás del volante es el verdadero caramelo para los ojos. Es *guapísimo*.

Joder. No es como si pudiera quedarme callada *ahora.* —Um, sí. Ese es... Uri.

—¿Ese es quién? —pregunta, sin apartar los ojos de Uri.

Frunzo el ceño. —Aunque eres mi mejor amiga y dices haberme echado tanto de menos, parece que no te cuesta nada dejarme a un lado por otra persona. Además, acabas de casarte. ¿Qué haces mirando a otros hombres recién salida de la luna de miel?

Elle aparta por fin los ojos de Uri, aunque a regañadientes. —Oye, no pienso probar la mercancía, ni nada de eso. Solo estoy engordando la vista un momento.

—Mhmm, sí, claro —sonrío.

—¿Qué dijiste antes?

Trago saliva. —El tipo del coche de lujo, al que te devorabas con los ojos descaradamente... es *Uri*. El tipo con el que he estado todo este tiempo.

—*¡¿QUÉ?!*

—¡Cállate! —le susurro, escondiéndome detrás de mi menú mientras casi todo el restaurante se gira en nuestra dirección—. ¿Quieres bajar la voz, por favor?

—*¿Ese* es el hombre que te secuestró y te mantuvo como rehén todo este puto tiempo?

—En primer lugar, eso no es exactamente lo que pasó. Y segundo, *¡shh!*

Se vuelve hacia la ventana para echar un segundo vistazo a Uri. Uri, claramente consciente de que está siendo inspeccionado, alza la mano y hace una pequeña inclinación de cabeza a Elle. Es exasperantemente frío.

Elle lo saluda tímidamente. —Bueno, tiene estilo, lo reconozco. Una pregunta, ¿piensa venir y unirse a nosotros en algún momento?

—No. Cómo se te ocurre. Quería darnos algo de privacidad mientras nos ponemos al día.

—Qué considerado de su parte —comenta—. Pero ¿por qué no se va, entonces? ¿Por qué no aprovecha el tiempo mientras almorzamos?

—Solo quiere asegurarse de que estoy... a salvo.

El ceño de Elle desaparece de pronto y sus ojos se abren de par en par. —Espera. ¿Por eso

querías sentarte junto a la ventana? ¿Para que pudiera verte en todo momento?

De acuerdo. Esto va cada vez peor.

—Escucha, Elle, las cosas son complicadas. Solo está preocupado por mi seguridad.

—¿No es la misma excusa lamentable que te dio antes de encerrarte en su sótano?

Jaque mate.

—Te dije lo que estaba en juego la última vez que hablamos. Estamos hablando de la *mafia*, Elle. Los malos están involucrados, y Uri solo está preocupado porque me expongo. Es la única razón por la que está sentado ahí afuera. Solo intenta protegerme.

—Cariño, no sé si eso es verdad. O...

—¿O...?

—O si simplemente estás borracha de amor con el jugo natural que estas tomando.

El corazón late con fuerza contra mi pecho. Realmente no quiero que odie a Uri. Sobre todo, teniendo en cuenta que «borracha de amor» podría no estar tan lejos de la verdad.

—Elle —le digo, tomando su mano—, sé que es mucho para asimilar. Y entiendo que estés preocupada por mí. Yo también, para ser honesta. Pero no por Uri.

—Es un hombre guapísimo, Alyssa. De hecho, podría ser el hombre más sexy y hermoso que haya visto. Pero eso no excusa su comportamiento —se inclina hacia delante y baja la barbilla para mirarme con seriedad—. Está ahí fuera acechándote. Te dijo que te sentaras junto a la ventana. Te encerró durante meses. Te limitó el contacto con tus amigos y tu familia. No suena protector, más bien suena a psicópata.

—Sé lo que parece —protesto débilmente—, pero en realidad no es así.

—¿No? ¿En qué sentido?

—Han sido unas semanas duras y está preocupado por nosotros.

—¿«Nosotros»? ¿Quién es «nosotros»?

Respiro profundo y confieso, aunque duela. —Estoy embarazada, Elle —digo con una sonrisa temblorosa—. De gemelos.

Me mira boquiabierta durante unos instantes. Abre y cierra la boca un par de veces antes de conseguir decir algo. Ziva solía llamarlo «ir de pez dorado».

—No estarás jodiendo —respira al fin.

Sonrío débilmente. —No bromearía con algo así. Estoy entrando en mi segundo trimestre.

—¿De gemelos?

Asiento con la cabeza. —Sí. Gemelos. Gemelos idénticos.

—Yo... realmente no puedo creerlo.

—Créeme, a mí también me llevó varios días asimilarlo.

Elle mira hacia la ventana. —Así que..., a tu secuestrador sexy de ahí afuera... ¿Le preocupa que ese malvado mafioso vaya por ti y los bebés?

Ignoro la parte de «secuestrador sexy», por muy acertada que sea. —Esa es solo una parte. La segunda parte que no te conté es que la semana pasada tuve una hemorragia muy fuerte y pensé que iba a perder a los bebés. Ahora estoy bien, pero Uri... Está a mi lado desde el día en que me hospitalizaron. Se asegura de que me alimente bien y en general de que no me falte nada.

—¿Pero tú estás bien? ¿Y los bebés?

—Todos estamos en perfectas condiciones.

Elle asiente. —Y... perdona que te pregunte, pero ¿estás contenta de estar embarazada? Supongo que no fue planeado.

—Exacto, nada fue planeado —admito—. Pero en realidad nunca fue una elección. Supe desde el momento en que tuve un indicio de que estaba embarazada que seguiría adelante con esto.

—¿Y él también está feliz?

—Creo que sí.

Elle suelta un silbido y se reclina hacia atrás en su asiento. —Tengo que decir que es un montón de información.

Le dirijo una sonrisa cohibida. —Y ustedes siempre pensaron que yo era la aburrida de nuestro pequeño triángulo —juego con mi enlace Z mientras lo digo.

Elle sonríe con tristeza. —Gemelos. Como tú y Z. ¿Qué te parece?

—En realidad, me hizo sentir como si el destino tuviera todo preparado. Que ella está conmigo de alguna manera, mirándome de vez en cuando. Creo que se habría alegrado por mí.

—Solo para aclarar, yo también estoy feliz por ti. Es solo que... tu sexy secuestrador no es una pareja exactamente tradicional.

—No, pero ¿quién quiere una pareja tradicional en estos días? ¿No tengo razón?

Elle frunce los labios. —Quiero decir, con «pareja tradicional» nos referimos a alguien que no te secuestra o mantiene encarcelada durante meses.

—Lo hizo para protegerme, Elle. Confío en Uri y realmente quiero que le des una oportunidad. Por mi bien, al menos.

Elle suspira y mira por la ventana. Uri está hablando por teléfono con alguien y nos mira de reojo. —Claro que le daré una oportunidad. Es el padre de tus hijos.

—Gracias —estiro el brazo y tomo su mano—. Quiero disculparme por perderme tu despedida de soltera y tu boda. Quiero que sepas que no poder asistir me tuvo muy acomplejada.

—Tu vida es más importante que mi matrimonio. No te preocupes, lo entiendo.

—¿Me perdonas?

Ella hace un gesto despectivo con una pequeña sonrisa. —Ya estás perdonada.

Suelto un suspiro de alivio. —Gracias a Dios. Estoy en deuda contigo.

—Te tomo la palabra —dice con una sonrisita.

—Por cierto, ¿cómo estuvo? Te toca contármelo todo.

La técnica de distracción funciona. Elle se lanza a contar toda la historia. Se le iluminan los ojos mientras habla y me doy cuenta de lo mucho que ese día significó para ella. Su entusiasmo es contagioso porque, de repente, me veo imaginando otra boda, una en la que Uri y yo estamos implicados.

Deja de crearte falsas ilusiones.

Nada bueno saldrá de soñar despierta con cosas que quizá nunca sucedan. Uri es un hombre con muchas facetas, pero ¿un hombre que quiera casarse? Totalmente improbable.

—Por cierto, tu madre y tu padre estuvieron en la boda. Me regalaron un jarrón de cristal. Fue un gesto muy dulce.

Me tenso un poco. —¿Preguntaron por mí?

—Bueno, tu madre mencionó que pensaba que era ridículo que hubieras entrado a trabajar unos días antes de mi matrimonio. Pero si preguntas si sospechaban que algo andaba mal, entonces la respuesta es no, no creo que lo hicieran.

Suspiro y trato de controlar mi frustración. Uri me devolvió el teléfono hace algún tiempo. Había mantenido la fachada de mi «viaje de trabajo» a Cuba. De vez en cuando enviaba mensajes a mi madre, o contestaba a los de mi padre. Hizo un buen trabajo considerando cada detalle, haciendo parecer que era yo.

No es que fuera algo difícil de hacer. Mis conversaciones con mis padres eran cortas, directas y carentes de afecto.

—Le envié un mensaje a mamá ayer y le pregunté cómo estaban ella y papá. Aún no he recibido respuesta.

—Mierda. Lo siento, cariño.

Me encojo de hombros. —Uno pensaría que les gustaría estar cerca de la única hija que les queda. Pero parece que no.

—Ustedes pasaron por una mala racha después de la muerte de Ziva. Tal vez solo necesiten más tiempo para recuperarse de eso.

—Ocho años es bastante tiempo para «recuperarse», Elle.

—¿Tuvieron alguna vez una conversación de verdad? —pregunta—. ¿Después de esa gran pelea?

Me tenso y se me eriza la piel. Evito pensar en aquella época, porque todos los recuerdos se me

vienen a la mente y no son el tipo de recuerdo que quiero revivir. Para empezar, nunca quise pasar por una situación así.

—No, la verdad es que no. Solo hicimos lo de siempre, tapar todas las cosas y ocultar todo bajo la alfombra.

—No me extraña que haya resentimiento, Lys.

—No, nada de eso —argumento, sonando a la defensiva incluso para mis propios oídos—. Pero lo bueno es que al menos nos seguimos preocupando por nosotros.

—Aunque digas eso, no lo creo —dice Elle—. Vamos, Lys, seamos realistas. Estuviste fuera durante meses sin dar muchas explicaciones y yo estaba mucho más preocupada que tus padres.

Duele oírlo, pero es verdad. —Lo he intentado con ellos, Elle, pero...

—¿Realmente lo has hecho, Lys?

—¿Perdón?

Se esconde un momento detrás de su vaso de agua. —Solo digo que estuve allí. Vi cómo se desarrollaba todo. Después de la muerte de Ziva... las emociones estaban a flor de piel. Se dijeron cosas. Y, en vez de lidiar con las consecuencias, cada uno se retiró a su rincón.

Mi estómago se revuelve, incómodo. —¿Por qué tocas este tema de nuevo?

Elle frunce el ceño. —Porque es importante tener gente en tu vida, Alyssa. Un sistema de apoyo. Alguien que se dé cuenta si tú, oh, no sé... *desapareces al azar* —mira hacia la ventana—. No estoy segura de que depender de un solo hombre, por muy guapo que sea o por muy bonito que sea su coche, sea lo mejor para ti.

Suspiro y le doy un apretón en la mano. —Sé que no puedo hacerte ver las cosas como yo, así que lo único que puedo hacer es dejar que el tiempo te convenza de que Uri es un buen hombre. Solo es... complicado.

No parece satisfecha. —¿No quieres a alguien más sencillo?

—Lo hice. Luego murió mi hermana —Elle alza las cejas y yo respiro hondo—. Lo siento —murmuro rápidamente, pasándome la mano por el estómago—. Es que... de verdad me gustaría que mi hermana estuviera aquí.

—Lo sé. Yo también lo siento. No debería meterme, pero bueno, tú sabes lo que es mejor para ti.

Sonrío y hago otro intento por cambiar de tema. —Cuéntame todo sobre tu luna de miel. ¿A dónde fueron al final?

—Hawai —dice. Sus ojos se iluminan de nuevo—. Dos semanas enteras en la playa, en un complejo muy bonito. Gastamos todo el dinero que nos dieron como regalo de bodas, pero valió la pena.

—Me alegro mucho.

—Y volvimos de Hawai con un pequeño recuerdo para toda la vida —dice Elle mientras sus mejillas se sonrojan de color—. ¡Yo también estoy embarazada!

Jadeo mientras la sorpresa y la alegría recorren mi cuerpo. —¿En serio?

—Dudo que vaya a tener gemelos, pero sin duda hay un pastelito en el horno. Liam y yo estamos encantados.

—¡Yo también! Elle, nuestros hijos crecerán juntos —su barbilla tambalea cuando nos levantamos de nuestros asientos para abrazarnos—. Es una gran noticia.

Es una gran y hermosa noticia.

Ahora, recuperar a Polly sana y salva es nuestra prioridad. Así podré disfrutar de estos bellos momentos de verdad.

URI

Estoy esperando a Alyssa fuera del restaurante cuando entra una llamada de Nikolai. —¿Dónde estás?

—Afuera del restaurante.

—Bien, entonces puedes ir a ver este lugar llamado «Matros». He oído por ahí que Sobakin podría haber sido inversor. Quizá podamos husmear por allí, a ver si aparece algo.

—¿Eso es todo lo que tienes? ¿Sobakin puede haber invertido en algún agujero de mierda en Santa Mónica o en cualquier otro lugar?

—¿Tienes alguna idea mejor? Agotamos todas las demás pistas. No estaría de más comprobarlo.

—No puedo hacerlo ahora.

—¿Por qué no?

Me asomo a la ventana. Alyssa y su amiga están fuera de sus asientos y se abrazan con fuerza. Supongo que Alyssa habrá compartido la noticia de su embarazo. —Porque Alyssa está con su amiga y están almorzando. Y yo estoy de guardaespaldas.

—¿Hablas en serio?

La molestia en su voz me sorprende. —¿Por qué iba a estar bromeando?

—Podrías haber puesto a Stepan o a Vlad o literalmente a cualquier otro de toda la puta Bratva de guardaespaldas.

—Cómo se te ocurre. No hay nadie en quien confíe más que en mí mismo.

—Por el amor de Dios... Escucha, me alegro de que Alyssa y tú hayan conseguido arreglar todos sus problemas de mierda, pero, por si lo has olvidado, nuestra hermana sigue desaparecida.

Aprieto la mandíbula tan fuerte que me rechinan los dientes y me causa un enorme dolor de cabeza. Las palabras de Nikolai ya son bastante ofensivas. Su tono las hace mucho peores. —No lo olvidé —alzo la voz—. Solo intento asegurarme de que Alyssa y mis hijos no acaben desaparecidos.

—¡Joder, Uri! Iré a la bodega, cobertizo, o como mierda se llame. Creo que es hora de darle una

oportunidad a Sobakin. Tal vez pueda sacarle algo que tú no pudiste.

Aparentemente, mi hermano busca pelea hoy. —Será mejor que te cuides, Niko. No bajes solo.

—*Tú* lo haces. ¿Por qué yo no puedo?

—Yo soy el maldito *pahkan*. Puedo hacer lo que me dé la gana —ahora estoy siendo un imbécil sin ninguna buena razón. ¿Por qué le niego la oportunidad a Nikolai? Pero ya lo he dicho, estoy atrincherado y no hay vuelta atrás.

Guarda silencio durante unos prolongados segundos. —Bien, como tú quieras —me dice con un aparente resentimiento—. Como tú digas, tú eres el *pahkan*. Solo trata de no tomarte todo el puto día.

Cuelga antes de que pueda contestarle. El almuerzo de Alyssa dura otra hora. Estoy a punto de ir a buscarla y sacarla cuando veo que Alyssa le hace una señal a la camarera para pagar la cuenta. Entro en el restaurante para interceptar a la camarera y pagar yo mismo su comida. Unos minutos después, las dos mujeres salen caminando hacia mí.

Alyssa enlaza su brazo con el de Elle, que se acerca a mí con ojos curiosos y una sonrisa cautelosa.

—Gracias por el almuerzo —dice Elle—. No tenías que hacerlo.

—Ha sido un placer. Encantado de conocerte, Elle. Me hablaron mucho de ti.

Abandona rápidamente cualquier intento de indagar sobre mi persona. Me examina de arriba abajo como si buscara armas. Será mejor que no mire demasiado, porque encontrará varias. —Espero que la demora no haya sido un problema.

—No te preocupes, todo ha estado bien. Tendrás que venir a visitar a Alyssa a la finca un día que estés libre.

Alyssa parece sorprendida por mi oferta, pero no dice nada. Elle se limita a asentir. —Definitivamente lo haré. Ah, y felicidades por los futuros herederos.

Algo dentro de mí me hace inflar el pecho. Se siente sospechosamente como orgullo y una verdadera alegría. —¡Gracias, Elle!

Una vez que nos despedimos de Elle y dejamos el restaurante, Alyssa se vuelve hacia mí con una sonrisa agradecida. —Gracias por dejarme almorzar con mi amiga. Lo anhelaba demasiado.

—¿Qué tanto le contaste de lo nuestro?

—Solo lo suficiente para asegurar que no corría ningún peligro contigo.

—¿Así que le mentiste?

Ella resopla. —Eso no ayuda, Uri.

Reprimo una sonrisa y piso el acelerador. Ya sé que la larga espera molestará a Nikolai. Espero que así sea, porque no estoy de ánimo para dedicarle un segundo de paciencia.

En cuanto volvemos a casa, acompaño a Alyssa a su cama para que descanse. Se va sin rechistar,

señal inequívoca de que la jornada la dejó agotada. Una vez acostada, vuelvo a salir de casa y cruzo el jardín en dirección al cobertizo.

Nikolai ya está en la entrada. Le salen rayos de ira por los ojos. —¡Ahí estás! —dice, poniéndose en pie de un salto—. Por fin te dignaste.

—¿Cuál es tu maldito problema hoy?

Realmente no necesito pelear con Nikolai en este momento. Pero está haciendo difícil no querer retorcerle el cuello.

—Tenemos trabajo que hacer. Tenemos un *pakhan* para exprimirle información y tú andas ahí afuera, supervisando la hora del té de las señoritas.

Lo agarro por el cuello y tiro de él hacia mí para que vea el fuego en mis ojos. —Puede que seas mi hermano, Niko, pero eso no significa que no te vaya a dar una paliza si es necesario —lo empujo con fuerza para que pierda el equilibrio—. Ahora, controla tu actitud o yo lo haré por ti.

Nikolai recupera el equilibrio, pero me mira desafiante. —¿Puedo bajar ya, *señor*?

—Sí, y apúrate.

Con el ceño fruncido, baja trotando y yo lo sigo de cerca. Alan está acurrucado en su lado de la celda, con una almohada sobre la cabeza. Se remueve y gime dramáticamente cuando encendemos las luces. Boris, en cambio, parece alerta y despierto cuando Nikolai abre la puerta de la celda y entra.

Tengo que reconocer que es un caballo de batalla. Pasó por dos semanas de tortura. Lo han desollado, lo han privado de comida y agua durante días. Tiene una pierna rota y probablemente algunas costillas. Incluso ahogándolo con un paño y agua en la boca, resiste.

A pesar de todo, permanece en silencio. Si no hubiera vendido a mi hermana como esclava sexual, se habría ganado mi respeto.

Así las cosas, solo ganará más violencia.

—¿Vuelves a golpear un caballo muerto? —dice Boris. Su voz se vuelve más áspera a cada día que pasa. Me gusta pensar que es la voluntad que abandona su cuerpo.

—*Tranquilo,* Boris. Aún no estás muerto. Ni vas a disfrutar del dulce alivio de la muerte hasta que mi hermana vuelva a estar bajo mi protección.

Esboza una sonrisa sangrienta y desdentada. —El dolor está todo en la cabeza.

—Estamos aquí para que te des cuenta que esa idea es errónea. ¿Nikolai?

Me hago a un lado para dejarlo pasar. Mi hermano se pone delante de Boris y lo fulmina con la mirada. —¿A quién se la vendiste?

Boris se limita a escupir a los zapatos de Nikolai. Nikolai le da tal puñetazo en la cara que el hombre pierde el conocimiento al instante. Pongo los ojos en blanco. —Sabes que el objetivo es mantenerlo consciente, ¿verdad? —pregunto—. No puede darnos respuestas si no está despierto.

Maldiciendo, Nikolai se acerca al grifo fuera de la celda para llenar un balde con agua. Me retiro

y dejo que Nikolai haga lo suyo. Le doy quince minutos y, al final, Boris vuelve a estar inconsciente y sangrando por media docena de sitios nuevos. La herida abierta en el estómago tiene un aspecto asqueroso.

—Tendré que traer a Grigory para que se ocupe de eso ahora —suspiro, agarro la muñeca de Nikolai y le quito las manoplas de acero que se puso hace diez minutos.

—Que sufra —sisea Nikolai mientras me empuja y sube las escaleras, furioso.

Le lanzo a Alan un trozo de pan duro antes de seguir a Nikolai al jardín. —Hacerlo sufrir es una cosa. Hacerlo morir es otra. Si muere, se acabó. El rastro termina con él.

—¿Qué importa? —grita Nikolai—. ¡No está hablando!

Entrecierro los ojos. —Ahora me crees, ¿verdad? ¿Cuál es tu puto problema Nikolai? —lo confronto. Se da la vuelta. Los nudillos de latón mantuvieron sus puños limpios, pero se le están formando pequeños moretones a lo largo de los puentes de los dedos.

Me acerco a él y le empujo el pecho con un dedo. —¿De verdad creías que estaba haciendo el trabajo a medias? ¿Que voy todos los días a cantarle arrullos y darle de comer uvas en la boca?

—Era de esperar, ¿no? ¿No crees que te has distraído últimamente?

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que ahora tienes tu propia familia. Una *nueva* familia. Y quizá eso signifique que tu antigua familia cae un poco más bajo en la escala de prioridades.

Estoy *así* de cerca de ponerme esos nudillos de metal en mi propia mano y golpear a mi hermano hasta hacerlo papilla. —Dilo otra vez. Te reto.

—Es la verdad.

—Yo no soy *tú*, Nikolai. Siempre he sido capaz de concentrarme en dos cosas al mismo tiempo. Puedo cuidar de Alyssa y seguir buscando a Polly.

—Y, si eso es verdad, ¡¿entonces por qué *mierda* no la hemos encontrado todavía?!

—¿Me estás culpando?

—Como te encanta seguir recordándome, *tú* eres el puto *pahkan*. Lo que significa que cualquier cosa que pase o no pase es tu culpa. El hecho de que se llevaran a Polly es culpa *tuya*. El hecho de que aún no la hayan encontrado es culpa *tuya*...

—Te lo advierto, Nikolai, detente ahí o...

—¿O qué? ¡Uri, reacciona, por el amor de Dios! ¡Es como si ya no te importara que esté desaparecida!

Debería haber parado cuando se lo dije.

Lo agarro por el cuello y lo golpeo contra la puerta de la bodega. Se golpea tan fuerte contra la madera desgastada que suenan los cimientos. Es muy satisfactorio tenerlo bajo mi dominio. Así que, para que me entienda mejor, vuelvo a golpearlo contra la puerta una segunda vez. Se golpea

la base del cráneo y se queja de dolor.

Bien. Quizá eso lo haga entrar en razón.

Parece que no, porque intenta contraatacar. Bloqueo su puño dos veces antes de soltar un gancho. A diferencia de él, le hago crujir la mandíbula, pierde el equilibrio y se desploma.

Lo golpeo contra el suelo como cuando éramos niños. Cuando intenta levantarse, lo vuelvo a tumbar de una patada y le pongo la bota en el pecho.

—Quédate abajo, Nikolai —siseo—. Mantente donde debes.

Me gruñe, pero la derrota es evidente en su rostro. Deja de forcejear y sus manos caen al suelo, a ambos lados.

—Sabes que haría cualquier cosa por Polly. No te *atrevas* a cuestionar mi amor por ella otra vez. O mi dedicación para encontrarla y traerla de vuelta a casa sana y salva.

Le quito la bota y Nikolai jadea. Me dirijo a la puerta y me vuelvo para mirar a Nikolai, que sigue tirado y jadeando en el suelo.

—Ah, y una cosa más, vete a la mierda por haber dudado de mí. No te lo perdonaré.

Luego, le cierro la puerta en las narices.

ALYSSA

El olor a carne asada y queso golpea mis fosas nasales apenas salgo de mi habitación. El chef debe estar preparando algo delicioso por orden de Uri, porque la casa nunca olió tan bien.

Sigo mi olfato hasta la cocina, pero me detengo en seco cuando veo el ejército de velas que vigila el rincón del desayuno. Hay flores frescas en todos los rincones y la iluminación se ha atenuado hasta convertirse en un resplandor romántico.

—¿U... Uri?

Aparece por la esquina, con un delantal negro en el que se lee «*Besa al cocinero»,* en inglés. No es mala idea, la verdad. Si su cara y su delantal no son suficiente invitación, el cucharón que lleva en la mano sí lo es.

—¿Cocinas?

—Pensé en darle la noche libre al personal de cocina y prepararte algo yo mismo.

—¿Es eso... pollo a la parmesana lo que estoy oliendo?

—Nada se te escapa, ¿verdad, *narushitel*?

Entro despacio, intentando descifrar la expresión decidida y casi maníaca de su rostro. Nos sirve la comida con la precisión de un chef de cinco estrellas, pero sigo sin fiarme de la niebla que cubre sus ojos.

—Uri, esto es maravilloso. Pero... ¿estás bien?

—Por supuesto.

Me fijo en sus nudillos magullados y automáticamente le tomo la mano. Se queda inmóvil mientras lo examino. —¿Qué pasó?

Retira su mano rápidamente al darse cuenta que lo descubrí. —La misma mierda de siempre. Todo en un día de trabajo.

—Entonces, ¿por qué no te ves bien? ¿Es por Polly? ¿Has oído o conseguido...?

—No puedo hablar de Polly ahora, Alyssa.

Su tono es cortante y mi boca se cierra de inmediato. Su mirada lo delata. Necesita distraerse.

Necesita centrarse en algo que no sea lo que considera un fracaso personal. Tengo tantas ganas de acercarme, estrecharlo entre mis brazos y abrazarlo todo lo que necesite. Pero sé por experiencia que intentar consolarlo de esa manera solamente lo alejará más.

Así que me trago las palabras que tengo en la punta de la lengua y quería decirle, «*No es culpa tuya. Ella estará bien. Pronto la encontrarás*» *y* dejo que él tome el control.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Se relaja, agradecido. —Coge unos vasos.

Nos sentamos a la mesa, que ya está perfectamente puesta. Me trae un zumo de manzana con gas y una guarnición de pepinillos, gracias a mis nuevos y vergonzosamente estereotipados antojos de embarazada.

—Gracias por cocinar y consentirme.

Asiente. —Híncale el diente. Esos bebés necesitan ser alimentados.

Corto el pollo a la parmesana y el olor a mantequilla y queso me envuelve. Estoy tan preocupada por él que no puedo dejar de mirarlo y tengo que obligarme a dar el primer bocado. Pero, en el momento en que todas esas especias llegan a mis papilas gustativas, no puedo soltar los cubiertos.

—Bueno, si lo de *pahkan* de la Bratva no funciona, tienes un futuro brillante como chef.

Sonríe. Se ha terminado la mitad del vodka y apenas ha probado un par de bocados. Hago como que no me doy cuenta.

—Mis padres aún no se han dado cuenta de que algo va mal —rompo el silencio cuando casi he terminado de comer. Uri alza las cejas y me hace cuestionarme si es la forma correcta de distraerlo—. Mm... Quiero decir, se creyeron toda la historia de Cuba.

Asiente. —Y te apuesto que ni siquiera han preguntado por ti.

—Eso es porque en realidad no les importo —me encojo de hombros. Él frunce el ceño y suspiro al perder esa pequeña batalla no verbal—. Si lo sé, suena duro, pero no hay nada que hacer.

—Si lo que dices es cierto, puedes molestarte. Es razón suficiente para justificar tu enojo, Alyssa.

—Si, *definitivamente es* verdad —resoplo y dejo el tenedor en el borde del plato—. Ziva siempre fue la mejor para ellos. Era la niña favorita. Irónico, verdad, que ella se fuera primero y me quedara yo para su mala suerte.

¿El lado bueno? La mirada distraída y preocupada de Uri desapareció.

¿El inconveniente? Me metí en una conversación sobre mis padres.

—¿Te dijeron eso?

—No tuvieron que hacerlo. Después de la muerte de Ziva, se retiraron a un extremo de la casa. Dejaron de venir a los eventos escolares. Dejaron de celebrar mi cumpleaños. Dejaron de interesarse por mi vida. Ni siquiera vinieron a mi graduación universitaria. Papá llamó un par de

horas antes y me dijo que mamá tenía migrañas tan fuertes que no podía salir de la casa. ¿Puedes creerlo?

Uri se acerca, pero no dice nada. Sin embargo, es increíble todo lo que puede llegar a decir con esos profundos ojos azules. Siento que me da toda su atención.

—Tal vez en parte fue mi culpa. Básicamente los culpé por la muerte de Ziva.

—¿Por qué?

—Porque, cuando decidió dejar el tratamiento, se *lo permitieron*.

—Quizá intentaban respetar su decisión —sugiere Uri.

Aprieto los dientes. —Era *nuestra* decisión como familia. Y era *nuestro* trabajo demostrarle a Ziva que la respaldábamos pasara lo que pasara. *Ella no quería ser una carga para nosotros*. Por eso quería dejar el tratamiento. Es la única razón por la que quería morir. Si solo hubieran... —me interrumpo cuando un sollozo me priva del resto de mis palabras. Peor mis lágrimas caen sobre la comida—. Mierda. Ahora estoy llorando. Me siento como una idiota...

—¿Por qué?

Me limpio las lágrimas rápidamente. —Porque nos has preparado una comida deliciosa y estoy arruinando el momento.

Si le importa, no da muestras. Sus ojos permanecen fijos en mí. —Nunca me habías contado nada de esto.

—Porque no me gusta hablar de Ziva. O de mis padres. Con nadie. Ni siquiera con Elle, y ella prácticamente vivió en nuestra casa durante un tiempo.

Se inclina hacia delante y me toma la mano. —¿Sabes algo? Gracias…

—¿Q-qué?

Sonríe. —Tus intentos por distraerme. Funcionaron.

No puedo evitar soltar una carcajada y reírme, algo nerviosa. —Odio que puedas ver a través de mí. Aunque me alegro de haberte consolado con mi familia disfuncional.

—Todas las familias son disfuncionales, Alyssa. Pero la felicidad es el fruto de nuestros propios actos —se pone en pie y me ofrece la mano—. Vamos. Vamos a la cama.

Su invitación suena súper bien. Lo tomo de la mano y dejo que me guíe hasta mi habitación. Sé que la habitación de Uri está en la tercera planta, cerca de la de Lev, pero, desde que me han permitido dormir en una habitación del primer piso, él duerme en la habitación contigua a la mía. Eso me ha dejado con unas ganas insaciable de sentir su calor durante los últimos días. Más aun sabiendo que él está ahí y nos separa una delgada pared. Probablemente él se queda despierto hasta altas horas de la noche, igual que yo, preguntándose qué salió mal y qué hará falta para que todo vuelva a la normalidad.

Me toma de la mano hasta que llegamos a la cama. Entonces, me da la vuelta y empieza a desnudarme con movimientos pacientes y cuidadosos.

—Puedo quitarme mi propia ropa, no necesito ayuda, ya lo sabes.

—He preparado la cena —sus dedos rozan mi nuca, dejando escalofríos a su paso—. Es justo que tú traigas el postre.

Giro lentamente en sus brazos hasta que me acuna junto a él. —Entonces, deja que te sirva el postre —le digo con un guiño sugerente.

Uri arquea las cejas, pero no dice nada. Me deja devolverle el favor. Le desabrocho la camisa y se la quito. Después le quito el cinturón, los pantalones y la ropa interior. Cuando está desnudo, le pongo las manos en los hombros y lo acomodo boca arriba sobre los edredones. Lo sigo, apoyando una rodilla a cada lado de sus caderas mientras su erección roza mi femineidad.

Es fácil admirarlo desde esta posición. Los planos suaves de sus músculos. Su dureza en todo el cuerpo, el vello en su pecho. Simplemente exuda *hombría.* Me hace sentir... bueno, *normalmente* me haría sentir...

Mi sonrisa se hace más picara.

—Quizá deberíamos cambiar de posición —sugiere.

—¿Por qué? —miro mi prominente barriga. —Probablemente parezco una vaca gorda desde este ángulo.

Los ojos de Uri se encienden de rabia cuando se levanta y quedamos frente a frente. —Eres completamente perfecta —me regaña en la cara, con el aliento teñido por el vodka—. No vuelvas a hablar así de ti. ¿Comprendes? —es tan enfático que me encuentro asintiendo—. Bien —vuelve a apoyarse en los codos, con los ojos todavía ardientes—. Ahora, móntame, Alyssa.

Así lo hago. Lo meto dentro de mí y me muevo hasta que me siento cómoda con su diámetro. Luego lo cabalgo despacio, según las órdenes de la doctora. Encajamos perfectamente, como siempre. Toca todos los puntos que necesito y algunos que ni siquiera sabía que tenía. Me pierdo en él, dejo que me eche la cabeza hacia atrás y que el pelo me caiga por la espalda, y cada gemido llega hasta el techo.

Pero nuestros «movimientos suaves» no duran mucho. Cuanto más me pierdo en su calor, con su verga enterrada profundamente en mí, más rápido me muevo, hasta que somos una amalgama de movimientos y él se levanta para besarme con pasión. Es entonces cuando me vengo, pegada a Uri de pies a cabeza, cada centímetro de su cuerpo en contacto con mi piel. Se viene conmigo, derramando todo lo que guardaba con un gruñido gutural que hace que alcance el segundo orgasmo en cosa de segundos.

Después lo estrecho contra mí, respirando su rico aroma a madera. —¿Te quedarás conmigo esta noche? —le pregunto. Ni siquiera me importa lo necesitada que debo sonar, lo patética. A veces, las mujeres solo *necesitamos* un poco más de atención. Y esta es una de esas veces.

—Sí —dice simplemente, besándome la cabeza.

Y lo hace.

Entre su promesa susurrada y el roce de su mano sobre mi brazo, me quedo dormida. Al principio, no hay nada más que dulce olvido. Justo lo que necesitaba.

Pero entonces llegan las pesadillas.

Todas ellas terminan de la misma manera. Con Lev y Polly siendo arrancados de mí. Son arrastrados hacia las sombras por manos sin rostro y dos bestias rusas emergen en su lugar. Sus voces crepitan como el viento y proyectan sombras monstruosas que parecen hacerse cada vez más grandes mientras murmuran una palabra demasiado baja e indistinguible para mí.

—¡No! —grito pero mi voz se pierde en las sombras—. ¡No!

—Alyssa.

—¡Aléjate de mí!

—Oye, oye. No pasa nada. Shh.

—¡Devuélvemelos! Por favor, Dios, solo...

—*Alyssa*.

Jadeo y abro los ojos de golpe cuando me agarran esas enormes y tétricas manos con garras afiladas. No, no son manos con garras. Son las manos *de Uri*.

Su rostro se cierne sobre mí en la penumbra, los ojos brillantes y los dientes blancos. —No pasa nada. Solo estabas teniendo una pesadilla.

Sacudo la cabeza. —No fue una pesadilla. Me ocurrió de verdad —susurro jadeante, aferrándome a él con fuerza—. Esos hombres... ahora los recuerdo... los que se llevaron a Polly...

Uri abre mucho los ojos. —¿Qué recuerdas, Alyssa?

Mi corazón se acelera. Recordé algo específico. Algo que sé que es importante. Pero se me escapa rápidamente.

¿Qué palabra decían? La decían una y otra vez, con una voz como un trueno grave y retumbante y tan profunda que la sentía en los huesos. Ommm... Dommm...

—¡Dominik! —suelto de repente—. Mencionaron un nombre cuando se la llevaron a rastras. Dominik. Eso es lo que dijeron.

La expresión de Uri es ilegible, pero la urgencia en su rostro es suficiente. Esta era la clave que necesitábamos.

Asiente una vez, me da un beso en la frente y se levanta de la cama.

—Espera. ¿A dónde vas?

Empieza a ponerse la ropa con frenesí. En lugar de responderme, se inclina de nuevo y atrapa mis labios con los suyos. Es un beso fuerte, apasionado, lleno de promesas. Cuando se separa de mí, sus ojos brillan. —Volveré. No te preocupes.

Y, con ese último beso, se marcha.

URI

La puerta se abre de golpe y entra Nikolai. —¿Sabes algo de Kruger?

Miro fijamente mi teléfono, esperando que suene. —Todavía nada.

Se acerca a mi mesa, pero no se sienta. Tiene las cejas arqueadas y el semblante pálido. —¿Cómo conseguiste el nombre?

—Alyssa. Tuvo un sueño hace unas horas y, cuando la desperté, tenía ese nombre en los labios.

—¿Pero sin apellido?

—No, pero espero que esto sea suficiente. Siéntate.

—No puedo sentarme —se queja Nikolai, pasándose una mano por el pelo—. Si me quedo sentado, estallaré de la ansiedad —se acerca a la ventana y mira hacia el césped. Más allá de las luces empotradas en el jardín, todo está envuelto en la oscuridad.

El teléfono comienza a sonar.

Tomo el teléfono y lo pongo en altavoz para que lo vea Nikolai. —¿Kruger?

—Tengo dos coincidencias, jefe —dice, sin aliento—. El primero es Dominik Drozdov. Pero no creo que usted tenga motivos para conocerlo, señor. Es un asesino a sueldo de poca monta, que de vez en cuando se mete en los círculos de prostitución.

Me rechinan los dientes. —¿Y la segunda coincidencia?

—Dominik Evanoff.

Miro a Nikolai, que tiene los ojos muy abiertos por la sorpresa. —¿El *pahkan* de la Bratva Evanoff?

—Ese mismo, jefe.

Mis estomago se revuelve por la impresión. —Investiga todo lo que puedas encontrar sobre ambos hombres. Necesito estar seguro de cuál de los dos buscamos.

Después de colgar, giro mi silla de escritorio hacia Nikolai, que sigue junto a la ventana—. Nunca tuvimos problemas con los Evanoff.

Nikolai asiente. —Siempre han sido felices de funcionar en una escala inferior, y dejar que tu seas el Alfa.

—¿A menos que algo haya cambiado...?

Nikolai niega con la cabeza. —Los Evanoff hacen la mayor parte de su trabajo en Rusia. Nunca nos desafiarían así en Estados Unidos. Sería ridículo. Un auténtico suicidio.

—Estoy de acuerdo. Pero tenemos que asegurarnos —tomo el teléfono y marco un número ruso al que no llamo desde antes de que Alyssa hiciera su aparición en mi cerco.

—*Privet*, primo —responde Dimiv—. Ha pasado tiempo.

—Desgraciadamente, no es una llamada social.

—No lo creo. ¿Es medianoche en tu zona, o no?

—Dormir es para los débiles, *mocoso dvoyurodnyy*.

—Dime cuál es el problema. Haré lo que pueda para ayudar desde aquí.

—Necesito que investigues a los Evanoff.

Oigo el susurro de sus movimientos sorprendidos. —¿Tienes problemas con los Evanoff?

No, pero si Nikolai sigue cruzando la habitación de punta a punta una y otra vez me volverá loco mucho antes de que los Evanoff me lleven a una tumba prematura. Exhalo y me recuerdo a mí mismo que debo concentrarme. —Eso es lo que intento averiguar. Antes de hacer mi movimiento, necesito asegurarme.

—Preguntaré entre mis contactos. Se arreglará, no te preocupe. Si puedo preguntar, ¿qué crees que han hecho?

Si fuera cualquier otro, no estaría dispuesto a compartirlo. Pero Dimiv es más que un primo, ha sido un aliado en las buenas y en las malas. —Polly ha sido secuestrada. Ha sido vendida a los círculos de prostitución.

Otra inhalación aguda. —Malditos hijos de la gran… —lo escucho gritar.

—Tengo razones para creer que fue vendida a un hombre llamado «Dominik» y ahora necesito averiguar exactamente a qué Dominik debo matar.

—¿Qué estúpido *mudak* la vendería a los círculos?

Me froto las sienes contra el dolor de cabeza. —Boris Sobakin.

—¿*Ese imbécil*? —exclama Dimiv, sorprendido—. No sabía que aún le quedaban bolas.

—Tiene algo mejor, falta de debilidades.

—*Todo el mundo* tiene debilidades, primo. Puede que no sea obvio, pero siempre hay una.

Su confianza se me contagia, lo cual es bueno, porque la emoción inicial de que Alyssa recuerde el nombre se desvanece rápidamente. Vuelvo a sentirme jodidamente cansado. —Hazme un favor y averigua todo lo que puedas sobre Sobakin también. Averigua todo lo que nos pueda ser

útil.

—Entendido. Dalo por hecho, primo.

Cuelga y Nikolai por fin deja de pasearse, menos mal. Sus ojeras empiezan a ser tan graves como las mías. —¿Es esto? ¿Es esto lo que la trae de vuelta a nosotros?

—Eso espero —murmuro—. Si no, puede que tenga que matar a ese hijo de puta del cobertizo.

Me fijo en el moretón del cuello de Nikolai, de cuando lo agarré antes. Nos hicimos muchas heridas a lo largo de los años. Pero siempre nos unimos al final del día cuando hay mucho en juego.

La sangre siempre tira. Eso es lo que importa ahora, más que nunca.

Cuando me pongo en pie, el sol se escapa lentamente del cielo. —Tienes que dormir un poco —le digo a Nikolai, dándole una palmada en la espalda. Es lo más parecido a una disculpa que cualquiera de los dos puede formular.

Me mira durante unos segundos antes de suspirar y relajarse. —Lo haré cuando tú lo hagas.

Se va a su casa y yo me desvío a la cocina para preparar una bandeja con bocadillos antes de ir a la habitación de Alyssa. Entro en silencio, con la esperanza de no despertarla, pero está consciente y sentada en la cama, claramente esperándome.

—Hola —murmura, con una voz baja y nerviosa.

Me detengo a los pies de la cama. —¿Cómo te encuentras?

—Ansiosa, preocupada, esperanzada —dice—. ¿Investigaste quién podría ser este Dominik? ¿Crees que tiene a Polly? ¿Sabes dónde puedes encontrarlo?

Dejo la bandeja en una mesilla y la obligo a recostarse en las almohadas. —Tienes que respirar hondo y beber un poco de té.

Toma sin ganas la taza de té que le acerco, pero no hace ademán de beber un sorbo. —No quiero té.

—Bébetelo de todos modos.

—Uri...

—Estoy trabajando en ello, ¿de acuerdo? No estoy seguro de quién es este Dominik, pero voy a averiguarlo. Recuperaremos a Polly. Te lo prometo.

Con esa promesa asegurada, da un sorbo al té. —No has dormido en toda la noche, ¿verdad?

—Necesito seguir avanzando mientras tengamos pistas.

Suspira y deja su taza para poder tomarme las manos. —Estoy preocupada por ti. Necesitas descansar. Esto no es sano, Uri.

—Cuando logro dormir, tengo pesadillas. Así que prefiero evitarlo.

—Ven aquí —me tira a la cama, boca abajo. Me quita la camisa y empieza a masajearme, desde

los hombros hasta la espalda. Sus manos son pequeñas y frías sobre mi piel, y no lo bastante fuertes como para hacer mella en los nudos profundos que me torturan. Pero aun así se siente bien. Dejarme estar aquí sin hacer nada, dejar que mis ojos se cierren mientras ella derrama su amor en mí, en cada beso, en cada caricia.

Al final, mis ojos se cansan. Me pone de lado y se desliza delante de mí.

—Alyssa...

—Shh — me susurra hipnóticamente—. Me has estado cuidando. Ahora me toca a mí cuidarte a ti. Descansa. Duerme, mi amor. Aquí estoy para cuidarte.

URI

Después que Alyssa hiciera magia con sus manos, dormí un par de horas. Me siento más alerta, más capaz, más fuerte que nunca. Mis pensamientos están claros y centrados. Mi determinación es tan férrea como siempre.

Traeremos a mi hermana a casa.

Mientras Alyssa está arriba pasando tiempo con Lev, yo repaso toda la información que mi equipo consiguió averiguar sobre Sobakin y los dos Dominiks.

Cuanto más leo sobre Evanoff, menos creo que tenga algo que ver con el secuestro de Lev y Polly. De hecho, incluso podría haber cierta enemistad entre él y Boris, basada en algunos tratos que salieron mal y que involucraban a las organizaciones de ambos. Parece que Sobakin ha hecho muchos enemigos durante su vida.

Cuando suena mi teléfono, lo cojo distraídamente.

DIMIV: ***Llama ahora.***

Me exalto a ver el cortante mensaje y casi suelto el teléfono, pero me apresuro a marcar. Responde de inmediato. —Dos cosas. Dominik Evanoff no es tu hombre. Hay mucha sangre que aún no se ha pagado entre ellos. Parece que Sobakin fue responsable de las muertes del padre y el tío de Evanoff.

—No me sorprende. ¿Qué es lo segundo?

—Investigué los negocios de Boris en Moscú. Uno de mis hackers se las arregló para conseguir un registro de las transacciones realizadas desde la cuenta de Boris a una cuenta en el extranjero, vinculada a una mujer que vive aquí, en Moscú. Elena Chernoff es su nombre.

Mi cuerpo palpita de adrenalina. Me levanto del asiento y empiezo a pasear, siguiendo el mismo camino que Nikolai recorrió anoche en mis alfombras. —No me suena de nada. Pero tiene que significar algo para Sobakin, si él la mantiene.

—No la mantiene a ella —aclara Dimiv—. Es a su hijo de diez años. Artem. En su certificado de nacimiento no figura el padre, pero hace poco vi una foto del niño. Si Sobakin no es el padre, puedes dispararme entre los ojos.

Por fin, joder, ¡sí!

—Dimiv Bugrov, te debo una. Varias, en realidad.

—Para eso está la familia, primo.

—Sigue averiguando. Tengo asuntos de los que ocuparme por este lado.

En cuanto cuelgo, salgo corriendo de mi despacho al cobertizo. Alan grita de miedo y se esconde bajo las mantas cuando abro de una patada la puerta de la celda.

Sobakin, por su parte, me ofrece una asquerosa sonrisa. —Ya deberías saberlo. No hablaré.

—¿Ni siquiera por Artem?

En cuanto pronuncio su nombre, Boris levanta la cabeza. La sonrisa se le borra de la cara y tiene los ojos llorosos. El miedo en su rostro es evidente.

Es la cosa más dulce que vi en todo el día.

—¡No te atrevas a tocarle ni un pelo!

Sonrío fríamente. —No estás en posición de exigirme nada, Boris.

Boris aprieta los dientes. —¿Quieres saber quién compro a tu hermana? —pregunta con iniciativa propia. —Te lo diré, Dominik Drozdov. Pero hasta ahí llegan mis conocimientos. Se la vendieron y ahí le perdí la pista.

—¿Cuánto valía su vida? —le exijo—. ¿Por cuánto la vendiste?

Boris sacude la cabeza. —Nunca fue por el dinero. La habría regalado si eso hubiera significado verte sufrir.

Probablemente, debería preguntar de dónde viene esta venganza personal. Pero estoy demasiado enfadado para preocuparme. Me conformo con golpearlo hasta que su cabeza cuelga unida a su cuerpo sin reacción. Luego me alejo, dejando al hombre como un vil trapo ensangrentado.

Deseo desesperadamente acabar con su vida ahora mismo, pero me contengo. Su cadáver no me servirá de nada. Pero él todavía podría servir.

Sin molestarme siquiera en limpiarme la sangre de las manos, envío mensajes de texto a Dimiv y a Kruger, para informarles que Drozdov es el hombre que buscamos. Luego, me dirijo a mi dormitorio para ducharme y quitarme la sangre de Sobakin.

Me estoy desnudando cuando entra Alyssa. Sus ojos se abren de par en par cuando ve la sangre en mis manos.

—No es mi sangre —le explico antes de que pueda preguntar.

Eso no parece consolarla. Se acerca y me chequea de arriba a abajo. —¿Estás bien?

—¿Acaso soy de porcelana, Alyssa? —me giro para mirarla, sonriendo—. Sé quién tiene a Polly.

Alyssa contiene un grito y se tapa la boca con las manos. —¿En serio?

—La pista que me diste, Dominik, resultó.

El alivio inunda su rostro. —¡Oh, gracias a Dios! —de inmediato agarra su pulsera como si fuera un rosario—. ¡Gracias, Dios mío!

Me sigue al baño y me mira mientras me lavo la sangre en el lavabo. Cuando cierro el grifo, se pone a mi lado y me toca la cara. Retira la mano y veo una mancha de sangre en el pulgar.

—Tienes sangre por todas partes... —susurra.

—¿Qué tal si me ayudas a limpiarme?

No espero a que responda. Empiezo a desnudarla lentamente. Se queda de pie, mirándome. Me aseguro de que el agua que sale del grifo de la ducha esté caliente antes de meterla conmigo. Su cuerpo parece maduro y perfecto. El suave oleaje de su vientre, la jugosa plenitud de sus pechos... se parece al nacimiento de la Venus de Botticelli.

Sus manos recorren mi cuerpo como esta mañana. Pero esta vez me enjabona y me frota con una esponja y luego me acaricia y me enjuaga. Cuando termina, mi miembro esta erecto y listo para sumergirse en ella.

Pero, cuando lo intento, ella me detiene. —No —dice, en voz baja y un poco cohibida—. Todavía no.

Luego, con chorros de agua corriéndole por la cara y el cuerpo, se pone de rodillas delante de mí y empieza a chupármela.

—Mierda—gimo mientras se introduce mi verga hasta la garganta.

Hoy tiene una confianza en sí misma que no había visto antes. Aunque la entiendo, yo también me siento extasiado por las buenas noticias.

Estamos cerca. Estamos jodidamente conectados.

Juguetea con mis testículos mientras sigue chupándomela, metiendo mi verga tan profundo que a veces pienso que voy a perder el control y correrme en su boca. Después de la segunda arcada, se la saco de la boca y la obligo a ponerse de pie.

—No voy a esperarte ni un maldito segundo más, *narushitel* —le gruño al oído—. Porque no aguantaré más si no puedo hacerte mía ahora mismo —luego la giro y la empujo contra la pared de cristal de la ducha.

Veo nuestras siluetas reflejadas en el espejo. Sus pechos se apoyan en el cristal y una de sus mejillas dibuja una sonrisa retorcida en sus labios. Empujo lentamente dentro suyo mientras suelta un suave gemido estrangulado.

Luego me la follo despacio, viendo cómo mi longitud desaparece dentro de ella antes de volver a salir. Su sedoso pelo está empapado y le cuelga por la espalda. Contemplo, hipnotizado, cómo el agua recorre su columna y desciende hacia donde se unen nuestros cuerpos. Es una obra de arte, y yo soy el único que puede disfrutarla.

¿Existe un hombre más afortunado en la tierra?

Mantengo una mano en su cadera mientras la otra acaricia su espalda. Luego la agarro con las dos manos por las caderas y nos miró en el espejo mientras chocamos una y otra vez. Cada

embestida la hace balbucear nuevas palabras.

—Sí, sí... fóllame, Uri... tómame... *sí*...

Entre la siesta de esta mañana y esto de ahora, nunca me sentí más poderoso. Siento que puedo hacer cualquier cosa. Salgo de ella, la giro y, antes de que pueda decirle lo que quiero, cae de rodillas y le pinto el pecho con mi semen. Se aprieta los pechos e inclina la cabeza hacia atrás mientras el agua de la ducha y mi semilla descienden sobre ella.

Me corro con tanta fuerza que quedo seco, pero, cuando su lengua sale para atrapar una gota de la pegajosa blancura del borde de sus labios, mi miembro comienza a tomar vida otra vez, dispuesto a repetir todo de nuevo.

—Eres un sueño del que no quiero despertar—le murmuro mientras la ayudo a ponerse en pie.

Mantiene una sonrisa tímida pero pecaminosa mientras la limpio de pies a cabeza. Cuando los dos estamos limpios y cierro el grifo, suelta un profundo suspiro de satisfacción que siento en el pecho.

¿Cómo dejé que todo esto llegara hasta este punto?

Esta finca, mis hermanos, la Bratva... todos ellos siempre han sido mi refugio. Todos ellos conformaban mi hogar.

Ahora, cuando pienso en hogar, solo *la veo a ella*.

URI

Salgo del cuarto de baño y encuentro el teléfono sonando sobre la mesa. El número es privado, pero atiendo de todos modos. Intuyo quién puede ser y, en cuanto oigo la voz al otro lado, mi corazonada se confirma.

—¡Hola, primo! ¡Tengo buenas noticias para ti! —se nota que Dimiv está motivado. Que digan lo que quieran sobre los métodos de este hombre, sus enemigos seguramente no son fanáticos, pero siempre obtiene resultados increíbles—. Localicé a Drozdov. Una dirección en la que se rumorea que guarda sus compras. Una especie de almacén, podrías decir.

Sujeto el teléfono con tanta fuerza que corre peligro de romperse en pedazos en mis manos. —Dame más información.

—Te lo diré en persona, cuando me vengas a buscar al aeropuerto. Pero estoy sudando la gota gorda en este país de mierda, así que date prisa.

—¿Qué? ¿Volaste solo…? —pregunto, sorprendido.

Dimiv resopla y corta mi pregunta. —¿Un maldito bastardo secuestra a mi pequeña prima e intenta venderla como si fuera una puta? Puedes apostar tu culo a que vuelo directamente. Tú y Nikolai me necesitan.

—Eres un buen hombre, Dimiv —ya estoy corriendo por la casa y tomando las llaves colgadas junto al garaje—. Voy en camino.

Estoy casi en la puerta principal cuando Nikolai aparece por la esquina. —¿A dónde vas con tanta prisa?

—Es Dimiv. Voy de camino al aeropuerto a recogerlo y nos dirigimos a uno de los locales de Drozdov.

Nikolai abre los ojos, incrédulo ante mis palabras. —Dimiv está... está... encontró... voy.

—No —le planto una mano en el pecho para evitar que me siga—. Te necesito aquí, cuidando de Lev y Alyssa. Dimiv y yo tenemos esto cubierto.

La cara de mi hermano cae y sus hombros se hunden hacia delante. Pero entonces, algo lo ilumina. —Alyssa tiene cita hoy con Grigory. ¿No quieres estar allí para la revisión?

Cabrón. Sabe qué botones apretar.

—Alyssa lo entenderá. Se trata de Polly. Dile que la veré esta noche.

Antes de que pueda seguir discutiendo, cierro la puerta y corro hacia mi todoterreno negro. Salgo por la carretera principal justo a la hora de todos los tacos imaginables, pero nada me detendrá. Las cámaras de tráfico me siguen como cazadores, atravieso los cruces y corto el paso a casi todos los vehículos de la carretera. Que se acumulen las multas, las pagaré todas con gusto si eso me lleva hasta Polly un segundo antes.

En el aeropuerto, encuentro a Dimiv de pie, impaciente, en la acera, con una bolsa de viaje colgando de un hombro. —¿Cuánto la hora? —bromeo mientras me paro delante de él con la ventana abierta.

Dimiv alza la vista y sonríe. —Apuesto a que tu fea cara desearía que diga «cien dólares» —arroja su bolsa en la parte trasera y se sienta en el asiento del copiloto—. Me alegro de verte, primo.

Nos abrazamos sobre la consola central y me golpea la espalda dos veces, como solía hacer mi tío. Me transporta a mi infancia. Los veranos en Rusia, los combates de lucha libre en el patio trasero, los *pierogi* y los caramelos en las noches. Dimiv incluso huele como el tío Petyr, a humo de cigarrillo y colonia Old Spice de la era soviética.

—Ojalá nos reuniéramos en mejores circunstancias —suspira cuando nos separamos—. Deberías haberme llamado cuando ocurrió esta mierda.

Salgo y tomo la rotonda que lleva a la autopista. —Tienes tu propia mierda con la que lidiar en Moscú.

—La familia es la familia, Uri. Sé que aparecerías si te llamara y te dijera que uno de mis chicos ha sido raptado por un *mudak* con más codicia que sentido común.

—Sabes que sí. Por cierto, ¿cómo están los chicos?

—Bogdan es estudioso y tranquilo. Osip es insoportable. Me recuerda a ti y a Nikolai a esa edad. Pero de vez en cuando necesitan una buena paliza como las que solían darles a ustedes dos. Y creo que a ustedes todavía les faltan algunas *a esta edad* también —se ríe cuando frunzo el ceño y saca su teléfono. —Te enviaré la ubicación a tu GPS. Son cuarenta minutos para llegar, más o menos. Necesitaremos refuerzos.

Asiento y acelero hacia el carril izquierdo. —Envía un mensaje a Nikolai. Que envíe tres equipos a la dirección. Llegarán antes que nosotros.

Dimiv guarda silencio mientras envía el mensaje a Nikolai. Cuando termina, se echa hacia atrás en su asiento y respira hondo. —Estados Unidos —dice con un suspiro—. Han pasado casi ocho años desde que estuve aquí. ¿Te lo puedes creer?

La última vez que Dimiv estuvo en Estados Unidos fue para los funerales. Trajo a su mujer, Dagmara, que entonces estaba embarazada del mayor.

—No puedo imaginarlo —admito—. Ocho años, muchísimo tiempo —miro hacia él—. Siento no habernos mantenido en contacto.

Él rechaza mis disculpas. —A la mierda con eso. No necesitamos estar en contacto. Somos

familia.

Sonrío. Dimiv siempre ha tenido el sentido de la lealtad de mi tío, feroz y sin remordimientos. Fue una amarga pérdida cuando nos anunció que se marchaba a Rusia.

—¿Cuándo vas a volver de rusia? Acá te iría mejor.

Dimiv pone los ojos en blanco. —Otra vez no, por favor, Uri.

—Te necesitamos aquí. A Nikolai y a mí nos vendría bien un hombre como tú.

—Está claro que soy un buen partido. Pero tengo una buena vida en Moscú. Mi esposa es feliz viviendo cerca de sus padres. Y los chicos... bueno, Rusia es el único hogar que conocen.

—Si alguna vez sienten curiosidad por Estados Unidos, envíalos. Yo me ocuparé de ellos.

Dimiv asiente. —¿Qué tal si primero nos encargamos del hijo de puta que se llevó a Polly?

Mi mandíbula se aprieta en señal de acuerdo. —Me gusta cómo suena eso.

—Te advierto algo, Uri. Basándome en los trapos sucios de este cabrón de Drozdov que desenterré, no es más que un intermediario. Compra chicas en los círculos y luego las vende a ricos en el extranjero. Es probable que Polly no esté en este lugar. Pero espero que haya alguien allí, que pueda decirnos a quién se la vendió Drozdov.

—Ella está ahí —le afirmo con determinación—. Puedo sentirla.

Desde mi visión periférica, puedo ver a Dimiv mirándome con una expresión compasiva. Sé que probablemente suene delirante, pero la esperanza es todo lo que tengo en este momento.

Es todo lo que tenemos.

Pasan los minutos y pronto salimos de la autopista. Mi cuerpo está tenso. Sujeto el volante con tanta fuerza que mis nudillos se ponen blancos.

—¿Cómo está Lev? —pregunta Dimiv.

—¿Intentas distraerme?

—De verdad quiero saber cómo esta. Pero sí, estoy tratando de distraerte.

Me río disimuladamente. —Es una larga historia. En muchos sentidos, lo mismo de siempre. Las mismas penurias, las mismas crisis nerviosas. Las pesadillas, la paranoia. Pero en otros aspectos le va mejor. Sobre todo, gracias a Alyssa.

—¿Es la chica de la que todos rumorean?

Lo miro con las cejas levantadas. —¿Has oído hablar de ella?

Asiente con una sonrisa irónica en la comisura de los labios. —Las noticias llegan rápido y lejos cuando eres el *pahkan* de una poderosa Bratva. Que te vieran con ella más de una vez la puso en el mapa. Y yo me mantengo alerta —se pasa una mano por la barbilla sin afeitar—. Supongo que la tienes bien protegida.

—Nikolai está con ella —redoblo mi agarre en el volante—. Pero hay algo que no te conté...

—¿Qué cosa? No te hagas el importante y suéltalo ya, Uri.

—Está embarazada…

—¿Qué…?

—Y de gemelos...

Dimiv se queda boquiabierto. —*Ups* —me da un puñetazo en el brazo—. ¡Felicidades, primo! Es una gran noticia. Supongo que tú *eres* el padre, ¿verdad? ¿No estás disparando balas de fogueo?

Le lanzo una mirada desafiante. —Obvio que sí.

—Solo comprobaba, gruñón. Tenemos que celebrarlo.

Echo un vistazo al GPS. Un minuto más y llegaremos a nuestro destino. —Lo haremos. Tan pronto como recuperemos a Polly.

URI

Se acaba antes de empezar.

Me da vergüenza por sus nefastas defensas.

Asaltamos la casa de dos plantas por los cuatro frentes. Un mar de fuego se alza sobre la propiedad, con una variada gama de armas traídas especialmente para esta ocasión desde los mejores vendedores del mercado negro. Las puertas caen, los hombres gritan, la sangre se derrama. Y todos honran su juramento a la Bratva Bugrov.

Somos treinta y dos hombres y Drozdov solo tiene una docena para defender su vida, así que, apenas cinco minutos después de lanzar el asalto, está arrinconado en una esquina de la casa, atrincherado detrás de los cadáveres de hombres que murieron para protegerlo, aunque no le servirán de nada.

Paso por encima de un cuerpo completamente destrozado y miro al cobarde tembloroso.

—¿Qué quieres de mí? —balbucea. Sus rodillas ceden luego de formular la pregunta y se arrodilla, inerte y sin resistencia.

—¿Sabes quién soy? —le pregunto. Abre la boca, pero no sale nada—. Responde a la maldita pregunta, Drozdov. Porque yo sí sé quién *eres*.

Tiembla violentamente. Sus labios se vuelven tan blancos como el resto de él. —No... no lo sé. Por favor, déjame ir.

—No puedo hacer eso. Pero puedo presentarme —me pongo en cuclillas para estar a la altura de sus ojos—. Mi nombre es Uri Bugrov.

Sus ojos se abren de par en par, su rostro palidece y huelo el pútrido hedor de la orina cuando los pantalones del hombre se mojan. Me hace arrugar la nariz de asco—. Para alguien a quien le gusta comprar y vender niñas, habría pensado que estarías hecho de un material más fuerte.

—Escucha...

—No, *tú* escucha. Vendiste a mi hermana. Polina Bugrov. ¿La recuerdas? —como no responde, saco una pistola y se la aprieto contra la sien—. Ahora nos entendemos mejor. *Te acuerdes de ella, ¿verdad?*

—S-sí. Sí. Me acuerdo. Por favor, Dios, no dispares.

—Descríbela.

—P-pelo castaño. Ojos azules. Pecas en el p-puente de la n-nariz.

—Y joven —digo—. No lo olvides. ¿A quién se la vendiste?

—Si te lo digo, ¿me dejarás vivir?

—¿Por qué no me dices lo que sabes y lo averiguamos? —cambio la pistola de posición, la paso lentamente frente sus ojos y se la aprieto contra la frente. Se estremece cuando la ve y empieza a temblar cuando el frío metal choca contra su piel. El sudor se acumula alrededor de la punta del cañón, como una pequeña corona de diamantes.

—¡Oleg Agapov! —jadea rápidamente—. P-por favor, no dispares. Haré lo que sea.

—Oleg Agapov —repito. El nombre me suena.

—Vino a verme —dice Drozdov. Habla rápido—. Se corrió la voz de que yo tenía a la chica y él entró en la guerra de ofertas.

—¿Guerra de ofertas?

Los ojos de Drozdov revolotean por la habitación. Es el último que queda. Todos y cada uno de sus hombres yacen muertos o moribundos a su alrededor. —A veces me gusta alargar el proceso de licitación. Tomarme una semana o dos para subir el precio. Tu hermana era p-popular.

—¿Cuándo fue vendida a Agapov?

—Ayer.

—Gracias por tu cooperación.

Bajo el arma y él suspira aliviado. El suspiro y su alivio mueren cuando le doy un cabezazo tan fuerte que sus ojos se ponen vidriosos y cae inconsciente.

Asqueado, me quito el sudor de la frente mientras me pongo en pie. —Amordázalo y encadénalo. Súbelo a uno de los jeeps. Puede unirse a Alan y Sobakin en el cobertizo, por ahora. ¿Dónde está Dimiv?

—Abajo, jefe —responde Stepan, señalando en su dirección—. Encontramos una pequeña puerta que lleva al sótano. Su primo estaba explorando.

Bajo y giro a la izquierda. Una alfombra mugrienta está enrollada a un lado, dejando al descubierto una puertecita abierta. Me escabullo por la estrecha abertura y desciendo las escaleras hasta el espacio inferior. Tengo que agacharme para moverme por debajo del cielo raso.

—¿Dimiv? ¿Estás acá?

—Sigue avanzando y da la vuelta —me contesta.

Sigo su voz hasta un par de camas gemelas, cada una con una joven cuyas ataduras acaban de ser liberadas por Dimiv y dos de mis hombres. Ambas están vestidas con los mismos tipos de batas de algodón y muestran las mismas expresiones de terror. La de la izquierda tiene los ojos oscuros

y el pelo aún más oscuro. La de la derecha es rubia blanquecina con suaves iris azules. Ambas están destrozadas. Apostaría cada céntimo que he ganado a que ninguna tiene edad para conducir.

—No estamos aquí para hacerles daño —les aseguro—. Las llevaremos de vuelta con sus familias —las chicas intercambian miradas—. Pero, antes de hacerlo, necesito que me respondan algunas preguntas.

Mantengo las distancias con ambas. Es probable que ya no se sientan muy cómodas rodeadas de hombres. Tienen que agradecérselo al bastardo inconsciente de arriba. Tengo la intención de asegurarme de que pague por sus pecados.

—¿Había otras chicas retenidas aquí? —sacuden la cabeza a la par—. ¿Cuándo llegaste a este lugar?

—Anoche —dice la morena en voz baja—. Creo. Nos drogaron. Nos despertamos en estas camas.

Maldita sea.

Me vuelvo hacia un lado y Dimiv se acerca a mí. —Trasladaron a Polly antes de traer a las chicas nuevas —le explico a Dimiv en voz baja.

—¿Drozdov dijo algo? —pregunta Dimiv, bajando la voz para igualar la mía.

—Sí. Tengo un nombre. Oleg Agapov.

Dimiv abre mucho los ojos. —¿Agapov? ¿La misma familia Agapov que tu padre arruinó antes de que me fuera?

Mierda. Sabía que reconocía el nombre.

Me vuelvo hacia las chicas. —¿Tienen casa? ¿Familias que las estén buscando?

Sacuden la cabeza. Lo más probable es que estas chicas procedan de algún barrio de mala muerte, que vayan de un hogar de acogida a otro. El tipo de chicas que se cuela tan fácilmente por las grietas de nuestro mundo y cae en los agujeros infernales que tiene debajo. Presas comunes para hombres como Drozdov, Agapov o Sobakin, que son ratas que merodean en la oscuridad.

—No te preocupes por ellas —me asegura—. Tengo todo bajo control. Las llevaré a un lugar seguro y podremos ayudarlas mañana.

—Lleva a Stepan contigo. Él te llevará a uno de mis pisos francos a las afueras de la ciudad. Las chicas pueden quedarse allí por el momento.

Dimiv planta su mano en mi hombro. —Encontraremos a Polly, primo. No descansaré hasta que lo hagamos.

Niego con la cabeza y salgo de este lugar. Ahora que el humo se asienta, la decepción se apodera de mí. Contaba con encontrar a Polly aquí. En lugar de eso, tenemos otra búsqueda que comenzar. Otra etapa de esta maldita cacería interminable. Peor aún, está en manos de su comprador final. Solo Dios sabe lo que ese *mudak* enfermo planea hacer con ella.

Subo a mi todoterreno y le hago señas a los hombres para que me sigan a la finca. De camino, llamo a Nikolai y lo pongo al día.

Rápidamente llega a la misma conclusión que Dimiv. —¿Oleg Agapov? ¿No son los Agapov la familia que Otets...?

—Sí.

Sisea una respiración aguda. —*Blyat*.

—¿Están Alyssa y Lev contigo?

—Sí, llevo una hora viéndolos jugar videojuegos. Estoy listo para meterme una bala en la cabeza. ¿Dónde estás ahora?

—De camino a casa. Tengo otro feo adorno para el cobertizo.

—Se está llenando de gente ahí abajo.

—Estoy planeando hacer sitio. Alan ha cumplido su función. Solo está ocupando espacio en este momento. De todos modos, pronto llegaré a casa. Empieza a investigar a Oleg Agapov. Tenemos que movernos rápido si queremos recuperar a Polly de una sola pieza.

Mientras lo digo, pienso en la mirada muerta de la niña rubia. La vida ya les ha destruido antes incluso de tener la oportunidad de vivirla.

Espero por Dios que Polly no comparta su destino.

En cuanto llegamos a la finca, hago que mis hombres lleven el cuerpo inerte de Drozdov al cobertizo. Pero, a medida que nos acercamos a los jardines del norte, mi piel se eriza de inquietud. Esto está demasiado vacío. Demasiado tranquilo. Debería haber al menos dos guardias vigilando este lado de la finca. En cambio, solo veo un cuervo solitario en lo alto de un árbol lejano.

—Viktor, Ilya, vayan afuera y comprueben la zona. ¿Quién se suponía que estaba de guardia hoy?

—Fyodor y Anton, creo —responde Viktor.

Conozco a ambos hombres. Nunca dejarían sus puestos a menos que fuera una situación de vida o muerte. Miro hacia el cobertizo, y...

Mierda. La puerta se agita con el viento. La cerradura está rota.

—Tenemos compañía o alguien se fugó —advierto a mis hombres mientras saco mi pistola y corro por la pendiente hacia el edificio.

Soy el primero en entrar y el primero en bajar al sótano. Las señales de alarma en mi cabeza eran totalmente exactas. La puerta de la celda está rota y hay sangre en el suelo. Alan yace en un charco de su propia sangre, con los ojos hinchados, muerto como una rata.

Y en cuanto a Sobakin...

Se ha fugado.

Subo corriendo y compruebo la señal de seguridad. Hace cuarenta y cinco minutos, se oscureció. Tomo el teléfono y llamo a Nikolai.

—Sobakin escapó — le gruño—. Se escapó, joder. —Nikolai empieza a hacer preguntas, pero lo corto—. Prepara una bolsa para Alyssa y Lev. Ya no es seguro aquí. Nos vamos.

Salgo a grandes zancadas del cobertizo donde dos de mis hombres tienen a Drozdov, aún inconsciente, en equilibrio entre ellos. Planeaba torturar al bastardo antes de matarlo. Se merecía una muerte larga y prolongada, digna de alguien que compra y vende niñas.

Pero ahora tengo peces más gordos por freír. Así que les ordeno que lo tiren al suelo y se aparten. Entonces, levanto mi arma y le disparo en la cabeza.

En cuanto a Oleg Agapov y Boris Sobakin...

Voy por sus cráneos a continuación.

ALYSSA

Resulta que Nikolai es tan molesto y omnipresente como Uri.

Lleva toda la tarde observándome como un halcón, o sea que cada vez es más difícil ocultar las crecientes molestias de mi vientre. Se lo pregunté al Dr. Grigory cuando se presentó en mi consulta interna con su enorme maletín médico, y me aseguró que era normal que tuviera algunas molestias, teniendo en cuenta que estoy de casi veinte semanas y los bebés crecen deprisa.

No estoy tan preocupada, pero si estoy *incómoda.* Por no decir cansada. Es mucho trabajo cargar con dos seres humanos que insisten en robarme todas las calorías.

—¿Estás bien?

Suspiro. Es la décima vez que Nikolai me hace esa pregunta. La respuesta no cambia.

—¿Por qué sigues preguntándole eso? —refunfuña Lev sin levantar la vista de su videojuego.

—Sí. Buena pregunta, Lev —miro a Nikolai—. Sobre todo, porque ya la he respondido un montón de veces.

Nikolai se encoge de hombros. —Es mi trabajo cuidar de ti mientras Uri no está. Si algo pasa, él me cortara la cabeza.

—Necesita tomarse un calmante. Y tú también.

—Y *tienes* que decirme si algo te pasa o estás incomoda. Has estado retorciéndote en ese asiento durante la última hora.

—Solo son gases —resopla entre risas. Incluso Lev suelta una risita distraída—. Sinceramente, Nikolai, estoy bien. Solo estoy cargando gemelos, es incómodo. Es todo.

—¿Qué dijo Grigory durante tu chequeo?

—Que estaba sana. Y los bebés también.

—¿Te dio más suplementos?

—Una botella llena. Las alegrías del embarazo. No puedo esperar a añadirlas a la dieta.

—¿Te has tomado la presión?

—Está impecable.

Esa parte no es exactamente cierta, pero no quiero preocupar ni a Nikolai ni a Uri. La verdad es que mi presión arterial estaba unos puntos por encima de lo normal. Al parecer, me estoy estresando demasiado. Pero hasta que Polly no vuelva a casa con su familia, no creo que eso cambie.

—¿Tienes hambre?

—No. Pero cada segundo que pasa me estás irritando más.

Pone los ojos en blanco. —Vale, perdón. Pararé con la inquisición.

—Que Dios te bendiga —digo con tono sarcástico.

Sonríe y vuelve a hurgarse las uñas. ¿Un hábito nervioso? No estoy segura, pero, cuando lo miro con atención, noto que parece un poco alterado. No puede ser solo por mí.

—¿Hay algo que debería saber? —pregunto de repente.

—¿Hm?

Entrecierro los ojos. —Nikolai, dime la verdad.

Suspira y mira a Lev, que parece demasiado concentrado en su juego para prestarnos atención. Sin embargo, Nikolai deja su sillón y viene a sentarse a mi lado. —Uri tiene una pista creíble sobre dónde puede estar Polly —me susurra.

Jadeo y me tapo la boca con las dos manos. —Me estás jodiendo. ¿En serio?

Asiente. —Está en camino con nuestro primo, Dimiv.

—No sabía que tenían un primo. Nunca lo he visto por aquí.

—Vive en Rusia. Se mudó allí hace una década porque su mujer echaba de menos su casa.

—¿Pero está aquí ahora?

—Voló durante la noche. Uri le contó lo de Polly y vino a ayudar.

—Increíble. Eso habla muy bien de él.

—Eso sí es «*familia*».

Asiento, apretando automáticamente mi pulsera como hago cada vez que sale a relucir esa palabra últimamente.

—Ziva ya no es tu única familia, Alyssa —dice Nikolai suavemente—. Ahora tienes toda una nueva familia.

—Lo sé —me miro la barriga—. El problema es que mi familia insiste en darme acidez, tanto por dentro como por fuera.

No se ríe de mi estúpida broma. Se limita a cubrir mi mano con la suya y a clavarme esa mirada tan inquietantemente parecida a la de Uri. —Lo digo en serio, Alyssa. Ya no estás sola. Ya nunca

más.

En contra de mis deseos, los ojos se me llenan de lágrimas y tengo que morderme la lengua para evitar que se derramen. —Gracias, Nikolai. Significa mucho para mí.

Me mira desconcertado. —¿Te emocionaste o te he hecho llorar?

—Hormonas —digo rápidamente—. No te hagas ilusiones.

Se ríe. —*Claro*. Hormonas. Te creo.

Le doy un golpe juguetón en el brazo. —Uri tiene suerte de tener un hermano como tú.

—Si claro, puedes *decírselo* si quieres —dice con un bufido de desconcierto.

Sonrío. —Él ya lo sabe. Aunque no siempre lo demuestre.

—Es mi culpa —se echa hacia atrás y se restriega una mano por un lado de la cara—. Puedo sentirme... inseguro sobre nuestros roles en esta Bratva, en esta familia. Aunque yo soy el hermano mayor, él es obviamente el alfa.

Me encojo de hombros. —Así que él es el *pahkan* o lo que sea. Pero tú sigues siendo el hermano mayor. Y, por lo que a mí respecta, también eres uno muy bueno.

Un zumbido nos interrumpe. Nikolai mira su teléfono. —Hablando del diablo. Discúlpame un momento.

Se levanta y se dirige a la puerta. Habla bajo, así que no puedo entender exactamente lo que dice. Pero percibo un deje de decepción en su voz.

—...se está llenando de gente ahí abajo... sí, vale. Nos vemos pronto —cuelga y vuelve hacia mí —. No encontraron a Polly. Pero ahora sabemos quién la tiene.

Me incorporo. —¿Ahí es donde va Uri ahora?

—Me temo que no es tan simple, Alyssa. Tendremos que averiguar cómo rescatar a Polly. El hombre que la compró no es exactamente del tipo razonable.

Frunzo el ceño. —¿De qué tipo es entonces?

—Del tipo que quiere venganza —dice Nikolai con un suspiro—. Mi padre es responsable de matar a toda su familia en su día.

Se me abren mucho los ojos. —¿Q-qué?

—En esa época, eran un grupo como cualquier otro. El padre de Oleg Agapov estaba al mando, y él y mi padre tuvieron un montón de disputas territoriales. Podría haberse arreglado con un poco de dinero y algunas negociaciones decentes, pero Gavrill Agapov decidió luchar sucio.

—¿Cómo? ¿A que te refieres?

—Intentó matar a mi madre y hacer que pareciera un accidente —se me cae la mandíbula. Me cuenta la historia con tanta naturalidad que se me ponen los pelos de punta—. Por supuesto, mi madre no era tan fácil de matar. Saltó del coche en marcha y vio al hombre que la perseguía. Lo

reconoció como uno de los hombres de Agapov. A la semana siguiente, la familia Agapov estaba hecha cenizas. Oleg y su hermana pequeña se salvaron solo porque eran niños —Nikolai me mira a los ojos—. Nadie se mete con esta familia y vive para contarlo.

—Cielos. Cuando cuentas historias así, lo único que pienso es que me alegro de que estén de mi lado —se ríe y yo me acomodo en mi asiento—. Nikolai, realmente necesito una ducha. Voy a bajar, ¿vale?

—¿Necesitas ayuda?

—*¡No!*

Alza las manos, enseñándome las palmas en señal de inocencia. —Iba a ofrecerme a acompañarte escaleras abajo. No a ducharme contigo.

—Nunca es malo ser cuidadosa con los hermanos Bugrov. Ustedes dos tienen la costumbre de exagerar. Quédate aquí con Lev. Necesito un par de minutos.

—Bajaré a ver cómo estás en diez minutos.

—Veinte.

—Quince. Oferta final.

—Qué fastidio —murmuro mientras me tambaleo hacia la puerta. Su risa me sigue por todo el pasillo.

Respiro aliviada cuando llego a mi habitación y puedo desnudarme. Quitarme la ropa es liberador, entre otras cosas porque la temperatura de mi cuerpo se ha vuelto loca estos días y sudo a más no poder. Enciendo el grifo y ajusto la temperatura hasta que esté fresca y relajante. Entonces me meto, dispuesta a refrescarme un momento y de paso a relajarme durante quince minutos.

Conociendo a Nikolai, sin embargo, tendré suerte si consigo la mitad de eso.

Acabo de empaparme el pelo cuando la puerta del baño se abre de golpe. Pienso que es Nikolai, grito y tomo la toalla, pero me quedo helada cuando veo que es Uri.

—¡Dios mío! Me has asustado —la expresión de su cara es sombría. Definitivamente no ayuda a mi presión arterial. Abre la puerta de la ducha y me cierra el grifo. —¿Uri...?

—Sal ahora —ordena—. Y vístete.

Mi ceño se frunce de inquietud. —¿Por qué?

—Porque nos vamos. Ya no es seguro aquí. Debo protegerte.

URI

—¿*Este* es nuestro nuevo «escondite»? —Alyssa se queda boquiabierta ante la cabaña, como si nunca antes hubiera visto arquitectura escandinava y madera a la vista. Todavía tiene el pelo húmedo de la ducha y lo lleva recogido en una larga cola sobre el hombro. Lo único que deseo es enrollar ese pelo con mi mano y engatusarla para que se arrodille...

Hago una mueca, me pongo un bolso en cada hombro y asiento. —¿Hay algo que no te guste, *narushitel?*

Mueve la cabeza con incredulidad. —Dijiste que tendríamos que «aguantar un tiempo».

—La cabaña solo tiene seis habitaciones y no hay alojamiento para el personal. Así que tendremos que cocinar y limpiar nosotros mismos.

Aún no logra despegarse de la arquitectura de la cabaña. Parece como si sus ojos se fueran a quedar atascados allí para siempre. —Pobre de ti, Uri. ¿Cómo sobrevivirás? —dice en un tono burlón.

Pongo los ojos en blanco y Dimiv aparece por la esquina justo a tiempo para intervenir. —Uri puede ser bueno en la cocina, pero nunca en su vida levantó una escoba.

Alyssa se vuelve hacia él. —Tú debes ser Dimiv.

—Y tú debes ser la famosa Alyssa. Bella y resplandeciente, por lo que veo.

— ¿No eres un encanto? —dice Alyssa con una sonrisa tímida—. ¿Seguro que eres pariente de estos dos?

Se ríe entre dientes y me da un codazo. —Tranquilo, Uri, me gusta la cabaña.

—Claro que te iba a gustar. ¡Dimiv! ¿Qué tal si haces algo útil por una vez y me ayudas con algunos bolsos?

Está tomando uno de los tapetes y se dirige por el camino de piedra que lleva a la cabaña cuando un grito largo y estrangulado procede del interior del todoterreno. Alyssa se da vuelta. —¡Mierda! Es una crisis —grita Alyssa—. Es Lev.

—¡No, no quiero salir! —grita Lev.

Nikolai sigue ahí dentro con él, rogándole y suplicándole que saque un pie del vehículo. —Lev,

vamos. No es tan malo. De hecho, es genial. Puedes salir a disfrutar la naturaleza, a oler los árboles.

Arqueo una ceja escéptica. —¿Tú hueles árboles, Nikolai?

Nikolai me fulmina con la mirada. —¿Quieres intentar sacarlo, sabelotodo?

—Lo intentaré —interviene Alyssa, apartándonos a Nikolai y a mí del camino—. Hola, Lev. Soy yo. Revisé el lugar. Se ve increíble.

—No quiero verlo —a través de los vidrios polarizados, apenas puedo distinguir su silueta encorvada, con la barbilla hundida en el pecho y los brazos cruzados sobre el torso, como si eso lo mantuviera a salvo de la peligrosa doble amenaza de los pinos y el aire fresco.

—Pero si no entramos ahora y elegimos nuestras habitaciones, los demás elegirán las mejores. No quieres que eso pase, ¿verdad?

Silencio, Lev no responde. Nikolai y yo intercambiamos una mirada. Seguro que no...

—De acuerdo —dice Lev, y lo siguiente que veo es que toma de la mano a Alyssa y sale del vehículo.

Lo saca del todoterreno y lo acompaña hasta la casa. Solo le dedica una mirada pasajera a Dimiv, que se aparta en un silencio estupefacto para dejarlos pasar. Los tres nos reunimos para verlos desaparecer en la cabaña.

—¡Dios mío que estás en los cielos! —respira Dimiv—. ¿Cómo se las arregló para hacer eso?

Nikolai suspira. —Ella es buena con él.

Dimiv se vuelve hacia mí con las cejas levantadas. —Realmente te has sacado la lotería con ella.

Mi pecho se hincha de repente, con un calor punzante que se parece mucho al orgullo. —Dejen de mirar embobados y ayúdenme con estas bolsas, *mudaks*.

El interior de la cabaña es tal y como lo recordaba. Techo a dos aguas con brillantes vigas a la vista, una chimenea de piedra hecha a mano que se alza enorme en el centro del salón, grandes ventanas con marcos de madera que se alinean en las paredes que dan al valle. Las astas de un ciervo que el tío Petyr abatió un invierno todavía cuelgan de la pared, frente a una colección de cuchillos de caza de la juventud de mi padre.

Cuántos recuerdos enterrados en esta carpintería. Lev dio sus primeros pasos sobre la alfombra de piel de oso de la chimenea. Polly sopló las velas de su primer cumpleaños en aquella mesa tosca. Recuerdo lo mucho que nevaba fuera y lo poco que nos importaban esas cosas.

—Se me hace raro volver sin ella —murmura Nikolai como si me leyera el pensamiento.

Le dirijo una mirada. —Vamos a recuperarla.

—Estoy más que seguro de eso.

Nikolai y Dimiv se reúnen a mis costados. Se siente como en los viejos tiempos, excepto que soy yo quien está a cargo. Mi padre ya no está aquí, ahora solo estamos nosotros. Polina necesita lo mejor que podamos ofrecerle.

Así que respiro y me calmo. Dejo las preocupaciones a un costado, y me concentro en lo primordial.

—¿Tenemos alguna localización de Agapov? —pregunto con ansiedad.

Dimiv asiente. —Tengo a un hombre investigando al bastardo mientras hablamos.

—Kruger está haciendo lo mismo —dice Nikolai—. Deberíamos tener su ubicación pronto. Nos enviarán las coordenadas.

—Bien. No quiero perder tiempo. Tan pronto como tengamos una oportunidad, asaltamos su ubicación, y eliminamos a todo el mundo. Recuperaré a mi hermana hoy. Pase lo que pase. Si podemos...

Suena el tono de un mensaje.

Miro a Nikolai y a Dimiv, pero es este último quien saca su teléfono. —Ahí está. Oleg Agapov está escondido en una casa de tres pisos en la zona de Calabazas.

—Entonces, ahí es donde vamos.

Estoy a medio camino de la puerta, Dimiv y Nikolai flanqueándome, cuando oigo su voz desde lo alto de la escalera. —Uri —Alyssa está de pie en el entrepiso, mirándome con ojos muy abiertos, llenos de preocupación.

Miro hacia Nikolai y Dimiv. —Espérenme afuera. Solo tardaré un minuto —subo la escalera rápidamente—. ¿Está bien Lev?

—Bien. Escogió uno de los dormitorios del desván —dice sin emoción—. ¿Estás...?

Asiento en señal de confirmación. —Si necesitas algo, llama a Stepan o Mikhail. En cuanto salgamos de la cabaña, cambia el código de seguridad. Nadie podrá entrar si no le das la combinación.

—¿Te vas? —está pálida y temblorosa.

Le acaricio la cara. —Voy a buscar a Polly. Es hora de traerla a casa.

Ella asiente, pero se muerde el labio inferior al mismo tiempo. —Esta vez es más peligroso, ¿no?

—Nada que no pueda manejar.

Pongo mi mano en la mejilla de Alyssa y ella cubre mi mano con la suya. —Tráeme a Polly —me suplica en voz baja—. Y vuelve victorioso y sin ninguna herida.

Aprieto mis labios contra los suyos. Cuando me separo, la miro a los ojos. —No te preocupes, así lo haré.

Luego bajo al todoterreno, donde me esperan Dimiv y Nikolai. Subo al asiento posterior de pasajeros y golpeo el techo. —Terminemos con esta mierda.

URI

Cuando llegamos a la finca de Agapov, mis hombres ya la tienen rodeada, pero aún están lo bastante lejos de las cámaras de seguridad como para no ser vistos. Salgo del todoterreno y me reúno con los líderes de cada equipo.

—¿Stepan?

—Jefe, la situación es la siguiente. Las puertas delanteras son altas. Los muros orientados al sur son más bajos, más escalables. Creo que ese es el camino.

Asiento. —Al sur. ¿Algún guardia?

—Cuatro vigilando la entrada delantera, dos en la trasera. Por lo que puedo decir, uno de los dos está dormido. Lo ha estado durante la última media hora.

—¿Y las cámaras?

—Montones de ellas, apuntando en todas las malditas direcciones, protegidas del sol. Fuera de la propiedad, en los jardines, en la propia casa. He explorado la estación de seguridad antes y sospecho que hay trampas explosivas que activan alarmas silenciosas en la casa principal si hay una vulneración en las puertas de entrada.

Miro hacia Dimiv y Nikolai. —Si entramos disparando, le daremos tiempo a Agapov y sus hombres para huir con Polly o herirla. Cuanto más tiempo podamos ir sin activar ninguna alarma, mejor.

Nikolai frunce el ceño. —¿Cómo propones hacer eso?

Voy a tomar una página de la guía de allanamiento de Alyssa...

...salvo la ropa interior.

—Iré a la entrada sur, escalaré el muro y desactivaré las cámaras de seguridad para que todos puedan entrar.

Nikolai se resiste. —Creo que alguien más debería...

—No era una pregunta, *estúpido.* Solo te informaba de mis planes —me pongo en pie y me crujo los nudillos de cada mano—. Quédense aquí, esperen mi señal. Si se abren las puertas, muévanse rápido y en silencio. Si oyen un disparo o cualquier señal de conmoción, ataquen. No tomen

prisioneros. Guerra sin cuartel. ¿Está claro?

Todos los hombres reunidos asienten y dan por comprendidas las instrucciones. Dimiv saca su pistola. Nikolai es el único que no se mueve.

—Nikolai, ¿qué pasa?

—No estoy seguro de que debamos enviar al miembro más importante de esta Bratva a la boca del lobo —da un paso hacia mí—. Uri, tú eres el *pahkan*. Tu vida es más importante que la mía. Déjame ir en tu lugar.

Le pongo la mano en el hombro. —Sé que no digo esto con suficiente frecuencia, pero... eres el segundo a cargo, Nikolai Bugrov. Y un excelente hermano. Pero olvidas que yo *soy* el alfa. Esto no es nada para mí.

Cede con un suspiro renuente. No espero a que busque otros argumentos. Es momento de actuar.

Así que, con un último suspiro, me pongo en marcha.

Me camuflo con las sombras que dan los muros de la finca. A mitad del muro sur, veo un par de árboles inclinados sobre la barricada. Decido que es una buena forma de subir.

Puedes hacerlo.

Por Polly.

Respiro profundamente dos veces. Luego, al ataque.

Salto, me agarro a la rama más baja y me balanceo hasta saltar hacia la pared. Me empujo con tanta fuerza que me equivoco y choco contra la pared. Se me va el aire de los pulmones, aunque mis manos todavía consiguen aferrarse al muro. Es un esfuerzo levantar mi peso, pero lo consigo. Levanto una pierna y luego la otra.

Me monto a caballo en el muro y me recuesto para minimizar mi silueta. La noche es silenciosa y tranquila. Las sombras se mueven en la lejanía mientras las patrullas circulan, pero ninguna de ellas presta atención en mi dirección.

Así debió sentirse Alyssa. Lo supiera o no, estaba a caballo entre dos vidas mientras colgaba de aquella valla. No había vuelta atrás. Lo único que podía hacer era esperar a que empezara el siguiente capítulo.

Pero yo no tengo intención de retrasar el futuro.

Bajo de un salto y aterrizo con gracia sobre la hierba a mis pies. Me doy vuelta y veo el puesto de seguridad. Cincuenta metros, más o menos. De momento, nada parece raro. No hay señales de que se hayan percatado de mi entrada. Me arrastro hacia el puesto camuflándome con las flores y arbustos que rodean el perímetro.

Al acercarme, oigo un ronquido. *Dulces sueños, hijo de puta.* Saco un puñal fino y alargado escondido en mi bota y se lo clavo en la sien al cabrón. La sangre se derrama por el contorno de su cara, pero el hombre nunca se entera. Su cuerpo se agita por unos segundos, pero la muerte se lo lleva con la misma postura que tenía mientras dormía.

Me pongo en pie y echo un vistazo al interior del puesto de seguridad. Hay otro guardia de espaldas a mí. Me acerco lentamente sin que me sienta, con una mano lo jalo hacia atrás tapándole la boca y le corto el cuello, lo reduzco y dejo que se desangre mientras le apuñalo el pecho repetidas veces para acelerar su muerte y evitar que grite. Ya muerto, paso mis brazos por debajo de los suyos y lo tomo por el pecho, lo arrastro hacia la noche y lo tiro detrás de un arbusto.

Cuando vuelvo a la caseta de control, guardo el cuchillo y me pongo manos a la obra.

Uso la mano del primer muerto para desbloquear los controles. Desde allí, navego hasta los monitores y los desactivo uno a uno. Docenas de pantallas se vuelven negras. Las luces exteriores se apagan. Ni una sola alarma hace ruido.

Apago el sistema y, por último, abro la entrada principal. A través del cristal unidireccional de las dos puertas de seguridad, veo que empiezan a abrirse lentamente como las puertas de un castillo.

Enrosco un silenciador en mi pistola y vuelvo a la oscuridad. Un trío de sombras, más guardias de Agapov, se arremolinan confundidos, gritándole a las radios que ya no funcionan mientras intentan averiguar quién demonios abrió las puertas.

Dos de ellos mueren antes de saber quién les disparo. El tercero se da cuenta de dónde vienen los disparos y se gira para responder el fuego, pero lo único que logra es darme la línea perfecta de tiro para que mi disparo le alcance en un ojo y la bala salga por la parte posterior del cráneo. Sigue el mismo camino que el resto de sus compañeros. Cae y no vuelve a levantarse.

Nikolai es el primero de mis hombres en cruzar las puertas. Su sonrisa está iluminada por la luz de la luna, blanca y emocionada. —Buen trabajo, hermano —me dice.

Pero frunzo el ceño. Algo quedó pendiente. Algo falla en mis matemáticas, en mi enfoque. Me devano los sesos tratando de averiguar qué es...

Espera.

¿No dijo Stepan que había cuatro *guardias en la entrada principal? Maté a uno, dos, tres...*

Me giro a tiempo para ver al guardia olvidado entrar corriendo en la casa.

—*Blyat'* —maldigo—. Activará las alarmas. ¡Al ataque!

Corremos hacia la casa cuando veo que se abren las ventanas del segundo piso. —¡A cubierto! —grito. Pero mi voz queda ahogada por las ráfagas de los disparos.

En medio de todo el caos, oigo un grito agudo y estridente.

Su grito.

Polly.

URI

Ahora solo importa una pregunta, ¿llegué hasta aquí solo para verla morir?

La respuesta es obvia.

Demonios.

Maldición.

No.

Con el corazón en la garganta, sigo el grito de mi hermana. Corro tan rápido como puedo por la casa en su búsqueda.

Mis hombres se despliegan a mi alrededor y me cubren las espaldas mientras subimos al segundo piso. Un hombre sale corriendo de detrás de una puerta, tomándome por sorpresa, y apenas consigo darle un codazo en la cara. Oigo el crujido de su cartílago nasal y cae de espaldas.

Me agacho y aprieto la pistola contra su frente mientras lo increpo. —Habla o morirás. ¿Dónde mierda está tu jefe?

Esta aterrorizado y sus ojos buscan ayuda de forma desesperada. —¡Al final del pasillo! La última habitación a la derecha.

—Buen hombre —le hago un gesto de aprobación y aprieto el gatillo. Su cabeza rebota en el piso y su sangre se derrama sobre una hermosa alfombra de lana.

Avanzo por el pasillo cuando otro par de hombres sale de una habitación a la izquierda. Esquivo una bala que me roza y respondo igual. Mi disparo falla en el primer soldado, pero alcanza al segundo en el pecho.

Me estoy girando para conseguir una mejor línea de tiro sobre el hombre principal cuando otro grito me distrae.

—¡No! ¡Por favor! ¡No!

Se me hiela la sangre. *Polly.* Definitivamente es ella. Estoy tan cerca, pero todavía hay un bastardo que sale de una habitación y se abalanza sobre mí. Lo siguen dos hombres más, que salen de unas habitaciones más distantes. Son como cucarachas brotando de un muro putrefacto.

Hago una finta hacia un costado y me llevo el arma al pecho. Con la otra mano tomo al más cercano. Lo giro y lo uso como escudo humano, mientras me dejo caer al piso de espalda y recargo mi arma. El pobre infeliz es acribillado por sus compañeros y recibe una lluvia de balas que iba dirigida a mí. Cuando el ataque se detiene para que los tiradores puedan recargar, me giro sobre mi costado, apunto y disparo.

El primero cae con dos disparos en el pecho. El segundo recibe un disparo en la frente, pero el otro se protege entrando en una habitación. Me incorporo sin dejar de apuntar. Descargo las balas que me quedan en el cargador contra la pared de la habitación en la que se escondió la última cucaracha, y por suerte uno de mis disparos le da en el pecho. Tomo un cargador nuevo y recargo mi arma. Avanzo con cuidado y lo veo en el piso agonizando, alza las manos pidiendo clemencia, pero saco rápidamente mi puñal y se lo lanzo a la boca antes que pueda pronunciar alguna palabra.

Muerto. Muerto. Muerto.

Pero estas muertes no alcanzan. No he sido lo suficientemente rápido, no lo suficientemente ágil, no lo *suficiente.*… porque todavía no tengo a Polly.

Dejo atrás los cadáveres y sigo corriendo por el pasillo en dirección a sus gritos. La última puerta está cerrada. La empujo con el hombro, pero no cede. Retrocedo y apunto con mi arma, descargo un cargador en la chapa y vuelvo a intentarlo.

Esta vez, la cerradura se rompe y cede de un empujón.

Irrumpo en la habitación en una explosión de astillas de madera y fragmentos de metal caliente. Llego justo a tiempo para ver a Oleg Agapov sacar un pie por la ventana abierta. Tiene un brazo alrededor del cuello de Polly y la cara de ella se está poniendo azul. Ella le araña el brazo con las uñas, pero él parece no darse cuenta mientras intenta arrastrarla con él para llevársela por la ventana.

No ante mi maldita presencia.

Cruzo la habitación de una sola zancada, agarro los dedos de Oleg por donde sujeta la garganta de mi hermana y los desgarro hacia atrás. El bastardo grita de dolor mientras sus huesos crujen y se rompen como palitos de helado en mis manos. Su grito es música para mis oídos.

Por fin lo atrapo. Tiene una pierna por encima del marco de la ventana, guardo mi arma y tiro a Oleg hacia la habitación, haciendo que se desplome. Polly se libera, pero tropieza y cae, gatea hasta la esquina de la habitación, se sienta en el piso y entierra la cara entre las manos.

Levanto a Agapov por el cuello y le doy un puñetazo en la nariz. Recibe el primer puñetazo como un hombre.

¿Pero el tercero, el cuarto, el quinto, el décimo? No los recibe muy bien.

Su boca es una masa de sangre y saliva, y sus dos ojos ya se han hinchado y cerrado cuando más pasos se unen a nosotros.

Polly grita, pero entonces oigo la voz de Nikolai. —Polly, tranquila. Solo somos nosotros.

Me vuelvo hacia Nikolai y Dimiv, que están junto a la puerta con un puñado de hombres detrás.

Dejo caer a Oleg con disgusto. —Esposen a ese *mudak* y tráiganlo. Todavía no terminé con él.

Mis soldados asienten y un grupo avanza para cumplir sus órdenes mientras yo me acerco a Polly, que sigue tapándose la cara. Se ha hecho un ovillo en un rincón de la habitación y tiembla violentamente. —Polly —le digo suavemente—. Polly, soy yo. Uri.

Comienza a bajar las manos de a poco. Pero sus ojos parecen estar viendo a un fantasma.

—Siento haber tardado tanto —continúo—. Pero ya estoy aquí. Ahora estás a salvo.

Sus ojos se quedan clavados en mí, preguntándose si puede confiar en que soy real. Entonces, colapsa y empieza a sollozar. Cae de rodillas, levanta las manos y yo me inclino hacia delante para tomarla. Se aferra en mis brazos, se aferra a mis hombros y solloza en mi cuello.

—Lo siento —digo, una y otra vez—. Maldición, lo siento muchísimo.

La abrazo hasta que comienza a tranquilizarse. Cuando sus sollozos empiezan a bajar, le hablo suavemente, como solía hacer cuando era pequeña y lloraba por nuestra madre.

—Vas a estar bien. No dejaré que nada ni nadie vuelva a hacerte daño. Te lo prometo —le paso la mano por la nuca y la acaricio.

Luego de unos últimos sollozos que le quitan el hipo, se separa de mí para poder mirarme a la cara. —Gracias por venir a buscarme.

Le acaricio la cara. Perdió mucho peso. Sus mejillas se hundieron y sus ojos parecen enormes. Examino su cuerpo rápidamente, buscando heridas o signos de tortura, pero parece relativamente ilesa. Al menos, físicamente. No se sabe lo que le han hecho en la cabeza.

Nikolai se pone en cuclillas delante de nosotros. —Hola, pequeña. No sabes cuánto me alegro de verte —su voz se entrecorta y se tambalea.

Polly extiende la mano y la desliza entre las suyas. Entonces, sus ojos se desvían hacia Dimiv. —¿Quién es usted?

—¿Recuerdas a Dimiv? Nuestro primo.

Él sonríe con amabilidad. —Tenías siete años la última vez que te vi.

Parpadea un par de veces, soltando nuevas lágrimas. El alivio de verla, de tocarla, de saber que vuelve a estar bajo mi protección, es un trago de agua después de semanas en el desierto.

La levanto y me pongo en pie. —Vas a ir con Nikolai, ¿de acuerdo? Yo me voy a quedar aquí, haciendo limpieza.

Ella se estremece, pero no pregunta nada. Nikolai se acerca y la toma en brazos. Me rompe el corazón lo frágil que está.

La única marca perceptible son los moretones alrededor de sus muñecas. Pero sé mejor que nadie que, a veces, las peores cicatrices son las que no se pueden ver. Se me revuelve el estómago cuando pienso en lo que debió de sufrir antes de que apareciéramos.

Pero aun así no puedo evitar sentir alivio. Ahora que está a salvo puedo admitir que una parte de mí se había estado preparando para lo peor. Para la posibilidad de que la hubiéramos perdido

para siempre.

—Abrígala y ponla a salvo. Quédate con ella hasta que baje.

Nikolai asiente y se va sin discutir. Justo antes de doblar la esquina, veo que los ojos de Polly se dirigen a Oleg. Cuando un destello de terror se refleja en su cara, aprieto la mandíbula.

Está a punto de pagar por lo que le hizo a mi familia.

—Nunca te tuve por un hombre inteligente, Oleg —siseo mientras saco mi cuchillo. Sigue cubierto de sangre, pero aún queda mucha por derramar—. Pero no pensé que fueras tan estúpido.

Se despierta entre balbuceos mientras uno de mis hombres le echa agua en la cara. —Tu padre me costó toda mi familia.

—Solo porque *tu* padre fue tan estúpido como para atentar contra la vida de mi madre —le recuerdo con frialdad—. Si vas a empezar una guerra con la Bratva Bugrov, infórmate bien.

—E-Escucha... Yo solo... Era una táctica para asustar, ¿vale? No la toqué. Nadie lo hizo. Puedes llevártela de vuelta y podemos olvidarnos de toda esta *mierda* —detiene sus mentiras cuando le apuñalo la pierna, asegurándome de que el cuchillo se clava lo suficientemente hondo como para encontrarse con el hueso—. Mierda, *hijo de* ... por favor para... para...

Vuelvo a sacar el cuchillo y él jadea dramáticamente. —¿Olvidar? —me río amargamente—. Si pudiera hacer que Polly olvide lo que le hiciste pasar. Pero no puedo hacer eso, ¿verdad?

—Fue un error... un malentendido... por favor...

—Compras y vendes niñas, Oleg. Suplicar no te ayudará ahora. Nada lo hará. Lanzo el cuchillo al aire y lo dejo girar una vez antes de que el mango vuelva a caer en mi palma. —Ha llegado tu día del juicio final.

—No, no, no... *aah, no, por favor. ¡NO!*

Me tomo mi tiempo para cortarlo. Sé dónde ir para maximizar el dolor y minimizar la pérdida de sangre. Cada vez que intenta desmayarse, le echo más agua en la cara y le golpeo las mejillas hasta que se despierta. Entonces, vuelvo al trabajo.

Dimiv saca su propio puñal mientras se arrodilla a mi lado. —¿Te importa si me uno? Tengo algunas ideas para esta pequeña operación.

Oleg abre mucho los ojos. El sudor y la sangre se mezclan mientras intenta arrastrarse todo lo que le permiten sus ataduras.

—No, no hagas esto... por favor...

—No hay piedad para hombres como tú, Oleg —le digo sombríamente—. Tu fin ha llegado...

Sus ojos se abren de par en par, rojos por el dolor. Abre la boca y lanza un grito ahogado cuando el cuchillo de Dimiv se hunde en su globo ocular derecho.

—Y será jodidamente *lento*.

ALYSSA

URI: ***La tenemos.***

El mensaje llegó hace más de una hora y todavía no puedo dejar de mirarlo. Lev ya me preguntó por qué no podía dejar el teléfono. Lo distraje con videojuegos y una hora más de televisión antes de insistir en que se fuera a la cama.

Acabo de salir de su habitación cuando oigo el ronroneo de un motor. Jadeante, bajo las escaleras y me asomo a la ventana.

Son ellos.

Veo a Nikolai y a Uri salir por un lado del todoterreno, pero aún no veo a Polly.

Rápidamente, tecleo el código y abro la puerta. Entran uno después del otro, con aspecto cansado pero tranquilo. El último en entrar es Uri, con Polly en brazos. Ella se aferra a él con fuerza, tan frágil como siempre, con un vestido sin mangas que cuelga de su delgado cuerpo.

Su cara está escondida en el pecho de Uri. Al principio, supongo que está durmiendo. Pero luego noto que levanta la cabeza una vez cerrada la puerta.

—Polly.

Mueve la cabeza en mi dirección. Abre mucho los ojos. —Aún no notas que estoy…—susurra en voz baja.

Me prometí que no lloraría, pero ya estoy perdiendo esa batalla. Me aventuro hacia ella, insegura de si debo tocarla o no. Quiero hacerlo, solo para asegurarme de que es real, de que está aquí de verdad.

—Lo siento mucho. Estoy tan contenta de que estés en casa.

Ella asiente, pero no dice nada.

Uri sube con ella. Lo sigo y me adelanto para abrir la puerta de uno de los dormitorios vacíos.

Está a punto de dejarla sobre el edredón cuando ella empieza a sacudir frenéticamente la cabeza. —No. ¡No lo hagas! Estoy muy sucia. No quiero tocar nada.

—No importa, Polly.

—Sí que importa. No lo *hagas* —insiste, con un fervor que me recuerda a Lev—. Estoy sucia.

Uri me mira impotente y siento su dolor. Me precipito y pongo la mano en el brazo de Polly. —Puedo ayudarte a que estés limpia, Polly. ¿Te parece bien una ducha o un baño de tina?

Me mira fijamente. Esos ojos enormes y asustados revolotean de un lado a otro como si vieran cosas en las sombras que nadie más puede ver.

—Vamos —le digo a Uri—. Vamos a llevarla al baño.

La acomoda entre sus brazos y la lleva al baño. La ubica suavemente en el lado de la bañera donde le señalo. —Gracias. Yo me encargo —me mira y veo la agitación en sus ojos. Deslizo la mano por su espalda—. Está bien, cuidaré de ella. Te lo prometo.

Con una solemne inclinación de cabeza, se retira silenciosamente, dejando a Polly conmigo.

Abro el grifo y me aseguro de que el agua esté caliente antes de añadir las burbujas y las sales de baño. Polly me observa, pero no dice nada. Sus ojos no dejan de moverse. Como si se hubiera acostumbrado tanto a buscar demonios en las sombras que ya no sabe cómo parar.

Una vez llena la bañera, me vuelvo hacia ella. —¿Lista para bañarte?

La ayudo a desvestirse y tiro su ropa estropeada al basurero. Luego, la ayudo a meterse a la bañera sujetándola suavemente. Su respiración está entrecortada mientras se hunde en la espuma.

Cierra los ojos y suspira profundamente. No dice nada y decido no romper el silencio hasta que esté lista.

Cuando pasan unos treinta minutos, el agua empieza a enfriarse. —¿Estás lista para salir? —le pregunto.

Ella sacude la cabeza de inmediato. —No. Todavía no.

Vuelvo a abrir las llaves de la bañera para templarla. Cuando vuelvo y corto el agua, el silencio parece más denso que nunca. Ella se estremece contra los reconfortantes remolinos de vapor que salen de la bañera.

—¿Quién iba a decir que el cielo era una bañera de agua caliente? —solloza.

Me siento junto a la bañera y deslizo los dedos por el agua, haciendo ondas y jugueteando con las pompas de jabón.

—Alyssa... —levanto la cabeza cuando dice mi nombre—. ¿Por qué no estamos en casa?

Me planteo decirle la verdad, pero no quiero que se preocupe por Sobakin. Ya tuvo suficientes preocupaciones para toda su vida. —Es solo una medida de seguridad extra que tu hermano decidió tomar. Estaremos de vuelta en la finca en poco tiempo, estoy segura —sigue recelosa, así que me aclaro la garganta y añado—. Uri me dijo que solías venir aquí cuando eras muy pequeña.

Ella asiente. —Lo recuerdo por las fotos. Parece que fue otra vida. Todo parece ser recuerdos de una vida pasada.

La tomo de la mano, entrelazando sus dedos con los míos. —Si quieres hablar, sabes que estoy

aquí para ti.

—Lo sé. Es solo que... no creo que pueda todavía —le tiembla el labio inferior—. Tenía tanto miedo de no volver a ver a ninguno de ustedes.

—Yo también —admito—. Las últimas semanas sin ti fueron una tortura. Estoy tan contenta de que hayas vuelto, Polly. Estoy tan contenta de que estés a salvo.

Volvemos a quedarnos en silencio. El único sonido es su respiración, la mía y el movimiento del agua contra las paredes de la bañera. Entonces, su estómago ruge.

Sonrío. —¿Te traigo algo de comer?

—Chocolate —murmura—. Sigo soñando con un chocolate caliente.

Me pongo de pie, agradecida por tener algo que hacer. —De acuerdo. Ahora vuelvo, ¿vale?

Uri es el único que está en la cocina cuando llego. Me mira alarmado, más asustado de lo que lo he visto nunca. —¿Ella... él...?

Sacudo la cabeza. —Está dolida, pero creo... creo que se pondrá bien —me acerco a él y le acaricio la cara—. Eres un hermano increíble, Uri. La trajiste de vuelta a casa.

—¿Pero es demasiado tarde o no? —se pregunta.

Vuelvo a sacudir la cabeza. —Ella sigue asustada. Ha sufrido mucho. Tenemos que darle tiempo. Tenemos que estar ahí para ella.

—Gracias, Alyssa —dice en voz baja, con los ojos cargados por el peso de sus palabras—. Por cuidar de mi hermana como si fuera tuya.

Me pongo la mano en el estómago. —Estos bebés nos hacen familia ahora.

Se inclina y me besa suavemente en los labios. Y, por primera vez en semanas, este beso está libre de culpa, tristeza o miedo.

Este beso se siente como un nuevo comienzo.

Se siente como una nueva esperanza.

URI

Alyssa está completamente agotada cuando llega a nuestra habitación esa noche. Está claro incluso en la oscuridad. La luz de la luna entra por las ventanas y se refleja en su rostro. Parece un ángel. Un ángel cansado, sí, pero tan bello como el cielo con incrustaciones de diamantes.

Me inclino hacia un lado y enciendo la lámpara del velador. Da un grito y se gira. —Estás despierto —murmura al verme.

—No podía dormir.

La verdad es que *podría* dormir. Esta noche es la primera en mucho tiempo que siento que podría cerrar los ojos y desmayarme durante una semana.

No quería dormir sin ella.

—¿Cómo está? —pregunto sin decirle nada sobre mis pensamientos.

—Se quedó dormida hace poco.

Empieza a desvestirse, se quita el vestido y lo tira en el diván frente a la cama. Cuando se vuelve hacia un lado, admiro su silueta. Es tan hermosa en la penumbra, entre los rayos y las manchas de luz plateada de la luna. Es majestuosa, perfecta y solamente mía.

Mientras se arregla y llega a la cama, añade, —Ha tardado un rato. Estaba cansada, pero creo que tiene miedo a dormir. Pesadillas.

Asiento, haciendo todo lo posible por ignorar mi erección. —Es comprensible.

—Creo que fue un alivio para ella llevar ropa normal—murmura Alyssa—. Llevó su tiempo, pero también comió muchísimo. Luego nos quedamos hablando un rato. Yo fui la que más habló. Parecía que quería escuchar cosas normales. Cosas de la casa, cosas del embarazo. Cosas que no pueden lastimarla. Yo…

Cuando se interrumpe con un bostezo, enarco las cejas. —Tú también necesitas descansar, Alyssa.

Parece molestarle. —Polly me necesita, Uri. Ella tiene que ser nuestra principal preocupación por un tiempo.

—Pero tú estás embarazada.

—Estoy bien.

Su fiereza me hace intuir el tipo de madre que será. Fuerte, independiente, profundamente protectora. Una mamá oso en ciernes. Una leona protegiendo a sus crías.

—No te preocupes por Polly esta noche. Está al final del pasillo. Si tiene pesadillas, yo me hare cargo, Alyssa.

Su expresión de culpa la delata. —Dudo que tenga pesadillas esta noche —mordiéndose el labio inferior, admite—. Puede... que haya mezclado un somnífero con su té antes de dormir.

Suelto una carcajada, impresionado. —Nunca pensé que vería el día.

Se agarra insegura a mi codo. —Solo quiero que duerma bien. ¿Has visto esas ojeras? Ninguna niña de catorce años debería tener ojeras tan marcadas.

—Respira, *kiska.* No estoy en desacuerdo. Hiciste lo correcto.

Me mira y me pasa la yema del dedo por la mandíbula. —Hablando de ojeras, tú también necesitas dormir.

La empujo hacia la cama y mis labios se deslizan hasta sus pechos. —Dormir no es lo que me interesa ahora.

Suelta una suave risita. —¿En serio? ¿Después del día que has tenido?

Dejo que mi lengua se deslice sobre su pezón. —Esto es *exactamente* lo que necesito después de un día estresante.

Sus dedos se deslizan por mi pelo mientras le acaricio los pezones hasta que se endurecen. Se retuerce debajo de mí, provocando mi miembro con su suave calor, con el roce de sus caderas y los pequeños gemidos que se escapan de sus labios. Entonces, desciendo y empiezo a buscar su clítoris con mi lengua por su mojada zona íntima.

—Aah —jadea—. Sí... sí... así... mmm...

Cuando sus jugos empiezan a fluir sobre mi lengua, rodeo su clítoris hasta que está al borde del orgasmo. Entonces, me levanto con mis brazos y me mantengo mirándola a los ojos y lentamente guio mi verga dentro suyo.

Tengo que apretar los dientes para no venirme dentro suyo. Todo su cuerpo me suplica que desate la pasión. Mi mente me pide que la folle tan fuerte como pueda. Quiero quemarla desde dentro. Hacerle estallar la cabeza solo para que pueda sentir, aunque sea por un segundo, lo que yo siento por ella cada segundo de mi vida.

Pero mientras esté embarazada, tengo que evitar que le pase algo. Así que me controlo. Miro a la hermosa mujer que está debajo de mí, y que, de alguna manera, ha conseguido meterse en mi cabeza y en mi corazón, y debo anteponer sus necesidades a las mías. Pongo freno a mis deseos y me concentro en los suyos.

Nunca pensé que llegaría *este día,* con alguna mujer.

Me abraza con fuerza. —Uri —respira. Sus ojos se abren y cierran una y otra vez—. *Dios,* me

encanta... esto.

Por un segundo, estuve seguro de que iba a terminar la frase de otra manera. Es extraño cómo mi cuerpo se estremece al pensarlo. Cómo mi piel se estremece de excitación, mis extremidades tiemblan de necesidad.

El amor no estaba en mi radar hasta ahora. Vi a mis padres amarse y perderse. Vi a Dimiv renunciar a toda su vida en este país por una vida más tranquila en Moscú. El amor es un pasivo, no un activo.

Y, además, muchas mujeres han pasado por esta habitación antes que Alyssa, pero nunca me ha importado ninguna. Entonces, ¿qué la hace tan especial?

Las respuestas inundan mi cerebro.

Su amabilidad. Su paciencia. Su compasión. Su capacidad de perdonar. Su valentía. Ese rubor. Esos instintos maternales.

Empieza a empujar sus caderas hacia arriba para encontrarse con las mías. —Dame más… —gime, con la cabeza inclinada hacia un lado, abanicándose la cara con los mechones de pelo bañados por el sol—. Sí, *Uri*... más fuerte, por favor. Más fuerte.

—No es seguro —digo, acercando mis labios a su oreja y lamiendo el lóbulo—. Ya sabes lo que dijeron los médicos.

—Que se jodan los médicos —me dice, mordiéndome el lóbulo de la oreja—. Tómame como quieras.

Empieza a empujar hacia arriba más fuerte, más rápido y creo que voy a perder la cabeza. La mujer es implacable y está completamente fuera de mi control. No pedí amor ni una mujer salvaje, pero de algún modo me enamoré de ambos.

En el momento en que empieza a apretar mi miembro, ahogando todo pensamiento racional, estallo dentro suyo. Todo mi cuerpo se estremece mientras le doy dos embestidas salvajes más antes tumbarme sobre la cama.

—¡Ahhh! —suspira, extasiada—. Ha sido increíble.

Cuando me vuelvo hacia ella, tiene los ojos cerrados. Respira suavemente y una pequeña sonrisa se dibuja en la comisura de sus labios. Quiero congelarla aquí mismo, así. La quiero grabada en mármol para poder mirarla hasta que se me salgan las lágrimas.

Pero no puedo congelar el tiempo todavía. Nuestra historia no ha terminado. Puede que solo esté empezando. Porque no puedo estar tranquilo mientras haya alguien ahí fuera que me persigue, desesperado por arrancarme todo esto.

Para que pueda volver a respirar... Sobakin tiene que morir.

Me incorporo y veo que Alyssa ya se durmió. Le doy un beso en la mejilla y la tapo bien con las cobijas. Luego, apago la lámpara del velador, tomo el móvil y la ropa y salgo silenciosamente de la habitación.

Oigo risas flotando por el pasillo mientras me visto en la oscuridad y cierro la puerta tras de mí.

Bajo las escaleras y vuelvo a encontrar a Dimiv y Nikolai en el porche trasero, bebiendo vodka y fumando puros.

—Ven, hermano —llama Nikolai cuando me ve—. Únete a nosotros.

Por alguna razón, verlos así de relajados me molesta. —Tengo trabajo que hacer.

Ambos se giran en sus asientos para mirarme. La sonrisa de Nikolai vacila, pero Dimiv me guiña un ojo despreocupado. —Recuperamos a Polly. Hoy ha sido una victoria, primo. Ven a celebrarlo con nosotros.

Sacudo la cabeza. —¿No lo entiendes? Sobakin sigue ahí fuera. Alguien lo ayudó a escapar. Alguien de nosotros. Lo que significa que somos vulnerables.

Dimiv parece demasiado borracho para preocuparse. —Ese es un problema de mañana, ¿eh?

—No, es de hoy. De esta noche. Y cuanto más lo pospongamos más grande será. Ustedes dos pueden seguir adelante con su celebración, pero, hasta que Sobakin no esté muerto, yo no voy a celebrar una mierda. Ahora, si me disculpan, tengo trabajo que hacer.

Me doy vuelta y me voy, dejándolos sentados en el porche con mucho menos ánimo de celebración que cuando los encontré. Una parte de mí se siente un imbécil. Otra parte de mí siente que mi enfado está justificado.

Supongo que pueden tomarse un tiempo libre, relajarse, hablar, reír. El peso de la responsabilidad no recae sobre sus hombros, sino sobre *los míos*.

Yo soy el *pahkan.* No tengo los mismos lujos.

Entro en el estudio, al fondo de la planta baja. Saco el móvil y veo un mensaje de Kruger.

El rastro de Sobakin se enfrió. Es como si el hombre hubiera desaparecido en el aire. Seguiré buscando y si encuentro algo, será el primero en saberlo.

—Joder —murmuro.

Miro por los ventanales los árboles que forman un pequeño bosque que se hondea con la suave brisa. Tengo que protegerlos a todos, a todas las vidas inocentes que se esconden tras estos muros. Si no puedo, ¿quién soy? ¿Qué sentido tiene mi corona si mi reino está abierto a cualquier buitre que quiera arrancar un pedazo para sí?

Me acerco a la ventana. He intentado hacer esto yo solo desde el momento en que se llevaron a Lev. Pero la verdadera fuerza es admitir que necesitas ayuda.

Puedo ser el *pahkan,* pero yo solo no puedo proteger a la familia.

Quizá el primer paso hacia la victoria sea aceptarlo.

ALYSSA

Uri no nos deja salir de la cabaña. Es un hermoso escondite, pero con seis de nosotros en ella y un número limitado de cosas para hacer, rápidamente empieza a desgastar los nervios de cada uno. Especialmente, después de una semana de confinamiento.

También está el hecho de que tanto Lev como Polly tienen problemas para adaptarse. Para Lev, es una ruptura de su rutina habitual, un cambio de entorno para el que no estaba preparado. Echa de menos a Svetlana, a George, sus videojuegos y las cortinas oscuras en las ventanas.

Para Polly, se trata de reorientarse a la vida fuera de los confines del cautiverio. Se trata de deshacerse del miedo que ha llevado consigo durante las últimas semanas. Se trata de tratar de procesar lo que ha pasado.

Ahora duermo con ella casi todas las noches. Las pesadillas volvieron cuando se le pasó el efecto del somnífero y no podemos drogarla todas las noches. Sé que a Uri le molesta que casi nunca durmamos juntos, pero no dice nada. Solo tiene esa mueca de disgusto que dice «se hará todo lo que ella necesite».

Polly no es la única que tiene problemas para dormir. Yo también me paso la mayoría de las noches dando vueltas en la cama. Mi creciente barriga es cada vez más difícil de manejar, pero solo puedo culpar una parte de mis molestias al embarazo. El resto se debe al miedo.

Cada vez que intento dormir, Boris Sobakin vuelve a mi cabeza. Me imagino su mirada siniestra, sus ojos brillantes, la forma en que me miró como si fuera un trozo de carne en el mercado.

Estoy en mi habitual circulo vicioso de ansiedad y me siento como si fuera un hámster, corriendo sin control. Polly gime mientras duerme, con la cabeza moviéndose de un lado a otro como si intentara evitar que algo le toque la cara.

—N-no... no... no...

No espero a que la pesadilla empeore. Me siento y la sacudo para despertarla. —Polly, Polly, no pasa nada, estás a salvo. Estás en la cabaña conmigo, con tus hermanos y tu primo...

La empujo suavemente y sigo hablando hasta que abre los ojos. Tiene una fina capa de sudor en la frente y, cuando abre los ojos, veo una lágrima en la punta de sus pestañas.

—¿Otra pesadilla...?

—Sí, cariño, me temo que sí —me acerco al velador y tomo el vaso de agua que dejo allí todas las noches—. Toma —le digo, dándoselo—. Se incorpora y toma el vaso de mi mano, pálida y cansada. Bebe un sorbo—. ¿Ha sido muy mala?

Polly se encoge de hombros. —Todas las pesadillas son malas. Esta me pareció más un recuerdo. *Estaba en el sótano de Agapov, atada. Pero... Uri nunca vino a rescatarme.*

En la oscuridad veo cómo le tiembla el labio. Está vestida con una de las camisas de Uri y son demasiado grandes para dormir. Además, tiene el pelo revuelto y encrespado alrededor de la cabeza. No puedo dejar de pensar que realmente tiene catorce años. Es muy joven. Demasiado joven para haber pasado por algo tan monstruoso. La vida no es justa.

Miro mi pulsera y pienso en mi Ziva, que apenas pudo vivir antes de morir. Supongo que la vida no es justa en general. Lo sé tan bien como cualquiera.

—Pero se acabó, ¿no? —Polly ronca de repente.

Le quito el vaso de la mano y lo vuelvo a dejar en el velador. No tengo ningún deseo de mentirle, pero en el estado en que se encuentra, no veo cómo podría ayudar la verdad. —Sí, cariño —le digo suavemente—. Ahora estás a salvo.

—Entonces, ¿por qué seguimos aquí? —protesta—. Si ya no hay amenaza para nosotros, deberíamos volver a casa.

Sigo olvidándolo. Polly no es Lev. No se la puede calmar con explicaciones a medias. No se la puede distraer con nuevos juguetes o nuevos videojuegos.

—Lo haremos pronto —le digo—. Es solo que tu hermano quiere reforzar las medidas de seguridad alrededor de la mansión antes de que volvamos allí. Solo para que tengas total tranquilidad.

Polly se mira las manos. Se arrancó las uñas a mordiscos. Algunas cutículas empiezan a sangrar. —Tranquilidad —reflexiona—. No sé si volveré a tenerla.

Tomo sus manos entre las mías. —Lo harás, Polly. Eres más fuerte y capaz de lo que crees.

Me dedica una pequeña sonrisa, probablemente falsa. —Gracias por quedarte conmigo. Me alegro de que estés aquí.

Le doy un ligero golpecito en los nudillos y le devuelvo la sonrisa. —Para o me harás llorar. Ahora, acuéstate y cierra los ojos. Yo estoy aquí. No dejaré que te pase nada.

Sé que no tengo por qué hacer promesas así, pero a veces hay que decirlas y esperar a ver si se cumplen. Al final hace lo que le he pedido, se acurruca con las mantas levantadas hasta la barbilla y deja que su rostro se relaje.

Al cabo de un rato, su respiración se tranquiliza, y logra dormir profundamente.

Espero por su bien que hoy no tenga pesadillas.

ALYSSA

Acabo de subir las escaleras para tener unos minutos a solas cuando se abre la puerta y entra Uri. Ni siquiera alcanzo a sentarme, pero no importa, porque él se contenta con tumbarse en la cama a mi lado.

—Iba a bajar dentro de un rato —protesto mansamente.

Se pone de lado, con la cabeza apoyada en la mano, y sonríe. —Querías un poco de paz y tranquilidad. No tienes que explicármelo.

Mordiéndome el labio, pregunto, —¿Crees que alguien nos echará de menos si nos quedamos aquí el resto de la noche?

—Mejor hacemos algo más interesante — me dice en un tono sugerente—. Pero implica salir de esta cama.

—Lo dejamos para otro día mejor —le guiño un ojo.

—No es una opción, *narushitel*. Confía en mí. Haré que merezca la pena —se levanta de la cama y lo escucho caminar hacia la puerta. Pero no va hacia allí. Suena como si recogiera algo y lo acercara a mí—. Tenía esto guardado para ti.

Me levanto sin mucho ánimo y miro las dos cajas que sostiene. —¿Para mí?

—Si, para ti —repite—. Abre primero la caja grande.

Abro el paquete y encuentro un bonito vestido veraniego entre capas de papel de seda. Hace tanto tiempo que no me arreglo. Demonios, hacía tiempo que ni siquiera *quiero vestirme elegante*.

—¿Vamos a alguna parte? —pregunto, esperanzada.

—Pronto lo sabrás. Ve a cambiarte. Cuando estés lista, puedes abrir el segundo paquete.

—Sí, señor, como usted ordene. ¡Qué mandón que estas!

—No creo que eso sea realmente una queja, ¿verdad?

Sonriendo, me da una palmada en el trasero mientras entro con el vestido en el cuarto de baño, sintiendo un repunte instantáneo en mi estado de ánimo. Me quito la ropa y me pongo el vestido

nuevo. Juro que debe haber algún tipo de magia en las costuras, porque, en cuanto se desliza sobre mi cuerpo, dejo de ser una incubadora de bebés y vuelvo a sentirme viva. Vuelvo a sentirme feliz.

Miro fijamente mi reflejo y, por primera vez en mucho tiempo, me gusta lo que veo. Todavía se me ve la barriga, sobre todo de lado, pero el diseño en espiral del vestido disimula bien mi bulto.

Me peino y saco mi kit de maquillaje. Es de lo más básico, solo contiene lo esencial, pero servirá para esta ocasión. Me aplico un poco de base, sombra de ojos y colorete, y un poco de gloss sobre una fina capa de pintalabios. Me dedico una sonrisa frente al espejo. No está mal para diez minutos de trabajo.

Radiante de confianza, vuelvo al dormitorio, donde Uri me espera junto a la cama con la segunda caja, más pequeña, en las manos.

Cuando me la entrega, la recibo con cuidado y quito el papel de seda. Miro el pequeño vibrador plateado del interior y contengo una risita.

Uri también se ríe. —Por los viejos tiempos —explica con un guiño—. Ahora, vuelve ahí dentro. Esta noche también llevarás puesto este regalito.

No me molesto en discutir. La emoción me recorre la espalda mientras vuelvo sobre mis pasos hacia el baño. Me pregunto si la experiencia será diferente ahora que estoy embarazada. Espero que sea más incómoda, más invasiva. Pero, de algún modo, cuando lo coloco en su sitio, el efecto es el contrario. Me siento... desinhibida. Es como si el vibrador me diera permiso para ser la chica que era *antes* de quedarme embarazada.

Todavía me cuesta acostumbrarme a la sensación y caminar, pero doy un par de vueltas en el baño antes de volver a salir hacia Uri.

—¿De verdad dejaremos la cabaña? —pregunto emocionada.

—Parece que alguien está impaciente hoy.

—Emocionada, en realidad —corrijo mientras caminamos por la cabaña vacía—. ¿Dónde está todo el mundo?

—Dimiv y Nikolai están con Lev en su habitación y Polly sigue encerrada en la suya. No te preocupes. Nikolai cuidará nuestro fuerte.

Debería estar nerviosa, pero la emoción que me recorre ahoga todo lo otro. El calor y la sensación del metal en mi ropa interior tampoco me hace daño. Me toma de la mano cuando salimos de la cabaña, pero en lugar de acompañarme por el sendero al puesto de seguridad donde están estacionados los vehículos, va en dirección contraria.

El sendero es estrecho y poco delimitado, pero visible. Serpenteamos entre árboles y un denso follaje de arbustos y flores por la orilla de un enorme lago, que ni siquiera sabía que existía.

Estoy tan hipnotizada por las olas que rompen en la orilla y los pájaros que buscan algo de comer en la superficie del agua que ni siquiera me fijo en la mesa de picnic que espera junto a la orilla.

—¡Dios mío! —jadeo ante la escena. Me giro hacia Uri lentamente—. ¿Tú preparaste esto?

—Tuve algo de ayuda. Nikolai y Dimiv trajeron la mesa. Pero yo cociné, así que no hagas caso si intentan atribuirse el mérito.

A ambos lados de la mesa de picnic hay dos relojes gigantes sobre un bonito mantel de encaje. Hay pétalos de flores silvestres esparcidos de punta a punta, que brillan en rojo, naranja y amarillo a la luz del atardecer.

Suelto una risita delirante. —Esto es increíble.

—¿Tienes hambre?

Me vuelvo hacia Uri y recorro su cuerpo con la mirada. Lleva pantalones de lino oscuro y una camisa ligeramente abierta en el pecho. Lo suficiente para hacerme desear que el vibrador que llevo entre los muslos pudiera ser sustituido por otra cosa...

—Sí, estoy hambrienta —murmuro, pero me aseguro de que sea muy consciente de que no estoy hablando de comida.

Uri se ríe. —¿Estás segura?

Pero, en lugar de acercarse a mí como yo esperaba, se mete la mano en el bolsillo y, un segundo después, suelto un grito ahogado. El vibrador se pone en marcha y aprieto las piernas cuando siento las primeras cosquillas.

Sube el ritmo y siento como el vibrador se retuerce lentamente en mi interior. Mis ojos se agitan, me tiemblan las rodillas y me muerdo el labio inferior. Uri se acerca lentamente. Su sola presencia basta para humedecerme. Entre él y el vibrador, ya no tengo control.

—¿Es demasiado? —pregunta.

Sacudo la cabeza. —Está bien. Puedo... *mmm*... soportarlo.

¿Hay alguna forma de parecer elegante mientras un vibrador intenta sacarte un orgasmo? No estoy muy segura. Pero me salvo de la incomodidad de fingir compostura mientras Uri me lleva a un lado del banco de picnic, donde hay una manta extendida bajo los sauces.

—Desnúdate —me ordena con una voz que hace que todo mi cuerpo se caliente al instante.

Tengo cargo de conciencia cuando me saco el hermoso vestido y lo lanzo al costado. Luego, me quito el sostén y el resto de la ropa interior. Con el vibrador haciendo su trabajo, ya no me preocupa si me veo elegante o lo que piense Uri de mí.

Pero, si había alguna duda, sus ojos hambrientos la despejan. —*Mierda* —gruñe—. Estás guapísima.

Me ayuda a recostarme sobre la manta y se queda de pie con una sonrisa pícara. Luego, cambia los ajustes del vibrador hasta que me retuerzo sin control bajo su atenta mirada. ¿Cómo es posible que aún no me quiera tocar?

—Uri —jadeo—. Por favor...

—¿Por favor qué?

Me muerdo los labios. —Yo... necesito que me toques...

Se pone de rodillas a mi costado, su mano toca mis piernas y empieza a subir hasta que comienza a acariciar mi clítoris. A la vez trabaja con el vibrador y me hace gemir como nunca antes. Es como si quisiera hacerme explotar. Para ser honesta, me fascina.

Se me cierran los ojos cuando empiezo a sentir el orgasmo. Alzo los brazos y me aferro a él. Incluso sus antebrazos parecen duros y musculosos. Mis uñas se clavan en su piel cuando el orgasmo alcanza su punto máximo, y grito tan fuerte que mi voz resuena en el lago.

Cuando vuelvo a respirar con normalidad, saca el vibrador de mi interior y lo deja a un lado. Veo el vibrador mojado como nunca antes.

Con una risita sombría, se posiciona sobre mí. Sus labios se detienen sobre mis pechos antes de penetrarme. Pero estoy tan mojada que no crea ni la más mínima presión.

—Quiero más —jadeo—. Fóllame más fuerte... sí, sí... *más*.

Me folla un poco más fuerte de lo habitual, pero me doy cuenta de que se contiene. Tensa la mandíbula, frunce el ceño y sus ojos se clavan en mí con una sed desesperada.

Levanto las caderas para encontrarme con las suyas y él gime. —Cariño, tenemos que tener cuidado...

—He *sido* cuidadosa. Pero ahora quiero ser imprudente.

Se agacha y pasa la punta de su lengua por el contorno de mi oreja. Grito cuando sus embestidas se intensifican. *Sí. Sí. Sí, sí. Sí, sí.* Sé que estoy cerca, pero quiero alargar este momento, hacer que dure un minuto más. Dos minutos más.

Pero a medida que el *ruido* de la piel sobre la piel se hace más y más fuerte, sé que no puedo retrasar lo inevitable. Me vengo y un instante después siento el calor abrasador cuando se libera dentro de mí.

Uri se aparta de mí de inmediato, pero mantiene su cuerpo cerca del mío, con un brazo enroscado sobre mi pecho. Me besa hasta que nuestras respiraciones se calman.

—¿Cómo se te ocurrió… qué te inspiró?

Sonríe. —Merecías que te mimaran. Con todo lo que cuidas a los demás.

— Pero yo no siento que sea una obligación.

—Lo que solo significa que te mereces esto y mucho más.

Uri se sienta y busca apoyo en el tronco del sauce. Yo me resguardo entre sus piernas para reclinar la cabeza contra su pecho y contemplar el lago.

—Esto sí que es bonito —susurro con un suspiro de satisfacción.

Asiente. —¿Ves esas rocas de ahí? Solíamos saltar desde ellas cuando éramos más jóvenes. El lecho del lago es un poco más profundo al interior, así que era perfecto para bucear.

Sonrío pensando en las versiones más jóvenes de Uri, Nikolai y Dimiv correteando en traje de baño, todos compitiendo por superar a los otros.

—Parece que se divertían mucho aquí.

—Esperemos que nuestros hijos también lo hagan.

Eso es todo lo que necesito para imaginármelos. *Nuestros hijos.* Un niño como Uri. Quizá una niña que se parezca a mí. Corriendo en trajes de baño como su padre, con sus risas iluminando el lago. En mi cabeza, Lev y Polly también están ahí. El Lev que veo está menos nervioso. La Polly que imagino está menos asustada.

Podría ocurrir. *Ocurrirá*.

Solo tengo que creer.

ALYSSA

No me doy cuenta de que mi pierna rebota sin control hasta que la mano de Uri se posa en mi rodilla.

—Todo va a ir bien —me dice suavemente.

Entiendo por qué piensa eso. No he sido exactamente comunicativa sobre el dolor que he estado experimentando últimamente. Aunque quizá *dolor* sea una palabra demasiado fuerte. Son más bien molestias acompañadas de punzadas agudas que me tienen estresada por los bebés que llevo en el vientre.

La última vez que sentí esa punzada fue cuando con a Lev. Me había mirado con mucha preocupación y me había preguntado si vendrían los bebés. —Todavía no, campeón. Es demasiado pronto.

—¿En serio? Porque pareces estar muy «grande».

Por supuesto, luego procedió a enumerar todas las cosas a las que me parecía. Un pimiento relleno. A una vaca. Una sandia.

Perfecto, justo lo que toda mujer embarazada anhela oír. Realmente, los halagos que todas necesitamos.

Le dedico a Uri una sonrisa tensa e intento agradecer que hayamos salido de la cabaña, aunque solo sea para una cita con el médico. Sin embargo, Lev tuvo que estar distraído en su habitación mientras nos escabullíamos. A Lev no le haría gracia que lo dejáramos atrás. Polly salió de su habitación el tiempo necesario para despedirse de nosotros. La habría invitado si hubiera pensado que eso la sacaría de la oscuridad de la que parece no poder librarse. Pero no me dio tiempo para pedírselo, simplemente se despidió y se marchó.

—Estoy nerviosa, eso es todo —le digo ahora a Uri—. Seguro que todo va bien.

Corrección, *espero* que todo vaya bien. Hay una gran diferencia entre los dos sentimientos. Uri parece saber exactamente lo que siento, porque me rodea los hombros con un brazo y me estrecha más contra él.

—Eres fuerte. Y nuestros bebés también lo son.

—¿Por qué tarda tanto el Dr. Grigory? —pregunto, impaciente.

Uri frunce las cejas, irritado. —Buena pregunta. Déjame ir y...

Antes de que pueda terminar la frase, se abre la puerta y entra el médico. —Siento llegar tarde. Había un tráfico horrible en la autopista.

La cara de Uri se desforma y maldice por lo bajo. —No tenemos mucho tiempo. Empecemos.

—Por supuesto —asiente el Dr. Grigory, acercándose a mí y ajustándose un par de guantes de goma.

Me siento y hago lo posible por no retorcerme mientras el médico me examina a fondo. Uri está de pie junto a mí, posando una mano sobre mi hombro, literalmente una sombra que se cierne sobre mí. Pero esa sombra me hace sentir tranquila y segura. Como si todo fuera a salir bien.

Por lo menos, eso es lo que siento hasta que el Dr. Grigory mira el monitor durante un largo minuto y frunce el ceño.

—¿Doctor? —pregunto con timidez. No me mira de inmediato y, cuando lo hace, tampoco me mira a los ojos—. ¿Qué ocurre?

Se aclara la garganta. —Parece que un bebé se está desarrollando un poco más lento que el otro.

Inmediatamente, levanto la cabeza y miro a Uri. Mira el monitor como si pudiera cambiar todo con una sola mirada.

—¿Qué significa eso? —pregunto desesperadamente.

El Dr. Grigory me dedica una sonrisa que, estoy segura, pretende tranquilizarme. —El desarrollo más lento a veces puede ocurrir en embarazos múltiples. Cuando los fetos comparten la misma placenta, el más fuerte a veces empieza a consumir más nutrientes que el otro. Se llama STGG. Síndrome de Transfusión Gemelo a Gemelo.

—Con el debido respeto, doctor —dice Uri— no me importa cómo se llame el puto síndrome. Solo quiero saber cómo hacer que esto mejore.

El Dr. Grigory asiente. —Lo comprendo. De momento, no hay nada que hacer. Tenemos que controlar la situación y ver cómo evoluciona su embarazo. Luego...

—¿Qué dijiste? —la voz de Uri es cortante y casi violenta. El Dr. Grigory traga saliva y palidece de inmediato—. ¿Me quieres decir que la única solución a que un bebé no reciba suficientes nutrientes y esté en peligro de sobrevivir es *esperar a ver qué pasa*?

—Uri, la situación no es tan grave —el doctor Grigory me lanza una mirada de impotencia antes de volver a tragar saliva—. Necesitamos mantener todo monitoreado. Esto puede ser momentáneo, pero si empeora, podremos tomar medidas...

—¿Por qué no actuar ahora? —pregunta Uri.

—Porque aún no hay signos de sufrimiento fetal. Pero vigilaré de cerca a Alyssa en las próximas semanas. Si está claro que uno de los gemelos no se está desarrollando como corresponde, entonces podremos ver las mejores opciones.

—¿Cuáles son exactamente esas opciones? —le pregunto con cautela.

El Dr. Grigory nos mira receloso. —Bueno, la forma más eficaz de tratar el STGG es la CFL. Sería una forma de cirugía fetal con láser. Consiste en introducir un laparoscopio en el útero. Es un procedimiento mínimamente invasivo. Sin embargo, no deja de ser una cirugía, así que, por supuesto, conlleva riesgos.

—Entonces, *elimina* los riesgos — lo amenaza Uri.

El médico se asusta y le empieza a temblar la mandíbula. —Yo... Sr. Bugrov, la cosa es...

Uri frunce el ceño, disgustado, y se da la vuelta. —Los médicos realmente no saben una mierda, ¿verdad?

Le tomo la mano a Uri y sonrío al médico. —Solo estamos preocupados. ¿Puede darnos un momento, por favor?

—Por supuesto —dice rápidamente. Parece aliviado de salir corriendo de la habitación.

En cuanto la puerta se cierra tras él, me vuelvo hacia Uri. —¿De verdad crees que insultar al hombre que podría tener que operarme es una buena idea?

Tiene la mandíbula tan apretada que temo que sufra un derrame cerebral. —Podemos pedir una segunda opinión. Emily, tal vez —dice Uri.

Le aprieto el brazo. —Nos estamos adelantando. El doctor Grigory sabe lo que hace. Si dejas de asustarlo y lo dejas hacer su trabajo, quizá pueda hacerlo mejor —Uri se burla, así que añado—. Ya lo has oído. Ahora mismo no hay nada de qué preocuparse. Estamos hablando de hipótesis.

—Me parece irresponsable no hacer algo.

—Quiero evitar la cirugía todo lo que pueda, Uri —le digo suavemente—. Nuestra mejor opción es tomarlo con calma. Con suerte, si descanso lo suficiente, todo irá mejor.

—Los problemas no se corrigen solos.

Me encojo de hombros. —Ese método te funcionó la última vez que alguien intentó entrar en tu propiedad para robar la correspondencia.

Sus cejas se relajan, y veo que las comisuras de sus labios se mueven con un leve atisbo de sonrisa. Eso es un progreso, aunque sea.

—Necesito que seas optimista, ¿puedes? —añado—. No estoy segura de tener la energía para serlo por los dos.

Suspira. —Bien.

—Gracias. Ahora, llama al doctor y terminemos esta consulta.

Uri asoma la cabeza por el pasillo y vuelve a llamar al médico. El doctor Grigory vuelve a entrar con el ceño fruncido. Nos enseña el monitor del bebé y nos señala sus observaciones. Incluso para mi ojo inexperto, es obvio que uno de los gemelos parece notablemente más grande que el otro. A pesar de lo que acabo de decirle a Uri, *estoy* preocupada.

—Realmente tendrás que poner los pies en alto y relajarte, Alyssa. Tienes que estar en un lugar tranquilo, silencioso y pacífico. La finca Bugrov es agradable, pero quizá un cambio de escenario

también podría ayudar a calmar tu mente y relajar tu cuerpo.

—Ya no estamos en la finca —dice Uri bruscamente.

—Oh —Grigory asiente—. Comprendo. Perdón por entrometerme —vuelve a mirar el monitor —. ¿Le gustaría saber el sexo de sus bebés?

Uri me mira y me pone la mano en la espalda. —Depende de ti.

Mi instinto inicial es *sí*. Mi segundo pensamiento es *no*. Nunca lo diría en voz alta, ni siquiera a Uri, pero no quiero saber el sexo de los bebés por si acabamos perdiendo a uno. Será mucho más difícil cuando sepa lo que vamos a tener.

Me trago mi preocupación y niego con la cabeza. —Me gustaría que fuera una sorpresa. Esperaremos a averiguarlo.

—Como desee.

Cuando me han quitado el gel del cuerpo, Uri me ayuda a bajar de la camilla. Me toma de la mano mientras salimos del hospital, pero me doy cuenta por su mirada distante de que está planificando cualquier momento bueno o malo en el futuro. Este hombre demuestra que siempre ha planificado y preparado cada situación.

Durante todo el trayecto de vuelta a la cabaña, intento que el miedo no se apodere de mí. Pero, igual que antes de la consulta médica, tengo que concentrarme para no delatar mí preocupación moviendo la rodilla. Ayuda que Uri me tome de la mano y la mantenga en su regazo hasta que llegamos.

Cuando lo hacemos, estoy agotada. Me doy cuenta de que Uri también lo está, aunque lo disimula mucho mejor que yo.

—Todo estará bien, Alyssa —me dice suavemente—. Nuestros dos bebés estarán bien —me da un apretón en la mano—. No dejaré que les pase algo. Igual que no voy a dejar que algo te pase a ti.

URI

—¿Qué se sabe de la mujer y el chico de Sobakin?

Nikolai apenas me mira mientras sube al asiento del copiloto. —Dimiv dijo que tiene un hombre en el trabajo. Pero tanto Elena como Artem están fuertemente resguardados en todo momento.

—Por supuesto que estarán protegidos. Pero eso no significa que la seguridad no pueda ser violada.

—No tenemos la misma cantidad de soldados en Moscú que aquí, Uri.

Apretando los dientes, acelero el motor y salgo del garaje. Han pasado días y no sabemos nada de Boris. Aún no reapareció y estoy cansado de esperar. Es por eso que decidimos salir a patrullar espontáneamente.

Dimiv está a cargo en el piso franco. Se ha metido en un maratón de videojuegos con Lev mientras Alyssa se queda en la cama con Polly como compañía. Ha estado más tranquila que de costumbre después de nuestra cita con el médico, y espero que un poco de encierro la ayude a relajarse un poco.

Pero lo ideal para que se pueda relajar seria tener la cabeza de Boris ensartada en una estaca en mi jardín.

—¿Estás seguro que te quieres estacionar en esta dirección? —pregunta Nikolai—. Boris y sus hombres no han trabajado en esta ubicación en años.

—Que es exactamente por lo que podría arriesgarse. Asumirá que lo estamos buscando. No hay muchos lugares donde pueda esconderse.

—Al contrario. Esta es una gran ciudad, en un país aún más grande. Un enorme planeta, también, ya que mencionamos el tema. Por lo que sabemos, podría estar bebiendo vodka en cualquier bar de Rusia.

Lo fulmino con la mirada. —¿Puede ser que no estés de lo más optimista hoy?

Nikolai pone los ojos en blanco. —Solo estoy siendo realista, maldición. Si yo fuera ese cabrón, habría cortado por lo sano y huido fuera del país apenas hubiera podido.

—Pensar así solo prueba que no tienes la personalidad para ser *pahkan*.

Nikolai se estremece. Lo hace enojar al instante. Es un golpe bajo y me arrepiento de inmediato, pero no lo suficiente como para retractarme.

Hacía mucho tiempo que no vivía con mi hermano, y estar todos amontonados en la cabaña no favorece precisamente nuestra relación. Nikolai y yo siempre nos llevamos mejor con algo de espacio entre nosotros. Vivir uno encima del otro esta última semana me recuerda por qué se mudó a la primera oportunidad que tuvo.

Y tampoco ayuda que Alyssa lo adore tanto.

—Parece abandonado —comenta Nikolai con brusquedad cuando nos detenemos frente al antiguo local de los Sobakin.

—No significa que lo esté.

Suspira. —¿Cuánto tiempo nos sentaremos a pensar antes de que aceptes que no hay nadie aquí?

—Acabamos de llegar.

—Eso no responde a mi pregunta.

Me muerdo la lengua para no insultarlo y hacer que las cosas se calienten. —Una hora más o menos.

Murmura algo que no capto y se hunde en su asiento, con la capucha sobre la cara. —Lo que tú digas.

Tomo el móvil, aunque solo sea para distraerme de la tensión que hierve entre nosotros ahora mismo, y empiezo a enviar mensajes a Alyssa.

URI: ***¿Cómo te va?***

ALYSSA: ***Polly volvió a su habitación para una siesta. Estoy tumbada en la cama... pensando en ti.***

Hm. Me gusta a dónde va esto.

URI: ***Ah, ¿sí? ¿En qué estás pensando?***

ALYSSA: ***El lago.***

Es todo lo que necesita decir para que yo sepa exactamente en qué está pensando. Siento cómo el calor se extiende lentamente por mis extremidades. Me acomodo en el asiento para que Nikolai no sospeche lo que está ocurriendo a su lado.

ALYSSA: ***Tengo tu pequeño regalo de plata en la cama conmigo ahora mismo.***

URI: ***Qué buena chica eres. Puede que tenga que recompensarte.***

ALYSSA: ***Por favor.***

URI: ***Quítate toda la ropa. Te quiero completamente desnuda y tendida en esa cama.***

ALYSSA: ***Hecho.***

Eso no tomó mucho tiempo en absoluto. Alguien está claramente ansiosa. Me hace lamentar esta pequeña vigilancia, la desafortunada distancia entre nosotros. Podría estar en casa, deleitando su cuerpo, haciéndola disfrutar con múltiples orgasmos una y otra vez con mis propias manos, en lugar de dejar que el juguete de metal que le compré se lleve toda la diversión.

Antes de que pueda pensar en una respuesta, me envía otro mensaje. Pero este es una foto. Me alejo de Nikolai, asegurándome de inclinar el teléfono hacia un lado para que no pueda ver mi pantalla.

Necesito todo lo que hay en mí para no empezar a tocarme. La mujer es una puta belleza. Sus pechos están en plena exhibición, tentándome con curvas suaves y flexibles. Sus pezones están excitados y piden atención. Hago tanto esfuerzo para controlarme que me llega a doler la polla.

Manda otra foto. Esta vez, con el juguete entre sus delgados dedos.

URI: ***Esa es mi buena*** **kiska.** ***Ahora, desliza eso dentro de ti lentamente.***

Abro la aplicación en mi teléfono y encuentro el panel de control. Lo enciendo y pongo el vibrador a baja potencia. Si estaré aquí una hora, quiero hacer que valga la pena.

ALYSSA: ***Oh, Dios... se siente tan bien, Uri.***

URI: ***Quiero que te toques mientras el vibrador hace su magia. Imagina que estoy contigo, deslizando mis manos por tus pechos. Chupando un pezón, luego el otro...***

ALYSSA: ***Se siente tan bien...***

Subo el vibrador un par de grados y casi puedo oír el pequeño grito ahogado que sin duda sale de su boca.

ALYSSA: ***Uri...***

URI: ***¿Te gusta, cariño?***

ALYSSA: ***Me encanta.***

URI: Imagina que e***stoy chupando tus tetas, rodeando tu clítoris con mi miembro.***

ALYSSA: ***Sí, fóllame. Eso es lo que quiero. Quiero chupártela. Quiero ahogarme. Quiero meterte tan adentro que me den arcadas.***

URI: ***Qué*** **narushitel** ***tan traviesa eres.***

ALYSSA: Soy ***tu pequeña*** **narushitel** ***traviesa. Toda tuya.***

Subo el vibrador al máximo, deseando verla retorcerse en nuestra cama, con el cuerpo floreciendo como una rosa en primavera.

ALYSSA: ***h8nskw$$%55@#$##fhdb!!fwh093b***

Suelto una risita satisfecha. Ese mensaje lo dice todo. Imagino sus gemidos agudos, sus jadeos estremecedores. Su cuerpo vibrando con el orgasmo que acabo de provocarle a kilómetros de distancia.

ALYSSA: ***Joder. Lo siento. Ese último mensaje... me has sacado un orgasmo «emoji sonrojado».***

URI: ***Considera ese orgasmo como la primera ronda. Solo te estoy calentando para más tarde.***

ALYSSA: ***¿Lo prometes?***

ALYSSA: «emoji con cara sonriente y otro con los ojos de corazones»

—Por el amor de Dios —Nikolai me habla de repente—. ¿Qué sentido tiene la vigilancia si vas a pasarte todo el tiempo mirando el móvil?

—¿Cuál es tu puto problema?

Abre la boca para replicar, pero, antes de que pueda, el teléfono empieza a vibrar en mi mano.

—¡Primo! —se escucha la voz de Dimiv desde el otro lado cuando atiendo—. Tengo noticias del tipo que está vigilando a Elena Chernoff y a su chico. Me temo que... no te va a gustar.

Me acomodo en el asiento. —¿Qué pasa?

—Su rastro se perdió hace una hora.

No es lo único que se enfría en este momento. —¿Qué quieres decir?

—Los siguió hasta un centro comercial. Estuvieron de compras un rato y luego fueron al patio de comidas. Pero los perdió de vista allí.

—¿Y sus guardaespaldas?

—Salió del centro comercial sin ellos. Lo que significa...

—Sobakin los mando a extraer del lugar—maldigo, resistiendo el impulso de arrojar mi teléfono por la ventana—. *¡Maldito hijo de perra!*

—Está planeando algo, Uri.

—No me digas. Y ahora tiene a la mujer y al niño bajo su protección para poder avanzar sobre mí y mi familia sin reservas. *Blyat'*. ¡Ese chico era nuestra oportunidad!

—Encontraremos otra forma de llegar a él.

Cuando cuelgo, siento los ojos de Nikolai clavándose en mi cara. —¿Qué? —lo desafío.

—No puedes permitirte estar tan distraído.

Lo fulmino con la mirada. —No lo estoy.

Nikolai frunce los labios y aparta la mirada de mí. Por mucho que me cueste admitirlo, incluso a mí mismo, tiene razón. No puedo distraerme más.

Es hora de ponerme las pilas.

Es hora de encontrar a ese hijo de puta y acabar con él de una vez por todas.

ALYSSA

Me acerco al pórtico, donde Uri está de espaldas a mí. —Quiero todas las medidas de seguridad que tenemos fortificadas. Y quiero otro barrido de la propiedad... —se pasa una mano por el pelo —. Lo sé y no me importa. Solo *hazlo*.

Cuelga y guarda el teléfono. —Joder —murmura en voz baja, sin darse cuenta de que lo estoy mirando. Me acerco un poco más, esperando a que se fije en mí como hace siempre, porque tiene la visión periférica y la conciencia espacial de un puto ninja.

Pero... todavía no se da cuenta.

¿Podría ser este mi momento de pillarlo por sorpresa? Las maravillas nunca cesan.

Tiene ambas manos apoyadas en la barandilla del pórtico, contemplando el bosque más allá. Más cerca... más cerca... Salto hacia delante y lo rodeo con mis brazos.

—¡Te tengo!

Tiene el puño cerrado y levantado. Me mira con un odio indescriptible y está a punto de partirme la cara antes de darse cuenta de quién lo abraza. —*Blyat'* —refunfuña—. No vuelvas hacer eso nunca más.

—No me puedo creer que te haya pillado —digo, asombrada—. ¿Significa esto que ahora soy el *pakhan*?

Me fulmina con la mirada y la mano que hace un segundo iba a chocar con mi cara se posa en mis hombros para abrazarme. —Se supone que tienes que estar en la cama.

—He estado en la cama toda la mañana. Necesitaba estirar las piernas.

—Estíralas alrededor de tu habitación. No deberías subir y bajar esas escaleras muy a menudo.

Pongo los ojos en blanco. —Creo que te estás tomando los consejos del médico demasiado en serio.

—Mientras que tú no estás siguiendo su consejo en absoluto.

Le rodeo el torso con los brazos. —He sido una puta niña exploradora todo este tiempo. Una buena mujer y todo lo que tú quieras. Pero es aburrido estar en mi habitación, Uri. No hay muchos libros que una mujer pueda leer. Solo hay un par de películas entretenidas. Pero lo más

que abundan son las siestas.

—El día que alcances tu límite de siestas será un día preocupante para todos nosotros —mira a mi lado, hacia la puerta abierta que da a la cocina—. Pero, si quieres que vaya a arroparte yo mismo, solo tienes que pedírmelo.

Mi garganta está repentinamente seca. Es realmente injusto cómo puede hacer eso. Una sugerencia en voz baja sobre cualquier cosa remotamente relacionada con el dormitorio y *ya* estoy en sus manos.

—¿Es una amenaza o una promesa? —le replico, mordiéndome el labio inferior.

—Cuidado, *narushitel.* Si sigues mirándome así no llegaremos ni a la cama. Puede que tenga que extenderte sobre la mesa de la cocina.

—Por favor, no —me doy vuelta y veo a Polly bajando los escalones, haciendo una mueca incómoda por lo que acaba de oír—. *Comemos* en esa mesa.

—¡Polly! —dice Uri, sorprendido—. Te ves... mejor.

—Menos muerta, ¿quieres decir?

No puedo evitar reírme. El hecho de que haga bromas es una buena señal, en mi opinión no tan profesional. Y la verdad es que parece más corpulenta. Hay más rubor en sus mejillas, más chispa en sus ojos.

—Un poco —concuerda Uri—. Pero preferiría que te quedes en la cama hasta que estés completamente recuperada.

Polly arruga la nariz con el ceño fruncido. —Me volveré completamente loca si me quedo ahí. Una chica solo puede tener...

—Sí, sí, ya he oído todo el discurso —suelta Uri, irritado. Se ablanda y dice— Bien, puedes quedarte aquí abajo un rato. Ve a pasar el rato con Nikolai o Lev. Pero *tú*... —me mira con esos ojos azules centelleantes—. Vuelve arriba y *descansa*.

—Vamos, Lys —me dice Polly con un guiño conspirador, mientras se acerca y mete su brazo por debajo del mío—. Hagamos lo que dice. De lo contrario, a tu jefecito podría saltarle un fusible. Esa vena que le resalta en la mandíbula nunca es buena señal.

Tengo que reprimir la risa mientras le lanzo un guiño a Uri y sigo a Polly escaleras arriba. —Alyssa, te espero en nuestra habitación dentro de veinte minutos —me grita.

Cuando llegamos a la habitación de Polly, me acomodo en el asiento de la ventana mientras ella se acuesta en el suelo y comienza a estirace y a bostezar. —Siento lo de Uri —le digo—. Ha estado un poco tenso desde nuestra última cita con el médico.

—No puedo culparlo por preocuparse por ti. Realmente eres una amenaza para tu propia salud. Ni siquiera sabe que has estado limpiando la habitación de Lev y trayéndome bocadillos de la cocina a escondidas, ¿verdad?

Abro mucho los ojos. —No se lo dirás, ¿verdad?

—No te preocupes. Tu sucio secretito está a salvo conmigo —alza un dedo en señal de advertencia—. Pero si no empiezas a tomarlo con calma, puede que tenga que delatarte.

Frunzo el ceño y me dejo caer contra la pared que tengo detrás. —Eres tan mala como tu hermano.

Sonríe con simpatía. —Entiendo por qué Uri se preocupa. Y estoy de acuerdo. Ya es tiempo de que pongas los pies en alto y que te dejes mimar.

—Jamás. Prefiero que me ahoguen.

Polly se ríe. —Sé que estás preocupada por mí, Alyssa. Pero no lo estés. Estoy bien —alzo las cejas y ella asiente con énfasis—. En serio. Últimamente estoy mejor. No voy a mentir, algunos días son más duros que otros. Pero hoy es un buen día. Me siento... optimista —sus ojos se posan en mi barriga—. Más que nada porque seré tía dentro de unos meses y ya no aguanto las ganas. Pero para que yo sea tía, tienes que dar a luz a dos bebés sanos. Así que...

—Lo sé, lo sé. Reposo estricto en cama —murmuro—. Realmente eres tan mala como tu hermano.

Se ríe encantadoramente. —Y no quiero que me eche la culpa. Así que vete.

—¿Me estás echando de tu habitación?

—Solo por el momento. Ambas sabemos que está en tu habitación ahora mismo, contando los veinte minutos de libertad que te dio, segundo a segundo.

—Estoy rodeada de un montón de locos neuróticos.

Polly se ríe. —No puedo discutir eso.

Le doy un beso en la frente y me dirijo a mi habitación. Efectivamente, tenía razón. Entro y veo a Uri junto a la ventana, esperándome.

—Tres minutos antes que se acabe el tiempo— se jacta, mirando su reloj—. No está mal.

Pongo los ojos en blanco. —Polly me obligó a salir de su habitación, gracias a ti.

—Mi hermanita es muy lista.

Me quito el vestido que llevo puesto y me meto bajo las sábanas, enterrándome en mi nido de cobijas y mantas suaves. Cuando alzo la vista de mi cálido refugio, él me observa con una mirada extraña. —¿Quieres venir conmigo, Uri?

Se quita la camisa y se mete conmigo bajo las sábanas. Deslizo las manos por sus brazos y abdominales definidos, mientras su mano se posa en mi vientre.

—Sabes una cosa que estaba pensando... serás una madre estupenda —me dice con dulzura.

—Gracias —digo, sonrojándome—. ¿Qué te hace pensar eso?

—La forma en que cuidas de Polly y Lev. Ya eres una madre, lo sepas o no.

Exhalo lentamente. —Siempre quise ser madre —admito—. Solo que no pensé que ocurriría tan

pronto.

—¿Te arrepientes?

Lo miro sorprendida. —No —le aseguro con determinación—. En absoluto. Es que... me asusté cuando me di cuenta de que podría estar...

—¿Te asustaste?

Asiento. —Perdí a la única persona que le daba significado a mi vida. Nunca llegué a imaginar que esa persona que me importaba tanto la llegaría a perder. Y ahora no quiero que se repita.

—No vas a perder a nadie — me afirma con una férrea determinación.

Me deslizo bajo su brazo, sintiendo ese aroma de almizcle amaderado que se adhiere a su piel. —Para que lo sepas, seré una de esas «mamá oso» insoportablemente sobreprotectoras.

Se ríe entre dientes. —Para que lo sepas, puede que yo no sea mucho mejor.

—Así que nuestros hijos necesitarán terapeutas a temprana edad, ¿es eso lo que estamos diciendo?

—Nuestros hijos contarán con nosotros—dice con firmeza—. Eso es todo lo que necesitarán —me besa la cabeza—. Siempre y cuando su madre se acuerde de quedarse quieta el tiempo suficiente para que nazcan.

—Volvemos al mismo punto, Uri.

—El reposo en cama no tiene por qué ser aburrido. Hay muchas cosas que podemos hacer para pasar el tiempo.

—Ah, ¿sí…? ¿Cómo qué?

Levanta las cejas mientras su mano se desliza por mi vientre. Sus dedos se posan entre mis piernas, acariciando la fina tela de mi lencería. —Así, por ejemplo.

Suelto un gemido largo y tendido. Mis piernas se abren instintivamente para él. —No sé si esto es lo que el médico tenía en mente cuando me dijo que pasara más tiempo en la cama.

Uri me dedica una sonrisa arrogante. —Los médicos no saben todo.

Se me encogen los dedos de los pies cuando desliza sus dedos por debajo de mi calzón y empieza a rozar con ellos mis labios humedecidos. —*Mmm*, Uri...

—Relájate, mi pequeña *kiska*. Esta es la parte en la que sueltas todo tu estrés y me dejas cuidarte.

Bueno, cuando lo dices de esa forma...

Supongo que me agrada la idea de quedarme en la cama un poco más.

URI

Me despierto aferrado a Alyssa, con el brazo sobre su cadera y su respiración suave. Me quedo tumbado con ella todo el tiempo que mi conciencia me permite. Si de mí dependiera, me quedaría aquí indefinidamente, viviendo y disfrutando del perfecto silencio del momento.

Pero mis pensamientos y preocupaciones vuelven de inmediato. ¿Habrá completado Stepan el tercer barrido de la finca que le pedí ayer? ¿Se aplicaron todas las medidas de seguridad adicionales en torno a la propiedad? ¿Dónde demonios está Boris y qué está planeando?

Mis hijos nacerán dentro de pocos meses y necesito que toda esta pesadilla termine antes. No quiero que nazcan en un mundo que esta apunto de arder.

Así que, con un suspiro y de mala gana, me zafo de Alyssa y ruedo hacia un lado. Cuando tomo el móvil, veo que tengo tres llamadas perdidas de Kruger.

Con el corazón en la mano, me pongo los calzoncillos y salgo de la habitación, ignorando el frío del aire. En el pasillo central reina el silencio. Todos están en sus habitaciones, aprovechando la perezosa mañana.

Vuelvo a llamar a Kruger y me dirijo hacia la gigantesca ventana al final del pasillo alfombrado. —¿Qué pasa? ¿Tienes alguna novedad para mí?

—¿Has oído hablar de Artur Agapov?

Frunzo el ceño. —No. Pero supongo que está emparentado con Oleg. ¿Su hijo?

—Hermano menor. Y, según todas mis fuentes, este tipo es impredecible y temerario.

—Déjame adivinar, ¿se está preparando para vengarse de mí por haber liquidado a su hermano?

—Eso es lo que dicen los rumores. Y no lo está haciendo solo.

—Sobakin — maldigo.

—Exactamente. Olfateé su nombre antes, cuando estaba vigilando a un par de hombres de Agapov. Parece que los dos están uniendo fuerzas.

Mi mandíbula se tensa. —Entonces, tenemos que prepararnos. Necesito que te pegues a los hombres de Agapov tanto como puedas. Pásame directamente cualquier información que obtengas de ellos.

—Entendido, jefe.

En cuanto cuelga, llamo a Stepan. Su voz está aturdida por el sueño cuando contesta. —¿Señor?

—Stepan, prepara todo. Hoy volvemos a la finca.

—Considérelo hecho, señor.

Cuelgo y, cuando me doy vuelta, veo a Alyssa en la puerta, envuelta en una fina sábana. Tiene el pelo suelto sobre los hombros, pero la frente arrugada por la preocupación.

—¿Todo bien?

—Todo va excelente —me acerco y le quito el pelo de la frente—. Vuelve a la cama.

—Solo si vienes conmigo.

Le beso la frente. —Ojalá pudiera. Tengo que preparar un par de cosas.

Se muerde el interior de la mejilla. —Así que nos vamos hoy, ¿eh? ¿De vuelta a la mansión?

Asiento. —Es el mejor lugar para protegerlos a todos. Hice que mis hombres hagan docenas de barridos por el lugar. Cualquier debilidad en el perímetro de la finca ha sido fortificada. No hay forma de entrar o salir a menos que yo lo diga.

—¿Significa eso que descubriste dónde está Sobakin?

No quiero hablarlo con ella, pero tiene esa expresión en la cara. Sus cejas están arqueadas, sus labios fruncidos y sus mejillas han perdido el color. Esa expresión suele significar que no se echará atrás fácilmente.

—Alyssa...

—No te atrevas a decirme que nada de esto es de mi incumbencia. *Es* asunto mío. También es mi familia.

Suspiro y extiendo la mano para acariciarle el cuello. Su piel es cálida y suave bajo mis dedos. —No sé dónde está Sobakin, pero tengo una idea de lo que podría estar planeando. Y eso significa que tenemos que prepararnos para luchar.

Frunce el ceño con determinación y asiente. —Iré a empacar.

Camina con los hombros echados hacia atrás y la barbilla alta, como si fuera a dirigir el primer ataque. Me da escalofríos. Pero también me hace sentir realizado, asombrado. Agradecido.

De alguna manera, en los últimos meses, la ladrona de la valla ha demostrado que está hecha de más de lo que jamás hubiera imaginado.

Está hecha de acero.

~

LEV ES el más contento por volver a la finca. Se ha instalado en el sótano desde el momento en

que cruzamos el umbral, y no me disgusta. Los niveles inferiores son básicamente un búnker, y si está escondido ahí abajo, está a salvo.

Alyssa duerme con Polly esta noche. El cambio de ambiente desconcertó a mi hermana como ninguno de nosotros esperaba. Pero, como siempre, Alyssa supo exactamente cómo calmarla, maratón de películas, comida chatarra y una fiesta de pijamas para dos personas, que como siempre me ha dejado solo en mi cama.

Pero esta noche no me importa.

Me deslizo escaleras abajo hasta el pórtico junto a la piscina, donde Dimiv y Nikolai están sentados, fumando puros y bebiendo vodka.

—Empiezo a pensar que ustedes duermen aquí —comento mientras tomo asiento junto a ellos.

—Hay peores lugares en los que estar, primo —dice Dimiv con una carcajada—. La noche es cálida, el vodka es fuerte, y nuestros enemigos son tan tontos como para subestimarnos. Es un buen día para tener sangre Bugrov en las venas.

Dimiv me tiende un puro y yo lo enciendo mientras me reclino. Nikolai me sirve un vaso de vodka y me lo acerca. —Danos la razón, Uri —es todo lo que dice.

Suelto una bocanada de humo. —Tenemos que atacar antes —Dimiv y Nikolai intercambian una mirada que ignoro—. La espera llegó a su fin. No quiero darle la oportunidad de hacer el primer movimiento.

—Concuerdo —dice Dimiv—. No podemos subestimar el poder de la sorpresa.

—¿Sabes lo que podría ayudar con eso? —sugiere Nikolai—. Más reclutas.

—Tenemos hombres —señalo.

Nikolai asiente. —¿Pero tenemos *suficientes* hombres? ¿Y si atacáramos con una fuerza mayor?

—¿Estás hablando de mercenarios?

Sacude la cabeza. —Estoy hablando de aliados. ¿Por qué no seguir el ejemplo de Sobakin y unir fuerzas contra un enemigo común?

Dimiv frunce el ceño. —¿De quién estás hablando?

—Dominik Evanoff —respondo de inmediato, antes de que Nikolai tenga que hacerlo.

—¡Exacto! —dice Nikolai, inclinándose por otro vodka—. ¿Por qué no? Ya sabemos que Evanoff tiene a Sobakin metido en el ojo. La única razón por la que Evanoff no ha actuado contra Sobakin es porque no creía que pudiera ganar. Con nosotros tiene una oportunidad.

Lo considero durante unos instantes. —No es un mal plan.

Nikolai sonríe. —Eso es Uri, admítelo…

Me gustaría haberlo pensado antes.

ALYSSA

—Sus constantes vitales son buenas —concluye el Dr. Grigory con un gesto satisfecho.

Respiro, aliviada. Pero Uri no parece dispuesto a celebrarlo todavía. —¿Y los bebés? ¿Cómo están?

—Los estoy comprobando ahora —enciende el ecógrafo, me echa un chorro de gel en la barriga y lo extiende con el cabezal—. ¡Hmm!

—¿Hmm? —repito, cambiando a mi configuración por defecto, que, en estos días, es siempre el pánico—. ¿Qué significa *hmm*? *Hmm* no suena bien. No me gusta ese «Hmm».

El Dr. Grigory se vuelve hacia mí con una mirada preocupada. —Sigo preocupado por el crecimiento de un bebé. Es un poco lento. Ciertamente va retrasado para un feto de veintisiete semanas.

Miro a Uri con impotencia. —Entonces, ¿qué deberíamos hacer para mejorar el crecimiento del bebé? ¿Hay alguna inyección que pueda ponerme? ¿Puedo tomar pastillas? ¿Alimentos específicos que deba comer?

Soy consciente de que hablo a mil por hora, pero solo porque *mi mente va a mil por hora*. Si me detengo, podría estrellarme y sucumbir.

Por suerte, la mano de Uri se posa en mi hombro y su peso, la presión de sus dedos, me obligan a respirar hondo y a concentrarme en lo que el médico intenta explicarnos a ambos.

—Por ahora, te sugiero que te internes en esta sala para poder vigilarlos a ti y a los bebés, pues necesito monitorearlos durante las próximas semanas.

Se me cae la mandíbula. —¿*Internarme*?

—Eso no pasará —dice Uri con firmeza—. La llevaré de vuelta a casa después de esta cita.

El Dr. Grigory parece incómodo mientras se pone en pie. —Señor, señor Bugrov... Tal y como va este embarazo, parece que el último trimestre será el más duro para Alyssa. Tendrá suerte si llega a dar a luz a estos bebés.

El miedo me recorre el corazón. Interrumpo a Uri antes que pueda decir otra palabra. —¿Qué quieres decir con eso? ¿Hay alguna posibilidad de que estos bebés *no* sobrevivan?

Sus cejas bajan y su rostro se arruga por el ceño fruncido. —No quiero alarmarte, pero es importante que sepas exactamente lo que está pasando.

Agarro con fuerza la mano de Uri. Mira fijamente al médico, como si Grigory fuera el responsable del riesgo que corre mi embarazo. Pero no puedo preocuparme por su reacción ahora. No cuando intento desesperadamente contener la mía. —Quiero saber exactamente qué está pasando.

El Dr. Grigory me dedica una sonrisa comprensiva. —Al ritmo que avanza tu embarazo, me alegraré si llegas a las treinta semanas.

Siento que el corazón me va a estallar. —Lo siento... ¿Has dicho *treinta*? Solo faltan tres semanas.

—Correcto.

—Doctor, eso no puede estar bien. Solo estaré de siete meses o así... mis bebés nacerán más de dos meses prematuros.

—Sí, pero aquí tenemos las instalaciones necesarias para asegurarnos de que esos bebés sobrevivan a un parto prematuro. Sin embargo, si se fueran a su casa, no estoy seguro de que pudiéramos llevar a los bebés al hospital lo bastante rápido como para salvarlos.

Miro a Uri con horror. Me aprieta la mano, pero sus ojos están fijos en el doctor Grigory. —¿Es muy grave?

—Más grave de lo que esperaba—admite el médico con un suspiro—. Necesitará reposo absoluto a partir de ahora, y vigilancia constante. El mejor lugar para ella es aquí.

La mandíbula de Uri se aprieta con fuerza. —¿Puede el bebé menos desarrollado sobrevivir a un parto prematuro?

El Dr. Grigory tiene que mejorar su cara de póker, porque la respuesta que le da a Uri no me parece nada profesional y está demasiado cerca de la desesperación. —Haremos todo lo que esté en nuestras manos para asegurarnos de que ambos sobrevivan.

Lucho contra las lágrimas. —Eso no es un sí.

—Lo siento, pero no puedo prometer nada. Todo lo que puedo hacer es darte el mejor consejo médico posible para asegurarme de que tus dos bebés nazcan sanos. Y eso incluye ingresarte hoy.

Tengo un latigazo cervical por el brusco giro que ha tomado esta cita. Tragando saliva, susurro. —Uri, si esto es lo mejor para ellos...

Cierra los ojos y respira. Al cabo de un momento, las marcas de su ceño fruncido grabadas en su frente se atenúan y desaparecen. —Por supuesto. Te hospitalizaremos, si es lo que el médico considera mejor.

Le doy una sonrisa temblorosa. —¡Gracias!

Se vuelve hacia Grigory. —Tendrá seguridad las veinticuatro horas.

—El hospital está equipado con personal de seguridad, Uri.

—Quiero a *mis* hombres de guardia. Son los únicos en los que puedo confiar ahora mismo. Ahora, si puedes darnos unos minutos...

El médico se retira de inmediato y Uri vuelve su mirada hacia mí. —Sé que estás preocupada, pero todo va a ir bien.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ya eres una gran madre. Y mantendrás a esos bebés a salvo dentro de ti todo el tiempo que puedas.

—¿Y si no puedo?

—Entonces, Grigory los cuidara. Pase lo que pase, saldremos de este hospital con nuestros hijos.

Tiene tanta confianza en sí mismo que es difícil no creerle. Tiene ese tipo de presencia, ese tipo de poder que me hace creer que puede mover montañas. Me agarro a sus brazos con fuerza, esperando que algo de esa confianza se me pegue. —Uri... tengo miedo.

—Lo sé —dice suavemente—. Pero puedes hacerlo.

Puedo hacerlo. Puedo hacerlo. Puedo...

Mi meditación silenciosa se ve interrumpida por el teléfono de Uri. Mira la pantalla de bloqueo y da un respingo. Mi vientre se llena de decepción, pero finjo que estoy bien.

—No te preocupes —le digo antes de que diga algo—. Puedes irte si es necesario.

Coge mi mano. —Nikolai está afuera. Se quedará contigo mientras no estoy, ¿sí?

Asiento con la cabeza. —Estaré a salvo.

Me da un beso en la frente y sale de la habitación. Unos segundos después, entra Nikolai. —Hola. He oído que te internas en el Hospital Chez por las próximas semanas.

Suspiro. —Eso parece.

—Están preparando una habitación privada para ti en esta sala. Debería estar lista en un par de minutos.

Me bajo de la mesa de reconocimiento y me uno a él en las sillas de la esquina de la habitación. —Gracias por quedarte conmigo —no contesta. En lugar de eso, me mira a la cara como si le escondiera algo—. ¿Qué?

—¿Qué de qué?

—¿No lo has oído? Tendré suerte si llevo a estos bebés hasta las treinta semanas. Y aunque lo haga, seguirán siendo prematuros y habrá que trasladarlos a la unidad de cuidados intensivos hasta que puedan vivir por sí solos.

Nikolai pone su mano sobre la mía. —Estos bebés son mitad tú y mitad Bugrov, señala—. Pueden manejar cualquier cosa que la vida les depare. Incluso en el útero.

—¿Estás seguro?

—¿Cuál es la mejor alternativa? ¿Rendirse? —se burla—. Esa no es una opción.

Sonrío y me hundo de nuevo en la camilla. —Es que... no puedo volver a pasar por esto, Nikolai. Cuando perdí a mi hermana, pensé que había agotado mi cuota de dolor. No puedo soportar la idea de perder alguno de estos bebés.

—No hay forma de detener lo inevitable, Alyssa. Todo este estrés no cambia lo que el universo tiene predestinado para ti.

—No puedo apagar mi cerebro, y... —miro a Nikolai por el rabillo del ojo—. La verdad es que no puedo hablar con Uri de nada de esto.

—¿Por qué no?

—Porque, cada vez que lo intento, es como si no me escuchara. Me da las soluciones. Quiere que haga esto y aquello. Si le digo que tengo miedo, quiere reforzar la seguridad. Si le digo que me siento mal, intenta conseguirme medicina. Si le digo que estoy deprimida, me compra regalos. Pero no necesito nada de eso. Solo necesito que me *escuche*.

Nikolai suspira. —Tienes que entenderlo, Alyssa, Uri es el hombre de las soluciones. No puede enfrentarse a un problema sin intentar resolverlo. La idea de limitarse a escuchar sin actuar no está en su ADN. Está acostumbrado a tener el control y esta situación no está bajo su control. Así que intenta compensarlo haciendo cosas por ti siempre que puede. Así le resulta más fácil ignorar sus propias dudas, sus propias preocupaciones.

Nikolai tiene razón. Claro que esto es tan duro para Uri como para mí. Pero al menos yo tengo el lujo de derrumbarme cuando lo necesito.

Pero él no lo puede hacer.

Quizá debería reflexionar sobre mis quejas y podría intentar escuchar a Uri un poco más. Me he acostumbrado tanto a que se ocupe de mis necesidades que, en algún momento, olvidé que él también tiene las suyas.

—Gracias por hablar conmigo, Nikolai. Es como tener un terapeuta y un amigo, todo en uno. Excepto que más barato.

Nikolai me dedica una sonrisa tranquilizadora. —Cuando quieras —dice suavemente—. Cuando quieras.

URI

No confío en nadie.

Pero a veces, la apariencia de confianza puede lograr excelentes resultados. Por eso entro en el vestíbulo del Hotel Barrington desarmado y sin compañía. Dimiv está sentado en el vestíbulo, bebiendo un vodka sour. Pero, aparte de él, estoy completamente solo.

El tipo que veo en frente mío parece ser Dominik Evanoff. Es de tez blanca casi vampírica y es delgado como un esqueleto, vestido con un traje de Armani. Lleva el pelo rubio peinado hacia atrás con suficiente gel como para ahogar a un caballo, y ni siquiera intenta sonreír cuando me acerco a su mesa.

Se levanta y me ofrece la mano. —Sr. Bugrov.

—Evanoff —asiento, tomando asiento frente a él—. Es un placer...

—Deja las galanterías, por favor. Llevo en este juego el tiempo suficiente para saber que no se hacen amigos en nuestra línea de trabajo. Haces aliados o enemigos. Eso es todo.

Me froto la barbilla. Me parece bien que no haya charla. —Bueno, entonces déjame ir al grano. Me gustaría que fuéramos aliados, Dominik.

—No me hago ilusiones ni me jacto sobre quién o qué soy, Sr. Bugrov —dice con su voz llana y desapasionada—. Mi Bratva está lejos de igualar a la tuya en alcance y fuerza. ¿Por qué querrías ser mi aliado?

—Simple. Porque tú y yo compartimos un enemigo común. Y siempre pensé que el enemigo de mi enemigo es mi amigo.

Asiente sombríamente. —Mi padre pensaba lo mismo.

—¿El mismo padre que Boris Sobakin asesinó a sangre fría?

Sus labios se curvan en una mueca y sus ojos estallan en ira. —¿Así que se trata de Boris Sobakin? —juntando los dedos, se inclina hacia delante—. Entonces, estoy interesado en escuchar una buena propuesta.

Por el fuego de sus ojos, sé que logré captar su interés. Ahora, solo queda cerrar el trato. Normalmente, esta sería la parte fácil, pero puedo decir que estoy tratando con un tipo de humano muy diferente.

Dominik Evanoff es todo negocios. Puede que albergue rencores personales y venganzas secretas, pero dudo que ponga en peligro su propia seguridad y la de su Bratva para actuar en consecuencia. Tengo que hacer que esto valga la pena.

—Digo que unamos fuerzas y acabemos con el bastardo de una vez por todas. Hirió profundamente a tu familia. Ahora intenta hacer lo mismo con la mía. Yo digo que lo *detengamos*. Digo que acabemos con él. Lo enterraremos como él enterró a tu padre. O como él enterró al mío.

Dominik alza una ceja. —¿También mató a tu padre?

—No pude probarlo hasta hace poco. Montó todo un espectáculo para que el accidente que acabó con mis padres no pudiera ser atribuido a él. Pero estas cosas no se pueden ocultar para siempre. Alguien siempre habla.

—Eso es verdad. Siempre hay alguien que habla —asiente Dominik. Da un sorbo a su bebida. Bourbon, por el olor que desprende—. Matar a Boris Sobakin está en mi lista de cosas por hacer desde que era muy joven, sabes, Sr. Bugrov.

—Ahora tienes la oportunidad de tacharlo.

Ladea la cabeza. —Es tentador. *Muy tentador*. Pero no necesito recordárselo, Sr. Bugrov...

—Uri. Por favor.

Asiente. —Uri. No necesito recordarte que soy el *pahkan* de una Bratva comparativamente pequeña. No tengo el mismo tipo de influencia, recursos o soldados que tú.

—No. Pero puedes aumentar mi fuerza. Una cosa es segura, Boris no te estará esperando.

Primera vez que veo a Dominik sonreír. Pero ahora me doy cuenta de por qué no lo hace muy a menudo. Es nauseabundo y desagradable. —No, no lo hará, también tienes razón en eso.

—Finalmente, tú y yo nos vengaríamos por lo que le hizo a nuestras familias.

Dominik asiente. —Y me uniré a tu cruzada...

Me adelanto y completo su frase —¿Pero?

El brillo de sus ojos retrocede y vuelve a ser inexpresivo. —Pero ¿qué gano yo?

Alzo las cejas. —¿Aparte de la venganza?

—Sí —dice sin disculparse—. Lo mires por donde lo mires, habrá pérdidas. Si vienes a mí, significa que Boris unió fuerzas con alguien más. ¿Estoy en lo cierto?

—Artur Agapov.

—¿Agapov? —Dominik se burla—. Es un perro rabioso sin un amo que le ajuste la correa. —Golpea el borde de su vaso con un dedo y lo hace sonar—. Pero demuestra mi punto. Tengo que salir de esta batalla con más de lo que empecé.

—¿Qué quieres?

—¿Qué ofreces, Uri?

Pongo los ojos en blanco y suspiro. —¿Sabes lo que me gusta de ti, Dominik? Que eres muy directo. No lo estropees ahora haciéndote el tímido. Quieres algo por el riesgo. Lo respeto. Solo dímelo para que pueda aceptarlo o marcharme.

Dominik flexiona la mandíbula. Sus ojos se oscurecen un poco y se lame los labios. —Tienes tres clubes en la ciudad. Quiero que me transfieras la propiedad de uno de ellos. Y quiero una propiedad adicional. Un terreno baldío, una casa en las afueras, una choza decrépita... no me importa, siempre que la escritura esté a mi nombre.

—¿Eso es todo…?

—Y cinco millones de dólares. En efectivo —me mira con atención, esperando a que eche atrás el negocio—. Yo puedo vivir sin vengar a mi padre si hacerlo significa arriesgar mi Bratva y mi reputación en el proceso.

—Aliarte conmigo solo ayudará a tu reputación —reafirmo.

—A menos que pierdas.

—No perderé.

—Si no lo dudaras, Sr. Bugrov, no te habrías sentado conmigo en primer lugar.

Considero sus peticiones por un momento. —Te traspasaré mi club menos rentable. Hay un pequeño almacén a las afueras de la ciudad que puede ser tuyo. Y, en cuanto al dinero, estoy dispuesto a aceptar un millón de dólares.

—Cuatro millones.

—Dos.

Alza las cejas. —De acuerdo.

Nos damos la mano y Dominik se reclina en su sillón. Me pongo en pie. —Estaré en contacto. Hasta entonces, prepara a tus hombres. Los necesito listos para moverse en cualquier momento.

—Entendido, Sr. Bugrov.

Le hago una seña con la cabeza y salgo de la sala Barrington. Dimiv está junto a la entrada, fumando un cigarrillo, cuando me acerco.

—¿Y bien?

Tomo el cigarrillo de entre los dedos de Dimiv y me lo llevo a los labios. —Está en el juego.

URI

Solo llevo fuera unas horas y ya la *echo de menos*. Es un sentimiento nuevo y no sé cómo afrontarlo. Quizá por eso me molesta tanto entrar en la habitación privada del hospital que he pagado y encontrarla riéndose con Nikolai.

No parece que me haya echado de menos. Maldita sea, apenas parece darse cuenta de que me fui.

—¿Qué tiene tanta gracia? —pregunto irritado cuando entro y los pillo en medio del chiste.

La risa se apaga enseguida. Nikolai no responde, aparte de levantarse y dirigirse hacia la ventana. Alyssa me guiña un ojo. —Estaba compartiendo historias de tu infancia.

—*Nuestra* infancia —dice Nikolai—. No tiene derechos exclusivos sobre esas historias, sabes.

—Tal vez no, pero tengo derechos exclusivos sobre esta habitación. Y me gustaría estar a solas con Alyssa ahora.

—¡Uri! —Alyssa me regaña—. No seas grosero. Nikolai, no te preocupes, puedes quedarte.

Eso me molesta de sobremanera. Nikolai se encoge de hombros. —Todo bien. Te dejo con Señor Alegría. Si necesitas escapar de su cálido optimismo, llámame.

Alyssa suelta una risita, pero intenta disimularla tosiendo. En cuanto se cierra la puerta, me vuelvo hacia ella. Me lee la cara y pone los ojos en blanco de inmediato.

—Estaba bromeando, Uri —me tiende la mano y me pregunta— ¿Puedes traer a ese gruñón hasta aquí, por favor? Si no, tendré que ir para allá.

Suspiro y me acerco a su cama. Va vestida con un pantalón de chándal blanco y un jersey a juego. Pero, por muy cómoda que parezca, no le queda bien. Por muy bonito que sea, no hay escapatoria al hecho de que estamos atrapados en una habitación de hospital. Debería estar en casa, en *mi* habitación, en *mi* cama, donde pertenece.

Cuando llego a ella, me toma la mano. —Hablé con Lev y Polly antes que llegaras. Están un poco desanimados de que tenga que quedarme aquí.

—Ya somos tres.

—Ten paciencia. Las próximas semanas pasarán volando. Y, de todos modos, tú y Nikolai me harán compañía, ¿verdad?

—Parece que se ha tomado muy en serio lo de cuidarte, pero Nikolai tiene mierda que hacer.

Ella entrecierra los ojos. —¿Quieres dejar de ser tan imbécil con tu hermano?

—No sabía que también te gusta defenderlo.

—Pues sí —replica con firmeza—. Lo mismo que con Polly y Lev. La única diferencia es que con ellos no te conviertes en un adolescente malhumorado e hiperceloso. Eso está reservado para Niko. Me provocas una ansiedad innecesaria, Uri.

Me aprieta la mano para insistir, pero yo frunzo el ceño y aparto los dedos. —Seré más suave con él cuando deje de coquetear con mi mujer.

—*¿Coquetear?* —repite—. No seas ridículo.

—Es la típica mierda de Nikolai. Siempre quiere lo que yo tengo.

En lugar de responder, Alyssa esboza una lenta y sutil sonrisa. Una sonrisa burlona que me pone los pelos de punta. —¿Qué mierda te provoca tanta gracia? — le digo, enojado.

—Que te pones celoso por estupideces —me pellizca el dorso de la mano sobre las sábanas—. Pero definitivamente es excitante.

—No tengo celos de nadie. Y menos de mi hermano.

—Sí, claro —murmura. Me pega con un dedo en el pecho y se acomoda dándome la espalda. No parece creerme lo más mínimo. A estas alturas, ni siquiera yo me trago mis propias palabras.

Refunfuño más que irritado, la agarro por un hombro y la giro hacia mí. Su pequeño grito ahogado se interrumpe cuando aprieto mis labios contra los suyos y la beso con fuerza hasta dejarla sin aliento.

—Dios mío —jadea cuando por fin la suelto para que tome aire—. ¿De dónde salió *eso*?

—Me estás volviendo loco —le digo, molesto—. De ahí viene eso.

Sonríe coquetamente. —Loco, ¿eh? Pobre hombre... las cosas por las que tienes que pasar — empuja los botones de mi camisa con el dedo y la bestia posesiva que hay en mí quiere salir.

¿Qué mejor manera de dejar mi huella en ella que follarla hasta dejarla sin aliento? Excepto, por supuesto, por el pequeño problema que se interpone entre nosotros y un polvo épico. O, más específicamente, los *dos* pequeños problemas que se interponen entre nosotros y un polvo épico.

Y, sin embargo...

El sexo duro está descartado, pero un poco de acción no vendría mal.

La agarro por las piernas y la atraigo hacia mí. —¡Uri! —grita. Intenta incorporarse, pero la agarro por los tobillos y me los sujeto a la cintura—. ¡Uri!

Antes de que pueda hacer otra cosa, deslizo la mano por dentro de su sudadera hasta llegar a sus calzones. Suelta un grito ahogado que muere en sus labios, y sus ojos se abren de par en par cuando mis dedos se deslizan dentro suyo.

—U-Uri... la p-puerta. Está abierta. Cualquiera puede entrar... justo... *aah...*

Se desploma sobre la cama mientras masturbo su apretada vagina. Puede quejarse y protestar todo lo que quiera, pero la humedad que moja mis dedos es una melodía completamente distinta.

—¿Qué me estás... *mmm...* haciendo...? —gime, intentando defenderse de forma traviesa y tirando de mis dedos para llegar cada vez más adentro de ella.

Me agacho para cubrirla con mi cuerpo. —Quiero enseñarte exactamente a quién le perteneces —le gruño al oído—. Dime, mi pequeña ladrona, ¿a quién perteneces?

—A-A ti —jadea—. Solo ti.

—No te oigo.

—*¡A ti!*

Sonrío con malicia. —Así suena mejor.

Empieza a cabalgar sus caderas sobre mi mano. Añado un segundo dedo y un tercero. Tiene sus propios dedos alrededor de mi muñeca y los aprieta con fuerza. Se necesitaría la fuerza de voluntad de toda una vida para sacarme de ella ahora mismo.

Pequeña kiska pecaminosa.

Gracias a Dios, es toda mía.

—Mmm... oh, Dios, Uri, voy a... voy a... aah...

Sus jugos fluyen sobre mis dedos y veo cómo su cara se ilumina y tiembla por la euforia de su orgasmo. No hay nada tan hermoso como el rostro de Alyssa empapado por el calor del placer y la satisfacción.

Antes de que pueda reponerse, la puerta se abre de un empujón y Nikolai entra y me pilla con las manos en la masa. Alyssa suelta un grito ahogado, me aparta de un empujón y se pone roja como un tomate.

Nikolai parece a punto de ruborizarse. Sus ojos van de un lado a otro sin posarse nunca ni en Alyssa ni en mí. —Lo siento —dice, mirando el techo.

El único que parece remotamente tranquilo soy yo. He dejado mi impronta con bastante claridad y casi me alegro de que mi hermano esté cerca para verlo. Me chupo un dedo y Alyssa se queda boquiabierta. —Uri, *para* —me regaña.

La ignoro y me vuelvo hacia Nikolai. —Creí haberte dicho que nos dieras algo de privacidad.

—Si hubiera sabido *por qué* querías privacidad, me habría mantenido alejado, créeme —dice con torpeza—. Pero esto es importante. Evanoff está intentando localizarte. Dijo que llamó varias veces pero que no contestaste.

—Mierda —murmuro mientras saco el móvil. Efectivamente, hay tres llamadas perdidas de Dominik. Ni siquiera me di cuenta que el puto teléfono estaba vibrando, porque toda mi preocupación estaba centrada en la kiska de cara roja que tengo delante.

Salgo de la habitación y le devuelvo la llamada. El Dr. Grigory está charlando con algunas enfermeras jóvenes en el pasillo, pero se dispersan rápidamente cuando me ven salir de la habitación.

—He estado intentando contactarte — me dice Dominik apenas atiende.

—Estaba ocupado. ¿Qué pasa?

—Sé dónde se esconden Boris y Artur.

ALYSSA

Estoy llorando cuando entra Uri.

—¡Oh, Dios mío, Uri! ¿Qué pasó? —grito—. ¿Estás bien? —está cubierto de sudor, ceniza y sangre seca. De repente, me parece trivial estar sentada a salvo en una cama de hospital y llorando por mi último escáner.

Coge mi mano y se la lleva a los labios. —Olvídate de mí. *¿Tú* estás bien?

Sacudo la cabeza. —Tienes sangre en el brazo.

—No te preocupes. No es mía.

Me estremezco. —¿No estás herido?

—Se necesita más que un par de docenas de cobardes sin carácter para herir a Uri Bugrov —dice en un tono arrogante—. Ahora, dime, ¿por qué lloras?

Me trago lo que me queda de lágrimas e intento ignorar el olor a metal y humo que desprende. —El Dr. Grigory acaba de hacer otro escáner. Está muy preocupado por uno de los bebés.

—¿Otro escáner? Acabas de hacerte uno.

Me acobardo. —Estaba... experimentando algunas molestias.

Sus ojos se clavan en los míos. —¿Molestias?

—Supongo que «dolor» es probablemente una mejor palabra —admito suavemente—. Y quería asegurarse de que todo iba bien con los bebés. Pero uno está muy poco desarrollado. Cree que podríamos... —respiro profundamente—. Cree que podemos perder a uno de los bebés.

Los ojos de Uri se vuelven fríos y quebradizos. Se pone en pie y se acerca a la puerta. —Que venga el médico *ahora mismo* —ordena con una voz aterradora a alguien que no puedo ver antes de caminar de nuevo hacia mí.

Veo que empieza a desmoronarse. Dondequiera que estuviera antes, esto no lo ayuda precisamente a alcanzar un estado de calma zen. Y yo necesito desesperadamente que esté tranquilo en este momento, porque la verdad es que yo misma estoy a punto de colapsar.

—Uri, por favor...

Antes de que pueda terminar mi pensamiento, el Dr. Grigory entra con los labios apretados. Al parecer, ya sospecha la tormenta de ira que lo espera dentro de esta habitación.

—Sr….

—No digas mi nombre —le grita—. ¿Por qué Alyssa está cagada de miedo de que vayamos a perder a uno de nuestros hijos?

El médico traga saliva, incómodo. —Ella estaba experimentando dolor antes. He realizado un escáner que sugiere que uno de los bebés está cerca del sufrimiento fetal.

—¿Sufrimiento fetal?

—El bebé no solo no está recibiendo suficientes nutrientes, sino que también puede no estar recibiendo suficiente oxígeno. Lo que significa que... bueno... puede que tengamos que considerar las «opciones» ahora.

Suda a mares y no me atrevo a culparlo. Uri, por otro lado, parece querer atravesar una pared con la cabeza de Grigory. Y hay suficiente sangre en sus brazos para demostrar que ciertamente podría cumplir esa amenaza.

—¿Opciones? —gruñe Uri—. ¿Qué quieres decir con estas putas *opciones*?

—Opción uno, hacemos una cesárea de emergencia y sacamos a los dos ahora. Pero teniendo en cuenta lo poco desarrollado que está un bebé, podríamos acabar perdiéndolo.

Aprieta tanto la mandíbula que lo escucho rechinar los dientes. —¿Y segunda?

—Esperar. Seguimos de cerca la situación y esperamos que el bebé más débil pueda salir adelante por sí solo.

—¿Y si eso no sucede? —exige Uri—. Si el bebé más débil entra en sufrimiento fetal, ¿podrías hacerle una cesárea entonces?

—Me temo que, para entonces, podría ser... demasiado tarde.

Me estremezco, intentando no perder la cabeza por completo. Pero la idea de que uno de mis bebés muera dentro de mí es demasiado…

Nunca vi a Uri tan *enfadado*. Aunque incluso esa palabra parece insuficiente para describir la furia que retuerce sus facciones en un hombre casi irreconocible.

—¿Así que me dices que mis opciones son sacar a los bebés ahora y arriesgarme a que uno muera o dejarlos a los dos ahí dentro y arriesgarme a que uno muera de todas formas? ¿Cuáles son *esas* opciones?

El doctor Grigory da un paso atrás. —Sr. Bugrov —dice en un tono formal—, le aseguro que estamos haciendo todo lo posible para que sus dos bebés nazcan sanos y salvos, pero...

—*Pero* no es una opción —Uri se acerca hacia el doctor como una bestia que acecha a su presa.

—Nuestra principal prioridad es asegurarnos de que la madre este sana y...

—¿No crees que su seguridad también es mi prioridad?

—E-Eso no es lo que yo... Me disculpo...

—Usted es el médico aquí. Se supone que es el experto. No debería tener que elegir entre sus vidas como si jugara al blackjack. Se supone que debes salvarlos a todos. Y, al salvar sus vidas, salvarás la tuya. Porque te prometo esto, si Alyssa y esos dos bebés no salen ilesos de esto, me aseguraré de que pagues por ello.

La cara del Dr. Grigory ya no está pálida, sino de un gris ceniciento y sin vida. Mira a Uri con impotencia. —Intentaré hacerlo lo mejor que pueda...

—No lo intentes —lo amenaza Uri—. Solo *hazlo*.

El médico sale a trompicones de la habitación, pero, incluso cuando nos quedamos solos, Uri no vuelve junto a mí. Camina de un lado a otro. Su rostro es una máscara de furia y desesperación.

—Uri.

No parece oírme. —Tiene que haber otra manera. Quizá podamos trasladarte a otro hospital. Tal vez...

—*Uri* —se gira bruscamente, como si acabara de oírme—. Ven aquí —le ruego—. Por favor.

Se acerca a un lado de la cama y le tomo la mano. —Uri, tienes que calmarte —le digo con toda la delicadeza que puedo.

Sus ojos se abren de par en par. —¿Que me calme? Alyssa, ya oíste lo que dijo ese charlatán...

—Escuché todo tan claramente como tú. Pero enloquecer no ayuda a la situación, Uri. El estrés no me está haciendo ningún favor. Ni a mí ni a estos bebés.

—Tenemos que encontrar una solución, Alyssa —responde—. No podemos dejar que tomen todas las decisiones por nosotros.

—Ellos son los profesionales, Uri. El Dr. Grigory puede saber qué es lo mejor para mí y los bebés...

—Si el resultado no son dos bebés sanos, ¿qué mierda sabe él? ¿Para qué mierda sirve? Empezaré a buscar otros hospitales.

Toma el teléfono, pero le pongo la mano encima. —Uri, por favor. No me estás escuchando. Un nuevo hospital no cambiará nada. ¿Qué sentido tiene?

Me frunce el ceño. —¿Cómo puedes siquiera preguntar eso? La cuestión es qué es lo mejor para nuestros hijos...

—¿Y moverme en este estado es lo mejor? No estás pensando con claridad.

—Y tú no estás pensando en el panorama general. ¿No te importa salvarlos? —me echo hacia atrás como si me hubiera abofeteado. Sus ojos se entrecierran y suspira profundamente—. Mierda, eso sonó mal. No quise decir eso.

Parpadeo, intentando luchar contra el miedo y encontrar la gracia. Está tan dolido como yo. Probablemente también esté igual de asustado.

—Uri —susurro—, me aterroriza que podamos perder a uno de estos bebés. Por eso necesito que respires y te calmes. Te necesito en esto conmigo. Tenemos que estar juntos en esto. Me encanta lo protector que eres con todos nosotros, pero no puedes dejar que eso nuble tu juicio. No puedes dejar que te controle —guarda silencio durante un buen rato. Sus ojos pasan de mi cara a mi vientre. Llevo su mano a mi pecho—. Por favor. Por mí.

Respira hondo y se lleva mi mano a los labios. —Sabes que estoy contigo pase lo que pase, *narushitel.*

No siempre he estado segura de ello. Nuestro viaje ha estado plagado de complicaciones y campos de minas a cada paso.

Pero aquí y ahora…

¡Estoy segura!

URI

Dejo a Nikolai con Alyssa. Aunque sea un grano en el culo, es la única persona en la que confío para protegerla como lo haría yo. A su favor, ni siquiera parece decepcionado por quedarse fuera de la inminente batalla. Lo acepta con una expresión sombría y un movimiento de cabeza.

—Mata al bastardo —es todo lo que me dice.

Eso pretendo.

Dimiv y yo nos dirigimos al punto de encuentro en el que Dominik dijo que estaría esperando. Evanoff tiene treinta hombres con él, lo que eleva nuestro número a noventa. Si somos más, corremos el riesgo de llamar la atención de las autoridades mientras nos movemos por la ciudad.

Conduzco mi jeep junto al de Dominik y bajo la ventanilla. —¿Y bien?

—Seguimos el camino hacia abajo hasta llegar a la casa. Hay terreno abierto en dos lados y bosque denso en los dos restantes. Alrededor no hay nada. Estamos bloqueados desde el punto oeste.

Asiento. —¿Hay alguna entrada? ¿Seguridad? ¿Cámaras?

—Puerta baja, nada por lo que los vehículos no puedan pasar. Hay pocas cámaras exteriores, pero el lugar está lleno de soldados Sobakin. Están al límite. Boris está ahí dentro, no tengo ninguna duda.

Asiento, relamiéndome por lo que está por venir. —Entonces iremos bien armados. No me interesan los prisioneros.

Dominik levanta un dedo. —Nos verán venir.

—Déjalos —le digo—. Quiero que sepan que la muerte está a sus puertas. Síganme. Entraremos.

Los motores aceleran detrás de mí. A la de tres, doy la orden final por la radio y nos lanzamos a toda velocidad por la carretera, una marea de vehículos de color negro que se abalanza sobre el escondite de Sobakin como una plaga. A medida que nos acercamos a la puerta, puedo ver el terror de sus hombres, que empiezan a comprender lo que se avecina.

Los centinelas de los puntos más alejados se apresuran a coger los walkie-talkies o a correr hacia las posiciones de francotirador. Las pocas balas que consiguen disparar en nuestra dirección rebotan inofensivamente en los exteriores blindados. Piso el acelerador y acelero hacia la puerta.

Dimiv se agarra al asa del techo del jeep y se prepara para el impacto. Ambos sabemos que no pararé hasta que hayamos atravesado ese pedazo de metal barato. Es casi insultante que Sobakin crea que está a salvo aquí. ¿Cree que unos cuántos hombres armados y una reja de metro y medio lo protegerán de mí?

Pronto sabrá lo equivocado que está.

Los pocos guardias lo bastante tontos como para haber permanecido en su sitio, saltan justo a tiempo. Nos estrellamos contra la reja, que se hace añicos bajo mi parachoques reforzado, su marco negro se parte en dos y saltan chispas por todos lados mientras pasa por debajo de mi vehículo y queda como chapa laminada.

Me agacho cuando olas de balas más pesadas empiezan a salpicar el jeep. No causan más que ralladuras en el blindaje, pero confirman que ahora estamos en el centro del avispero.

Hago girar el jeep, levantando una tormenta de polvo que me permite adentrarme un poco más hasta que estamos prácticamente en la puerta de la modesta casa de dos plantas.

Dimiv y yo salimos por el lado seguro y tomamos posiciones. Elimino a tres, cuatro, cinco soldados Sobakin cuando asoman la cabeza por encima del muro bajo que recubre el tejado. Cuando no hay moros en la costa, elijo un camino y trepo por una estructura de madera adornada con plantas hasta que estoy lo bastante alto como para colarme por una ventana del segundo piso.

La habitación en la que aterrizo está extrañamente vacía. A través de las paredes, oigo el ruido de las armas y los gemidos de los hombres diezmados por mi Bratva y la de Dominik. Me detengo y espero con los oídos atentos, pero parece que me colé sin ser visto.

O al menos, eso es lo que pensé. Pero, en cuanto doy un paso hacia la puerta para adentrarme más en la casa, se abre de golpe. Ni siquiera espero a ver a quién disparo. Levanto mi arma y descargo una ráfaga de disparos.

Dos cuerpos caen al suelo. Los disparos se me van alto y les doy en la cabeza. Un tercer hombre sale de la habitación gritando y caminando de un modo errático.

Me abalanzo sobre él y lo encuentro arrastrándose sobre manos y rodillas, goteando sangre donde uno de mis disparos lo alcanzó en el hombro. No pierdo el tiempo y lo ejecuto rápidamente con una bala en la nuca.

Vuelve a gritar justo antes de morir. Pero su grito y su cuerpo golpeando el suelo atraen la atención que esperaba evitar. Aparecen más caras al final del pasillo. Disparo a ciegas, lo suficiente para tener tiempo de moverme, luego me agacho y cargo mi arma.

Estoy a punto de volver a salir e intercambiar disparos cuando la *estructura* de la casa se estremece. Si tuviera que adivinar, diría que alguien estrelló un coche contra los cimientos. Es una distracción suficiente para eliminar al nido de ratas de los *mudaks* de Sobakin que esperaban a que volviera a asomar la cabeza. Cuatro cuerpos caen en rápida sucesión.

Me adentro más en la casa. Mi único propósito ahora es encontrar a ese hijo de puta, Boris. Ni siquiera me importa Artur Agapov en este momento. Si logramos atrapar al imbécil, solo será un premio extra.

Boris Sobakin es el plato principal.

Cuando un cuerpo humeante dobla la esquina, alzo mi arma, pero sus brazos se alzan en señal de rendición casi de inmediato. —¡No dispares! —grita.

—*Blyat'*, Dimiv —gruño—. Casi te destrozo la cabeza.

Se desliza a mi lado. —¿En qué demonios estabas pensando?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que te infiltraste en la casa tú solo, sin refuerzos, nada —me regaña—. Miro a otro lado un segundo y, cuando me vuelvo, estás trepando por una puta estructura de madera como si te creyeras Catwoman. Hay, como, veinte hombres aquí por lo menos y tú solo.

—Quería darles una oportunidad justa —me crujo el cuello—. Vamos, tenemos que seguir moviéndonos. Cuanto más tardemos en encontrar a Sobakin, más posibilidades tendrá de escapar.

—Se dice que Agapov está en algún lugar abajo. Lo tenemos rodeado.

Aprieto los dientes. —Me importa una mierda Agapov. Vivo o muerto, él no es la razón por la que vinimos.

Recorremos el lugar, despejando una habitación tras otra, pero la mayoría están muertos o agonizantes. Empiezo a perder la esperanza cuando encontramos una puerta cerrada al final del pasillo.

Me abalanzo sobre ella y la derribo de una patada. Sale volando sobre sus bisagras, lanzando astillas de madera por todas partes. La habitación está vacía...

Excepto por las cortinas que se agitan por la brisa que entra por la ventana abierta. Más allá, solo hay un bosque oscuro.

—No, maldición —gruño con incredulidad, corriendo hacia la ventana—. No...

Corro hacia la ventana justo a tiempo para ver a Boris desaparecer entre los troncos de los árboles. Espero y vigilo por si veo algún rastro de él, hasta que veo el delator destello doble de los faros.

—El hijo de puta tenía un vehículo de huida esperándolo —disparo con impotencia a lo lejos, pero no hay ninguna posibilidad de que le dé desde aquí. Las luces se hacen más pequeñas y tenues a medida que el coche se aleja hasta perderse en la oscuridad.

—Se ha ido. Se ha *ido*, mierda.

Me doy vuelta, dando la espalda a la ventana, furioso por haber estado *tan* cerca y que Sobakin se me haya escapado de las manos. Es entonces cuando me fijo en el hombre encogido en un rincón de la habitación junto a la puerta, con la cara empapada en sudor y una pierna claramente rota y doblada de una forma en que no se supone que las piernas deban doblarse.

Me acerco a él y le apunto a la cara con mi pistola. —¡No! No. No. No me mate. Puedo darle información —de su boca sale saliva espumosa mientras habla.

—Más vale que valga la pena —le digo con el ceño fruncido—. Continúa. Tienes diez segundos.

—Recibió una llamada justo antes de que aparecieras. Se encerró en esta habitación e hizo que uno de los hombres trajera el coche hasta la entrada del bosque. No supe por qué hasta que... hasta que nos atacaron.

—Así que estaba advertido. Podría habérselo dicho yo mismo —alzo mi pistola y le disparo al hijo de puta en la cara antes de que pueda suplicar por su vida. Luego, salgo a la carnicería que hay en todo el lugar.

Dominik está de pie fuera de la casa, ejecutando uno a uno a los hombres de Sobakin. Tengo que respetar a un *pakhan* que se encarga él mismo del trabajo sucio. Se vuelve hacia mí, con la cara manchada de sangre y sudor. —¿Y bien?

—Escapó. Fue advertido.

Dominik entrecierra los ojos y señala al enano manchado de hollín que sujetan dos de sus soldados. —Si tienes alguna pregunta para Artur Agapov, yo se la haría ahora.

Sacudo la cabeza. —Sobakin estaba usando a Artur. No le habría confiado nada. Mátalo.

Dominik se encoge de hombros y le indica a sus hombres que hagan lo que dije. Ni siquiera me molesto en mirar cómo Artur exhala su último aliento, seguido de la bala que se lo roba.

—Esto no ha terminado —le digo a Dominik—. No hasta que Sobakin esté muerto. Tendrás tu dinero cuando esté hecho.

Dominik solo asiente. La sed de sangre todavía se agita en sus ojos, mientras se gira hacia la fila de hombres que pronto estarán muertos. Recarga su arma y reanuda su sangriento trabajo.

Dimiv sale de la casa unos instantes después. Habla por teléfono con alguien, pero cuelga mientras corre hacia mí —tengo noticias de mi contacto en Rusia. Parece que Elena Chernoff y su hijo se dirigen a Estados Unidos.

—¿Los trae a casa?

—Eso parece.

Asiento. —Entonces, intentará reunirse con ellos en algún lugar —mi mandíbula se aprieta. Ahora estoy más decidido que nunca—. Pronto se equivocará. Y yo voy a estar ahí para aprovechar el momento.

—Y hablando de lugares, ¿qué hacemos con este? —pregunta Dimiv, señalando con el pulgar la casa acribillada detrás de nosotros.

—Quemen la casa y quemen a todos en ella—me giro hacia mi jeep—. ¡Muévanse! —ordeno a mis hombres—. Terminamos aquí.

Justo cuando subo a mi vehículo, entra una llamada. *Nikolai*. —¿Qué está pasando? —pregunto con urgencia. Él no llamaría a menos que fuera importante.

—Hermano, es Alyssa. Grigory acaba de hacer otro escáner y... será mejor que vengas pronto. Ella te necesita. Urgente.

ALYSSA

Me despierto con el peso de una mano sobre mi brazo.

Y mi primer pensamiento en esos primeros segundos de dichoso olvido es *Ziva está aquí.*

Incluso cuando teníamos la opción de tener habitaciones separadas, elegíamos quedarnos juntas. La intimidad no era algo que nos importara. Éramos gemelas, éramos vida o muerte. Elegimos estar juntas porque juntas éramos más fuertes, más seguras y más valientes.

Y entonces nos quitaron la posibilidad de elegir.

Abro los ojos y miro la mano que se aferra de mi codo. Poco a poco, ese apacible estado de olvido empieza a resquebrajarse.

Luego, se desvanece por completo.

Oh, es verdad... Ziva no está aquí. Ziva ya no está en ningún sitio.

Solo soy yo.

Solía despertarme olvidando que ya no estaría nunca más junto a mí, y ese momento era como volver a perderla. Me sentaba en la cama y lloraba contra la almohada, intentando desesperadamente recordar su olor, recordar lo que sentía al despertarme con sus pies fríos buscando consuelo bajo mis piernas.

Pero ¿ahora?

Es la primera vez que recuerdo que se ha ido *sin* sentir que mi mundo se acaba de nuevo.

Hoy, siento que ya acepté mi realidad. Y que la agradezco cada día.

Ziva ya no está aquí, pero ya no me siento tan sola. Ya no siento que sea yo contra el mundo. Y eso se debe al peso de la mano que me cubre el brazo.

Me doy vuelta lentamente y miro al hombre tumbado a mi lado, en la cama que ha traído especialmente para mí, para esta pequeña estancia forzada en el hospital. Es la primera vez que veo a Uri durmiendo. Normalmente se duerme después de mí y se despierta mucho antes que yo.

Me maravilla su aspecto apacible. Todos y cada uno de los rasgos perfectos de su rostro, incluso las cicatrices y las arrugas que se le forman en ese ceño fruncido. Es una obra de arte. Es

hermoso en todos los sentidos, y más aún por la prueba visible de lo que ha sufrido para mantener a salvo a su familia.

No me atrevo a tocarlo por miedo a despertarlo, pero tengo ganas de recorrer con los dedos la línea recta de su nariz, la afilada inclinación de su mandíbula. Tiene las pestañas muy *largas*. ¿Por qué no me había fijado antes?

También tiene una pequeña marca de nacimiento marrón justo debajo del ojo izquierdo, que siempre supuse que era una peca. Nunca se queda quieto el tiempo suficiente para fijarme en todos esos pequeños matices que hacen que su cara sea única.

Insistió en quedarse en el hospital conmigo toda la noche. Incluso cuando le ordené que se fuera para estar con Lev y Polly, se negó. *«Polly y Lev estarán bien. Tienen a Nikolai y Dimiv cuidando de ellos. Tú me necesitas más».*

Probablemente fue ahí cuando lo supe. *No estoy sola. Nunca más.*

Respira profundamente y sus ojos empiezan a abrirse. Me inclino hacia él, cediendo por fin a mi deseo de tocarlo. Mis dedos se deslizan por su mejilla y sus ojos azules se centran en mí.

—Empezaba a preguntarme si alguna vez dormías.

Sonríe y me maravilla lo tierno que parece ahora. Solo puede provenir de la vulnerabilidad de ver a alguien descansar y saber que confía en ti lo suficiente para poder dormir profundamente sin preocuparse por nada.

Me besa suavemente en los labios. —Incluso yo necesito descansar de vez en cuando.

—Me gusta verte dormir.

Mientras me río, sus labios se posan en mi cuello, logrando que mi respiración se haga cada vez más profunda. Mi cuerpo responde de inmediato a su contacto. A pesar de mi creciente barriga y de la ligera punzada que me recorre la espalda, siento que me humedezco ansiosamente.

—Uri...

—¿Hm?

Noto su erección contra mi pierna y mi deseo por él supera todo sentido de la precaución. Intento agacharme, pero últimamente no me muevo con tanta agilidad ni gracia.

—¿A dónde crees que vas? —pregunta.

—Solo quería darle los buenos días al soldado que me saluda allá abajo.

Se le dibuja el deseo en la cara, pero me agarra del codo y se niega a dejarme bajar de la cama. —Lo aprecio, pero ahora no se trata de él.

Antes de que pueda detenerlo, Uri desliza la mano por debajo del dobladillo de la fina lencería de algodón que llevo puesta. —Uri —jadeo—. Espera... espera...

—¿Por qué debo esperar?

—Quiero hacer algo por *ti*.

Se ríe entre dientes. —El hecho de que pienses que no disfruto con esto es una locura.

—Bueno, está bien. Pero quiero devolverte el favor.

Desliza dos dedos dentro de mí y me obliga a separar las piernas. —Y lo harás una vez que los bebés nazcan sanos y salvos.

Es muy difícil exponer mi caso cuando sigue acariciando mi clítoris de esa manera. Es difícil decir algo que no sea simplemente *más.*

—Yo... *ahh...* ¡para! —le suplico, tratando de apartarlo—. Me estás distrayendo.

—De eso se trata, *narushitel*.

—¿No deberíamos tomárnoslo con calma? —pregunto, mordiéndome el labio inferior.

Me mira entre esas pestañas extralargas en las que me fijé hoy. —*Tomármelo con calma* es exactamente por lo que te estoy excitando con mis dedos en vez de con mi polla.

Introduce esos dedos en mi interior con la palabra *miembro* y suelto un gemido desesperado. —Quizá deberíamos hacer una excepción hoy.

Se ríe entre dientes. —Si de mí dependiera, te follaría en todas las posturas conocidas. Pero, por ahora... —empieza a frotarme el clítoris en pequeños círculos y la presión aumenta en mi vientre —. Tenemos que tener cuidado.

—A la mierda ser cuida-d…, *¡Dios!*

Justo cuando estoy al borde del orgasmo, saca los dedos. Siento su pérdida al instante, pero aprieto las barandillas de la cama del hospital hasta que recuerdo cómo volver a hablar. —¿Cambiaste de opinión? —me burlo sin aliento—. ¿Es mi turno?

Me dedica una sonrisa pícara. —Apenas —entonces, me agarra por debajo de las rodillas y tira de mí hacia él hasta que mi vagina choca con su cara—. Ahora, cállate. Me gusta el silencio cuando buceo.

Antes de que pueda pensar en una respuesta inteligente, su lengua pasa por los labios hinchados de mi vagina y mis ojos se cierran de golpe. —*Ohh...*

Me llevo un puño a mi boca y me muerdo los nudillos para no gritar. Ya no estamos en la mansión. Estamos en un hospital. Con salas contiguas. Otros pacientes. Médicos que pasean con sujetapapeles.

No es exactamente el escenario óptimo para orgasmos alucinantes.

Y, sin embargo, eso es exactamente lo que tengo. Tres orgasmos alucinantes, uno tras otro, cada uno más intenso que el anterior. En cuanto a hospitalizaciones, esta no es tan mala. Ciertamente, es mejor que la última vez que estuve en una de estas casas de la muerte.

Cuando Uri se levanta y me abraza, estoy hecha un desastre. Casi he conseguido recuperar el aliento y vestirme completamente cuando oigo que llaman a la puerta.

El Dr. Grigory entra acompañado de dos enfermeras. Puedo adivinar dónde tiene la cabeza, porque no se despega de mirar la tabla con antecedentes y estadísticas que siempre anda con él.

—Buenos días —hablo con voz temblorosa. Todavía siento las secuelas de los orgasmos múltiples rezumando por mis venas como miel.

Me dedica una sonrisa forzada y lanza una rápida mirada en dirección a Uri. —Vamos a examinarte, ¿de acuerdo, Alyssa?

Parece que hoy vamos directos al grano. Realiza el examen en silencio. Las dos enfermeras están atentas como centinelas. Sigo esperando que nos diga algo bueno, aferrándome a la esperanza de que algo haya cambiado de la noche a la mañana.

Por favor. Por favor, por favor. Por favor.

Finalmente, cuando ya no puedo más, pregunto sin rodeos. —¿Alguna buena noticia para nosotros?

El Dr. Grigory mira su portapapeles e instintivamente sé que es una mala señal. Si fueran buenas noticias, nos lo diría directamente.

El médico se aclara la garganta. —Lo siento, Alyssa. Las constantes vitales de un bebé han bajado considerablemente. Dudo que mejore sin intervención. Me temo que es hora de que ustedes dos tomen una decisión.

Miro a Uri. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho, la cara tormentosa y melancólica. —¿Y nuestras opciones son operar de inmediato y traer al mundo a los dos bebés o esperar y tener esperanza?

El Dr. Grigory asiente. —¿Quieren mi recomendación médica? Entremos ahora y hagamos nacer a esos bebés por cesárea. Estás lo suficientemente cerca de las treinta semanas como para que el bebé más débil tenga posibilidades de sobrevivir. Y el riesgo para ti también será menor.

—De acuerdo —decide Uri, sin siquiera mirarme—. Entonces, hagámoslo.

—¡Espera!

Tanto Uri como el doctor se vuelven bruscamente hacia mí. El doctor Grigory deja el portapapeles y se levanta. —Alyssa, si continúas con este embarazo, tendrás que hacer reposo total. El más mínimo problema podría provocar un parto prematuro o sufrimiento fetal.

—Pero si lo hago, entonces el bebé más débil tendrá la oportunidad de crecer un poco más, hacerse más fuerte. ¿Verdad?

El Dr. Grigory sacude la cabeza y me mira sin esperanza. —Eh, bueno, sí, teóricamente hablando...

—Entonces, esperaré.

—Alyssa...

—Dime qué porcentaje. Dime cuál es el porcentaje de que todo salga bien.

Se retuerce de un lado a otro, como si prefiriera sacrificar un dedo antes que elegir un número. —Alyssa..., vuelve a contemplarlo.

—*Por favor* —le digo—. En tu experta opinión, solo dime las posibilidades reales.

Suspira, con los hombros caídos y el puto portapapeles colgando entre las yemas de los dedos. —Treinta por ciento. Cuarenta, como mucho.

Asiento. —Entonces, creo que debería esperar. Puedo hacerlo. Puedo mantener a salvo a estos bebés hasta que llegue el momento de que nazcan.

—*¡Ty, dolzhno byt', shutish' nado mnoy!* —mi cabeza gira hacia Uri, que me mira con asombro e indignación—. ¿Lo dices en serio? —pregunta Uri.

El Dr. Grigory se aclara la garganta y se retira hacia la salida, murmurando. —Les daremos un momento —luego, él y sus enfermeras salen corriendo de la habitación como ratones que despejan un edificio en llamas.

Me incorporo en la cama. —¡Si dejo que den a luz a estos bebés ahora, hay un sesenta o setenta por ciento de posibilidades de que perdamos uno!

—Y si *no* los dejamos dar a luz ahora, corremos el riesgo de perder un bebé de todos modos *y* perderte a ti.

Enderezo la mandíbula. —Estoy dispuesta a correr el riesgo.

—No.

Lo miro fijamente a los ojos. —¿No?

—Digo que no —gruñe Uri—. Como padre de esos bebés...

—¡Vete a la mierda! Puede que tú seas el padre, pero *yo soy* la madre y *soy* la que los lleva. Mi cuerpo, mi decisión, ¿entiendes?

Uri tiene las manos cerradas en puños. Y su cara esta roja y la ira ya se le sale por los ojos. En otro tiempo, habría hecho cualquier cosa que me dijera si me lo pedía con esa cara.

Pero las cosas cambiaron. Ya no soy la niña asustada colgada de la valla. El juego subió de nivel, las apuestas aumentaron, y en algún momento Uri me enseñó a ser más fuerte. A mantenerme firme.

Ahora solo puede culparse a sí mismo por mi desafío. Por aterrador que sea, mi miedo a perder un hijo es mayor.

—No lo hagas —dice, tomándome la mano—. No lo hagas. Seguiremos teniendo un bebé. Y podemos tener más si eso es lo que quieres. No quiero arriesgar tu vida en el proceso.

Es la petición más sincera que nunca me ha hecho. Y, si no hubiera vivido la pérdida de una hermana, podría haber tenido la oportunidad de convencerme. Pero tal como están las cosas, sé que no puedo tomar otra decisión.

—Esta es mi elección, Uri. No necesito tu bendición ni tu permiso. Solo necesito tu apoyo.

Sus ojos se enfrían. Me suelta la mano. Lo siguiente que sé es que sale furioso de la habitación. Y no importa lo desesperadamente que le pida que vuelva, no regresa.

Ni siquiera me dedica una mirada antes de cerrar la puerta.

URI

La idea es salir furioso para demostrarle a Alyssa lo que pienso de su elección. Pero solo llego hasta el pasillo fuera de su puerta. Ir más lejos es como arrancarme el corazón. Así que camino de un lado a otro, incapaz de justificar si salgo del hospital. Incluso perder de vista su habitación me resulta imposible.

La verdad es que, por muy molesto que esté con ella, por muy poco razonable que crea que está siendo, no me atrevo a dejarla. No ahora. No después de todo lo que pasamos. Lo máximo que puedo hacer es merodear por los pasillos como una bestia enjaulada y lanzar furiosas miradas a su puerta cuando paso por fuera de su habitación.

Las enfermeras se mantienen alejadas de mí y nadie se atreve a acercarse hasta que aparece Nikolai, que viene caminando por el pasillo con dos tazas de café en la mano. Me mira a la cara y me ofrece una taza. —No sé si deberías tomar cafeína ahora, pero sírvete un café.

Tomo la taza y bebo un sorbo. Es fuerte, como me gusta. Y quema al bajar, justo como lo necesito.

—¿Me dirás por qué parece que quieres quemar el hospital? —una enfermera pasa en ese momento y nos lanza una mirada sorprendida, con los ojos muy abiertos. Nikolai le devuelve una sonrisa tímida. —Es una forma de decir, no te preocupes.

No parece muy tranquila mientras avanza por el pasillo.

—¿Es Alyssa? —pregunta una vez que estamos solos de nuevo—. ¿Está bien? ¿Son los bebés?

Intento respirar entre la frustración. —Grigory cree que los bebés deben nacer ahora. Cree que es la mejor oportunidad para Alyssa y para el bebé más sano.

Nikolai alza las cejas. —¿A qué te refieres con el bebé más sano?

Suspiro y cierro los ojos. El sabor amargo del café permanece en mi lengua como aceite de motor. —Puede que el bebé más débil no lo consiga.

—¿Y qué piensa Alyssa?

—Alyssa quiere esperar —aprieto los dientes y espero a que la marea de ira retroceda un poco antes de continuar—. Cree que puede aguantar hasta que el bebé más débil sea más fuerte.

Me molesta que Nikolai no parezca tan furioso como me siento yo ahora. De hecho, asiente con

una expresión que parece sospechosamente comprensiva. —Quiere intentar hacerlo lo mejor posible para que el segundo bebé tenga todas las posibilidades.

—¿A costa de su propia vida? —exclamo con frustración—. Su embarazo es de alto riesgo, Nikolai. Si uno de los bebés experimenta sufrimiento fetal, hablamos de una cesárea de urgencia que podría provocar una infección y una hemorragia incontrolable. Podría *morir*.

—Es madre —se limita a decir Nikolai—. Por supuesto que ella pensaría que es un riesgo digno.

—Los médicos deben decirle lo contrario. Debería haber enviado a Grigory al puto Norilsk hace años.

Nikolai tose con su sorbo de café. Norilsk es el agujero de mierda más helado y aislado de toda Rusia. No es una amenaza a la ligera. —Grigory ha estado con nosotros durante años. Sabe lo que hace.

—Estoy a punto de hacerlo *tragar* todos sus putos estudios si no salva a los tres.

Suspirando, mi hermano me da una palmada en el hombro. —Lo entiendo, tienes miedo. Pero ahora tienes que apoyarla. Luchar contra ella no te llevará a ninguna parte.

Le dirijo una mirada sarcástica. —Claro que te pones de su parte. No me extraña.

—¿De su parte? —Nikolai se resiste—. No sabía que hubiera bandos aquí. Ahora todos somos una familia, Uri.

—¿Es eso lo que quieres que crea?

Su ceño se alza más alto. —¿Qué se supone que significa eso?

—¿Crees que no me doy cuenta de lo unido que te has vuelto a Alyssa? ¿Las largas conversaciones, las bromas internas, la forma en que la miras?

Al principio, sus ojos se abren de golpe. Luego, se entrecierran de ira. —Ni siquiera responderé ni le prestaré atención a las imbecilidades que acabas de vomitar. Tú eres mi hermano, ella es mi amiga. Simplemente creo que, como madre que lleva a esos bebés, Alyssa tiene derecho a tomar la decisión final sobre lo que quiere hacer, cuánto tiempo quiere llevarlos y cómo puede traerlos a este mundo.

Lo fulmino con la mirada. —Prefería cuando la odiabas.

Soy dolorosamente consciente de que no estoy siendo mi mejor versión en este momento, pero el miedo nubla mi calma. Lo único en lo que puedo concentrarme es en el hecho de que no tengo absolutamente ningún control sobre nada de esto, y la desesperación me hace querer mandar todo a la mierda.

—Nunca odié a Alyssa —replica Nikolai a la defensiva—. Solo quería evitar meterla en este tipo de situaciones. No me parecía una decisión responsable involucrar a una civil en nuestro mundo. Y mira lo que pasó desde entonces. Obviamente, tenía razón.

—Entonces, todo esto es mi culpa, ¿Eso es lo que quieres decir?

—¡Deja de pensar con el culo, Uri! No te estoy culpando, no estoy culpando a nadie. Todo pasa

por algo. Esta es la situación en la que estamos, y tú tienes que decidir qué clase de hombre quieres ser. ¿Acaso no lo entiendes? Esto no tiene que ver contigo. Ahora se trata de Alyssa. Piensa un poco, Uri. Alyssa se ve reflejada junto a su hermana en esos bebés. Perder a uno de los gemelos sería como perder a Ziva otra vez. ¿Por qué crees que está tan decidida a salvar a los *dos*? Porque no pudo salvar a su hermana.

Tiene razón, joder. No hay nada como que te tiren la cruda verdad a la cara para que despiertes de una puta vez.

—Maldita sea —murmuro en voz baja.

Nikolai me mira con recelo. —Es hora de que des un paso al frente, hermanito. Es hora de que veas de qué estás hecho cuando no puedes controlar cada pequeña cosa a tu alrededor.

—¿Te habló de Ziva? —pregunto de mala gana.

Se encoge de hombros. —Hablo con ella sobre perder a madre y Otets, ella me habla de la pérdida de su hermana. Es lo que hacen *los amigos*.

Siento un pequeño sentimiento de culpa por mis acusaciones anteriores, como una esquirla de cristal en el pecho, pero sigo siendo demasiado testarudo, demasiado estúpido, demasiado *yo mismo* para disculparme por todo lo anterior.

Quiero decir, debería estar feliz de que siempre estén a mi lado. Él es mi hermano y ella es mi... mi...

Me giro hacia la puerta de la sala de Alyssa cuando algo profundo y visceral se agita en mis entrañas. Sin decir una palabra, empujo mi taza de café a medio beber hacia la mano libre de Nikolai y me deslizo insensiblemente hacia la sala de Alyssa. Se frota las manos y sus brazos están pegados a su torso, como si no pudiera entrar en calor por más que lo intentara.

—¿Estás bien? —pregunto mientras me deslizo en la habitación.

Se suena la nariz con un pañuelo, pero no responde.

Me aventuro a acercarme. Cada paso en su dirección es más duro que el anterior. Es como si me absorbiera un agujero negro del que no puedo separarme por mucho que lo intente. Es solo un dichoso olvido. Inevitable. Inexorable.

Alyssa parece sentir la misma presión que nos consume. Antes incluso de que haya recorrido la mitad de la habitación, de sus labios brotan palabras frenéticas. —Si vuelves para intentar convencerme de que no continúe con este embarazo, no te molestes, Uri, porque no va a ocurrir. Ya...

—No vine a eso.

—Oh —parece sorprendida—. De acuerdo, entonces.

—Estoy aquí para decirte que haremos las cosas a tu manera —esas palabras se sienten como ácido saliendo de mi lengua, pero me obligo a decirlas de todos modos—. Apoyaré tu decisión.

Su rostro se ilumina con una sonrisa. —¿De verdad?

—De verdad. *Pero...* —la sonrisa desaparece de su cara de inmediato—. Solo con una condición.

—¿Qué condición?

—Cásate conmigo.

Me mira sin comprender durante un momento. —¿Qué?

—Quiero que te cases conmigo —repito—. Esa es la condición para que yo esté de acuerdo con tu ridícula e imprudente decisión de continuar con este embarazo.

Queda estupefacta. —¿Acabas de declararte? —se mira la bata del hospital como si debiera llevar otra cosa—. ¿Aquí? ¿Así? ¿*Sin ninguna preparación*?

—¿Qué mejor momento que este? ¿Qué mejor lugar? —cruzo la última distancia y me paro a su lado. Todo lo que quiero es tocarla, sentir su calor contra el mío, pero es como si hubiera algo invisible reteniéndome un poco más—. Quiero casarme contigo. Quiero que vivamos esto juntos como marido y mujer. Quiero que seas mía, Alyssa.

Su labio inferior empieza a temblar. —Uri...

—Puedo mandar a buscar al sacerdote y que esté aquí en una hora. Diablos, incluso puedo decorar la sala si quieres que se vea bonita.

Las lágrimas se acumulan como el rocío de la mañana en sus deslumbrantes ojos. —¿Qué hay de los amigos y la familia? ¿Polly y Lev? ¿Elle?

—Los traeré a todos aquí de inmediato si eso es lo que quieres.

—¿Quieres hacer esto *hoy*?

Asiento. —Me niego a esperar un día más para hacerte mi esposa. Esa es mi condición. ¿Aceptas?

Parece incapaz de hablar durante un largo momento, sin aliento. Pero entonces, su mano se desliza hacia la mía. Parpadea y una lágrima resbala por su mejilla mientras sonríe.

—Sí, quiero.

ALYSSA

Me voy a casar. Tengo que repetírmelo un par de veces antes de empezar a asimilarlo.

Me voy a casar.

Me voy a *casar*.

¡*Me* caso!

Mientras Uri está al teléfono con el florista, organizando las flores para la capilla del hospital, yo llamo a Elle. —Hola, tú —me dice—. Me preguntaba dónde...

—Elle, tengo grandes noticias.

—Tu vida es una puta película en este punto, ¿no?

Se me escapa una carcajada. Teniendo en cuenta la elección a la que me enfrenté esta mañana, no pensé que experimentaría este tipo de dichosa euforia en el mismo día. La vida no es una película. Es una montaña rusa sin frenos.

—En primer lugar, estoy en el hospital.

Hay un silencio. —Vale, ahora la felicidad que demuestras no tiene sentido —no la culpo. Ella sabe cuánto odio los hospitales—. ¿Está todo bien?

—Bueno, quiero decir, sí y no. Es... complicado.

—¿No es siempre así?

Tiene razón. Tomo aire y empiezo a explicar la situación. —Mi embarazo es de alto riesgo. Uno de los bebés no se está desarrollando tan rápido como el otro.

—Oh, Dios mío...

—Pero no pasa nada —interrumpo esperanzada—. Porque mantendré a estos bebés dentro de mí el tiempo suficiente para asegurarme de que puedan sobrevivir. Los *dos*.

—¿Es eso lo que recomienda un médico?

—Es lo que *yo* he decidido, Elle.

—Cariño...

—Escucha, Elle, te quiero muchísimo, amiga, pero no estoy pidiendo tu aprobación o tu consejo. Ya tomé mi decisión. Te llamo porque me caso en una hora y quiero que seas mi dama de honor. Sé que te aviso con poco tiempo, pero significaría mucho para mí que estuvieras aquí —el silencio se hace eterno—. Um... ¿Elle?

—Corrígeme si me equivoco, ¡¿pero dijiste que *te* vas a *casar*?!

—Sí, eso es correcto.

—¿Con Uri?

—No. Con el Príncipe William. Tonta, *por supuesto* que con Uri.

—¡*Dios mío*! —exclama Elle.

Me río. —¿Eso es un *sí, con mucho gusto seré tu dama de honor?*

—¡Sí! ¡Sí! Sí, con mucho gusto seré tu dama de honor o como digas.

—Impresionante —grito de emoción—. Estoy en el St. Mary's Memorial Hospital. Planta siete, sala tres, habitación diecisiete.

—Dios mío —suspira Elle. La oigo pasearse ansiosa—. Siento un hormigueo. No puedo creer que esto esté pasando.

—Ya somos dos.

—¿Te casas en una hora?

—Uri dijo que no quería esperar un día más sin hacerme su esposa.

—¡Joder! — se queja—. Parece que esto va muy en serio, para que te haya dicho eso, esto va en muy buen camino. Vale, lo primero es lo primero, tengo que ponerme el sombrero de dama de honor. ¿Necesitas que haga algo? ¿Necesitas que te lleve algo antes de que vaya al hospital?

—En realidad, sí.

—Pégame. Lo que sea. Dilo y es tuyo. Comida, maquillaje, incluso un...

—Necesito un vestido de novia.

Elle se ríe a carcajadas. —Eso es mucha presión, nena.

—Confío en ti. No hay nadie mejor para elegir mi vestido. Solo ten en cuenta que estoy embarazada de siete meses.

Deja escapar un largo y cansado suspiro. —Vale. Estoy en ello. Estoy emocionadísima y seguro que me saldrán úlceras de la felicidad, de las que te enviaré la factura del hospital, pero estoy en ello. ¡Nos vemos! Te quiero, Lys.

Cuelgo y veo a Uri mirándome con una sonrisa divertida. —Parecía excitada. La oía chillar desde el otro lado de la habitación.

—Ella... me traerá un vestido. Sé que es una boda más que apresurada, pero quiero estar guapa

—me miro la barriga—. Bueno, tan guapa como pueda estar con esta enorme barriga.

Me mira a los ojos, molesto por mis palabras, pero el calor en su mirada me dice que estoy equivocada. —Si por mí fuera, te casarías desnuda, precisamente para poder ver esas curvas que llevan a mis hijos, *kiska*.

Me sonrojo tanto como los ojos de Uri. —No hables así en público —murmuro—. Me harás hacer cosas irracionales.

Se ríe entre dientes y me toma de la mano. —¿Y tus padres? Si los quieres aquí, puedo hacer que un vehículo vaya por ellos.

Me ruborizo de vergüenza. En el alboroto y la emoción de la última hora, me olvidé por completo de mis padres. —Joder. ¿Es terrible que ni siquiera haya pensado en ellos?

—Teniendo en cuenta que solo han preguntado por ti dos veces en los últimos ocho meses, diría que está completamente justificado.

Le sonrío agradecida. —Ni siquiera saben que estoy embarazada —susurro—. No creo que este sea el escenario adecuado para presentárselos. Se lo contaré después.

—¿Después de casarnos? ¿O después de que nazcan los bebés?

Frunzo el ceño. —En cualquiera de esos momentos. Lo decidiré más tarde.

Vuelve a reírse cuando la puerta se abre de golpe y Polly entra corriendo. —*¡Dios mío*! No puedo creer lo que están haciendo. Y en un maldito hospital, no podía ser otro lugar. Extiendo los brazos y ella se abalanza sobre mí. —¡Ahora seremos hermanas!

Lo admito, siento una punzada en el corazón, esa frase llega a lo más profundo de mi ser. *Hermana*. Amo a Polly, por supuesto. Solo desearía que Ziva estuviera aquí para esto, también.

La tomo por los hombros y la separo hasta poder hacer contacto visual. —Polly, ¿me maquillarías y peinarías?

—¡Por supuesto! —dice, entusiasmada.

Es la primera vez que suena como ella misma. Como antes del secuestro. Me reconforta pensar que, de alguna manera, Uri y yo contribuimos a que vuelva a sentirse segura, tranquila y feliz.

—Pero *antes* —Polly se vuelve hacia su hermano con expresión punzante—, tienes que irte.

—¿Irme? —frunce el ceño—. ¿Por qué?

—El novio no puede ver a la novia antes de la boda, ¿recuerdas? Y antes de que empieces con tu habitual tontería de «bla, bla, yo hago mis propias reglas porque soy muy grande y duro», ni te molestes. Es la tradición y la cumpliremos. Ahora *lárgate*.

Uri se ríe, me da un beso en la frente y sale por la puerta. Polly empieza a sacar cosas de su bolsa de viaje, lo que me hace sospechar que pensaba prepararme, se lo pidiera o no.

—¿Dónde está Lev, por cierto?

—En la capilla con Nikolai y Dimiv. Los está ayudando a prepararla. Y por «ayudando» me

refiero a que está sentado en la esquina, jugando videojuegos en su teléfono.

—¿Tú crees que irá a estar bien durante la ceremonia y todo eso, Polly?

—No encenderemos ninguna vela y será una ceremonia sencilla, así que debería estar bien. Deja de preocuparte, ¿vale? Este es *tu* día. Deja que nosotros nos ocupemos del resto.

URI

—¡Por Dios! —exclama Dimiv cuando entra en la capilla de la iglesia adornada.

El lugar ha sufrido un cambio radical. Lo que antes era una lúgubre habitación sin rasgos distintivos ahora está adornado con rosas blancas y luces de hada colgadas del techo como estrellas. Huele a limpio, a fragancia, y el aire desprende calidez. La torta de novios que encargó Nikolai ha llegado hace unos minutos y se alza orgullosa sobre una mesa en un rincón. Dos figuritas, un novio con esmoquin y una novia ruborizada con un vestido blanco, decoran la parte superior.

Es lo más cursi que he visto nunca.

Es jodidamente perfecto.

—No puedo creerlo —reflexiona Dimiv—. Mi primo, el eterno soltero, casándose.

Me río, mirando la botella de vodka que tiene en la mano. —Se suponía que ibas a por los anillos, maldito borracho.

Se mete la mano al bolsillo de la chaqueta y me entrega una bolsita negra. —Siempre se me han dado bien las multitareas. Dos alianzas de oro macizo *y* el vodka perfecto para brindar.

—Dudo que tengamos tiempo para un brindis, Dimiv.

Se burla. —Siempre hay tiempo para un brindis. Especialmente, para marcar una ocasión propicia como esta. ¿Dónde está Nikolai? No podemos hacer esto sin él.

—Está trayendo al sacerdote. Deberían llegar pronto.

—Pues que se joda —dice con una sonrisa diabólica—. Abriremos esta preciosura nosotros mismos.

Abre la botella y sirve dos vasos llenos de vodka. —Sabes, siempre pensé que Nikolai sería el primero en casarse.

—Sí. Ya somos dos.

Dimiv alza su copa en el aire. —Bueno, por el matrimonio en todas sus formas. Y por todas las vueltas y revueltas que trae consigo. Que su montaña rusa sea todo lo que quieran que sea.

—¿De qué galleta de la fortuna robaste eso? —me burlo.

Mi primo baja su bebida y la rellena de inmediato. —El matrimonio me convirtió en poeta —guiña un ojo—. ¿De verdad crees que me habría mudado al puto Moscú por cualquier persona? Dagmara cambió todo mi mundo, toda mi perspectiva de la vida. A nuestros padres les gustaba atribuirse el mérito, pero ella hizo de mí un hombre.

Hago rodar entre los dedos la bebida que no he tocado, pensativo. —Solía pensar que estabas loco. Dejar Estados Unidos, mudarte a Rusia, todo por una mujer.

Dimiv sonríe. —¿Y ahora?

Finjo considerarlo. —Y ahora... sigo pensando exactamente lo mismo.

Se ríe a carcajadas. —Te lo dice un hombre que lleva casi una década casado, mantenla contenta. Ella siempre tendrá la razón y tú siempre te equivocaras. Esposa feliz, vida feliz. Recuérdalo y seguirás casado mucho, mucho tiempo.

No es un mal consejo en sí, simplemente no es para mí. Luchar es la pendiente resbaladiza que me trajo hasta hoy, hasta esta mujer.

—Gracias, primo. Me alegro de que estés aquí para esto.

—No me lo perdería por nada en el mundo —sonríe y se toma el segundo shot de vodka—. Ahora, creo que es hora de que el novio se prepare —señala hacia el banco de atrás—. El traje está en la bolsa. La habitación privada está al final del pasillo. Ve a ponerte guapa, pero no te pases con el pintalabios esta vez.

Me río, le doy una palmada en el hombro a Dimiv, tomo mi traje y me meto en la habitación privada que da a los hermosos jardines del hospital. Miro por la ventana mientras me visto, intentando asimilar lo surrealista de este momento. Me estoy vistiendo para mi boda. Me voy a casar. Dentro de una hora tendré una *esposa*.

No es algo que haya pensado antes de conocer a Alyssa.

Cuando vuelvo a entrar en la capilla, veo a Dimiv en el púlpito, charlando animadamente con el sacerdote que nos va a casar. Juro que mi primo podría hablarle al oído a una estatua. Lo dejo charlando y me vuelvo hacia Nikolai, que acaba de aparecer en la puerta de la capilla.

—Has tardado bastante —le digo cuando me acerco a él—. ¿Dónde estabas?

—Solo comprobaba a la novia. Se ve fenomenal.

¿Ya la vio? ¿Con su vestido? Eso me irrita. Pero estoy dispuesto a ser caritativo hoy. Después de todo, es el día de mi boda.

—¿Está todo en orden?

Nikolai asiente. —Sí. Tengo los papeles aquí. Haremos que toda esta mierda sea legal.

Sonrío. —Por cierto, eres mi padrino.

—¿Sí?

Le doy una palmada en el brazo. —¿Quién más?

Nos abrazamos, dándonos palmadas en la espalda al mismo tiempo. Nikolai incluso parece un poco lloroso cuando se vuelve hacia el púlpito. Ese bastardo sentimental. —Le enviaré un mensaje a Polly, dile que...

Antes de que pueda terminar la frase, las puertas se abren de golpe y aparece Polly. El problema es que está sin aliento y con los ojos muy abiertos. Me pongo nervioso de inmediato.

—¡Pol! ¿Qué te pasa? ¿Es Alyssa? ¿Los bebés?

—Um, no lo sé exactamente. Alyssa quiere hablar contigo.

—¿Pasa algo?

Sus cejas se juntan con fuerza. —Sí. No. No estoy segura. Solo ve y habla con ella.

Salgo corriendo de la capilla sin esperar más respuestas a medias. Me precipito por el pasillo cuando casi choco de bruces con el Dr. Grigory.

—¡Uri! —parece agitado cuando se interpone en mi camino—. Venía a buscarte. Tengo que decirte algo importante.

Frunzo el ceño. —¿Puede esperar? Alyssa me necesita.

Llegados a este punto, podría marcharme sin más. Pero hay algo en la cara del doctor que me detiene.

Algo que dice *problemas*.

—Vale, adelante. Dime que pasa.

Los ojos de Grigory me miran. Miro por encima del hombro y veo que Nikolai y Polly están unos metros detrás de mí. Se agita en su sitio, parece desesperadamente incómodo. —Lo que tengo que decir es mejor decirlo... en privado.

Sí.

Putos problemas.



ENTRAMOS EN UNA PEQUEÑA HABITACIÓN. Incluso después de que la puerta se cierra detrás de nosotros, Grigory se sigue moviendo, nervioso.

—Grigory —digo, impaciente— di lo que tengas que decir de una puta vez.

Las mejillas del médico se sonrojan. Me mira a la cara, y luego vuelve a apartar la mirada. No deja de retorcer el expediente entre sus manos una y otra vez, como si creyera que puede arrancar las palabras de la página. Me fijo en el nombre estampado en la parte delantera. ***Alyssa Walsh*.**

Siento esta inesperada combinación de posesividad y urgencia. No será Alyssa Walsh por mucho más tiempo. Un corto paseo por el pasillo y la convertiré en Alyssa Bugrov. Será mía.

Una familia, un apellido. Un mismo futuro.

—Por el amor de Dios, Grigory —gruño—. No tengo todo el día. Necesito...

—Hicimos una prueba —dice. Vuelve a arrastrar los pies—. Es una prueba no invasiva que hacemos a todas las mujeres que podrían tener partos prematuros. Es para comprobar la composición genética del niño, pero, sobre todo, es para comprobar el tipo de sangre del bebé, en caso de transfusión.

—No veo qué problema pueda haber.

Tiene toda la cara enrojecida, con gotas de sudor en las sienes y sobre el labio superior. —Soy el médico de la Bratva Bugrov desde hace mucho tiempo —susurra en un tono ahogado y formal —. Y mi lealtad al fin y al cabo es hacia ti. Por favor, no lo olvides.

Frunzo el ceño. —¿Qué intentas decir con eso?

—Te traté muchas veces. Conozco todas tus cicatrices y cirugías, tu historial médico, tu composición genética, tu grupo sanguíneo. Y... el resultado de las pruebas que realicé a los bebés de Alyssa sugiere... que *tú*... no eres su padre —alza los ojos hacia los míos y traga saliva. El único sonido audible en esta pequeña habitación claustrofóbica y húmeda—. Lo siento, de verdad. Pero hice la prueba dos veces para asegurarme.

Doy un paso adelante por instinto y Grigory retrocede, levantando la carpeta como una especie de escudo entre nosotros. Veo su nombre en la carpeta, escrito con unas letras grandes y en negritas. «***Alyssa Walsh*».** Ahora no veo dónde puedo colocar mi apellido, nunca existirá «Alyssa Bugrov».

Con el pulso acelerado, le doy la espalda al médico. *¿Cómo puede ser?* Ha estado bajo mi techo, bajo mi mirada, durante *meses*. Aparte de mi gente, no tuvo contacto con el mundo exterior. Aparte de los días que se vio obligada a ser retenida por Sobakin...

Me congelo. Mi cuerpo se hiela e inmediatamente recuerdo cómo la encontré cuando entré en el piso franco de Sobakin. Estaba encadenada a una cama, con la ropa hecha un desastre y aquel puto monstruo mirándola, listo para atacarla. Pensé que había llegado a tiempo de salvarla, pero ¿y si me mintió todo este tiempo para que yo no supiera quién es realmente el padre? ¿Y si lo peor ya había ocurrido? ¿Y si era la segunda vez que la visitaba? ¿O la tercera? ¿O la cuarta?

Mi mente está lidiando con esa posibilidad cuando empieza a entrar en razón. ¡No!, me había dicho que para entonces ya sospechaba que estaba embarazada. Se lo había dicho a Polly mientras eran rehenes.

O sea que estaba embarazada *antes* de que los matones de Sobakin me la robaran.

Intento desesperadamente pensar en la pieza de este rompecabezas que me falta. Hay algo que no estoy viendo. *¿Qué es lo que no veo?*

—¿U-Uri...?

Me doy vuelta para mirar a Grigory. —¿Estás seguro?

Me pasa el expediente. —Compruébalo tú mismo. Los resultados son concluyentes. Esos bebés

no son suyos. Pero...

Mis ojos se clavan en los suyos. —¿Pero?

—Basándonos en tu ADN y el suyo, parece que el padre está... estrechamente relacionado contigo.

Ya creía que estaba confundido, pero esta vez me quedo petrificado. Abro el archivo y me quedo mirando los resultados en el papel. Es como si leyera jeroglíficos. Ninguno de los números, palabras o símbolos significa nada para mí. Asqueado, cierro la carpeta y la tiro al suelo.

Grigory se aleja de mí. —Lo siento, señor.

—¿Cuánta relación?

—¿Perdón? —dice Grigory, tembloroso.

Las palabras que salen de mi boca son veneno. Parece una traición incluso decirlo en voz alta. Pero la genética no miente. La ciencia no miente.

Los hermanos, en cambio...

—¿Es posible que estemos hablando de un... hermano?

—Sí, es posible —dice Grigory con un suspiro hondo.

Así que Lev o Nikolai. En cuanto sus nombres toman forma en mi cabeza, sé de quién se trata. Lev puede tener el cuerpo de un adulto, pero tiene la mente de un niño. Y Alyssa nunca cruzaría esa línea con él.

Pero ¿Nikolai?

En un repentino torrente de recuerdos, recuerdo cada vez que entré en su habitación y los encontré sentados uno al lado del otro, riéndose de algún chiste o compartiendo alguna historia sentimental. Nikolai se sinceró con ella sobre nuestra infancia. Ni siquiera habla de esas cosas conmigo. Pero con Alyssa... las líneas de la frontera sentimental están trazadas sobre arena. O quizá las olas ya las borraron.

Mis manos se cierran en puños cuando pienso en Alyssa asegurándome que ella y Nikolai solo eran amigos. Estaba molesto por mi propio enfado, de hecho. La palabra *confianza* era un pilar fundamental. Como si significara algo para ella. Como si significara algo para *él.*

Maldición.

Maldición.

¡MALDICIÓN!

—Apártate de mi camino —siseo mientras corro hacia la puerta.

Grigory tiene la precaución de apartarse de mi línea de fuego, pero sus ojos se me quedan mirando antes de salir. —Uri... está en una etapa delicada de su embarazo. Enfrentarla ahora podría no ser la mejor idea.

¿Enfrentarla? ¿Es eso lo que estoy a punto de hacer?

Empujo a Grigory a un lado y salgo de la habitación. Sí, eso es *exactamente* lo que estoy a punto de hacer. Puede que esté en una situación delicada, pero ella misma se metió allí. Y ahora lidiará con las consecuencias.

Va a enfrentarse a mí.

La ladronzuela me va a dar algunas respuestas.

ALYSSA

Puede que esté embarazada de gemelos de siete meses.

Puede que me sienta hinchada, cansada y demasiado pesada.

Pero, con este vestido, también me siento como una novia.

Por muy bonita que sea esta habitación privada de hospital, no hay espejo de cuerpo entero, así que es posible que me esté engañando a mí misma. Pero *me siento* bien. Es la primera vez en semanas que me siento como yo misma.

Aunque eso también podría tener algo que ver con la llamada telefónica que hice a mis padres hace unos minutos.

La conversación duró veintisiete minutos y treinta y tres segundos, según mi registro de llamadas. Empecé pidiendo disculpas y luego explicaciones. Les dije que estaba embarazada y que me iba a casar.

Estaban conmocionados. Luego dolidos. Luego desconcertados. Pero hicieron todo lo posible por ser comprensivos. Y, en su aceptación de todos mis errores, supongo que encontré el valor y la gracia para aceptar los suyos. Nuestra conversación aun me da vuelta en mi cabeza.

—Nunca entendí por qué no lucharon contra las decisiones que ella tomó. Todo el mundo aceptó el hecho de que dejara el tratamiento. Parecía como si hubieran perdido toda esperanza con ella.

A mamá le temblaba la voz cuando contestó, —Cariño, no nos rendimos. Simplemente nos dimos cuenta de que luchar contra ella nos habría robado el poco tiempo que nos quedaba. Decidimos que era más importante hacerla feliz en sus últimos días que alargar su sufrimiento.

Entonces papá tomó el teléfono y puso el altavoz. —Volvió al tratamiento porque tú se lo pediste. Porque te quería mucho. Y al final...

—Lo sé papá. Murió de todos modos. Y murió de la forma que intentaba evitar, en una habitación de hospital, conectada a un montón de monitores, drogada y completamente fuera de sí —lloré un rato y, cuando por fin paré, conseguí asumir mis palabras— Fue mi culpa. Yo hice que tomara esa decisión.

—La amabas —susurró mamá.

—Nosotros también la amábamos —dijo papá—. Solo que la amábamos de otra manera. A veces, parecía que nos odiabas por eso, por las decisiones que tomábamos.

No tenía toda la razón, pero tampoco estaba completamente equivocada. Cuando me disculpé, ellos también lo hicieron. Se disculparon por no estar ahí para mí de la forma en que deberían haber estado justo después de la muerte de Ziva.

—Querías espacio —dijo mamá—. Pero nunca debimos dártelo. Supongo que pensé que con el tiempo volverías a nosotros por tu cuenta. Pero eso nunca ocurrió.

—Hasta ahora —añadió papá.

Estaban en un crucero en algún lugar del Océano Atlántico. Pero me prometieron que en un par de semanas vendrían a verme. No les hablé del riesgo del embarazo. Solo les dije que me alegraría verlos cuando estuvieran en casa.

Cuando por fin colgamos, lloré un poco más mientras Elle me abrazaba y Polly revoloteaba a mi alrededor, ofreciéndome pañuelos a cada minuto.

—¿Estás bien? —preguntó Elle cuando por fin me calmé.

—S-sí, creo que sí.

—Ojalá pudiera decir lo mismo de tu maquillaje —suspiró Polly.

Una pequeña risita salió de mí, pero al final se convirtió en más llanto. Al final, Polly me tomo de la mano y me preguntó si podía traer a Uri. —¿Quizás hablar con él ayude?

—¡No! —había exclamado Elle—. Da mala suerte que el novio vea a la novia antes de la boda.

Solo sonreí entre lágrimas. —Honestamente, creo que ya es suficiente de toda la mala suerte hasta ahora. Creo que alcanzamos nuestra cuota —luego, me volví hacia Polly—. De hecho, ¿te importaría traérmelo? Quiero verlo.

Porque la verdad es que se ha convertido en lo que Ziva era para mí. Mi fuerza, mi apoyo, la persona en la que podía apoyarme para cualquier cosa.

Salvo que pasaron unos minutos desde que Polly salió a buscarlo y todavía no hay rastro de ninguno de los dos.

—¿Debería ir a mirar? —pregunta Elle.

Sacudo la cabeza. —Ya vendrán, no te preocupes. ¿Me pasas el espejo, por favor?

Me lo entrega y echo un vistazo a mi aspecto restaurado. Elle me ayudó a maquillarme cuando se me pasó el ataque de angustia. Ahora vuelvo a parecer una novia, aunque con ojos cansados. Lo único que me falta es ver a mi novio y reunir fuerzas para caminar hacia el altar, reluciente, alegre y encontrarme con mi nuevo futuro.

Ojalá Ziva estuviera aquí. Pero la tristeza que asociaba a su ausencia ya no me duele. Se siente mucho más cercano a la curación.

Se abre la puerta y entra Polly. Espero a que Uri aparezca detrás suyo, pero está sola.

—¿Polly?

Parece apagada. Más pálida que de costumbre, mordiéndose el labio sin parar. —Lo siento, Lys. Estaba justo detrás de mí, pero entonces el Dr. Grigory nos interrumpió.

—Oh —ese pulso familiar y temeroso se acelera en mi cabeza—. ¿Sabes por qué?

—Solo dijo que necesitaba hablar con Uri urgentemente. Y en privado.

Elle y yo intercambiamos una mirada. —¿Qué crees que haya pasado? —pregunta, nerviosa.

Me encojo de hombros. —Probablemente sea algo ajeno a nosotros. Quiero decir, si se tratara de los bebés, yo también formaría parte de la conversación, ¿no?

Esta vez son Polly y Elle las que intercambian una mirada. Me estremezco por dentro. ¿Será que el doctor Grigory intenta convencer a Uri para que me convenza de dar a luz a los bebés de inmediato? Porque, si es así, estoy dispuesta a ir a la batalla una vez más para defender lo que sé que es la decisión correcta.

Polly se aclara la garganta y se sienta en la silla junto a mi cama. —Estás muy guapa.

—Gracias —digo con una sonrisa tensa—. ¿Cómo se ve la capilla?

—Oh, te va a encantar. Se ve tan...

¡La puerta de la habitación se abre de golpe!

Me pongo las manos en la barriga para protegerme cuando se abre la puerta y aparece Uri. Las tres nos volvemos hacia él con los ojos muy abiertos.

—¡Maldita sea, Uri! —Polly se lleva la mano al corazón—. ¿Qué demonios te pasa?

No se molesta en responder. Sus ojos están fijos en mí y la oscuridad que hay en ellos es escalofriante. *Algo va muy mal.* Me mira como cuando me tenía cautiva. Me mira como si fuera una extraña. Un demonio. Un ladrón colgado de su valla.

Chasquea los dedos hacia Polly y Elle. —¡Fuera de aquí! —dice con una voz tajante—. ¡Ahora!

Elle se vuelve hacia mí, con la inquietud dibujada en el rostro. —Alyssa...

—Vete, Elle —digo con firmeza—. No pasa nada.

Duda un momento, pero Polly la toma de la mano y la saca de la habitación. Uri se pasea delante de mi cama, pero en cuanto nos quedamos solos se detiene. Me mira con tanta rabia, como si mirarme le apuñalara el corazón.

—Uri, me estás asustando —digo, con la voz a punto de quebrase—. ¿Qué está pasando?

—¿Qué tal si *tú* me lo cuentas? — me grita.

—¿Cómo puedo decirte algo si no tengo ni idea de qué demonios está pasando? ¿Polly dijo que el Dr. Grigory te apartó para decirte algo? ¿Qué te dijo?

—La verdad.

Cada palabra que me lanza parece una daga que vuela directo hacia mí. —¿La verdad? —repito con impotencia—. ¿Qué verdad?

—Es lo que quiero de ti ahora mismo.

—Uri...

—¿Quién es el padre de esos bebés?

Cierro la boca. Tardo un rato en procesar lo que me está preguntando. Porque no puede estar hablando de *mis* bebés, ¿verdad? No puede estar hablando de los bebés que estoy esperando.

—¿*Qué* bebés?

Sus ojos brillan de ira. — Dios mío —señala mi barriga—. Esos.

¿Dónde está toda la suavidad, la protección, el afecto que siempre ha acompañado a cualquier mención de nuestros hijos? Me habla como si no me conociera. Habla de nuestros hijos como si no fueran suyos.

—Uri, no sé lo que dijo el Dr. Grigory pero...

—Te hizo pruebas —responde—. Para comprobar el tipo de sangre de los bebés.

—Sí, sí lo hizo.

Asiente, furioso. —Llegaron los resultados de esas pruebas. Esos bebés no son míos. Comprendes lo que te digo. Ellos. No son. *Míos*.

Lo miro en silencio durante un momento. Entonces, una burbuja de risa se escapa entre mis labios. Tiene que ser una broma de mal gusto, ¿no?

—¿De qué mierda te ríes?

La risa se me acaba abruptamente. —Dios mío —respiro mientras mis ojos se abren de par en par—. ¿De verdad lo crees?

Su ceño fruncido me hace estremecer. Al mismo tiempo, una aguda punzada de dolor me sube por el vientre y luego me baja por la columna vertebral como un rayo que me atraviesa.

—Los resultados de las pruebas son concluyentes, Alyssa —me encara— Innegables. Lo que solo deja una pregunta, ¿cuánto tiempo llevas follándote a mi hermano?

Ahora, además de los dolores de mi cuerpo, también se agrega un punzante dolor de cabeza. —Uri, *no tengo ni idea* de lo que estás hablando —menos mal que sigo sentada, porque si no, correría peligro de caerme y hacer daño a los bebés.

—Deja de mentir, Alyssa. La verdad ha salido a la luz. Siempre lo sospeché.

—¿Sospechar *qué*? —exijo—. ¿Nikolai y yo? ¡¿Estás loco?!

—¿Así que lo niegas?

—¡Claro que lo niego! No es verdad. Eres el único hombre con el que estuve en... bueno, en *años*. ¡No hubo nadie más!

Sin embargo, no escucha ninguna de mis palabras. —¿De eso se reían Nikolai y tú cada vez que entraba en la habitación? —su rostro es tan enérgico e implacable como un trueno. Todo lo que quiero hacer es encogerme ante su mirada asesina—. Riéndose del cornudo inconsciente tan tonto como para confiar en ustedes.

Agacho la cabeza para ocultar mis lágrimas. —Por favor, escúchame, Uri —le ruego—. Tienes que calmarte.

Lo que realmente quiero decir es que *necesito calmarme*. Toda la maldita situación tiene que calmarse. De lo contrario, estoy bastante segura de que mi ansiedad se disparará y me empujará directamente a la cesárea de emergencia que estoy desesperada por evitar.

—¿Que me calme? —grita, acercándose a mí. La que quiere gritar soy yo. *¡No! No, por favor.* Pero las palabras ni siquiera salen de mis labios antes de que su mano me rodee la garganta. No ejerce presión, no me hace daño. Pero el gesto sí. La emoción que hay detrás es todo. —¿Cómo me calmaré si te has estado follando a mi hermano a mis espaldas desde el principio?

Intento negar con la cabeza, pero su mano me impide moverme. —No es verdad —consigo susurrar temblorosamente—. Pregúntale a Nikolai.

Sus labios se tensan en una fina línea. Sus ojos se oscurecen y por fin me suelta. —Créeme, eso es exactamente lo que haré.

Una nueva oleada de dolor me recorre el cuerpo. Pero está tan enfadado que ni siquiera se da cuenta.

O quizá ya no le importa.

—Entonces, ¡vete! —grito mientras el pánico empieza a apoderarse de mí—. Haz tu berrinche en otra parte porque ya no hablaré más contigo —alzo los ojos hacia los suyos—. Estos bebés son *tuyos*. Y, si decides no creerme, entonces no me interesa estar cerca de ti. Ahora, vete, antes de que haga que te echen.

Sus ojos se abren de par en par, pero la furia no los abandona. Se da la vuelta y sale de la habitación, y me preparo para el segundo portazo.

Pero nunca llega. Porque, antes de que la puerta se cierre de golpe, Elle y Polly entran corriendo, ambas con idénticas máscaras de preocupación y confusión.

—¿Qué está pasando? —pregunta Elle.

Polly me agarra la mano. —¿Estás bien?

Sacudo la cabeza, intentando respirar entre el dolor y el miedo. Siento el pecho pesado. También el estómago. —Quítenme este vestido —jadeo—. *¡Quítenmelo!*

Empiezo a arañar las ataduras del corsé mientras Elle intenta agarrarme las manos. —Lys, escúchame, no pasa nada. Tranquilízate. Todo irá bien.

¿Cómo puedo explicarle que está equivocada? Hace unos minutos pisaba tierra firme. Ahora, las arenas movedizas me están enterrando viva.

—No puedo respirar —me ahogo, desesperada—. No puedo respirar.

ALYSSA

Jalo el vestido y la tela se rasga.

El vestido se rompe por un costado. Ni siquiera me atrevo a llorar su pérdida mientras me lo saco de encima. No quiero que la tela toque mi piel. Quiero que desaparezca.

Soy una idiota. ¿En qué estaba pensando? ¿Una bonita ceremonia? ¿Una boda a último minuto? ¿El marido de mis sueños? Eran solo pequeños y tontos productos de mi imaginación. Un estúpido cuento de hadas al que me aferré porque estaba sola y asustada.

¿Quién demonios me creería que merecía un final feliz?

—¡Quítamelo!

—¡Vale, vale! —grita Elle, apartando el último trozo del vestido de mi cuerpo—. Ya está. ¿Lo ves? —levanta la fina seda y luego la tira en la silla junto a mi cama—. Respira hondo.

—Lo intento —jadeo, dando la espalda tanto a Polly como a Elle y enterrando la cara entre las manos—. Juro que lo intento.

No soporto la forma en que me miran. Como si fuera una especie de caso de caridad. No. Peor. Una amante despechada.

Uri me dejó plantada en el altar. Y Embarazada, nada menos.

Después de la conversación con mis padres, me sentía muy bien. Fue como empezar de cero. Cuando colgué, pude decirme a mí misma que por fin estaba madurando, dejando atrás mi pasado y siguiendo adelante con mi vida. Sentí que estaba en buen camino para sanar mis heridas.

¿Y ahora?

Nada de eso es cierto.

Qué frágiles somos. Qué fácilmente se rompe todo. La diferencia entre la felicidad y la desesperación es tan simple e instantánea como una llamada telefónica. Un diagnóstico. Unas palabras enfadadas y un par de ojos azules ardiendo de rabia.

—Oye —dice Elle, acercándose a mí desde un lado, como si fuera un animal atrapado al que teme asustar—. Estás temblando, cariño. Vamos a taparte, ¿vale?

Miro hacia abajo y descubro que tiene razón. Tengo la piel de gallina y los pelos de punta. Pero no tiene nada que ver con la temperatura de la habitación.

Aun así, no la detengo cuando se aventura a acercarse con mi sudadera en una mano y una camiseta en la otra. Ella y Polly me ayudan a ponerme la ropa y, cuando acaban, parece que pasó una hora. Quizá más. Miro hacia mi vestido de novia desgarrado y me muerdo la lengua hasta saborear sangre.

—Siéntate, cariño —dice Elle suavemente—. Por favor. Parces un alma en pena.

Sus palabras son más que adecuadas. Yo también me siento bastante muerta por dentro.

Solo tiene que empujarme suavemente y vuelvo a caer en la cama. No digo nada mientras me cubre con una manta. —Alyssa, di algo. Pareces...

Se detiene y esa última palabra no dicha queda suspendida en el espacio que nos separa. *¿Horrible? ¿Triste? ¿Perdida? ¿Sin esperanza? ¿Patética?* Ni siquiera importa. Todas son válidas. Solo deben elegir la que les guste más.

—Lys —la voz de Polly es suave cuando se acerca a un lado de mi cama y me toma de la mano —. No sé qué pasa con Uri, pero tiene que ser un malentendido. No tiene que ser, *es un mal entendido*.

Sacudo la cabeza. Mis ojos flotan hacia los suyos, pero en realidad no estoy mirando nada, o, si lo estoy, mi cerebro no se molesta en descifrarlo. Solo veo formas con contornos difusos. Planos de color indistinto que se suman a algo vagamente con forma de Polly. —No confía en mí.

—¡Pues vaya mierda! —dice Polly, con toda esa angustia adolescente que a veces pienso que aún no he superado—. Voy a hablar con él.

—No —protesto débilmente, pero Polly ya se dirige furiosa hacia la puerta.

—Pol...

—Ya se ha ido —dice Elle, tomándome la mano—. Alyssa, ¿qué *pasó*?

Intento centrarme en Elle pero es más de lo mismo. No es mi amiga la que me mira. Solo es un montón de reflejos de color piel, que se mueven en conjunto. —No lo sé.

Parpadea y se mueve demasiado, así que sé que está preocupada. —Alyssa, cariño, no te ves muy bien.

Ojalá tuviera energía para sonreír. —Me siento... rara.

—¿Te duele algo?

Me duele demasiado. Pero todo eso está en mi corazón, y estoy bastante segura de que habla de mi embarazo. Los bebés. Intento concentrarme en mi cuerpo físico, pero se produce una extraña desconexión que nunca antes había experimentado. Cuando me concentro al máximo, siento leves rastros de esa familiar punzada en el estómago y en la columna vertebral.

Hago una mueca de dolor y Elle abre mucho los ojos. —Vale, ya está. Iré a buscar a una enfermera.

Antes de que pueda discutir, hace lo mismo que Polly y desaparece. Sale corriendo de la habitación como si yo estuviera en peligro inminente. Eso parece, pero, en lo que respecta a la medicina, los asuntos del corazón no son un buen argumento.

Cuanto más tiempo estoy allí, más agudo se vuelve el dolor. Y cuando llega Grigory con una enfermera, siento alivio. La enfermera no me resulta familiar. Tiene los ojos castaño oscuro y el pelo negro azabache. También tiene un aro en la nariz que apreciaría mucho más si no fuera por el dolor punzante que empieza a apretarme a ambos lados del estómago.

—Alyssa, ¿estás bien? ¿Qué es lo que sientes?

Hago una mueca. El dolor toma mi voz como rehén. Por suerte, Elle está ahí, lista para hablar por mí. —Ella... Uri estuvo aquí hace unos minutos. Creo que se pelearon. Tuvieron una pequeña confrontación... —*¿La tuve? ¿Así es como lo llamaremos?*—. Y luego se puso muy pálida y callada. Algo no está bien.

—Vale —dice el Dr. Grigory, muy serio—. Comprobemos sus constantes vitales. Podríamos estar viendo los primeros signos de sufrimiento fetal.

No.

Quería desesperadamente dar a mis dos bebés la mejor oportunidad de sobrevivir. Añádelo a la larga lista de cosas en las que fracasé incluso antes de empezar.

Matrimonio.

Embarazo.

Maternidad.

Fracaso, fracaso, fracaso.

Elle me toma de la mano y la sujeta con fuerza mientras el Dr. Grigory y su enfermera me conectan a las máquinas, miden esto, comprueban lo otro. Parece eterno. Y entonces...

El Dr. Grigory se vuelve hacia mí. ¿Cómo no me di cuenta antes de lo arenosos que son sus ojos? *Ojos de arena movediza, arrastrándome hacia abajo...* —Bien, necesitaremos realizar una cesárea de emergencia. Estos bebés tienen que nacer de inmediato —se gira hacia su enfermera —. Prepárela para la cirugía.

Elle mira entre el médico y yo, impotente. —No. ¡Espera! El padre...

La puerta de mi habitación se abre de golpe y entran unas cuantas enfermeras más, empujando una camilla entre ellas.

—El padre no vendrá, Elle —le digo en voz tan baja que es un milagro que pueda oírme—. A Uri ya no le interesa nada de esto. Estoy sola.

El rostro de Elle ondea con determinación. —No, no lo harás. Estaré contigo. No me iré de tu lado.

—Me temo que tendrás que hacerlo —dice amablemente el Dr. Grigory—. Nadie puede entrar en el quirófano excepto el personal médico.

—¿No puedes hacer una excepción? —Elle le suplica—. Ella me necesita.

—Me temo que no —insiste el Dr. Grigory mientras me trasladan a una camilla.

Agarro la mano de Elle y la aprieto todo lo que puedo. —No pasa nada —le digo—. Estaré bien. Puedo hacerlo.

No parece segura de sí misma. Parece blanca como un fantasma, e inquieta. —Alyssa...

—Esto es por mis bebés —la energía se me acaba a cada segundo, y se nota porque me cuesta hablar—. Puedo hacer esto... por ellos.

Una lágrima resbala por su mejilla. —¿Y Uri?

Sé lo que me está preguntando y la verdad es que no lo sé. No sé si decirle que lo necesito es lo correcto, o si mandarlo a la mierda para siempre es mejor. Estoy demasiado emocionada y sufro demasiado para decidir lo que realmente quiero o por qué lo quiero. Y eso suponiendo que al universo le importe un bledo si quiero o no lo que viene. Puede que me lo imponga de todos modos.

No dejo de mirar a Elle. —Estaré bien —le prometo mientras me sacan de la habitación.

Recuesto la cabeza contra la almohada y no aparto la vista del techo en movimiento. No, espera. El techo no se mueve, *yo* me muevo. Oigo pitidos a lo lejos, voces que se alzan con urgencia, el penetrante olor a cloro y a agua sucia estancada. Es el mismo olor que invadía mis fosas nasales cada vez que entraba en el hospital con Ziva. Todavía la recuerdo, inclinándose hacia mí con una sonrisa secreta y macabra y susurrándome al oído *es la única forma de disimular el olor a podrido que llevo dentro.*

No.

Me niego a pensar más en la muerte. No habrá más muerte, ni más pérdidas. Puede que me adelante meses, pero mis bebés sobrevivirán. Los mantendré vivos a los dos con la pura fuerza de mi voluntad.

No pude salvar a Ziva.

Pero a ellos los salvaré.

Las puertas se abren de golpe detrás de mí y siento cómo la luz me ciega. *¿Por qué demonios hay tanta luz?*

¿Y frío?

Cuando mis ojos se adaptan, me doy cuenta de que me están subiendo a algo. Miro a mi alrededor, asustada, tratando de encontrar una cara conocida.

—¿Dónde está el Dr. Grigory? —le pregunto a una enfermera.

—Va adelante.

Me vuelvo hacia la enfermera que acaba de hablar. Es la que vi antes, la de los ojos oscuros, el pelo negro azabache y el aro en la nariz. —¿Va adelante? —pregunto, confundida—. ¿Pensé que me iba a llevar al quirófano? Mis bebés...

—No te preocupes —responde con una sonrisa que carece del carisma de una *enfermera*. —Tus bebés están bien. Y no darás a luz. No todavía.

Los latidos de mi corazón parecen ir al ritmo de un canto fúnebre. Lento, palpitante, confuso. Intento levantarme, pero la enfermera de pelo negro me empuja bruscamente y me agarra la mano derecha. Me la ata a la camilla con una correa de cuero, mientras otra enfermera hace lo mismo con mi mano izquierda.

Aunque «enfermera» quizá no sea el término adecuado para estas personas, me doy cuenta ahora.

—¿Qué está pasando? —exijo en un tono débil—. ¿A dónde me llevan?

La pseudo enfermera de pelo negro me hace un guiño altanero que me revuelve el estómago. —Quiero decirte que te llevaremos a un lugar seguro, pero... mentiría.

Golpea con la palma de la mano el techo del vehículo en el que viajamos y, de repente, nos alejamos del hospital.

Lejos de Uri.

Lejos de la seguridad.

Dios sabe dónde iremos a parar.

URI

Irrumpo por las puertas de la capilla, intentando canalizar toda mi rabia y dolor en algo útil.

Como matar a mi puto hermano.

Está de pie a pocos metros de la torta que debía cortar con mi futura esposa y charlando con el sacerdote que debía casarnos. Se ríe de algo y en su cara se dibujan líneas de expresión.

Dimiv está en un rincón con Lev, que sigue desconectado del mundo con sus auriculares con cancelación de ruido. No hay nadie más en la capilla. Pero, incluso si lo hubiera, no me importaría. Un público no va a impedir lo que está a punto de suceder.

—¿Uri? —dice Nikolai, rompiendo su conversación con el sacerdote—. Nos preguntábamos dónde...

Se detiene al ver mi expresión. Empiezo a dar zancadas hacia él, con pasos de verdugo. El sacerdote es lo bastante listo como para retroceder cuando me acerco.

Nikolai frunce el ceño. Sus arrugas de la risa desaparecen y son sustituidas por surcos de miedo que le cruzan la frente. —¿Uri...?

Le doy un puñetazo en la cara antes de que pueda pronunciar otra palabra. Un golpe y cae al suelo, con la nariz rota y ensangrentada. Se toca la sangre con incredulidad y me mira. —¿Qué *mierda* te pasa?

—Puto traidor —siseo mientras continúo abalanzándome.

Retrocede, negándose a contraatacar. Incluso cuando consigue volver a ponerse en pie, me bloquea en lugar de devolver los golpes. —Por el amor de Dios, Uri —jadea—. ¡Para!

Solo avanzo con determinación. No me interesa si se defiende o no, solo lo quiero matar. No me detendré al menos que esta puta rabia deje de apoderarse de mí. Agarro a Niko por las solapas y empiezo a golpearlo en el estómago, una y otra vez. Por el rabillo del ojo, veo al sacerdote huir de la capilla aterrorizado, con su traje de ceremonia ondeando al viento.

—*¡Basta!*

Esta vez no habla Nikolai, sino Polina. Solo al oír su voz suelto a Niko.

Nikolai escupe más sangre y el fragmento de un diente mientras Polly salta entre los dos,

intentando separarnos. —¡No puedo creer lo que acabas de hacer! —grita, dirigiéndome una reprochadora mirada—. ¿Por qué estás siendo un *Imbécil*?

Nunca vi a Polly tan enfadada. O, peor aún, tan decepcionada. Me tranquiliza lo suficiente como para abrir los puños.

Pero no lo suficiente para hacerme olvidar la traición de mi propio hermano.

Nikolai me mira fijamente, con sangre fresca cubriéndole la mitad inferior de la cara. —¿Cuál es tu maldito problema, Uri?

Entrecierro los ojos. —¿Crees que puedes follarte a mi prometida, dejarla embarazada y luego *mentirme* sobre ello?

Nikolai se queda boquiabierto. Ni siquiera puedo asimilar las reacciones de Polly o Dimiv, porque mis ojos están fijos en él.

—No me mientas, Nikolai. Lo *sé*. Ahora sé la verdad.

—Dios mío —jadea—. Lo dices en serio.

—Acabo de enterarme.

—¿*Quién* te dijo toda esa mierda? —pregunta, incrédulo. Cuando agita las manos, gotas de sangre salpican toda la habitación. Las rosas blancas se estremecen mientras llueve sangre carmesí sobre—. Porque quien te haya dicho esa mierda es un *mentiroso*.

Hay tanta indignación, tanta conmoción, tanta indignación en sus ojos y en su voz que me asalta la duda. Mirándolo ahora, parece imposible. Es *Nikolai*. Puede que nos hayamos enfrentado algunas veces en el pasado, pero somos hermanos. Es parte del trato.

Y sin embargo... pienso en todas esas peleas que gané porque yo era el *pahkan*. Pienso en todas las veces que Nikolai se vio obligado a morderse la lengua porque *yo era la cabeza de la familia*. Porque *mi cabeza* llevaba la corona. Pienso en cuando alguien tenía que tomar las riendas y él era empujado a un lado mientras yo me hacía cargo.

—¿Esto es una venganza? —frunzo el ceño.

Nikolai abre mucho los ojos. —¿Venganza por *qué*?

—Saquemos toda esta mierda a la luz, ¿de acuerdo? Pasaron casi ocho años y nunca tuvimos una verdadera conversación al respecto. Tú eres el hermano mayor, pero yo acabé siendo el *pahkan* y siempre has estado resentido conmigo por ello.

Sus ojos vuelven a brillar. —Espera, a ver si lo entiendo. ¿Crees que me acosté con tu mujer como venganza por quitarme la oportunidad de ser el *Pakhan*?

Polly abre la boca para decir algo, pero Dimiv la agarra del brazo y niega con la cabeza. Se queda callada mientras Nikolai coge una de las servilletas de tela de la mesa y se limpia la sangre de la cara.

Al limpiarse, es más lo que se ensucia que lo que se limpia. Pero así es la vida hoy en día, intentamos limpiar, hacer que las cosas funcionen, y la mierda se vuelve cada vez más sucia y

sangrienta. En realidad, es un poco exagerado en cuanto a metáforas.

Suelta la servilleta con disgusto y vuelve a mirarme. —¿Quieres tener esta conversación aquí y ahora? *De acuerdo.* Hubo un tiempo en que estuve enfadado y amargado por ello. Pero, en cuanto dejé de lado mi ego, pude ver que tú eras la elección correcta para *pahkan* y yo no. Podría haberte desafiado, podría haber pedido una votación. No hice ni lo uno ni lo otro. Te dejé tomar el control porque eras más adecuado para el papel que yo —escupe más sangre y frunce el ceño —. Cuando perdimos a nuestra madre y a otets, me derrumbé y tú disté un paso al frente. Sí, *estaba* amargado y enfadado. Pero estaba enfadado *conmigo mismo*.

Su explicación es mucho más sincera de lo que esperaría de un hombre capaz de follarse a la mujer de su hermano. Y esa pequeña semilla de duda en el fondo de mi cabeza empieza a crecer. Echa raíces, lanza enredaderas que se abren camino a través de mí.

—No te equivoques —continúa Nikolai, enfadado—. Creo que eres un astuto, vanidoso y arrogante pedazo de mierda que no escucha ni valora las opiniones de los demás. Pero creo que eres el *pahkan perfecto* para esta Bratva. Y jamás se me ocurriría desafiarte por tener el poder, ni envidiarte por que tú lo ejerces.

Permanezco en silencio. Por el rabillo del ojo, una de las rosas blancas cae, lastrada por la sangre de mi hermano.

Da un paso adelante y me clava el dedo en el pecho. —Así que *no*, no me acosté con Alyssa. Ni nunca haría algo así. Solo somos *amigos.* Es lo que siempre fuimos y eso no cambiará. A menos que decidas ser un imbécil por cualquier astilla que te haya caído hoy en el hombro.

Dimiv da un paso adelante. —Primo —intercede con suavidad— ¿qué te metió esta idea en la cabeza?

Mis ojos se desvían hacia él. —Grigory me lo dijo.

Nikolai se resiste. —*¡¿Grigory* te dijo que yo era el padre de los bebés de Alyssa?!

—Me dijo que los análisis de ADN y de sangre que les hicieron a los bebés sugieren que yo no soy su padre, pero que el padre está estrechamente relacionado.

Los ojos de Nikolai se desvían hacia Dimiv. —No lo entiendo... Grigory lleva décadas trabajando para la Bratva Bugrov. ¿Por qué mentiría sobre algo así?

La duda se extiende como una mala hierba. Esas enredaderas se extienden y pinchan cada parte vulnerable de mi cerebro. Si Nikolai tiene razón y Grigory miente...

—Joder. Alyssa —murmuro mientras salgo volando de la capilla.

Corro por el pasillo hacia la habitación de Alyssa cuando veo que Elle viene por el pasillo desde el otro extremo. *Si está aquí... ¿quién está con Alyssa?*

Se detiene cuando me ve. Entonces, sus ojos se entrecierran y me habla con ira. —¿Qué demonios te pasa? —me grita—. ¿Dejas a tu novia dando a luz y desapareces cuando más te necesita?

Polly, Dimiv y Nikolai vienen justo detrás de mí. Polly agarra el brazo de Elle. —¿Está dando a

luz?

—¡Se la llevaron hace como diez minutos! —exclama Elle. Hace una pequeña pausa cuando sus ojos se posan en la cara ensangrentada de Nikolai—. Pregunté si podía entrar con ella, pero el médico se negó.

—¿Qué médico?

Ella frunce el ceño. —¿Qué quieres decir con qué médico? *Su médico*. El médico de Alyssa. Gregory, o como quiera que se llame.

—*Mierda* —gruño pasándome una mano por el pelo—. Puta mierda. ¿Por dónde se la llevaron?

Su ceño se frunce aún más. —Por ahí, creo —dice, señalando unas puertas—. Tenía dolores. La llevaban a uno de los quirófanos para dar a luz a los gemelos.

No lo dudo. Corro directamente a través de esas puertas, ignorando el cartel que dice *Acceso exclusivo para personal médico* y a cualquiera que se atreva a preguntarme qué hago aquí. Estoy a punto de entrar hasta en la última habitación que encuentro cuando veo salir de una de ellas a un médico vestido con una bata celeste.

Lo agarro por los hombros. —Mi prometida está dando a luz ahora mismo. Cesárea de emergencia. Necesito encontrarla.

—Señor, no se supone que...

—*¡Ahora!* —le ordeno, desafiante.

Algo en mi tono debe llegarle, porque suspira y frunce los labios con desagrado. —Si puedes volver a la sala de espera, averiguaré dónde está y...

—No me iré de aquí hasta que sepa dónde está. Así que puedes ayudarme ahora o voy irrumpiré en cada maldita habitación hasta que la encuentre. El Dr. Grigory Tasarov es el que atiende el parto.

La expresión del médico palidece. —Sígame —me lleva a la sala de enfermeras y le pide a la mujer detrás del mostrador que compruebe todas las operaciones que se están realizando en este momento y con qué médicos. Luego, se inclina sobre el hombro de la enfermera y lee la pantalla. Cuando se endereza, aprieta aún más los labios. Una fina línea de sombría consternación—. El Dr. Tasarov no está utilizando ninguno de los quirófanos. De hecho, ahora mismo no hay ninguna cesárea de urgencia.

—¿Estás seguro?

Asiente. —Completamente seguro.

—Entonces necesito su número de localizador. Ahora.

El médico frunce el ceño. —Lo siento, pero solo puedo dar esa información al personal del hospital. Puedo darle su teléfono móvil...

—No —le grito. Mi desesperación aumenta cada vez más—. Habrá apagado el teléfono. O lo habrá destruido. Necesito su número de localizador para poder rastrearlo.

—Lo siento, señor, pero...

Me inclino sobre el mostrador, sacando mi pistola. —Tiene a mi *mujer* —le recalco furioso—. La secuestró a ella y a mis hijos nonatos. Y, si no me da el número de su localizador ahora mismo, la bala que le pondré entre sus cejas será el menor de los problemas que traeré a su puerta.

La cara del doctor se agita con preocupación mientras mira a la enfermera que atiende el mostrador. Al menos, la enfermera tiene la sensatez de asentir con la cabeza en señal de colaboración. Suspira. Toma un papel, garabatea el número que me interesa y me lo entrega.

—Este número no se lo he dado yo, por favor.

Se lo quito de las manos. —¡Gracias! —me doy vuelta y salgo corriendo. Nikolai y Dimiv me esperan en la puerta.

—¿Y bien? —pregunta Nikolai.

Polly y Elle aparecen por el lateral. Van tomadas de la mano. Polly está pálida y Elle no deja de moverse desesperada.

—Fue Grigory —siseo—. Mintió.

Dimiv alza las cejas. —¿Por qué haría eso?

—Para causar una grieta. Para aislar a Alyssa. Para sacarla de este hospital y alejarla de mi protección.

Los tres nos miramos mientras las piezas del rompecabezas empiezan a encajar. Grigory es solo un peón. El verdadero cerebro detrás de esto está ahí fuera, vagando libre. Todos decimos la misma palabra al unísono, la única explicación posible.

—Sobakin.

ALYSSA

No estoy segura de cuándo me quedé dormida, pero realmente tengo que despertar. Ziva me necesita.

Ha estado vomitando toda la noche. Se le ha empezado a caer el pelo a mechones y su estado de ánimo es maníaco. No ayuda que mamá siga negando su diagnóstico y que papá insista en obligarla a ver a nuevos especialistas, una y otra y otra vez.

Soy la única que entiende lo que necesita, que la traten como a una *persona*. No un paciente. Una persona.

Alyssa, ¿dónde estás?

¡Estoy aquí! Intento llamarla, pero no tengo voz. Tampoco puedo abrir los ojos.

¿Qué es esto? ¿Qué está pasando?

Es mi peor pesadilla, eso es lo que es. Estoy catatónica cuando mis seres queridos más me necesitan. Aunque no me quedan muchos de esos seres queridos. Todo mi mundo se ha reducido a dos. Ziva y Elle.

Elle fue aceptada temprano en Wellesley, así que se irá pronto. Y Ziva... está enferma.

No es el tipo de enfermedad que puedes superar caminando. No el tipo de enfermedad de la que puedes dormir. El tipo de enfermedad que te acompaña cuando caminas, hablas y respiras. El tipo de enfermedad que crece cuanto más tiempo permanece en tu cuerpo. Echa raíces y no puedes arrancarla por mucho que lo intentes.

Estoy aquí, Ziva. Nunca te dejaré. Y no voy a dejarte morir.

Ya le he hecho esa promesa innumerables veces. La última vez que se lo dije, me dijo que dejara de hacer promesas que no podía cumplir.

Esto no depende de ti, Lys. No depende de nadie.

Pero ella no lo entiende. *Son* las personas que te rodean las que te sostienen cuando ya no tienes fuerzas. ¿No es ese el objetivo de la familia? Y sin Ziva, no tengo familia en absoluto.

Vamos, lo haré yo misma. *Levántate. Levántate de una puta vez. ¡Ziva te necesita!*

Siento un extraño pitido en el oído izquierdo. Me sube una sensación punzante por el brazo izquierdo. ¿Alguien me está tocando? ¿Está Ziva aquí y no he podido abrir los ojos lo suficiente para darme cuenta?

¿Ziva?

No. No puede ser Ziva. No suele ser tan brusca. Y no duele tanto cuando está cerca de mí. ¿Por qué duele? Hay punzadas agudas corriendo por mi columna vertebral. Y por mi estómago. Y ahora por el brazo.

¿Qué es eso?

—Sus constantes vitales son estables —informa una voz grave sin emoción—. El ritmo cardíaco de los bebés también se ha normalizado. Podemos dejarlos ahí.

Otra voz serpentea por mi subconsciente. Inquietantemente familiar y, sin embargo, lo bastante extraña como para erizarme la piel—. ¿Por qué querríamos hacer eso? No sirve a mi propósito. Llámame cuando estés lista para inducir.

Entonces, oigo pasos que se alejan.

¿«Vitales»? ¿«Bebés»? ¿«Inducir»?

Algo va muy mal. Si consigo abrir los ojos, quizá las cosas se aclaren. Intento alcanzar a Ziva, pero, en cuanto consigo abrir los ojos, su imagen se desintegra. En su lugar, veo a un hombre con bata de médico. Su cara… su pelo… sus facciones...

Lo conozco.

—¿Dr. Grigory?

Se aparta del monitor al que estoy conectada. Tiene los ojos apagados, como si estuviera tan cansado que apenas puede evitar que se le cierren. —Hola, Alyssa.

Respiro y me duele el pecho. Debería haberme quedado abajo, en ese mundo de sueños. Ahora la realidad me golpea con fuerza y me deja aterrada. Asustada. Impotente.

—¿Dónde estoy?

A primera vista, parece una habitación de hospital, pero, cuanto más me acerco, más me doy cuenta de que es más bien una fachada barata. La pintura de las paredes está degastada, las baldosas del suelo se están resquebrajando. La luz roja de una cámara de seguridad situada en el rincón más alejado me mira sin parpadear.

—¿Qué está pasando? —trato hablar más fuerte cuando no responde a mi primera pregunta.

—Lo siento —susurra con resignación—. Tuve que cumplir.

—Yo... no sé qué significa eso.

Intento recordar cómo pasé del hospital a esta mugrienta réplica. Entonces, me doy cuenta.

La pelea con Uri. Mi ansiedad se disparó, el dolor se apoderó de mí cuando Elle corrió hacia los médicos. Las enfermeras entraron en tropel con el Dr. Grigory al frente. Sus ojos. *Ojos* de arena.

El pelo negro de la falsa enfermera. Su guiño.

Oh, Dios.

—Dr. Grigory, ¿qué está pasando?

—Shh —dice—. ¡Baja la voz o volverá aquí!

Doy un respingo. —¿Quién? ¿Quién volverá aquí? —¿La otra voz que oí antes? La voz inquietante pero familiar. *No. No. No puede ser*—. Por favor, tienes que ayudarme. ¡Tienes que sacarme de aquí!

Los ojos muertos de Grigory se desvían hacia mí por un momento. —Me temo que tengo las manos atadas.

Echo un vistazo a los monitores que informan mis constantes vitales. Antes mencionó que las mías eran estables. Que los latidos de los bebés también eran buenos.

—No estaba de parto antes, ¿verdad?

—Tu ritmo cardíaco era elevado. También tu presión sanguínea. Pero no, no estabas de parto.

—¿Los bebés?

—Ambos están bien —exhala agotado mientras se vuelve hacia las pantallas.

—Ya he oído lo que ha dicho esa enfermera —murmuro mientras empiezan a deslizarse lagrimas por un lado de la cara—. Mis bebés no están listos para salir. Es demasiado pronto. No estoy preparada para que me induzcan.

Su expresión imperturbable no cambia mientras repite lo que dijo antes. —Me temo que tengo las manos atadas.

Sacudo la cabeza mientras la presión me vuelve a subir. El pitido del monitor es suficiente para volverme loca. —¿Qué te pasa? Has jurado servir y proteger. Si me entregas a mis bebés ahora, podrían morir.

Se vuelve hacia mí. Ojos de arena movediza, arrastrándonos a él y a mí hacia abajo, hacia abajo, hacia abajo. Es como si mirara a través de mí. —Odio decirlo, Alyssa, pero tus bebés están muertos de todos modos.

Respirar es casi imposible. Cuando el Dr. Grigory se aleja, ni siquiera me molesto en detenerlo. ¿Qué sentido tiene? No está aquí por mí, ni por mis bebés.

Estoy sola.

Otra vez.



LLEVO un rato sola en esta habitación antes de volver a oír pasos. Espero a Grigory, pero es otra persona la que cruza la puerta. No puedo decir que me sorprenda. Tuve más o menos la última

hora para rumiar las distintas posibilidades que me trajeron hasta aquí. Y solo un nombre seguía apareciendo una y otra vez.

—Boris.

—¿Cómoda? —pregunta el hombre con una mirada distraída.

—¿Es una pregunta trampa?

Sonríe satisfecho. —Debo decir que incluso pálida y embarazada eres muy atractiva.

—Vete a la mierda.

Se ríe entre dientes y se peina el bigote con dos dedos. —Todavía luchadora, también. Me gusta eso en una mujer.

—¿Qué piensas hacer conmigo?

Se tumba en mi cama. Me alejo para que ninguna parte de mí corra peligro de entrar en contacto con él. —Si de verdad quieres saberlo... pienso esperar a que des a luz, destripar a tus bebés delante de Uri y matarte justo después.

La bilis sube a mi garganta de solo pensarlo. —¿Qué clase de hombre eres?

Se inclina tanto que puedo oler el atún rancio y el vodka fuerte en su aliento. —El tipo de hombre que no olvida un desaire. Me aseguraré de que Uri Bugrov sepa exactamente con quién está tratando.

—¿Me matarás? ¿Matarás a dos recién nacidos indefensos en nombre de la *venganza*?

Sonríe sombríamente. —Eso es exactamente lo que planeo hacer.

—Eres un monstruo.

Se endereza de la cama y se gira para mirarme. —No te preocupes, mataré a los bebés rápido. Pero tú... —avanza e intenta tocarme la mejilla. Me aparto violentamente de él y se echa atrás riendo—. Tendré que ir despacio. Quiero asegurarme de que estés al borde de la muerte cuando te encuentre.

—¡Te matará por esto! —grito a la espalda de Boris—. ¡Te *matará*, puto bastardo enfermo!

Boris se ríe más fuerte. —Oh, estará muerto mucho antes de tener la oportunidad.

Me cierra la puerta en las narices y me quedo tumbada en el sitio, temblando de miedo y pánico. —No te preocupes —balbuceo, desesperada, mientras me llevo las manos al estómago, con las muñecas todavía en carne viva y ardiendo por haberme esposado a la camilla—. Te mantendré a salvo. Los mantendré a salvo a los dos.

No es Ziva la que me necesita. Son mis hijos.

Pero igual que antes, igual que con mi hermana...

Estoy haciendo promesas que no puedo cumplir.

ALYSSA

Tres palabras me hacen despertar y volver del aturdimiento provocado por los fármacos. —Prepara el Pitocin.

Ni siquiera puedo defenderme porque mis brazos y piernas están atados a la cama como si fuera un paciente psiquiátrico.

—¿Qué es eso? —grito mientras la enfermera de pelo negro saca una jeringa—. ¿Qué es eso...? Para... No puedes hacer esto... por favor...

Me dedica una sonrisa cruel, acompañada de otro de esos guiños que parecen todavía más crueles. —Esto será mucho más fácil si dejas de forcejear. De lo contrario... —abre el embace que tiene una gran aguja y la coloca en la jeringa, la ensarta en una botellita con un líquido que no sé lo que es y luego la retira, le pega un par de veces y luego aprieta el embolo y veo salir unas gotas—. Podría doler.

—No, no, no... —mis ojos vuelan hacia el imbécil de médico en el que solía confiar—. Dr. Grigory, *por favor.* No lo haga. No induzca el parto. Mis bebés aún no están listos para salir.

No contesta. Ni siquiera me mira mientras se dirige a la puerta. —Avísame cuando empiecen las contracciones —murmura con una voz monótona y apenas audible.

La puerta se le echa encima. —¡Detente! —grito salvajemente—. ¡Maldito hijo de puta! —la zorra de pelo negro me coge del brazo—. ¡No! ¡No! No te dejaré... ¡vete a la mierda!

Me pincha una de las venas del brazo con la aguja y solo puedo ver con horror cómo aprieta el émbolo y el líquido drena en mi sangre. Cuando saca la jeringa, aparece una gota. Solo una pequeña gota de color rojo, que se extiende sobre la piel blanca de mi brazo. Parece tan inocente. Tan débil.

Entonces, llega el dolor.

Mi columna se arquea mientras un calor abrasador recorre cada terminación nerviosa. Siento como si me quemaran viva desde dentro. Lo único que puedo hacer es sacudirme contra las ataduras y gemir.

La enfermera mira, inmutable.

—Cállate —me grita—. No duele tanto —se gira y comienza a marcharse, pero, cuando su

muñeca pasa cerca de donde puedo alcanzarla, intento agarrarla a tientas.

—Por favor —le ruego, agarrando sus dedos húmedos desesperadamente—. Puedo ayudarte. Si me ayudas ahora, yo te ayudaré a cambio.

Ahora parece divertida, con las cejas arqueadas como si le hubiera contado un buen chiste. —¿En serio? ¿Y cómo lo harás?

—Puedo sacarte de este lugar, lejos de esta gente. Nunca más te obligarán a hacer nada que no quieras. Puedo conseguirte lo que quieras. Un trabajo, un lugar donde vivir, una nueva identidad si es lo que necesitas... *lo que sea*.

Frunce los labios y se arrodilla a la altura de mis ojos, con el aro de su nariz reflejando la luz. Sus dedos húmedos se entrelazan ahora con los míos y, cuando empieza a hablar, tardo un segundo en darme cuenta de que la ternura de su voz no se corresponde en absoluto con la violencia de sus palabras. —Cariño... cuando dices que *puedes* conseguirme estas cosas, no estás hablando realmente de ti, ¿verdad?

Me quedo boquiabierta, pero no puedo responder. Algo se acerca. Algo le está pasando a mi cuerpo. Siento como si se me abrieran las entrañas.

¿Es una contracción? ¿O me están matando lentamente?

—¿Importa que no sea yo?

Sonríe y me roza la mejilla con sus suaves dedos. —Me temo que sí. Tu poder viene de un amigo poderoso de tu lado —con una mano me toma la cara agresivamente, me comienza a apretar las mejillas mientras sus uñas se van encarnando en mi piel—. Bueno, ya tengo un amigo poderoso de mi lado. Y quiere que te abramos de un lado a otro y te saquemos las dos ratas que llevas dentro —me suelta la cara y se pone en pie. Desde este ángulo, parece inhumana. Completamente alienígena y sin remordimientos.

Se me retuerce el estómago. Grito.

La enfermera de pelo negro echa un vistazo a los monitores y esboza una fina sonrisa. —Ya falta poco —me dice. Se vuelve hacia alguien a quien no puedo ver y añade—. Diles que han empezado las contracciones.

—*¡No!* ¡Vete a la mierda, maldita *puta bastarda*!

—Vaya —comenta, mirándome con desprecio—. La niña exploradora tiene boca de alcantarilla. Me pregunto cuánto durará cuando te abran.

—¡Anjelika! —la voz de Grigory sale de la nada, más fuerte que nunca—. Puedes ir atrás. El jefe quiere verte —la enfermera me frunce el ceño una vez más antes de salir de la habitación.

Entonces, la puerta se cierra y Grigory se vuelve hacia mí. —Lo siento. No debería ser tan dura contigo.

—Dr. Grigory —le suplico, todavía intentando hacerme la simpática—. *Se lo ruego*. Se lo suplico. Si saca a mis bebés ahora, morirán.

Suspira. —Ya hablamos de esto, Alyssa. No puedo hacer nada. Si desafío a Boris, me matará,

matará a mi mujer y a mis hijos. No tengo nada contra ti. No quiero verte sufrir. Pero, entre mi familia o la tuya... elijo la mía.

Me preparo mientras otra contracción me recorre el cuerpo. Juraría que oigo crujir los huesos y colapsar los órganos. Cuando termina, tengo lágrimas frescas en los ojos.

Quizá sea el dolor lo que aclara las ideas, pero de repente empiezo a entenderlo todo. Es como si la neblina que tapa la realidad comenzara a desvanecerse ante el sufrimiento de las contracciones y toda la verdad quedara expuesta. —Tú fuiste quien ayudó a Boris a escapar —susurro con tercianas recorriendo todo mi cuerpo—. El día que escapó... estabas en casa haciéndome un examen.

No se molesta en negarlo. —Tus contracciones son cada vez más seguidas.

Lo ignoro. *Dime algo que no sepa, imbécil.* —Y en el hospital, fuiste tú quien le dijo a Uri que mis bebés no eran suyos.

—Realmente no pensé que funcionaría. Supuse que tu hombre confiaba plenamente en ti.

Otra contracción me golpea como un tren desbocado. Me aprieto con todas mis fuerzas porque no voy a darles a estos monstruos la satisfacción de oír mis gritos, aunque creo que me romperé la mandíbula de lo difícil que es contenerlos.

—No me hables de confianza —jadeo cuando bajan los espasmos—. Eres idiota si confías en que Boris cumplirá su palabra y los dejará ilesos a ti y a tu familia. En cuanto me quite de en medio, te matará a ti también.

Grigory se encoge de hombros. —Soy útil. Mientras siga siendo útil, me mantendrá vivo.

—¿De verdad quieres vivir toda tu vida con esa soga al cuello? —se mueve sin palabras hasta mis pies y empieza a soltarme las ataduras—. ¿Qué estás haciendo?

Empieza a ponerme las piernas en los estribos. Junto toda la fuerza que me queda y le propino una patada en el pecho. El primer golpe lo pilla por sorpresa y se tambalea hacia atrás, pero no tengo tiempo de asestarle otro antes de que me agarre el tobillo con fuerza con ambas manos y me lo aprisione contra el estribo.

—Solo pones las cosas más difíciles, Alyssa — me dice enojado, repitiendo el mismo proceso con mi otra pierna.

—¿Qué importa? —grito—. Nos matará a mí y a mis bebés de todos modos. Si voy a caer, mejor que sea luchando.

Esas palabras suenan mucho más rudas de lo que parecen. Mientras me aprisionan las piernas, siento que mi espíritu se está rompiendo. Mis hijos aún no han nacido y ya estoy fracasando en la maternidad.

Grigory ajusta los estribos a cada lado y mis piernas se separan contra mi voluntad. —Voy a comprobar la dilatación. Esto puede doler un poco.

—No. Para. *Para*.

No se detiene. Se pone un guante y mete la mano entre mis piernas. Hago una mueca de dolor

cuando empieza otra contracción. Pero ahora son muy fuertes.

—Estás en ocho centímetros. Es casi la hora de empezar a pujar.

¿Pujar?

—¿No me vas a operar?

Sus ojos se encuentran con los míos, sobre mi vientre hinchado. —Si te abrimos, nos arriesgamos a perderte en la mesa. Boris te quiere viva para... después.

No sé por qué, pero siento alivio. Probablemente porque la idea de que este grupo de personas me abra de lado a lado se parece un poco a ser un trozo de carne en una carnicería. Al menos tendré la pequeña dignidad de dar a luz yo misma.

La carnicería vendrá después.

—Voy a ponerte una epidural para el dolor.

—¡No!

Hace una pausa. —¿No?

—Si me van a obligar a tener a mis bebés ahora, quiero recordar cada detalle. Quiero *sentir* cada cosa.

Grigory frunce el ceño. —La epidural no afectará a tu capacidad para recordar esto. Solo te adormecerá para que la experiencia no sea tan dolorosa. Teniendo en cuenta lo que vas a pasar después, si yo fuera tú evitaría tanto dolor como pueda de antemano.

Es una advertencia extraña y aterradora, pronunciada como un consejo médico cualquiera, lo que la hace todavía más escalofriante. Pero, de todos modos, niego con la cabeza. —No. Quiero tener a mis hijos de forma natural. Como dije, quiero sentirlo todo.

Grigory se encoge de hombros. —Tú decides.

Me desplomo contra la almohada. Mi sudor empapa las sábanas hasta pegarse a mi piel desnuda. Durante un rato, lo único que siento es el silbido de mi respiración en los pulmones. Entonces, de la nada, empieza otra contracción con fuerza.

Mientras mi columna vertebral se arquea una vez más y ese dolor que me parte alcanza su punto álgido, mantengo la boca cerrada, incluso cuando es casi imposible no gritar. Puede que este sea el más doloroso de todos. Seguro que lo que Boris me tiene preparado no es nada comparado con esto, ¿verdad?

En algún momento, oigo a Grigory susurrar por la puerta. —Ya casi es la hora.

—Oh, Dios —gimo delirante, mirando al techo. Cierro los ojos y susurro una plegaria.

Dios mío. Por favor, ayúdame. Envíame a Uri. Esto no puede terminar así. No para mí y no para mis bebés. Este no puede ser el final.

Siento más pisadas. Quiero mirar, pero la cabeza me pesa cada vez más.

—¡Mierda! —exclama la enfermera de pelo negro—. Es mucha sangre. ¿Es normal?

—No —la voz de Grigory es baja y urgente—. No, no lo es.

—¿Y bien? ¿Qué hacemos?

—Ve a buscar a Boris. Algo va mal.

URI

Hay un momento de silencio en la otra línea después de darle la ubicación a Dominik.

—¿Estás seguro? —vuelve a preguntar—. Es una casa en medio de la maldita nada.

—En cierto modo, es una genialidad —señalo—. Nadie sospechará la clase de mierda depravada que ocurre en los sótanos de algunas de estas pequeñas y bonitas casas suburbanas. La gente ve hermosos prados y jardines, «vida sana y familiar».

—Puedo estar allí en treinta con refuerzos.

—Trae a todos los hombres que puedas. Esto es todo o nada.

Cuelga y yo me subo al asiento del copiloto mientras Nikolai se pone al volante y Dimiv sube atrás. Nos siguen media docena de coches llenos de hombres armados, pero nada de nuestra situación actual me tranquiliza.

La cagué. No hay manera de superarlo. Me tragué hasta el último bocado de la mierda que me dio ese bastardo de Grigory. Le creí por encima de Alyssa. Confié en él por encima de mi propio hermano. Dejé a mi mujer expuesta y vulnerable. Golpeé la cara de Nikolai hasta dejarlo deformado en una masa de coágulos de sangre.

Si mi padre estuviera aquí, me flagelaría y me lo merecería. Miro por encima del hombro a Dimiv. —Chequea con Stepan. Necesito saber el momento en el que Lev y Polly estén de vuelta en la finca.

—Estoy en ello.

No puedo dejar de pensar en Alyssa y en lo que debe estar pasando ahora mismo. Si ella o uno de esos bebés resulta herido, nunca me lo perdonaré. También podría renunciar como *pahkan* y entregarle el manto a Nikolai. Él se lo merece más que yo, de todos modos.

Le dirijo una mirada. Su forma de conducir es rápida y decidida, a pesar de la costra de sangre que le cierra los ojos y los moretones hinchados que ya se le forman en lo alto de sus pómulos. *Yo le hice* eso. Le *hice* daño sin motivo.

Aparentemente no soy el guardián y protector de mi hermano, sino el potencial asesino.

Idiota.

Maldito *idiota*.

—Todo saldrá bien —dice Nikolai, lanzándome una mirada de preocupación mientras doblamos una esquina—. Llegaremos a tiempo.

Doy un respingo. Ya ni siquiera parece enfadado. De alguna manera, eso es mucho peor. Yo sabría qué hacer con su enfado. Guardarlo para más tarde. Su simpatía, por otro lado, es un completo misterio. —Nikolai...

—No lo hagas —dice con firmeza—. Puedes disculparte conmigo más tarde. Después de que hayas encontrado a Alyssa y arreglado tu mierda con ella.

Suspiro. —Eres mejor hombre que yo.

Nikolai resopla. —Deja de compadecerte de ti mismo. Nunca te has hecho la víctima. No empieces ahora.

—Alyssa está en las garras de Boris por mi culpa. Y nuestra última interacción fue una estúpida pelea en la que la acusé de engañarme y de hacer pasar los bebés de otro hombre por los míos.

Dimiv maldice en voz baja en el asiento trasero, pero Nikolai se limita a mirarme. —Y la recuperarás y harás todo lo que esté en tu poder para compensarla.

—¿Y si no tengo esa oportunidad? —me quejo—. ¿Y si ya no...?

—*¡No!* —dice Nikolai bruscamente—. Eso no pasará… ¿Me oyes? Iremos y la rescataremos, y no lo vuelvas a dudar.

—Claro que sí —coincide Dimiv desde el asiento trasero—. Les cuento que mis engendros acaban de aterrizar. Stepan los tiene asegurados en la finca. La mitad de la familia está bien. Ocupémonos ahora de la otra mitad.

—Bien —miro la ubicación en mi teléfono—. Ya casi llegamos. Siete minutos —Nikolai pisa el acelerador y nos lanzamos por la carretera, más allá de callejones suburbanos sin salida, hacia una sola casa con hectáreas de terreno abierto—. Comprueba con Dominik el tiempo estimado de llegada.

—Tenemos suficientes hombres —dice Nikolai.

—No correré ningún riesgo —le hago un gesto para que baje la velocidad—. Aparca aquí y bajemos. La zona se estrecha después de este punto, y no quiero arriesgarme a que nos vean antes de estar listos.

Nikolai aparca a un lado de la carretera, justo detrás de una zona de vegetación frondosa. Los tres salimos del coche mientras el resto de la caravana hace cola detrás de nosotros y comienzan a salir de los vehículos y preparar sus armas.

Dimiv guarda su teléfono. —Dominik está justo detrás de nosotros. Debería estar aquí en un minuto, más o menos.

—Bien. Dimiv, toma un grupo y explora las cercanías de la casa por la parte posterior. Quiero saber a qué tipo de resistencia nos enfrentamos.

Dimiv asiente y señala a tres tipos. Se escabullen por la carretera, usando los árboles como camuflaje. Mientras tanto, yo cojo los prismáticos del asiento trasero del todoterreno y comienzo a observar la casa que se ve a lo lejos. —Dos tipos en la parte delantera... Eso es todo lo que puedo ver.

Nikolai saca una caja de cigarrillos y empieza a fumar. Cuando ve que lo estoy mirando, me ofrece uno.

Lo descarto con un gesto. —Estoy bien. Hace tiempo que no fumas.

Se encoge de hombros. —Me siento algo... ansioso.

—¿Por qué?

—Este es el mismo bastardo que mató a nuestros padres. Traumó a Lev. Es el hijo de puta que intentó vender a Polly como esclava sexual, intentó violar a Alyssa, y ahora la secuestró por segunda vez —mientras recita la lista de los pecados de Boris, puedo sentir cómo mi sangre hierve—. Ya es hora de que acabemos con este hijo de puta de una vez por todas.

Asiento. —No podría estar más de acuerdo.

—Entonces, ¡al ataque! —Vlad me llama desde el jeep detrás de nosotros.

Dominik llega con dos vehículos llenos de hombres armados hasta los dientes. Se baja del primer vehículo y camina hacia nosotros.

—¿Qué te pasó? —pregunta, alarmado, en cuanto está lo bastante cerca para ver la cara de Nikolai.

Niko se encoge de hombros. —Choqué con una puerta.

—Debió ser una puerta infernal —frunce los labios, pero no pregunta más—. ¿Qué hacemos aquí parados?

—Solo un poco de reconocimiento. Dimiv ya está de vuelta.

Mi primo se acerca. —Hay un coche aparcado a un par de metros. Hay dos hombres dentro. Seguro que hay más soldados en la casa, pero no podríamos asegurarlo. Las ventanas y las cortinas están cerradas.

Asiento y me vuelvo hacia Dominik. —¿Puedes encargarte de los soldados que están afuera de la casa? Eso me dará tiempo para entrar sin que me noten. Necesito hacer esto en silencio y rápido.

Dominik comprueba sus armas mientras escucha. —¿Entonces, entramos sin hacer ruido?

—Si puedes evitar hacer ruido, genial. No quiero arriesgarme a que lastimen a Alyssa. Está en una posición delicada, y cualquier cosa podría comprometerla.

Dominik asiente y hace un gesto a sus hombres para que lo sigan. Le doy un minuto de ventaja y lo seguimos en silencio, ocultos a la vista por la masa de árboles. Pero cuanto más nos acercamos, la arboleda comienza a disminuir. Nos detenemos antes de estar completamente expuestos.

Dominik se gira para mirarme a los ojos. —Puedo intentar eliminarlos desde aquí. Pero existe la

posibilidad de que falle.

Avanzo, pongo el silenciador y apunto. —No te preocupes. Yo me encargo.

Tardo un segundo en conseguir que mi mano deje de temblar, pero, una vez que me centro en el hombre de la izquierda, siento que se apodera de mí una extraña sensación de calma.

Esto es lo que sé. Es para lo que fui criado, entrenado, moldeado.

Y lo que es más importante, nunca ha habido tanto en juego. Toda esta situación, en vez de ponerme nervioso, hace que me concentre. No pondré a Alyssa en más peligro porque no pude controlarme cuando más me necesitaba.

Respiro hondo, abro los dos ojos y disparo. La primera bala alcanza al primer guardia justo en la frente. Mi puntería es perfecta. A partir de ahí, no dudo. Deslizo el arma unos centímetros hacia la derecha y vuelvo a disparar. Apunto también a la frente de este *mudak*, pero le doy en la nariz y le destrozo la cara mientras su sangre salpica como arte abstracto la pared de estuco encalado que tiene detrás.

Nada se mueve. Ni los pájaros, ni las ardillas, ni la cálida noche californiana.

Bajo el arma y me vuelvo triunfante hacia los hombres que tengo detrás. —Todo despejado por este lado.

Dominik me mira con ojos muy abiertos e incrédulos. —Dios.

Nikolai pone los ojos en blanco. —¡Presumido! —murmura, empujándome y alentando a Dominik y sus hombres—. Vamos, tenemos que movernos rápido.

Saludo a Dominik con la cabeza mientras toma a sus hombres y marcha hacia atrás. En silencio, murmuro órdenes a mis tropas. —Nikolai y Dimiv, conmigo. Anton, vigila nuestras espaldas. Ten preparado un vehículo para trasladar a Alyssa rápidamente si es necesario —hago contacto visual con Artem—. Y llama a la Dra. Emily. Dile que esté lista en cualquier momento.

Una vez que nos coordinamos, nos dirigimos rápidamente a la puerta principal. Me aseguro de vigilar las ventanas, pero Dimiv tenía razón. Las cortinas están bien cerradas. No se ve nada.

—¿Derribamos la puerta? —pregunta Dimiv cuando llegamos a la entrada.

—Eso creará ruido —advierte Nikolai.

Hago caso omiso de ambos y agarro el picaporte. Giro y empujo y la puerta se abre con facilidad. La oscuridad del interior bosteza como la boca de un lobo. No se sabe cuándo quedarás atrapado entre las fauces.

—¿Alguien más piensa que fue demasiado fácil? —susurra Nikolai.

Tiene razón, pero a caballo regalado no se le miran los dientes. Me aventuro a entrar, pero antes preparo mi pistola.

Cuando doblo la esquina, hay tres hombres en el sofá viendo un partido de baloncesto. Hago señales a los demás para que instalen los silenciadores. Los tres apuntamos, y los tres hombres caen simultáneamente con disparos en la nuca.

En cuanto a muertes, es una buena manera de irse. Ajeno y entretenido.

Sus compañeros no tendrán tanta suerte.

Avanzamos rápidamente por la casa, abatiendo a todo hombre que se cruza en nuestro camino. Seis cuerpos más caen al suelo antes de que lleguemos al centro de la engañosa casa, grande y llena de recovecos.

—Aquí es —susurra Dimiv—. El primer piso es nuestro. Todas las habitaciones están vacías.

Sacudo la cabeza. —Debe haber una trampilla, alguna puerta secreta. Tiene que haberla. Debe estar aquí. Puedo sentirlo.

Empiezo a tirar de los cuadros y adornos que decoran las paredes en lugares extraños. Cuando llego a una larga alfombra de color burdeos en lo alto de la pared, doy en el clavo. La derribo y descubro una puerta de madera estrecha y maltrecha que da a una escalera.

Más oscuridad.

Más escondites.

Más criaturas desconocidas.

Saco mi pistola y bajo sigilosamente las escaleras. Todo está en silencio mientras bajo, pero, en cuanto mis botas tocan el suelo del sótano, un ruido sordo resuena entre las paredes. Una mujer con bata de enfermera y pelo negro azabache se da vuelta y jadea. Abre la boca para gritar, pero Nikolai rápidamente le dispara en el cuello y le traspasa la cervical.

Paso por encima del cadáver que se enfría y me dirijo hacia la última puerta de la pared. La abro de una patada y descubro una habitación cegadoramente blanca. Mis ojos tardan demasiado en adaptarse al cambio de luminosidad. Pero no tengo que esperar a que mi vista se aclare del todo para darme cuenta de que todo puede estar perdido.

Bajo las afiladas luces blancas hay una cama.

En la cama está mi prometida, con los pies en los estribos y la miseria clavada en la mirada.

Y a su lado... está Boris Sobakin, con una pistola apuntando a la cabeza de Alyssa.

Me quedo inmóvil, pero ella no parece ni remotamente consciente de nada de lo que está pasando. Ni siquiera estoy seguro de que sepa que estoy aquí. Sigue embarazada, pero parece que no será así por mucho tiempo.

—Aléjate de mi mujer —bastardo.

Boris solo se ríe y amartilla su pistola. —Me preguntaba cuándo aparecerías. Ahora puede empezar la diversión.

URI

—Si le haces daño, te destruiré —lo amenazó con frialdad—. Dalo por hecho.

Boris se encoge de hombros. —Desde luego, puedes intentarlo. Ya lo *intentaste*. ¿Y qué has conseguido? Sigo aquí, apuntando a tu mujer con una pistola en la cabeza, y tú estás ahí, incapaz de mover un dedo.

Me sonríe antes de mirar a Dimiv y Nikolai, que están a mi lado. —Uf, ¿qué paso, Nikolai, golpeaste unos nudillos con tu cara? —Nikolai y Boris ríen al mismo tiempo—. Me pregunto quién te habrá hecho eso.

—Maldito bas... —Nikolai se abalanza.

Extiendo la mano para impedir que Nikolai se acerque más. —No lo hagas.

Boris se ríe tranquilamente. —¿Ves? Puede que hayas venido con todo un ejército, Uri. Pero un verdadero *pahkan* no necesita a los demás. No si sabe cómo sacar ventaja. Si sabe controlar sus emociones y más si sabe influir sobre los demás.

Arrastra la punta de la pistola por un lado de la cara de Alyssa, que se retuerce en la cama. Tiene la cara empapada de sudor y el pelo pegado a las mejillas. Parece que sufre, un dolor silencioso.

—Cuando todo esto termine, esta guerra en las sombras se convertirá en una leyenda. Uri Bugrov, con todo su poder, todo su dinero y todos sus hombres no pudo acabar con el humilde y solitario Boris Sobakin. Uno contra el universo, y el uno es quien salió vencedor.

Su mirada se desvía hacia un lado y, por primera vez, veo a Grigory de pie con su bata blanca de laboratorio. Abro mucho los ojos y miro fijamente a ese puto traidor. —Tú también pagarás por esto —le gruño a Grigory.

Grigory no parece tan tranquilo como Boris. Le tiemblan las rodillas y las manos, sus labios están teñidos de azul y sus ojos enrojecidos como nunca antes.

—Grigory, ¿me haces el favor de pasar a nuestros invitados las esposas que están sobre la mesa? —pide Boris en un tono agradable—. Van a esposarse al radiador como buenos niños.

Tragando saliva, Grigory toma tres juegos de esposas, deja caer una en el proceso, la vuelve a tomar y se acerca a nosotros tres con cautela. Se detiene a varios metros, como si fuéramos perros rabiosos con la correa suelta.

En este momento, eso es exactamente lo que siento.

Boris se ríe. —Creo que Grigory se sentiría un poco más cómodo si los tres sueltan las armas —cuando ninguno de nosotros le hace caso, aprieta con fuerza la pistola contra la sien de Alyssa, provocándole un grito desgarrador—. *¡Ahora, caballeros!*

No lo dudo. Saco el cargador y tiro el arma al suelo. Miro hacia atrás, a Nikolai y Dimiv, que no se han movido. —Háganlo.

Siguen mi ejemplo sin preguntar y Grigory, obviamente aterrorizado de acercarse más, me lanza el primer juego de esposas. Me esposo al radiador, y luego Nikolai y Dimiv se ven obligados a hacer lo mismo.

—Ya está. Qué buenos chicos —gruñe Boris con una sonrisa satisfecha en la cara.

—Disfruta de esto mientras puedas —siseo—. No durará mucho. Me quitaré estas esposas y, cuando lo haga, nada de lo que toque estará a salvo. Especialmente, ese niño que sacaste de Moscú con su madre.

Boris se encoge de hombros. —Mi hijo y su madre están a salvo. Están escondidos en algún lugar, donde nunca podrás encontrarlos. Esa es la diferencia entre nosotros, Uri. Yo protejo las cosas que tienen valor para mí.

Teniendo en cuenta que Alyssa está dolorida en el sótano de una de las propiedades de Boris por segunda vez en los últimos seis meses, no puedo discutir con él. Fallé en proteger a mi familia.

Pero eso cambiará ahora.

No sé exactamente cómo, pero hay algo que me dice desde lo más profundo de mi ser que Boris no saldrá vivo de aquí.

Alyssa gime de pronto. Arquea la espalda como si entrara en shock. Intento avanzar, pero las esposas me retienen.

—Le duele —le grito—. ¡Haz algo!

—¿Oh, en serio? No me digas. —Boris sonríe—. Probablemente no es como esperabas verla —luego mira hacia Grigory, que parece a punto de orinarse en los pantalones—. Ven aquí y dime por qué tardas tanto. Pensé que la habías inducido.

Grigory me lanza una mirada furtiva antes de volverse hacia la cama de Alyssa. —Lo hice... pero está demasiado débil para expulsar a los bebés. Y son demasiado pequeños para un parto natural.

Boris se encoge de hombros y saca un puñal con bordes dorados. —Supongo que tendré que operar yo mismo para sacar a esas ratas.

¿Es esto lo que se siente volverse loco? Porque siento como si mi cordura se sostuviera por un hilo a punto de cortarse en este momento. Si acerca más esa hoja, no se sabe lo que pasará.

—Lo juro por Dios, Boris, si tú...

¡Un estruendo golpea nuestros tímpanos!

El disparo sale de la nada. Por un segundo, creo que Boris le ha disparado a Alyssa en la cabeza.

Entonces, el arma cae inútilmente de su mano mientras la sangre brota de su brazo.

—¿Qué mierda...? —jadea Sobakin, mirando su mano herida con incredulidad.

Dominik entra corriendo en la habitación con mis hombres y los suyos. Boris echa un vistazo a Dominik e intenta agarrar su arma. Pero no llega a tiempo.

Grigory llega.

A pesar de su rostro pálido y sus constantes escalofríos, el hombre se mueve con bastante rapidez para ser un cobarde traidor. Está a solo un palmo de Boris cuando levanta el arma.

—¡Dame esa arma de una puta vez! —gruñe Boris—. Dámela...

¡Otro disparo retumba en la habitación!

Realmente lo hizo. Grigory apretó el gatillo.

Boris cae de espaldas al suelo, con los ojos desorbitados por la conmoción, mientras la sangre le brota por el pecho. Dominik carga contra Grigory, lo derriba de un puñetazo en la cara y le arranca el arma de las manos. Mientras tanto, mis hombres nos liberan a los tres de nuestras esposas.

En cuanto me libero, corro hacia Alyssa. Tiene los ojos entreabiertos, pero no veo vida en ellos. No está consciente.

—Alyssa —digo desesperado, tomándole las manos. Está tan empapada de traspiración que sus manos se me resbalan—. Alyssa, ¿puedes oírme?

No contesta más que un gemido de dolor.

—Uri, ¿quieres que mate al bastardo? —pregunta Dominik con su arma apuntando a un sollozante Grigory.

—P-por favor —suplica Grigory desde el suelo—. Lo m-m-maté por ti...

Pongo la mano en la frente de Alyssa. Arde. —Lo mataste porque sabías que estaba acabado. Intentabas salvar tu pellejo.

—Por favor, no me mates...

—No pienso hacerlo —digo con dureza.

Nikolai y Dimiv me miran como si estuviera loco. Los ignoro. —Ven aquí y haz lo que puedas para salvarla. *Y* a los bebés. Y recuerda que, si uno de ellos muere, tú también.

Dominik alza a Grigory y lo empuja hacia la cama de Alyssa. Sus ojos recorren su cuerpo sin esperanza. —Los bebés tienen que nacer pronto —balbucea—. Pero, si lo hacen, necesitarán máquinas que los ayuden a respirar. Son demasiado prematuros para sobrevivir por sí solos, y hay que llevarlos con urgencia a una unidad de cuidados intensivos neonatales.

Miro hacia Nikolai. —Prepara un todoterreno y llama a Emily. Sacaremos a Alyssa.

Mientras mis hombres se preparan para sacar a Alyssa bajo supervisión de Nikolai, Dominik

llama mi atención. —Uri, no vas a creer esto... pero el maldito sigue vivo.

Por mucho que quiera desangrar a Sobakin y convertir sus huesos en cenizas mientras suplica clemencia, no puedo pensar en otra cosa que no sea Alyssa. Su seguridad y la de nuestros hijos es mi única prioridad.

—¿Uri, que harás con él? —pregunta Dominik.

—Es todo tuyo, pero solo tengo una petición.

—Tus deseos son órdenes —dice en un tono diabólico.

—Que su muerte sea lo más dolorosa posible.

Una lenta sonrisa se extiende por el rostro de Dominik. —Dalo por hecho.

URI

—Al hospital St. Mary's Memorial —dice Nikolai—. La dirección ya está cargada en el GPS.

Dimiv nos lleva a toda velocidad al hospital. Me quedo en la parte trasera del furgón que trajeron mis hombres para poder trasladar a Alyssa, que arde de fiebre. —Nikolai, ¿has contactado a Emily?

—Nos espera en el St. Mary's Memorial con un quirófano preparado para la cesárea. En cuanto lleguemos, estará todo listo.

Quiero sentir algo de alivio, de tranquilidad, pero, hasta que Alyssa no me mire a los ojos, no sentiré nada más que pavor. Demasiada sangre mancha sus muslos, empapa todo a su paso. La bata blanca con que la arropamos ya no es más que un mar rojo.

Cojo su mano lo más fuerte posible y me inclino hacia su oído. —Te pondrás bien, mi amor. Estarás bien.

Gira la cabeza hacia un lado como si escuchara, pero, cuando me encuentro con sus ojos, están cerrados. Aprieto los dientes, levanto la vista y trato de ver a dónde vamos. —¿Cuánto falta? Llevamos una eternidad en la carretera.

Nikolai se ríe con amargura. —Solo llevamos conduciendo tres minutos.

Blyat'. ¿Tres minutos? ¿Eso es todo? Me parecen diez veces más. Vuelvo a centrar mi atención en Alyssa, que gime y hace muecas, con una gota de sudor fresco en la frente. ¿Es solo el dolor o le dieron algo más? ¿Drogas? ¿Una epidural? Cualquiera de esas cosas sería preferible a la devastadora realidad de que podría estar perdiendo demasiada sangre para sobrevivir a este parto.

—¡Ya estamos llegando! —grita Dimiv desde el asiento del conductor.

Cuando las puertas del furgón se abren de par en par, Emily ya está fuera, con la bata puesta. El personal de enfermería que la acompaña saca la camilla del furgón y empieza a comprobar sus constantes vitales. Oigo la jerga médica, pero intento no prestarle atención. No tiene sentido, ya no está en mis manos. Solo tengo que estar a su lado.

Corro a su lado mientras la llevan en camilla al hospital. —Entraré con ella —le gruño a Emily con fiereza —.

—¡Como quieras! —me responde, más preocupada por Alyssa. Su mandíbula se flexiona, pero

no se resiste—. ¿Seguro que quieres ver esto, Uri?

—Estará siempre donde yo la vea.

Lo deja así y asiente a una de sus enfermeras. —Prepara al Sr. Bugrov —luego, me mira—. Tendrás que lavarte bien las manos antes de entrar en mi quirófano, Uri. No es negociable.

Me veo obligado a ver cómo la llevan al quirófano. —Venga conmigo, señor —me dice una de las enfermeras—. Una vez que se haya lavado, puede ingresar al pabellón.

La enfermera me hace repasar el proceso tres veces con angustioso detalle antes de dar finalmente su consentimiento. Cada vez que intento precipitarme, me recuerda que no soy yo quien corre peligro, sino mi mujer. Así que hago lo que me dice, apretando los dientes contra el dolor de cada segundo que pasa.

Por fin, cuando paso la inspección, me pongo el equipo de protección e irrumpo por las puertas. Ya están preparando a Alyssa para la operación. Hay una pared de tela colocada justo debajo de su pecho. Emily me hace un gesto para que me ponga detrás.

—Quédate junto a su cabeza, sostén su mano, háblale si lo necesitas. Solo apártate y déjame hacer mi trabajo, ¿entiendes?

Asiento en silencio y me siento junto a Alyssa. Beso su frente transpirada. Su temperatura es un poco más fresca que hace veinte minutos. Tiene que ser una buena señal, ¿no?

—Escuchen, hablaremos claro y nos moveremos rápido. Una vez que los bebés estén fuera, necesitarán ser trasladados a la sala de cuidados intensivos neonatales. No tendremos mucho tiempo para trabajar, así que manos a la obra.

Me aferro con fuerza a su mano mientras me pongo en pie, incapaz de aguantar tanto tiempo sentado. Desde aquí puedo ver más allá de la pared. Emily blande un bisturí sobre el estómago de Alyssa, con trazos de rotulador quirúrgico que van de un lado a otro por su vientre hinchado.

Tengo que recordarme a mí mismo que no debo moverme. Ver cómo la cortan va en contra de todos mis instintos, pero esos bebés tienen que salir o todos morirán, incluyendo a Alyssa.

—Uri —Emily ni siquiera me mira, pero su voz es fuerte y segura—. Es algo duro de ver, pero soy excelente en lo que hago. Voy a salvarla.

Intento controlar el miedo y la impotencia. —Haz lo que tengas que hacer.

El bisturí presiona el estómago de Alyssa y al instante comienza a fluir sangre. Miro rápidamente la cara de Alyssa, pero no parece notarlo.

—No te preocupes —me tranquiliza Emily—. Está sedada del cuello para abajo.

Puede que ahora no sienta el dolor, pero eso no significa que su cuerpo no esté entrando en shock. Su presión arterial comienza a saltar erráticamente como Emily alarga la incisión. Más sangre. Más pitidos. Más jerga médica volando por la habitación como insectos que ni siquiera puedo empezar a captar.

Emily empieza a ladrar un sinfín de órdenes a su personal y me cuesta todo lo que tengo dentro no ir a arrebatarle las herramientas de las manos e intentar hacerlo todo yo mismo. Con un

suspiro agónico, me dejo caer en el taburete junto a la cabeza de Alyssa y me fijo en su rostro.

—Te pondrás bien —le digo con determinación—. Eres una luchadora, Alyssa Bugrov. Eres una jodida guerrera. Sobrevivirás a esto y nuestros bebés también.

Sigo hablando entre los sonidos frenéticos y los tintineos metálicos de los instrumentos médicos, los chirridos inquietantes de tal o cual aparato. Sigo susurrándole incluso después de haber dejado de escucharme a mí mismo. Sigo intentando reconfortarla con la esperanza de que alguna parte de ella pueda oírme. Y entonces...

¡Un llanto desgarrador!

El corazón me da un vuelco. Nunca había oído nada tan emotivo ni tan hermoso como ese chillido agudo y lastimero. Así, sin más...

Soy padre.

—Saca a esa pequeña luchadora de aquí —la voz de Emily retumba sobre mi cabeza—. El otro está justo detrás de ella. Justo... aquí.

¿A ella? ¿He oído bien? ¿Tengo una hija?

Pero no oigo al segundo bebé. Las enfermeras se llevan a los dos antes de que pueda verlos. No importa, no puedo apartar la vista de Alyssa. Su piel perdió todo el color en cuestión de segundos. Empieza a volverse gris, pálida, fría al tacto.

—Uri —la voz de Emily me saca de mis pensamientos—. Necesito que te vayas ahora.

—No voy a ninguna parte.

—Sé que esto es difícil, pero tendrás que confiar en mí —insiste—. Salvaré a Alyssa, pero tienes que darme el espacio para hacerlo.

Me levanto y doy un paso atrás. —Te dejo sitio —le digo—. Pero yo me quedo aquí.

Emily me mira a los ojos. Debe ver la determinación en mi cara, porque suspira, derrotada. —Está bien. Pero, en este quirófano, yo soy el *pahkan*. ¿Entendido?

En otras circunstancias, podría sonreír. Incluso reír. Pero todo lo que puedo hacer ahora es asentir. Dejaré las risas para más tarde.

Cuando esté curada.

Cuando esté a salvo.

Cuando esté en mis brazos, donde debe estar.

~

EN CUANTO ABRE LOS OJOS, se centran en mí. Es la mirada aguda e intensa de alguien que reconoce a la persona a la que mira, incluso a través del delirio sombrío de las drogas, el dolor y el parto.

—Alyssa —susurro su nombre—. Joder. Lo siento mucho.

Es increíble lo fácil que se me escapa esa disculpa. No me cuesta nada decirlo. En realidad, me hace sentir más ligero, más libre. Quizá por eso sigo disculpándome.

—Lo siento mucho. Lo siento tanto...

Alza el brazo débilmente y me pone un dedo en los labios. —Shh... —entrecierra los ojos a contraluz y mira a un lado y a otro. Cuando intenta hablar, su voz sigue apagada. Vuelve a intentarlo, pero apenas pude pronunciar una que otra frase—. ¿Dónde estoy?

—En el hospital St. Mary's Memorial

Ella frunce el ceño. —¿B-Boris?

Mis manos se cierran en puños automáticamente, pero mantengo una expresión neutra. —Ya no puede hacerte daño.

Cierra los ojos y suspira. —¿Estás seguro?

—Completamente seguro.

Dominik me envió fotos hace una hora, mientras Alyssa aún dormía. Eran gráficas, incluso para los estándares sangrientos de nuestro mundo. Diablos, incluso mi estómago se revolvió incómodo cuando vi algunas. No estaba del todo muerto en la última, pero no le quedaba mucho tiempo en esta vida.

No más de lo que se merece.

—Mis bebés —murmura, intentando de hacer algo de fuerza—. ¿Dónde...?

El pánico se apodera de su rostro, pero le agarro la mano y se la aprieto suavemente. —Están en la unidad de cuidados intensivos neonatales. Emily las está vigilando de cerca. Las dos niñas están bien.

Le brillan los ojos. —¿Niñas?

Asiento con la cabeza. —Tenemos hijas, Alyssa. Tenemos dos hijas.

Una pequeña risita se extiende en su cara, sus ojos son más conscientes, despejando todo temor. —Oh, Dios... No puedo creerlo. ¿Y están bien?

—Lo están haciendo muy bien. Las dos son guerreras, como su madre —parpadea y una lágrima resbala por su mejilla—. Estuve yendo y viniendo a la UCIN cada hora para ver cómo estaban. Una es un poco más pequeña que la otra, pero Emily cree que la alcanzará enseguida. Son tan pequeñitas... tan delicadas y tan dulces.

Más lágrimas empiezan a correr por sus mejillas. —Quiero verlas.

Suspiro —Todavía estás débil.

—No soy demasiado débil para esto. Quiero verlas, Uri.

—Alyssa, yo...

Me pone la mano en el brazo y me mira a los ojos. —Me lo *debes*.

Joder. Ella tiene razón. Le debo más que una por el infierno que le he hecho pasar.

—Te conseguiré una silla de ruedas.

Unos minutos después, la llevo en silla de ruedas por los pasillos hacia la unidad de neonatos. Llegamos a la pared de cristal y Alyssa respira con agitación.

Nuestras hijas yacen en incubadoras contiguas, ambas conectadas a una enorme serie de tubos, con sus pequeños pechos subiendo y bajando esforzados. Parecen frágiles, tiernas y angelicales.

—Dios mío —jadea Alyssa al ver a la más pequeña de nuestras gemelas—. Es tan *pequeña*.

—No dejes que su tamaño te engañe. Esa chica es toda una espartana.

La mirada de Alyssa se vuelve hacia la segunda bebé. —Están aquí —susurra, como si intentara tranquilizarse a sí misma—. Están aquí y están a salvo.

—Sí, lo están. Las mantuviste a salvo —me arrodillo frente a ella y le limpio las lágrimas de la cara—. Lo has hecho muy bien, Alyssa.

Ella sonríe y sus ojos se llenan de lágrimas. —Nos salvaste.

Sacudo la cabeza. —No merezco ningún mérito. Fui un imbécil. Nunca debí creerle a esa mierda de Grigory...

Igual que hizo antes, me presiona los labios con la punta de un dedo. —Supongo que tendrás que pasar el resto de nuestras vidas compensándomelo.

Sonrío. —Sería un honor —me inclino y apoyo la frente contra la suya, saboreando por un momento lo bueno que es tenerla entre mis brazos, cálida, despierta y viva, con color en las mejillas y fuego en los ojos.

—Tenemos que pensar en nombres —señala—. De hecho, tengo uno en mente.

—Yo también. Katya. Por mi madre.

Sonríe suavemente. —Zena. Por mi hermana.

—Ha sido fácil —sonrío y le retiro un mechón de pelo de la cara.

Alyssa apoya la cabeza en mi hombro y mira hacia las dos incubadoras. —Zena y Katya Bugrov... vaya. Tenemos *dos* hijas, Uri.

—Tenemos una familia —la rodeo con el brazo—. Y no dejaré que nada lastime ninguna de ustedes.

Suspira profundamente y se acurruca más. —Lo sé.

Su confianza en mí es todo. Y me prometo solemnemente no volver a traicionarla.

—Te amo, Alyssa.

Se vuelve hacia mí, sorprendida.

—¿Qué? —pregunto, sorprendido por su reacción.

—Nunca me habías dicho eso antes.

—Bueno... acostúmbrate.

Me acaricia la cara con la palma de la mano. —Yo también te amo, Uri Bugrov. Ahora somos solo tú y yo, ¿vale? Todo esto llega a su fin.

No estoy de acuerdo.

Esto no es el «fin».

Esto es solo el principio.

EPÍLOGO: ALYSSA

—¿Estás *segura*?

Emily asiente, tranquilizadora. —No le daría el alta a menos que estuviera completamente preparada para dejar el hospital. Ya no nos necesita, Alyssa. *Te* necesita a *ti*.

Me tiembla el labio inferior mientras tomo a mi pequeña. Con casi cinco meses, Zena sigue siendo pequeña. Mide lo mismo que Katya a los tres meses. Pero se alimenta bien, y sus pulmones son una fuerza a tener en cuenta.

Se desliza entre mis brazos y respiro ese olor a leche de bebé que se adhiere a sus mejillas sonrojadas. Abre sus ojos castaños oscuros, los fija en mí y gorjea con suavidad antes de esbozar una sonrisa juguetona y feliz, como si supiera que hoy nos vamos a casa.

—¿Estás lista, mi pequeña guerrera? —pregunto, mirándola—. ¿Estás lista para salir de aquí? ¿Empezar algunas aventuras con tu hermana? —vuelve a gorjear y le beso la frente—. Tomaré eso como un sí.

Uri se acerca a mi lado, con Katya en brazos. Tiene una mano regordeta aferrada a su camisa, como si temiera que alguien la intentara apartar de su papá.

—¡Mira quién es, Katya! —exclamo en voz baja—. Tu hermana gemela.

Katya balbucea emocionada.

Miro a Emily. —Muchísimas gracias. No puedes saber lo agradecidos que estamos los dos por todo lo que hiciste por las niñas. Y por mí también.

Ella rechaza mi gratitud. —Por favor. Era mi trabajo.

—También era el trabajo de Grigory, y nos traicionó —dice Uri, con una rabia que sale del fondo de su ser y que no creo que desaparezca jamás.

El rostro de Emily se descompone en cuanto se menciona el nombre de Grigory. —Lamentablemente, era un médico sin ética ni moral—dice en un tono monótono—. Por suerte para nosotros, ya no está aquí.

Todavía no le pregunté a Uri qué le pasó a Grigory. Supuse que había desaparecido igual que Boris Sobakin y, sinceramente... No me importaba. Después de lo que cada uno de esos monstruos intentó hacer a mis hijas, se merecían su final. Los detalles de cómo dejaron esta tierra

no son importantes para mí.

—¡Vamos! —nos anima Emily—. Llévenselas a casa. Y no te estreses por nada. Los bebés son resistentes. Están hechos para sobrevivir a sus padres. Puedes hacerlo, Alyssa.

Sonrío nerviosamente mientras Uri me guía hacia la puerta. En el fondo sé que puedo hacerlo. Es solo que, a veces, la realidad es mucho más dura que la imagen que te haces en la cabeza. Las fantasías de ser madre siempre están iluminadas por el sol y la brisa y huelen bien. La verdad de la maternidad es... un poco menos prolija.

Cuando trajimos a Katya a casa, pasé con ella cada momento que estaba despierta. Rechacé a la niñera y a la enfermera de noche para hacerlo todo yo. Supongo que era mi sentimiento de culpa. No podía estar con una de mis bebés, así que lo compensaba estando con la otra todo el tiempo.

Resultó que no era el plan más saludable. Después de un mes de trabajo sin parar, Uri tuvo que sentarse conmigo y obligarme a hacer una pausa.

—No puedes hacer esto tú sola, Alyssa. Y lo que es más importante, no necesitas hacerlo.

—No quiero depender de niñeras...

—No hablo de niñeras, hablo de *familia*. Polina está encantada de hacer de canguro. Nikolai también. Dimiv traerá a su mujer y a sus hijos dentro de unas semanas, y estoy seguro de que Dagmara también estará encantada de colaborar. No puedo ser el único a quien permites cuidarla cuando tú no estás.

Seguí sin hacerle caso. Una semana después, me dormí con Katya en brazos y se me escapó de las manos. La había envuelto en una gruesa manta de lana, así que no tuvo ni un solo moretón en su perfecta cabeza. Pero me hizo saber que me equivoqué. Lloró todo el camino hasta el coche, todo el camino hasta el hospital, todo el camino desde el aparcamiento hasta el edificio. Por supuesto, dejó de llorar literalmente segundos antes de que entráramos en la sala de consultas de Emily. Casi podría jurar que me guiñó un ojo, esa pequeña pillina.

Pero fue la llamada de atención que necesitaba. Después de eso, se me dio mejor ceder el control a otras personas. Resultó ser la mejor decisión que pude tomar para ambos. Polly está locamente enamorada de su nueva sobrina. Nikolai la adora como si todos los días fueran Navidad.

Sin embargo, la reacción más sorprendente de todas fue la de Lev.

Es increíble lo tranquilo que se vuelve con Katya. Al principio se mostró receloso, pero, una vez superada esa vacilación inicial, parece más fascinado que otra cosa. Puede sentarse y observarla durante horas.

De todas las conexiones que Katya estableció con su familia, esa es la que más me emocionó.

Y ahora, estamos a punto de volver a hacerlo.

Uri nos lleva a casa mientras yo me siento en el asiento trasero entre las dos bebés acurrucadas en sus sillitas. Miro a un lado y a otro, una y otra vez, como si algo terrible fuera a ocurrir si paso más de uno o dos segundos sin asegurarme de que cada una de ellas está exactamente donde estaba la última vez. Ese viejo y familiar miedo vuelve a mi garganta, con sabor a sangre.

Solo cuando nos detenemos frente a la mansión miro por fin a través del parabrisas delantero por primera vez desde que salimos del hospital. Cuando lo hago, veo una enorme pancarta sobre la puerta.

¡BIENVENIDA A CASA, BEBÉ ZENA!

Flores pintadas a mano bordean la pancarta. Veo los cuidadosos trazos de Polina y las brillantes salpicaduras de color de Lev. Si no me equivoco, la espigada de la esquina que parece dibujada casi a regañadientes es obra nada menos que de Nikolai Bugrov, ese falsamente estoico encanto de hombre.

Y los tres se agrupan en la entrada, observando ansiosos cómo salimos del coche. Tan pronto como me pongo de pie, Polly encabeza la bienvenida. Toma a Katya de los brazos de Uri sin molestarse en pedir permiso. Lev y Nikolai la siguen, aunque Niko mantiene una cuidadosa mano en el hombro de Lev, para asegurarse de que no se aleje demasiado.

—¿Qué piensas, Lev? —preguntó en voz baja. Zena se quedó dormida en el camino, con una palma apoyada en la mejilla—. Esta es tu otra sobrina, Zena.

Se tapa la boca con las manos. —Es tan *pequeña*.

Asiento. —Sí, y es toda una guerrera.

—¿Se pondrá bien? —cuando vuelvo a asentir, sonríe y vuelve a mirarla—. ¿Puedo tocarla?

—Hazlo, no tengas miedo.

Le pasa un dedo por la frente con cautela. Luego, sobre la mejilla descubierta. Ella se agita un poco y sus labios se abren y cierran como los de un pececillo.

Entramos todos juntos en el salón, y la gran familia Bugrov nos rodea. Llevo a Lev a sentarse en el sillón y lo ayudo a colocar a Zena en sus brazos. No mueve ni un músculo, apenas se atreve a respirar mientras la contempla como si fuera la pequeña más perfecta del mundo.

Puede que tenga algo de razón.

Mientras observo, Uri se acerca por detrás, me rodea la cintura con los brazos y me besa la nuca con sus labios calientes. Es entonces cuando por fin respiro y disfruto de la escena.

Lev abrazando a Zena con cautela mientras intenta no empujarla. Polly apoyando a Katya en su cadera mientras la llena de besos. Nikolai entre ambas, mirando de un lado a otro con una sonrisa en los labios.

—Nuestras dos hijas están por fin en casa —suspiro, dejando salir un resuello contenido que he retenido durante cinco largos meses.

Uri me aprieta más fuerte. —Lo lograste.

—Lo logramos.

Se ríe entre dientes. —Oh, no. Sé cuándo atribuirme el mérito y cuándo ceder el protagonismo. Fuiste tú, *narushitel.* Tú hiciste esto posible.

Me río y vuelvo a apoyar la cabeza en su pecho. Él subestima mucho su papel, pero yo sé lo

afortunada que soy. Se despierta conmigo todas las noches para ayudarme a amamantar. Cambie muchos más pañales que yo. Nunca tuve ninguna duda de que *nosotras* somos su máxima prioridad.

Un cosquilleo familiar se extiende por mi cuerpo. Hacía tanto tiempo que no lo sentía que, por un momento, me preocupó no volver a sentirlo. Pero resulta que necesitaba tiempo. Mi cuerpo necesitaba curarse primero. Luego mi mente.

Me giro entre los brazos de Uri para quedar frente a él. —Oye. Ya que nuestras niñeras tienen esto cubierto, ¿quieres venir conmigo?

Sus cejas se inclinan hacia abajo, curiosas. —Adelántate.

Dejo a las niñas con sus tíos y conduzco a Uri al dormitorio principal, recién remodelado. Lo hago sentarse en el borde de la cama, me zafo de él y retrocedo. Lentamente, empiezo a desabrocharme los botones del vestido.

—Alyssa...

—Shh. Siéntate y mira.

—No es que no me guste lo que está pasando —retumba Uri—. Pero... ¿estás segura?

—Han pasado más de seis meses —señalo.

—Y esperaré un siglo si es lo que necesitas.

Lo amo por ser tan paciente conmigo. Hace meses que tengo permiso para tener sexo. Pero, con Zena todavía en el hospital, no estaba en el estado mental adecuado para ese tipo de intimidad. Y Uri nunca me presionó. Me abrazaba por la noche, me consolaba para dormir, soportaba el peso de mi carga siempre que podía. Puede que no tuviéramos relaciones sexuales, pero eso no impidió que me enamorara más y más de él cada día que pasaba.

¿Cómo podría no hacerlo? Fue tan fácil. Sin esfuerzo.

Cada vez que lo veía calmar a Katya. O cantarle a Zena en el hospital. Cada vez que me quitaba a Katya de los brazos para que yo pudiera dormir y me preparaba interminables tazas de té y me tendía la ropa y cocinaba y esto y lo otro y lo de más allá. Todos esos pequeños gestos, esos pequeños momentos de ternura... eso era hacer el amor a su manera.

Me desabotono el vestido por las caderas y lo dejo caer a mis pies. —Ya tuve bastante tiempo. Te quiero a ti. Quiero a mi hombre.

Se estremece cuando, con mis ojos clavados en los suyos, hago ademán de quitarme el sostén y luego las bragas. —*Joder* —murmura, contemplando mi cuerpo como si fuera una obra de arte —. Eres la diosa de la perfección hecha de carne y hueso.

Miro la nueva cicatriz que tengo bajo el vientre. Al principio, la odiaba. Incluso ahora me acompleja la carne roja y anudada. Pero todas las noches, antes de irnos a dormir, Uri me la besa. Y, aunque nunca me gusten mucho las marcas de lo que me pasó, sí *me gustan* sus besos.

—Te hace aún más hermosa, sabes. La cicatriz. Es perfecta.

Las lágrimas brotan de mis ojos al instante. —Uri...

Se inclina hacia delante, me toma de la mano y tira de mí hacia él. —Es una señal de todo lo que has superado. Es un testimonio de lo fuerte que eres. Ojalá no tuvieras que llevarla, pero, a la mierda, *me* alegro mucho de que seas el tipo de mujer que puede llevar una cicatriz de guerra con tanto orgullo.

Más lágrimas están a punto de desatarse, y mi labio inferior tirita descontroladamente, pero él no terminó todavía.

Extiende la mano y me atrae a sus fornidos brazos. Sus manos son suaves y enormes en mis caderas mientras me besa el cuello y murmura. —Pero sabes qué cicatriz me gusta todavía más... *esta* —estoy confundida hasta que se inclina y me besa la pequeña ondulación del muslo.

El lugar donde, hace lo que parece toda una vida, atrapé un clavo que sobresalía de la valla de alguien en especial.

Me río y le agarro la cabeza con las manos. Su deseo por mí es evidente en cada movimiento, en la forma en que agarra mis glúteos y me acerca todo lo que puede, pero se contiene. Ha pasado tanto tiempo que hay un nuevo tipo de excitación ansiosa e incierta que se cuela entre nosotros.

Se siente de nuevo como la primera vez.

Está toda la urgencia y la pasión del deseo físico que ha ido creciendo lentamente durante meses de abstinencia. Pero también está el consuelo y la seguridad de la conexión emocional que hemos construido. Compartimos dos hermosas hijas, compartimos una gran cantidad de experiencias. Algunas son buenas, otras son malas, otras son el sueño húmedo de un psiquiatra.

Pero sobrevivimos juntos todas las tormentas. Y salimos adelante más fuertes que antes.

Volvemos a caer juntos en la cama mientras el beso se profundiza. Me retuerzo y lo abrazo con fuerza como si tuviera miedo de que desaparezca. Entre mis muslos, estoy más mojada de lo que recuerdo haber estado en toda mi vida.

En un momento dado, su ropa desaparece y se desliza dentro de mí. Nos movemos juntos, lentos y cautelosos al principio, luego un poco más rápido y un poco más necesitados. Me deja llevar el ritmo mientras lo cabalgo.

Ahora, precaución es una palabra del pasado. Me agito salvajemente, con las manos apoyadas en su pecho para mantener el equilibrio, mientras mis caderas se mueven desesperadas. Se levanta para besarme los pechos mientras reboto en su regazo y gimo hasta que mi voz alcance el techo.

Mis uñas se clavan en su espalda cuando llega el orgasmo. —Uri —jadeo salvajemente—. Oh, Dios... me corro... me co-ohh.

Gime conmigo mientras navegamos las olas del placer. El movimiento se ralentiza y suaviza hasta que volvemos a ser una maraña de miembros y respiraciones agitadas.

Más allá de las vibraciones en mis extremidades, solo soy vagamente consciente de sus labios mientras me besa hasta la garganta. —Eso fue...

—¿Asombroso?

Se ríe entre dientes. —Sin duda. Pero demasiado rápido. La próxima vez será un poco más… salvaje.

—¿Esta noche? —pregunto, esperanzada.

Me mira con ojos brillantes y traviesos. —¿Cuándo he necesitado más de cinco minutos para recuperarme de ti, mi pequeña ladrona?

Me muerdo el labio. —¿Y las chicas?

—Tomémonos una hora para nosotros. Lo merecemos.

Sonrío. —Una hora, ¿eh? Eso es, como... al menos tres orgasmos más.

—¿Solo tres? —me pellizca juguetonamente la parte inferior de la mandíbula—. Me estás subestimando.

Me río. —No creo que pueda con más de tres.

Una lenta sonrisa se dibuja en su rostro. —Eso tendremos que verlo.

~

Epílogo extendido: Un año después...

!HAGA CLIC AQUÍ PARA LEERLO AHORA!